

Buscando el diario de Jesús

MANUEL SÁNCHEZ BRACHO



COLECCIÓN CULTIVA • NÚMERO 464

Primera edición: mayo 2013

© Manuel Sánchez Bracho

© Cultiva Libros S.L.

C/ Palos de la Frontera, 25

28045 · Madrid

www.cultivalibros.com

Edición: A. de Lamo

Maquetación: Editorial Cultiva

Impresión:

Precio ejemplar: 18 €

ISBN 13: 978-84-9923-351-2

Depósito Legal:

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

IMPRESO EN ESPAÑA • UNIÓN EUROPEA

Dibujo de la escarcela de Carlos I

Tras recorrer un largo camino, el emperador Carlos I llevó en su escarcela El Diario de Jesús, que dejó en Holanda bajo la custodia de los arminianos holandeses. Posteriormente fue devuelto a la corona española.

Dedicatoria

Frase significativa

Índice

Encuentro	13
Capítulo II. Invitación deseada	19
Capítulo III. Caminando hacia la luz	29
Capítulo IV. Tras el Crismón	39
Capítulo V. El verde de la pizarra nos envolvió de esperanza	45
Capítulo VI. En busca de lo desconocido	49
Capítulo VII. Visita a San Martiño de Mondoñedo	57
Capítulo VIII. El secreto de Asael	67
Capítulo IX. En Bracara Augusta.....	77
Capítulo X. “No quiero ser dado ni vendido”	83
Capítulo XI. מילשורי לש ומאדוכינ	95
Capítulo XII. Recordando el pasado.....	103
Capítulo XIII. Huida forzada	109
Capítulo XIV. Las confidencias de San Blas.....	117
Capítulo XV. En el Valle del Silencio	123
Capítulo XVI. “Los Doscientos Ballesteros de Santiago”	137
Capítulo XVII. En la Iglesia Jesuita de Sint-Michielskerk.....	147
Capítulo XVIII. Asesinato anunciado	161
Capítulo XIX. Descenso de la Diosa	169
Capítulo XX. Cortejo de los budas	175
Capítulo XXI. “Vive memor lethi, fugit hora”	181
Capítulo XXII. El Templo Secreto.....	191

Capítulo XXIII. “Soli Deo Gloria”	203
Capítulo XXIV. Un extraño escudo heráldico	207
Capítulo XXV. El cofre buscado.....	219
Capítulo XXVI. Bajo las aguas.....	231
Capítulo XXVII. Entrega de la Joya	241
Capítulo XXVIII. Inmersión anhelada.....	247
Capítulo XXIX. Visita inesperada	255
Capítulo XXX. Un sueño en nuestras manos	263
Capítulo XXXI. El Diario de Pieter	269
Capítulo XXXII. La clave matemática	275
Capítulo XXXIII. Descubriendo el enigma	283
Capítulo XXXIV. Respirando amor	289
Capítulo XXXV. ¡¡¡Ya está!!!	293
Capítulo XXXVI. ¿Por qué?	299
Capítulo XXXVII. Aclaración necesaria	307

CAPÍTULO I

ENCUENTRO

Encontrándome en el hotel Kafka de Madrid, unos minutos antes de iniciarse el acto de la presentación de “La Janukiya del Maestro de la Verdad”, recibí la llamada telefónica de Benor.

Hacía unos siete meses que no sabía nada de él. Después de desearme éxito en dicha presentación, y sin ser muy explícito por teléfono, me expuso que deseaba reunirse tanto conmigo como con Ildefonso en un recinto lejos de miradas indiscretas; un lugar que nos anunciaría con tiempo suficiente para que pudiésemos preparar nuestra salida y dirigirnos al sitio que nos indicaría.

Terminada la presentación me dirigí al hotel donde me hospedaba, y tras un tiempo recordando todo cuanto viví desde mi primera visita a Israel y la publicación de nuestra novela me dispuse a ponerme en contacto con Ildefonso para comentarle la llamada recibida.

Después de varios intentos conseguí hablar con él. Se encontraba dirigiendo una excavación arqueológica en la provincia de Sevilla. Tras exponerle mi conversación con Benor, decidimos esperar a que nuestro amigo se volviese a poner en contacto con nosotros para actuar en consecuencia. Aprovechamos aquella llamada para comentar cómo iba la promoción de La Janukiya del Maestro de la Verdad y para exteriorizar nuestra comprensión por

la forma en la que Benor se ponía en contacto con nosotros y cómo debíamos encontrarnos con él.

Era lógico que actuase de aquella manera, conociendo como conocíamos los continuos intentos llevados a cabo por parte de las autoridades de Israel y del Vaticano por descubrir la personalidad de Benor y de su grupo.

Estuvimos esperando durante algo más de mes y medio que Benor volviera a comunicarse con nosotros. También en esa ocasión lo hizo telefónicamente, aun cuando nos dijo que lo haría a través de otro medio.

Una mañana, hacia las doce, cuando me disponía a abandonar el museo paleontológico de Zaragoza, al que había ido a estudiar unos fósiles del jurásico encontrados en la sierra de Albarracín, recibí su llamada. Sentí gran alegría al oír su voz y, después de saludarnos con gran afecto, me expresó su deseo de mantener la reunión prevista con los dos. No me hice de rogar y le pedí que me dijese el punto de encuentro, el día y la hora.

Me indicó que si no teníamos inconveniente podríamos vernos el siguiente sábado a las doce treinta de la mañana en la iglesia de San Esteban de la ciudad de Plasencia, provincia de Cáceres.

Tras consultar mi agenda y la de Ildefonso, observé que podíamos desplazarnos y estar allí en la fecha sugerida.

Era lunes y aún teníamos algo más de cuatro días para preparar el viaje, por lo que, sin dudarlo, le expresé mi conformidad. Después de un breve diálogo y antes de decirnos adiós, me manifestó su voluntad de volver a compartir con Ildefonso y conmigo nuevas vivencias.

Aquella última frase me llenó de curiosidad; tanta, que inmediatamente me dispuse a llamar a Ildefonso. Una vez puesto en contacto con él, le transmití la conversación mantenida momentos antes, así como el lugar donde debíamos vernos.

Acordamos reunirnos la noche del viernes en Cáceres, población cercana a la ciudad hacia donde debíamos dirigirnos la mañana del sábado.

Los tres días anteriores a mi salida se me hicieron eternos, pues deseaba con todas mis fuerzas encontrarme con Benor. Quería tratar con él algunos puntos relacionados con la actitud que algunos miembros de la Iglesia Católica venían mostrando contra la novela.

El viernes al mediodía, como habíamos acordado, emprendí el viaje hacia Cáceres, después de haber dejado trabajo suficiente a mi equipo por si tenía necesidad de regresar unos días más tarde.

Tal como tenía previsto, al anochecer, sin apenas luz del día, entraba en Cáceres y me dirigía al NH Palacio de Oquendo, donde había quedado citado con Ildefonso.

Al llegar al hotel y, después de dejar mi equipaje en la habitación que me habían asignado, me dirigí a la cafetería donde lo encontré sentado tomándose un café y esperando mi llegada.

Al verme entrar se levantó y mostrando una sonrisa, vino a darme un fuerte abrazo.

La última vez que nos vimos había sido con motivo de un congreso en el que ambos participábamos como ponentes. De ello habían transcurrido algo más de tres meses. Durante un tiempo, que no fue corto, estuvimos hablando de la marcha de nuestra novela y sobre todo de las actividades que estábamos realizando.

Antes de las once decidimos marcharnos a dormir, quedando emplazados para salir a la mañana siguiente, después del desayuno. Saldríamos en mi coche. La distancia que nos separaba de Plasencia era de algo más de ochenta kilómetros, trayecto suficiente para continuar nuestra conversación.

Antes de dejar Cáceres, nos acercarnos al museo arqueológico para recoger unos complementos de los planos de una excavación arqueológica que Ildefonso iba a dirigir en dicha provincia.

Mientras él esperaba las copias que debían entregarle yo recorrí algunas de sus salas de exposiciones y sentí curiosidad por visitar su aljibe hispano-árabe, que hasta entonces no había tenido la oportunidad de ver.

Una vez que hubo terminado Ildefonso, continuamos nuestra marcha. Decidimos llegar a Plasencia a través de la autovía de la Plata. Hacia las doce, divisábamos esa bonita población.

Nos sorprendió su inconfundible conjunto catedralicio, formado por sus dos catedrales, la vieja y la nueva, rodeado por sólidos lienzos de murallas. A través de estrechas calles logramos llegar hasta la Plaza Mayor y después de aparcar en ella nos dirigimos a la iglesia de San Esteban, que se hallaba en la calle Contador, muy cerca de donde estábamos.

Un poco antes de la hora prevista nos encontrábamos frente a una portada de estilo renacentista. En su umbral coincidimos con un señor enjuto, de avanzada edad, con mirada serena y con deseos de hablarnos de la iglesia o de cualquier cosa que lo entretuviera. A él le preguntamos si aquella era la iglesia de San Esteban. Me confirmó que sí y después de decirnos que se llamaba Matías, nos indicó con cierto orgullo que observásemos la preciosa talla del Santísimo Crucifijo porque era una verdadera joya del siglo XIV.

Es curioso cómo las personas de ciudades monumentales se sienten eufóricas cuando hablan de sus monumentos y de sus imágenes.

Entramos al interior del templo y me llamó la atención su amplia nave central, así como su cabecera absidal gótica, en la que destacaba su retablo mayor, de estilo plateresco.

Avanzamos hacia el fondo y a la derecha del altar contemplamos la imagen del Cristo de madera sin policromar de la que nos había hablado Matías. Era cierto lo que nos había dicho aquel cariñoso señor: la imagen era de una gran calidad artística.

Frente al altar, distinguimos la figura inconfundible de quien habíamos ido a ver. Nos dio la sensación que acababa de llegar y de que buscaba algo.

Benor debió de oír nuestros pasos, pero no hizo ningún ademán de volverse. No teníamos la menor duda: era él.

Seguimos avanzando lentamente hasta llegar a su altura. Cuando estuvimos junto a él, volvió su cabeza y, al comprobar

quiénes éramos, me extendió su mano y nos dimos un fuerte abrazo. Instantes después era Ildelfonso el que se fundía con él.

Benor quería recoger algo que se hallaba en esa iglesia y nos pidió que lo siguiésemos y le ayudásemos a localizar a la Virgen de los Desamparados.

En tan solo unos minutos la teníamos localizada; se encontraba en el Baptisterio ubicado en una de las naves laterales, en el que había una gran pila bautismal. Aquella imagen me resultó extraña. Me dio la sensación de que la cabeza de la talla no se correspondía con su cuerpo.

Benor al verla, se dirigió hacia el lugar donde se encontraba, abrió la verja y se acercó a ella. Segundos más tarde llevó su mano a la parte posterior de la peana y extrajo un fragmento de pergamino que observó profundamente durante algo más de dos minutos.

Más que observar, diría que lo estudió y lo grabó en su mente, como siempre hacía.

Pienso que esta acción la realizaba previendo que pudiese perderlo.

De inmediato enrolló el pergamino y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

Nada nos comentó sobre el contenido de aquel documento, cosa que nos llamó poderosamente la atención, ya que siempre compartía con nosotros cualquier tema. No quisimos preguntarle por el contenido de aquel pergamino, pensando que si no lo había hecho sus razones tendría, o bien nos hablaría de él cuando abandonáramos el templo.

Antes de salir de aquella preciosa iglesia, Ildelfonso me invitó a que observase la extraordinaria Bóveda Gótica que teníamos sobre nuestras cabezas. Tan ensimismados estábamos contemplando aquella maravilla, que no nos dimos cuenta de que Benor se había adelantado hacia la salida.

Sólo llevaríamos algo más de un minuto mirando los arcos cuando escuchamos sonidos de golpes y la voz de Benor pidiendo socorro.

Salimos con gran rapidez y lo vimos tumbado en el suelo después de haber sido golpeado brutalmente por dos hombres: uno de ellos una persona extraordinariamente corpulenta, el otro delgado, muy ágil y con facciones muy primitivas. Sin pensárnoslo un instante nos lanzamos hacia ellos, y en lugar de enfrentarse a nosotros optaron por emprender la huida, subiéndose en un coche que los estaba esperando junto a la fachada principal del Convento de Las Claras. Saqué un cuaderno y sólo me dio tiempo a tomar nota de una parte de la matrícula.

Benor hacía un gran esfuerzo por intentar levantarse e incorporarse. De su boca magullada salía sangre. Con mucho sacrificio, medio desvanecido y sin poder moverse prácticamente, se dirigió a nosotros cuando nos acercamos hasta él.

-Sacadme,...sacadme de aquí cuanto antes, no solo mi vida, sino también las vuestras corren peligro -nos expresó con una inquietud y miedo que no podían negar sus ojos.

Al instante nos indicó entre balbuceos el lugar donde se encontraba su coche y con sus brazos apoyados en nuestros hombros se dejó llevar hasta uno de los laterales de la iglesia, que era donde lo tenía aparcado.

Como pudimos, logramos introducir su cuerpo totalmente desmadejado y abatido en un cuatro por cuatro, olvidándonos del nuestro. Dentro del coche observé su cara, literalmente machacada y ensangrentada y en esos instantes sentí indignación, rabia y a la vez impotencia. Temí que aquellas dos malditas personas volvieran allí para terminar la tarea iniciada.

CAPÍTULO II

INVITACIÓN DESEADA

Serían más de las trece treinta horas cuando velozmente abandonábamos la última casa de Plasencia sin saber realmente adonde íbamos.

Benor, que aún se encontraba consciente, me señaló con su brazo y con una voz casi inaudible el camino que debíamos de seguir. Tras haber recorrido poco más de dos kilómetros nos indicó, como buenamente pudo, que nos dirigiésemos hacia la carretera de Montánchez a Trujillo.

Yo conducía el todoterreno y desde el primer momento tuve la sensación de que nos estaban siguiendo, por lo que no dejaba de mirar el espejo retrovisor para confirmar mi suposición.

Ildefonso, que iba con él en la parte trasera del vehículo, le preguntaba constantemente por su estado. Lo hacía porque era necesario mantenerlo despierto; no debíamos permitir que se durmiese. De haberlo hecho no hubiésemos sabido llegar al lugar hacia donde nos dirigíamos en aquel momento. Balbuceando, con muchísima dificultad, nos expresaba que se sentía muy mal.

En otro momento, de forma casi ininteligible nos manifestó que tardaríamos en llegar algo más de tres horas.

Después de hora y media, en la que Benor permaneció despierto a duras penas, nos incorporamos a la carretera a la que nos

dirigíamos y, tras algo más de diez minutos, volvió a orientarnos con ademán de su mano que nos desviásemos hacia la derecha, y así lo hicimos. Aún encontrándose en esas pésimas condiciones físicas sabía perfectamente por dónde marchábamos.

Recostado sobre el hombro de mi compañero seguía el recorrido que hacíamos sin que supiésemos hacia dónde nos llevaría aquella pista.

Al entrar en el camino de tierra decidí parar el coche y esperar durante unos minutos. La intención no era otra que la de conocer si realmente nos iban siguiendo. Una vez comprobado que esto no era así, volví a iniciar la marcha adentrándome en el carril.

Recuerdo, que fue en ese instante cuando nuestro amigo perdió la conciencia durante algo más de un cuarto de hora, tiempo que a nosotros se nos hizo una eternidad.

Tuvimos unos minutos de desconcierto. No teníamos claro si seguir la marcha o retroceder para llevarlo a un hospital.

Analizamos la situación y optamos por continuar adelante después de recordar sus palabras: “sacadme de aquí...”

Aquel camino que empezábamos a recorrer nos llevó a una extensa zona con una gran masa forestal que atravesamos durante algo más de una hora. El trayecto que habíamos hecho se nos hizo insoportable, tedioso, interminable.

Al final del mismo nos encontramos ante una antigua mansión señorial de amplias dimensiones y con una gran entrada culminada con un arco en herradura.

Una mujer de algo más de 30 años, vestida informal, con vaqueros y una camisa blanca con los puños vueltos, salió a recibirnos. Se acercó al coche sorprendida al darse cuenta de que yo conducía el cuatro por cuatro.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó enardecida.

No me dio tiempo a contestarle. Se percató de inmediato de que Benor se encontraba en el asiento trasero y que venía muy mal, aunque unos minutos antes de llegar allí había recobrado la conciencia.

Lo sacamos con sumo cuidado, procurando no rozar sus heridas con nuestras manos y lo trasladamos a la casa, donde lo recostamos sobre una cama.

Aquella mujer se dispuso diligentemente a curarlo mientras nosotros le relatábamos lo que había ocurrido.

Con delicadeza fue limpiando y suturando cada una de sus heridas sin que él exteriorizase dolor alguno. Como doctora, más tarde lo supimos, le fue fácil realizar aquella primera cura.

-Pronto estará bien –nos dijo, –él es muy fuerte, aunque la sangre sea muy aparatosa.

Tras unos minutos de reposo y después de ayudarlo a levantarse, Benor, con lentitud pasmosa, fue caminando apoyado en el hombro de ella hasta un gran salón.

-Me imagino que ustedes son sus amigos Ildefonso y Luis, -se interesó - Soy Ariela, una compañera de Benor.

Después de aquella presentación nos invitó a sentarnos en unos amplios sillones en los que nos fuimos acomodando. Antes de que se iniciase nuestra charla, Benor, con voz más apagada que en otras ocasiones, nos comentó que Ariela, además de ser su amiga, era su mejor compañera y colaboradora.

Minutos más tarde nos reveló que ella era un miembro destacado de su organización.

-Quiero decir esto para que su presencia no pueda coartar nuestra conversación y os sintáis con absoluta libertad para exponer lo que creáis necesario.

Mientras él hablaba, yo la observaba. Se la veía una mujer interesante y emanaba mucha seguridad en sí misma. Además era una mujer bonita, muy bonita.

Después de hablar de temas personales y por supuesto de nuestra novela, entramos de lleno en lo que más nos preocupaba en aquellos momentos. Fue Ildefonso el que rompió el hielo, planteándole una pregunta que ya nos habíamos hecho en varias ocasiones durante el azaroso viaje que habíamos realizado desde Plasencia hasta allí.

-¿Qué es lo que realmente ha ocurrido esta tarde? –le consultó Ildefonso, mostrando una gran curiosidad por saber la respuesta.

Benor nos explicó que quiso citarse con nosotros en la iglesia de San Esteban porque allí debía recoger, según le habían comunicado a través de un correo electrónico, una parte de un valioso pergamino que le dejaron en la parte posterior de la peana de la talla de la Virgen de los Desamparados. También nos expresó que en el mismo correo le decían que la otra mitad que completaba el suyo le había sido enviado a otra persona.

El dolor iba haciendo mella en Benor, por lo que Ariela le proporcionó un calmante que tomó con un sorbo de agua. Tras un pequeñísimo descanso prosiguió:

-Quise aprovechar mi estancia en Plasencia para recogeros, porque no es fácil llegar hasta aquí -nos manifestó a la vez que le pedía a Ariela que le trajese la chaqueta, donde había guardado el trozo de pergamino.

-Observé tus movimientos y me di cuenta de cómo lo retiraste de la peana de aquella talla. –le dijo Ildefonso.

-¿Quién lo colocó allí? –le pregunté.

-Lo desconozco en estos momentos, pero debe haberlo hecho alguien muy cercano a mí, pues era conocedor de mi correo electrónico donde me enviaron el mensaje indicándome el día y el sitio adonde debía de dirigirme para recoger el trozo de pergamino –nos manifestó.

Ariela, que llegó con la chaqueta y el pantalón, nos aclaró que en sus bolsillos no había encontrado ningún trozo de pergamino. También Benor revisó todos los bolsillos y no halló nada de lo que buscaba. Supusimos que la verdadera razón de aquel ataque violento había obedecido al robo del pergamino.

Era lógico pensar que una tercera persona debió de estar al corriente de su existencia, pues habían ido expresamente a robarle.

Pensamos que quienes lo extrajeron del bolsillo de Benor no debían de conocer el sitio donde escondieron el pergamino,

porque de haber sido así, lo habrían recogido antes de que nosotros llegásemos.

-¿Tienes alguna idea de quiénes están detrás de los que te golpearon? –volví a preguntarle.

No se fue por las ramas y con rotundidad nos expuso, que desde que se publicó “La Janukiya del Maestro de la Verdad”, había sido sometido a un implacable seguimiento por parte de las autoridades judías, ya que debieron de suponer que él se encontraba detrás de su publicación.

También por diferentes comunidades religiosas, entre ellas las católicas asentadas en Jerusalén.

-Por ello, me he visto obligado a abandonar mi tierra durante un tiempo prudencial y esconderme en diferentes países europeos. Afortunadamente, en nuestra organización nadie es imprescindible. Todo está perfectamente estructurado para que la falta de uno de nosotros sea suplida de inmediato por otro de los nuestros.-nos dijo Benor.

-¿Qué habéis hecho durante el tiempo que lleváis en España?

Intuyo que no habéis estado con los brazos cruzados.-le dije, interesándome por saber la actividad llevada a cabo durante ese tiempo.

La respuesta de Benor la esperábamos con gran curiosidad.

-Desde nuestra llegada a España nos hemos puesto en contacto con nuestros compañeros desplazados a esta parte de Europa. Algunos de ellos se encuentran aquí intentando descubrir el camino que siguieron Mariamne y quienes la acompañaron en el viaje emprendido desde Jerusalén.

-¿Quiénes le acompañaron? –le pregunté.

-José de Arimatea, Santiago y Nicodemo –dijo Benor

-Ya me dirás qué buscáis – le pregunté a la vez que cruzaba mi mirada con Ildefonso.

-Tú bien sabes que nosotros buscamos la Verdad, como siempre –nos respondió de forma clara y concisa.

Aquella respuesta no admitía interpretación. Durante unos segundos, que nos parecieron minutos, se produjo un silencio total que lo llenó todo.

-¿La verdad? –le inquirió Ildefonso, mientras le miraba expectante, esperando una contestación más explícita que no tardó en producirse.

-La verdad no solo se encuentra en los pergaminos de Mat-Yah y en los manuscritos que Mariamne escondió en la tumba de éste narrándonos su viaje -nos expresó Benor.

-Muchos pensamos que Mariamne se dirigió a la Península Ibérica–nos expuso con mucha seguridad Ariela -y prosiguió diciéndonos que también la verdad se encuentra en el Diario que Jesús escribió a lo largo de su vida y que Mariamne llevó con ella durante su ausencia de tierra judía.

-¿Insinúas que ese Diario puede encontrarse en tierra española? –le preguntó Ildefonso.

-No es que lo insinúe, es que estoy convencida de ello -nos dijo. Para acentuar su afirmación nos expuso que recordásemos cómo Mat-Yah nos dejó escrito que Mariamne bajó del Tabor solo con el Diario de Jesús.

-Lo que dices es verdad, pero no significa que Mariamne trajese con ella el Diario, –le indicó este.

-Es cierto que pudo existir esa posibilidad, aunque nosotros nos inclinamos por creer que lo trajo consigo. Al no hablarnos de ese manuscrito a su vuelta, suponemos que éste pudo ser dejado a buen recaudo aquí, en la Península Ibérica, temiendo que al regresar a Jerusalén pudiese correr algún peligro –nos aseveró Ariela con rotundidad.

Benor asintió ante la explicación de su compañera, a la vez que nos expresaba la dificultad tan grande que suponía localizar dicho Diario. Por ello, no podían dejar de pensar que paralelamente a su búsqueda en España, debían intentar llevar a cabo la exploración del lugar del Monte Tabor donde se encuentra la

tumba de Mat-Yah, con la intención de localizar los manuscritos que Mariamnes dejó sobre sus viajes.

En esos escritos debió de dejar constancia de la persona a quien dio el Diario y el lugar donde le hizo la entrega. De esa forma se podría hacer un seguimiento de los movimientos que pudo hacer ese personaje y por lo tanto averiguar el recorrido del Diario de Jesús.

Benor nos expuso lo importante que sería que encontrásemos el lugar del Tabor donde se hallaban los restos del Maestro de la Verdad.

Cumplir su pretensión era más que imposible, pues tanto Il-defonso como yo dudábamos de que el Ministerio de Cultura de Israel nos autorizase a realizar la búsqueda que Benor proponía. Sobre todo después de conocer lo que nos habían relatado.

-Bien sabéis -les dije, que tendremos muchísimos impedimentos para lograr este propósito y más aún obtener una autorización para excavar en el Monte Tabor.

Ariela tomó la palabra para explicarnos que en este momento no les resultaría difícil obtenerla. Sus compañeros de la Organización lo harían posible. Es más, nos indicó que la autoridad que debía concederla era uno de sus compañeros y que se llevaría con tanta discreción que nuestra presencia pasaría desapercibida.

-¿No será una autorización tan “real” como la que obtuvimos para estudiar la cueva Altair? -les dije sarcásticamente a la vez que sonreía.

-¡No! -Me contestó con una gran sonrisa. -En esta ocasión es cierto, será una autorización verdadera.

El tiempo había transcurrido muy deprisa, sin darnos cuenta. Llegamos a olvidar incluso que Benor se encontraba mal. Pienso que hasta él mismo se había desentendido de sus heridas, puesto que en ningún momento de aquella conversación sentimos una queja suya. Tan ensimismados estábamos con nuestra charla que se nos olvidó todo, no solo comer, sino también tomar una infusión o un café.

Era necesario hacer un alto en aquella interesante charla, pues era conveniente que él descansase un rato.

También nosotros necesitábamos tomar algo.

Ariela nos propuso que mientras ella preparaba la mesa y alguna cosa para comer, saliésemos un rato a dar una vuelta por los alrededores de aquella mansión, cosa que nos dispusimos a hacer porque nuestra curiosidad nos lo exigía.

Al salir, observamos que aquella casa tenía una gran antigüedad. Su forma y construcción la delataba. Estábamos seguros de que sus gruesos sillares fueron construidos con anterioridad al siglo X. También advertimos que había sufrido diferentes restauraciones a lo largo del tiempo.

Al explorarla detenidamente, Ildefonso me indicó que, por su forma, debió de haberse construido respetando el cuerpo original de una antigua iglesia.

Me pidió también que reparase en la forma que tenía la misma y me explicó que su figura se correspondía con una cruz latina de las denominadas de evangelización. Se había dado cuenta de ello al llegar y ver un gran depósito cilíndrico para almacenar agua situado frente a la puerta de entrada de la casa y a tan sólo unos metros de ella. Según él, aquella casa debió de haberse construido por los que, de alguna forma, llegaron allí en un pasado lejano con la intención de evangelizar a nuestro pueblo.

Estando abstraídos en nuestra conversación, oímos la voz de Ariela llamándonos para que volviésemos a la casa, pues la comida estaba sobre la mesa.

Antes de entrar reparé en el depósito de agua del que habíamos hablado. Con ese círculo colocado frente a la puerta principal de la antigua iglesia quisieron indicar a quienes llegaban hasta allí que aquel recinto estaba habitado por cristianos evangelizadores.

Entramos en la casa y a través del salón pasamos a uno de los laterales del antiguo crucero donde se encontraba el comedor, donde nos sentamos. El almuerzo transcurrió agradablemente y continuamos charlando con ella, mientras Benor seguía descansando.

En un momento de la charla, Ildefonso mostró su curiosidad por la mansión en la que nos encontrábamos, así como por todo su entorno.

-Nos ha gustado esta casa –le dijo.

Una sonrisa se dibujó en los labios de aquella mujer que se limitó a decir: -Sí, es una buena casa.

-¿De qué época es? –le dijo interesándose por ella.

-La actual edificación debió de haberse realizado antes del siglo XII o XIII y se corresponde con la modificación realizada a una iglesia visigoda,-aseveró Ariela. –Imagino que os habréis dado cuenta de que aún pueden verse diferentes elementos característicos de esa iglesia primitiva.

Era cierto, habíamos observado varios componentes de la misma: en el salón, reparé en algunas columnas terminadas en capiteles de estilo corintio con diferentes iconos en relieve.

En los lienzos de sus gruesos muros laterales advertí varias saeteras cerradas al exterior por vidrieras con diferentes motivos alegóricos.

-Dijisteis que un grupo de los vuestros había venido a buscar el Diario de Jesús porque estáis convencidos de que Mariamne lo trajo hasta la Península Ibérica y que en estas tierras lo escondió en algún lugar -les comenté.

-Así es, estamos en ello. os diré que no es fácil conseguirlo, hemos recorrido muchísimos lugares, buscando pistas, por donde pensamos que estuvo Mariamne y no encontramos nada –nos manifestó ella, -sin embargo, mucho más cerca de lo que podáis imaginar tenemos pruebas irrefutables de la presencia de uno de sus acompañantes.

Quedamos asombrados por la revelación de aquella mujer y creo que ella se dio cuenta de ello.

¿Más cerca de lo que podíamos imaginar? me preguntaba.

-¡No me digas que se halla debajo de donde nos encontramos!- le espetó Ildefonso.

La cara de ella se llenó de luz y de nuevo una sonrisa suave se dibujó en sus labios.

CAPÍTULO III

CAMINANDO HACIA LA LUZ

Cuando aquella mañana me levanté, tuve la agradable sorpresa de encontrarme con Benor que trabajaba ante su ordenador. Al darse cuenta de mi presencia, me pidió que me sentara junto a él. Cuando me disponía a hacerlo, entraba Ildefonso que, habiéndose levantado muy temprano, regresaba tras haber dado un paseo por los alrededores de la casa.

No esperó a sentarse para interesarse por varias aberturas a ras del suelo, situadas a unos metros de la parte posterior de la casa.

-¿Son los respiraderos de una cripta? –le preguntó dirigiéndose a Benor.

-Sí -le contestó Ariela, que oyó la pregunta cuando se incorporaba a la conversación trayendo una bandeja con varias tazas y una tetera.

-Cuando anoche hablábamos, intuí que debajo de la casa habría una cripta que podría guardar los restos de ese acompañante de Mariamne, -le declaró Ildefonso.

No dudé un instante en exponerles que estaba deseando bajar a la misma y saber la identidad de ese misterioso acompañante de nuestra Mariamne.

-Si os apetece, os propongo que después del desayuno bajéis con Ariela. Yo prefiero no hacerlo por razones obvias –nos indicó Benor.

Terminado el café, nos dirigimos hacia lo que antaño fue el ábside de un templo. Después de levantar una trampilla colocada bajo un mueble, nos dispusimos a bajar hasta el sótano a través de una ancha escalera de altos escalones.

Nada más entrar allí percibimos la frialdad y el olor característico de un lugar como aquél. Era un reducto de pequeñas dimensiones, de suelo cuadrangular y con bóveda baja. Aquella cripta estaba adornada con columnas de piedra con capiteles con pobres relieves, muy degradados por el tiempo y por la humedad.

En aquel espacio había cinco sarcófagos, de los cuales cuatro de ellos estaban situados en cada uno de los laterales, y uno de mármol, de menores dimensiones, se encontraba colocado en el centro de aquella sala.

-Aquí se encuentra uno de los acompañantes de los que os hablé -nos dijo Ariela dirigiéndose hacia el pequeño sepulcro de mármol.

Oír aquellas palabras hizo que de inmediato nos acercásemos hasta donde ella se encontraba.

-¿Esta es? -dijimos los dos al mismo tiempo, exteriorizando nuestra sorpresa, que no era poca.

Ildefonso se inclinó presto intentando descubrir alguna inscripción sobre aquella superficie lisa que tenía ante sí, sin lograr descubrir ninguna.

-La única impresión existente es la que se encuentra bajo mi mano. -nos indicó Ariela elevándola de la tapa que cubría el sepulcro.

Al observar detenidamente aquella cubierta vimos la figura de un pez. Conocíamos que aquel monograma colocado en una sepultura significaba que allí se encontraban los restos de una persona practicante de la religión cristiana. Por debajo de él, advertimos una inscripción realizada con un punzón para trabajar la piedra, según nos dijo Ildefonso y fue confirmado por Ariela.

Nuestra sorpresa fue grande al reparar en aquella leyenda.

מילשורי לש ומאדוכי

Le pregunté a Ariela el significado de aquellas graffias y su respuesta nos llenó de asombro.

“Nicodemo de Jerusalén”-nos dijo ella.

Aquello parecía increíble.

-¿Nicodemo el Maestro, el amigo de José de Arimatea? –le pregunté a Ariela.

-Sí, el sabio judío respetado por todos. El que junto con Santiago y el de Arimatea acompañaron a Mariamne en su viaje a esta tierra. –nos ratificó ella.

En aquel momento se incorporó a nuestra conversación Benor, después de haber bajado aquellas escaleras con muestras de sentirse bien, aun cuando había realizado un gran esfuerzo al hacerlo.

-Sorprendidos, ¿verdad? nos preguntó.

-Impresionados por verte tan bien y además por podernos encontrar ante el sepulcro de Nicodemo; nunca me hubiera imaginado verlo aquí, en este lugar –le respondió mi compañero.

-Desde hace muchos años sabíamos que él se encontraba en la provincia de Cáceres –manifestó Benor –sois las únicas personas no pertenecientes a nuestra organización que sabéis esta confidencia.

Aquella información nos proporcionó satisfacción, porque entendíamos que los celos que se produjeron en el Monte Tabor habían desaparecido. En aquellos momentos nos estaba revelando algo que para ellos era valiosísimo mantener en secreto y que había sido ocultado durante varios siglos.

Quizás no tenía sentido lo que estaba pensando, pero me preguntaba por qué lo hacía, y lo que creía más importante, si era cierto. Por otra parte no tenía motivos que me indujesen a pensar que él pudiese estar equivocado. Nos había demostrado en todo momento su seriedad y profesionalidad.

Quise profundizar y conocer cómo pudieron haber llegado hasta allí los restos mortales de Nicodemo.

¿Cuál fue el camino recorrido hasta llegar aquí?

¿Quiénes fueron las personas que lo trajeron hasta este lugar?

Ellos se sonrieron ante tantas preguntas, y los vi dispuestos a contestarme.

-Si os parece podemos subir y dejar esta cripta –nos rogó Ariela –aquí empieza a hacer frío.

Era cierto lo que decía, la humedad empezaba a hacerse notar, por lo que subimos hasta el salón.

Volvimos a acomodarnos y quedamos esperando a que uno u otro contestasen a mis preguntas. En esa ocasión fue Ariela la que tomó la palabra, después de haber colocado una almohada entre la espalda de su compañero y el sillón donde éste se sentó.

-Tenemos muy claro que la memoria histórica es cierta y siempre funciona de la misma forma. El recuerdo de los sucesos acontecidos queda grabado en la mente de quienes los viven. Estos son transmitidos de generación en generación, y así permanecen presentes en el subconsciente colectivo, en la mayoría de los casos en forma de leyenda -nos expuso ella.

-Intuyo que quieres llevarnos a algún momento del pasado relacionado con el supuesto viaje que emprendió Mariamne a estas tierras desde Jerusalén.

-Así es. Hay lugares, no sólo en España sino también en todo el sur de Francia, en los que aún perdura el recuerdo histórico de que Santa María Magdalena, nuestra Mariamne, pasó por ellos, -nos manifestó.

-¿Se sabe el nombre de estas poblaciones? –le consultó Ildfonso.

-Más que poblaciones son regiones enteras las que conservan esta creencia, -le respondió Benor.

Ariela nos contó cómo aún perdura la leyenda. Creen como hecho cierto, que María Magdalena con sus acompañantes llegó a la desembocadura del río Ródano, a las marismas de la Camargue, después de haber salido de Alejandría y navegado por el Mediterráneo, haciendo escalas en Siracusa, Messina, Nápoles, Roma y Córcega.

-¿Hacia dónde fueron desde allí? –le requirió Ildefonso.

Benor nos refirió que José de Arimatea, atravesando el Canal de la Mancha, se estableció en el Reino Unido y que Mariamne, Nicodemo y Santiago marcharon hacia el noroeste de la Península Ibérica por la calzada que hoy conocemos como Camino del Norte, bordeando el Cantábrico, y que más tarde fue la ruta que recorrieron algunos reyes europeos para ir a Santiago.

Siguió relatándonos que unos años más tarde Nicodemo se quedó evangelizando en la zona de Galicia y norte de Portugal y que Mariamne y Santiago dejaron la Península Ibérica y marcharon a Jerusalén.

-¿Desde cuándo están aquí los restos de Nicodemo? –Les pregunté.

-Desde el año mil novecientos treinta y uno –nos respondió Ariela.

-¿Y dónde estuvieron anteriormente? –volví a preguntarles, ya que la curiosidad me envolvía.

-Sólo sabemos que llegaron aquí una mañana desde la provincia de Zamora, traídos por un compañero de nuestra organización.

Nada más sabemos al respecto, porque quien los trajo hasta aquí llegó malherido y murió en brazos de otro compañero que fue a recogerlo, sin que le diese tiempo a comentarle nada al respecto –nos expuso Benor.

Llegados a este punto, Ariela nos refirió que Benor había decidido ponerse en contacto con nosotros a raíz de haber recibido por correo electrónico una información en la que le indicaban el lugar donde le dejaría un mensaje referente al sepulcro de Nicodemo.

-Nos quedamos desconcertados con aquel correo: nadie podía conocer nuestra dirección electrónica, y menos aún la existencia del sepulcro de Nicodemo –intervino Benor.

-Es cierto, nos quedamos de piedra. La existencia de este sepulcro ha sido conocida, a lo largo del tiempo, por muy pocos miembros de la Organización. Este asunto, como “tantos otros”, se ha llevado en el más absoluto de los secretos –apostilló Ariela.

Según nos refirió Benor, en un primer momento pensaron que a través del correo recibido podrían llegar a saber los sitios en los que habían estado los restos de Nicodemo.

Era importantísimo para ellos enterarse de esos lugares, porque teníamos la certeza que junto a sus restos se hallaría el Diario de Jesús que él pudo recibir de María Magdalena para que lo guardase hasta que volvieran a encontrarse, cosa que no llegó a producirse nunca, porque ni Nicodemo volvió a tierras judías ni María Magdalena regresó a Europa.

Tanto Ildefonso como yo, pensamos que podría ser más fácil seguir el recorrido hecho por el sepulcro de Nicodemo desde que fue enterrado en algún lugar de la Península Ibérica, que localizar la tumba de Mat-Yah, en la que Mariamne había dejado el relato de su viaje a esta parte de Europa tras la muerte de Jesús.

En el fondo, los dos estaban de acuerdo con el razonamiento que les estábamos exponiendo y llegaron a comentarnos que la Organización había intentado descubrir la tumba de Mat-Yah en el Tabor, pero no lo habían conseguido.

Recordé que el pergamino recogido por Benor le había sido sustraído y sentí rabia y un gran enfado, que no pude evitar exteriorizar, por no haber podido impedir su robo.

-Si no nos hubiésemos retrasado ese minuto en la iglesia, seguro que hoy tendríamos en nuestras manos el pergamino robado –comenté en voz alta.

Benor, quiso tranquilizarme al percibir mis sentimientos.

-Sé que no todo está perdido -nos dijo enderezándose en su asiento.

No salíamos de nuestro asombro al escuchar aquello, por ello fijamos nuestras miradas en la de Benor, intentando de esa forma no perdernos ni una sola de las palabras que saliesen de su boca.

Me dí cuenta de que Ariela, después de oírle decir aquello, estaba tan sorprendida como nosotros.

-Es cierto que me robaron el pergamino, pero antes de que me golpearan y me lo extrajesen del bolsillo tuve tiempo suficiente

para ver el mensaje y retenerlo en mi mente -nos expuso - la información proporcionada venía dada a través de un dibujo bastante simple.

En ese instante debió de llegarle a su mente el recuerdo del ataque de aquellos indeseables, porque reaccionó de forma impulsiva; cosa rara en él.

-¡Me pudieron robar el trozo de pergamino pero no mi memoria! -Se expresó con rotundidad.

¿Qué retuviste en tu memoria? –se interesó Ariela.

-El trozo que recogí contenía solo una parte del mensaje que quisieron transmitirme, evitando de esa forma que el pergamino completo pudiese caer en manos de alguien que no desearan -le contestó Benor.

-Entonces podemos pensar que quienes dejaron escondido el trozo de pergamino fueron precavidos y que, gracias a ello, hoy podemos tener la tranquilidad de que al menos quienes lo han robado no tienen el mensaje completo –apostilló de forma relajada Ildefonso.

-Por ello creo que quien dividió el mensaje era alguien de los nuestros o muy cercano a nuestra Organización puesto que conocía las normas por las que nos movemos –dijo Ariela.

Benor tomó un papel y sobre él fue transcribiendo la parte del mensaje dejado. Dibujó un rectángulo y en el centro del lado menor colocó el vértice de un ángulo agudo. Tuve la sensación de percibir el signo matemático menor que ($<$), y a continuación escribió un signo, que bien podría ser la letra omega seguida de una flecha, y junto a su pico el número 14.

-Sí, la letra omega, y estoy seguro que era lo que estaba escrito –aseveró Benor.

Después nos dijo que en la unión de este lado menor vertical del rectángulo con el mayor superior se formaba una semielipse que bien podía ser un signo parecido a la letra P. Trazó sobre el dibujo iniciado lo que acababa de decirnos.

(INCORPORAR DIBUJO)

-Pienso que nos encontramos ante un crismón –comentó Ildefonso.

-Eso fue lo que creí desde el primer momento que tuve el trozo de pergamino en mi mano –nos dijo Benor.

-Mucho estamos tardando en completarlo, salgamos de la duda –expuso Ariela.

Le pedimos Ildefonso que completase aquel dibujo y así empezó a hacerlo. Junto a ese rectángulo proyectó otra superficie simétrica, así como otro ángulo unido al que había colocado anteriormente por sus vértices.

Lo que apareció ante nuestros ojos estaba clarísimo, solo faltaba que colocásemos la letra Alfa al lado de la abertura del nuevo ángulo plasmado.

Aquello era un crismón.

-¡El principio y el fin! -exclamó Ariela.

Aquel dibujo era la representación del monograma de Jesucristo (XP), las dos primeras letras del nombre de Cristo en griego, Χριστός. Lo que no entendíamos era la flecha seguida del número 14, pero tenía la certeza de que con ella querían señalarnos o indicarnos algo.

-El mensaje podría estar claro, el principio y el fin de todas las cosas, pero no creo que quien me entregó el pergamino quisiera decirme únicamente eso -nos expuso Benor

-Demasiado simple para haberlo comunicado de aquella forma, ¿no os parece? –nos comentó Benor.

Durante algo más de dos horas estuvimos estudiando y dándole vueltas a aquel dibujo sin hallar respuesta alguna. ¿Qué mensaje quisieron transmitirnos?

El caso era que tanto a Ildefonso como a mí, nos resultaba familiar aquel crismón. Conocíamos muchos crismones de formas diferentes pero, no lográbamos ubicar este en ningún lugar de los muchos que habíamos visitado.

Desistimos de seguir intentándolo en aquel momento y nos preparamos para almorzar.

Durante la comida no dejé de pensar en aquel dibujo, y creo que a los demás les ocurrió otro tanto porque el silencio se adueñó de todo.

Cuando tomábamos el café, reparé en los planos que Ildefonso había dejado sobre una mesa y que había retirado del museo de Cáceres. Recordé entonces que mientras los recogía, yo recorrí sus diferentes salas de exposiciones y en una de ellas observé una pieza muy parecida a la dibujada por Benor.

-¡Ya está! –exclamé convencido de que había encontrado la respuesta a lo que buscábamos. Creo que este mismo crismón, lo he visto en la Casa de Las Veletas.

-¿En la Casa de las Veletas? –preguntó Ariela con gran curiosidad.

-Ese es el nombre del museo de Cáceres –le respondió Ildefonso.

Cuando Benor escuchó aquel comentario, propuso que Ariela y yo debíamos salir al día siguiente para visitar el museo y observar el crismón con nuestros propios ojos.

CAPÍTULO IV

TRAS EL CRISMÓN

No serían más de las nueve de la mañana cuando accedíamos a la ciudad de Cáceres. Después de un corto recorrido llegamos a la Plaza Mayor y a través de ella subimos por el Arco de la Estrella al Museo Arqueológico, tras dejarnos atrás las plazas de Santa María y la Cuesta de La Compañía.

Nos dirigimos al lugar que buscábamos y a la entrada de La Casa de las Veletas nos encontramos con el arqueólogo de aquel interesantísimo museo, Manuel Alvarado. Con él estuvimos interesándonos por el crismón que días antes había contemplado en una de las paredes de aquellas salas. Con una amabilidad exquisita, nos invitó a que lo acompañásemos y con él nos dirigimos a la sala sexta que era el lugar donde se encontraba el objeto que veníamos a ver.

Cuando estuvimos ante aquel ladrillo estampado, me di cuenta de que no era el crismón que buscábamos.

La decepción fue grande sobre todo para mí, que estaba seguro de que lo iba a localizar allí. El funcionario del museo vio cómo el desencanto había hecho acto de presencia en mi rostro y me interpeló por la forma que tenía el objeto que estábamos buscando.

-Tiene forma rectangular –le contestó Ariela.

Le mostré el dibujo del crismón que habíamos recreado y estudiado.

Una sonrisa se dibujó en los labios de aquel hombre, dándonos con ella a entender que conocía algo sobre el objeto que buscábamos.

-Tengo la sensación de que buscáis el crismón del Trampal – nos comentó el arqueólogo.

Aquella respuesta hizo renacer nuevas esperanza en nosotros, por lo que, sin pérdida de tiempo, le pregunté por el lugar donde podría dar con esa deseada pieza que andábamos indagando. Su respuesta nos alegró y llenó de esperanza.

-El crismón al que te refieres fue hallado en la basílica de Santa Lucía del Trampal, que se encuentra a algo más de tres kilómetros del pueblo de Alcuéscar –nos refirió satisfecho de habernos podido servir.

Tras aquel comentario, agradecemos al arqueólogo la ayuda que nos había prestado. Regresamos de inmediato y les expusimos a nuestros compañeros la información recibida. Ellos nos esperaban deseosos de saber el resultado de nuestra visita.

Durante el viaje llegamos a la conclusión de que la única forma de entender el significado de aquel trozo de pergamino era visitar el lugar de donde fue extraída aquella pieza.

Así se lo hicimos saber y estuvieron de acuerdo con nuestra visita a Alcuéscar.

Benor, que conocía perfectamente la memoria arqueológica de aquel sitio, nos sorprendió al hablarnos de la basílica del Trampal. Él dominaba muy bien su historia desde su primitiva edificación a mediados del siglo II y su posterior reconstrucción en el inicio del siglo VII. También nos informó de que en aquel lugar se albergó en un principio una congregación de cristianos arrianos y, con posterioridad, llegó a convertirse en el centro religioso cristiano, seguidores de Roma, más importante de la amplia comarca de las Herrerías, hasta el siglo VIII.

Ildefonso planteó la necesidad de hacer una visita a Santa Lucía del Trampal, para obtener alguna respuesta, con la que podríamos interpretar correctamente el mensaje transmitido a Benor.

Se decidió que éste no nos acompañase y que utilizáramos dos vehículos, para evitar cualquier contratiempo que pudiese surgir, durante el viaje o al realizar la visita.

Al día siguiente, después de haber dejado atrás el Cruce de las Herrerías, donde tomamos unos cafés con leche y un riquísimo pan con jamón, entramos en la ruta de los Alcornocales, que nos llevaría hasta la basílica.

Al llegar a ella, Ildefonso y Ariela se dirigieron directamente al monumento religioso; yo entré en el centro de interpretación, ubicado tan solo a unos metros de él. Fui diligentemente al mostrador de recepción de los visitantes, donde me atendió muy amablemente un señor de mediana edad, que además de conserje era un excelente conversador y conocedor de aquel interesantísimo centro.

Necesitábamos saber dónde fue hallada tan extraordinaria pieza, el crismón, por lo que no dudé en preguntárselo. Aquella pregunta tuvo una respuesta rápida por su parte.

-¿Le importa que le ponga un vídeo? -se ve perfectamente el crismón y el lugar donde en su día se encontraba -me dijo con deseos de ayudarme,

Me invitó a que le acompañase a la sala de proyección y mientras se dirigía hacia la misma no dejaba de repetir lo interesante que era aquella pieza arqueológica.

Le seguí y me senté a ver la proyección que el ponía en marcha. Tras unos minutos en los que fueron pasando imágenes del monumento religioso, apareció en la pantalla la pieza que buscábamos y que efectivamente no era la que habíamos visto el día antes en el museo.

Ante mí tenía el crismón que buscábamos. Sí, aquél era el que Ildefonso había dibujado ante nosotros, no tenía la menor duda. Solo faltaba la flecha seguida del número catorce que aparecía en el trozo de pergamino recogido por Benor.

Me sentí doblemente satisfecho porque además de ver el objeto que buscábamos, había logrado distraer a aquel hombre, para

que, mientras tanto, mis compañeros escudriñasen el interior de la basílica.

Mientras él preparaba la proyección para enseñársela a otros nuevos visitantes, yo dejé el Centro de Interpretación y fui hacia donde estaban mis compañeros.

Quería conocer el lugar exacto de donde había sido sacado el crismón, además de observar el recinto al que nos había conducido expresamente la persona que nos envió el mensaje a través del trozo de pergamino.

Tenía el convencimiento de que quien fuese sabía perfectamente que Benor encontraría este lugar. Mientras me acercaba a buscar a mis compañeros pensaba que esa persona deseaba mostrarnos algo. ¿Pero qué era ese algo? No lo llegaba a captar.

Cuando llegué a la basílica, los dos se encontraban tomando notas de cuanto consideraban interesante. Le pedí a Ariela que sin perder tiempo fuese a ver el vídeo con la intención de mantener al conserje lejos. Además, al visionarlo podría observar algo que yo no hubiese sido capaz de percibir.

Cuando ella salió del recinto religioso, sucintamente expuse a Ildefonso cuanto había visto en el Centro de Interpretación.

Le indiqué el lugar donde había observado el crismón en la proyección y hacia él nos dirigimos con la intención de averiguar algo que nos indicara el significado del trozo de pergamino. Aparentemente, nada veíamos que pudiéramos relacionarlo con ese objeto.

Tanto Ildefonso como yo repetíamos una y otra vez la palabra omega. Los dos pensábamos que en esta letra estaba la clave.

-Omega...final –repetía Ildefonso y volvía a repetir una y otra vez –omega...final...omega...

De pronto, tuvo una corazonada; como movido por un resorte se dirigió al ábside, donde terminaba la nave central...el final de la nave...omega...final... y al llegar a él, observó una pequeña oquedad en el muro por la que introdujo su mano y tras palpar con sus dedos el interior de la misma, notó que un fragmento de roca se

movía en su parte superior. Después de presionarlo se desprendió y cayó a su mano.

En un principio pensó que aquel trozo era del mismo material que el utilizado en la restauración llevada a cabo, pero al instante se percató de que lo que sostenía entre sus dedos no era uno de los elementos empleados en aquella obra. Ante él tenía un trozo de pizarra, distinto al resto.

Se acercó a mí para que la observase y, después de limpiarla con un pañuelo de papel que llevaba en el interior de mi bolso de cuero, nos percatamos de que sobre la superficie de la misma había un grabado que no apreciábamos bien.

Seguí limpiándola con un poco de saliva, a la que recurrimos algunas veces cuando no hay agua y queremos ver con mayor nitidez el objeto que tenemos en nuestras manos.

-¡Mira! ¡Mira! – le pasé a Ildfonso aquel trozo.

-¡Dios!-no pudo por menos que exclamar -es un crismón.

Los dos sonreímos de alegría.

-¿No buscábamos un crismón? Pues aquí lo tenemos, -le dije contento.

Aquel trozo de pizarra había sido colocado allí a conciencia por la persona que nos había llevado hasta aquel sitio y que de alguna forma deseaba comunicarnos algo, aunque en aquellos momentos no sabíamos lo que era.

Tanto Ildfonso como yo sabíamos que iniciábamos un camino difícil de andar, aunque teníamos conciencia que su recorrido sería apasionante. Después de guardarla nos dispusimos a regresar.

Ariela, que acababa de terminar y seguía de alguna forma entreteniendo a aquel hombre, nos esperaba. Al vernos se incorporó a nosotros y partimos de aquel bonito paraje.

No quisimos parar a comer porque estábamos deseando llegar a la casa para estudiar aquel trozo de pizarra, auxiliados por una buena lupa.

A nuestro regreso expusimos a Benor las vivencias de aquel día y fue entonces cuando Ildfonso sacó de su bolsa, que siempre le acompañaba, el trozo de pizarra y lo colocó sobre la mesa.

-Además del crismón grabado, ¿hay alguna inscripción? –requirió Benor.

Nos disponíamos a examinarlo cuando una tremenda lluvia hizo acto de presencia y nos acercamos a la ventana para ver como caía el agua.

CAPÍTULO V

EL VERDE DE LA PIZARRA NOS ENVOLVIÓ DE ESPERANZA

Intuí que aquel pequeño fragmento de roca fósil nos ayudaría a revelar lo que buscábamos.

Benor tomó la pizarra y advertimos la cara de satisfacción que le produjo tenerla entre sus manos. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que era de color verde.

Benor se puso a observar la superficie de aquella pieza, intentando toparse con una señal que le pudiese ofrecer alguna pista que lo llevara hasta lo que buscaba.

Pero, ¿qué buscábamos? me preguntaba una y otra vez, sin tener realmente conciencia de ello.

-¿Qué esperas encontrar? –le consultó Ildfonso convencido de que íbamos a obtener la respuesta que necesitábamos conocer.

-Tengo la seguridad de que esta roca nos conducirá hasta donde puede hallarse el Diario de Jesús, o nos llevará a un lugar donde podremos obtener la información suficiente que nos permitirá dar con la tumba de Mat-Yat en el Monte Tabor –me respondió mirándome fijamente.

Conforme hablaba no dejaba de estudiarla y al no percibir nada en ella nos la pasó para ver si veíamos algo interesante.

Ildfonso volvió a humedecerla introduciendo sus dedos en un vaso de agua y con ellos frotó su superficie. Tras esta acción

vislumbró unas figuras muy desgastadas de pequeños trilobites y sobre ellos unos trazos prácticamente imperceptibles por el desgaste sufrido a lo largo del tiempo.

Aquel descubrimiento le supuso enfrentarse a una contrariedad, dadas las expectativas que había puesto en ello.

-Tengo la seguridad de que quien nos llevó a esta pizarra lo hizo con la intención de dejarnos un mensaje para hacernos llegar a algún lugar determinado –volvió a insistir Benor,-de ello estoy seguro, nadie nos hace venir hasta aquí para dejarnos un trozo de pizarra con un puñado de trilobites fosilizados.

-¿Pero adónde? –demandó Ildefonso.

Aquella frase puso en marcha el mecanismo de mi mente e hizo que en aquel momento empezase a especular sobre su procedencia.

¿Y si con ella hubiesen querido comunicarnos de alguna manera su origen y de esa forma indicarnos el lugar hacia donde debíamos dirigirnos?

Esta y otras preguntas me hice, todas ellas encaminadas a obtener una respuesta que nos facilitase la dirección a tomar.

¿Qué piensas? Te veo muy ensimismado –me preguntó Ariela con suma curiosidad. -Cuenta, -me dijo.

Les expuse lo que estaba cavilando y cuanto pensé al respecto.

-Creo que la persona que ha querido transmitirnos el mensaje cuidó la forma de hacerlo para evitar que aún cayendo en otras manos que no fuesen las nuestras no lo pudieran descifrar -le aseveré con certeza.

Con el trozo de pizarra nos quieren indicar, posiblemente, que su procedencia es el lugar hacia el que debemos dirigirnos –le expuse a Benor, que escuchaba con gran atención.

-¿Y hacia dónde debemos encaminarnos? – se interesó Ariela, sin dejar de observar a Benor.

-Nadie como tú, conocedor de todas las zonas geológicas españolas, para decirnos donde se encuentra este material, -me inquirió Ildefonso.

-Desde el momento que vi este trozo de pizarra verde me di cuenta de que procedía de Galicia, concretamente de la provincia de Lugo, en la comarca A Terra Chá.

-Pues dejemos de dar vueltas a nuestras cabezas y no hablemos más; tengo claro, si estáis de acuerdo conmigo, que si es hacia allí a donde debemos dirigirnos, no podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo –le respondió Benor.

Nadie puso reparos para emprender el viaje y visitar la zona gallega hacia la que nos llevaba aquel fragmento verde. Ariela se interesó por el momento de la salida.

-Creo que debemos partir sin demora alguna, lo antes posible; si os parece, en cuanto Benor esté totalmente restablecido -nos expuso ella.

Ildefonso y yo decidimos volver a nuestros trabajos, para solicitar los correspondientes permisos, y de esa forma seguir investigando durante un período prudencial.

CAPÍTULO VI

EN BUSCA DE LO DESCONOCIDO

Después de unos días, y tras haber dejado ordenado y designado el trabajo a mis compañeros, me dirigí hacia Mondoñedo, una población de la provincia de Lugo, situada entre la Costa Lucense y la Terra de Chá, en la comarca de la Mariña Central, una pequeña y bella población con unos cinco mil habitantes. Habíamos escogido este lugar porque era el centro principal de una importante comarca minera de pizarras. Nunca había estado en ella, pero conocía muy bien sus fósiles del periodo cámbrico. Por ello, cuando tuve en mis manos la pizarra verde con esa variedad de pequeños trilobites, supuse que procedía de las canteras de Lourixe. Lo importante fue que yo interpreté correctamente el mensaje que quisieron darnos con la pista que nos dejaron. Afortunadamente, los demás dieron por buena mi indicación y la hicieron suya.

Durante el viaje desde Sevilla hasta allí tuve tiempo suficiente para recordar todo cuanto había estudiado de esa comarca. Intuí que ellos debieron de hacer lo mismo.

Tanto estudié la zona que, sin haber visitado Mondoñedo, tenía conocimiento de cada uno de sus lugares históricamente importantes.

Aquella indagación que íbamos a iniciar me apasionaba, aun cuando no tenía la certeza de lo que buscaba. Enfilé hacia Mondoñedo y

una vez allí me dirigí hacia el Hotel Mirador, que era donde habíamos quedado. El lugar donde se ubicaba el centro hotelero era un espacio tranquilo y se encontraba retirado de la población. Aquel sería nuestro cuartel general durante unos días.

Mi sorpresa fue grande cuando al llegar al mencionado sitio no vi a ninguno de mis compañeros. Nada más llegar a la recepción fui atendido por un joven que me rogó que lo siguiera hacia el exterior.

Ya fuera del hotel, me pidió que volviera a subir al coche, que él me acompañaría a reunirme con Benor. Fue un extraordinario copiloto que dirigió la marcha de mi todoterreno a través de una pista, en muy buenas condiciones, que nos llevó hasta una pequeña casa rural situada a unos cinco kilómetros de Mondoñedo.

En ella me estaban esperando nuestros amigos Benor y Ariela, que al verme no disimularon su alegría.

No habíamos terminado de saludarnos cuando Ildefonso hizo acto de presencia.

El aspecto que presentaba Benor era excelente. Se encontraba totalmente recuperado, como si nada le hubiese ocurrido unas semanas antes.

Nos sentamos cómodamente y, antes de que empezásemos nuestra conversación, Ariela nos expuso las consideraciones que la habían llevado a cambiar el lugar de nuestro encuentro. Pensó que al hacerlo de esa forma, evitaríamos miradas inoportunas y sobre todo que nos hiciésemos visibles los cuatro juntos.

Tras unos quince minutos de comentarios sobre nuestros quehaceres diarios pasamos a hablar de lo que realmente nos interesaba, la razón que nos había llevado a vernos allí.

Abrió el fuego Ariela, diciendo que tenía la sensación de que yo estaba en lo cierto cuando les expresé que la pizarra había sido una de las pistas que nos habían dejado para hacernos llegar hasta aquel sitio.

-Pienso que aún es muy pronto para estar seguro de ello –le respondí a nuestra amiga.

-Durante estos días hemos estudiado con gran profundidad esta zona y pensamos que tiene una historia muy interesante, por lo que creemos que algo importante surgirá de aquí –nos expresó Ariela.

-Por lo pronto, nos encontramos en la zona por donde transcurre el Camino Norte de Santiago, por el sendero que los monarcas europeos transitaron a lo largo de cientos y cientos de años para peregrinar a la ciudad de Santiago de Compostela a orar ante el discípulo de Jesús –manifestó Benor con rotundidad.

-Estoy de acuerdo contigo en que este debió de ser el camino que recorrió Santiago y quienes lo siguieron hasta llegar a esta tierra. Si realmente llegaron a las costas francesas, como la leyenda cuenta, este es el camino natural –acentuó Ildefonso.

Me sonreí al oírles hablar de aquella forma. Me di cuenta de que todos habíamos profundizado en el conocimiento de la comarca y así se lo hice saber.

Eso era bueno, porque al menos sabíamos de lo que estábamos hablando y esas circunstancias nos facilitarían muchísimo la exploración del camino que podría llevarnos a encontrar lo que habíamos venido a buscar.

Tengo la intuición de que habéis preparado concienzudamente el plan a seguir. ¿Me equivoco? -le pregunté a Benor.

-Si es así, decidme cual es el que habéis diseñado –se interesó Ildefonso.

Tomó la palabra Benor y nos expuso que lo ideal sería que nos dividiéramos en parejas y que fuésemos a lugares diferentes. Yo marcharía con Ariela para visitar la catedral de Mondoñedo y él con Ildefonso visitaría el monasterio franciscano ya en ruinas y abandonado, que se encuentra en la falda de una sierra cercana a la población. De esa forma, por separado, adelantáramos muchísimo.

-Debemos visitar todo tipo de construcciones con cierta antigüedad y observar cualquier elemento que esté relacionado con estos dibujos –nos adelantó Benor, a la vez que extendía sobre la mesa un pliego de cartulina.

Nos acercamos con sumo interés para ver lo que Benor había preparado.

-Este dibujo, -nos insistió,- es la reproducción de los que vi en el pergamino que me robaron. Tengo la seguridad de que eran grafos como los que he trazado, si no exactamente iguales, al menos muy parecidos.

Ante nosotros se encontraba el crismón completo seguido de una flecha y junto a ella el número 14.

Tras observar atentamente aquel dibujo preparamos minuciosamente el recorrido de cada uno de aquellos lugares.

Más tarde salíamos al exterior de la casa a dar un paseo por el precioso entorno natural de aquel valle, en plenas rías altas lucenses. Los últimos rayos del sol de aquel día anunciaron el momento para volver a la casa.

Tras una cena y una larga hora de sobremesa decidimos marchar a descansar. Debíamos hacerlo pronto, puesto que el nuevo día podría ser muy ajetreado.

Hacia las ocho de la mañana, tras desayunar, nos encontrábamos preparados para dejar la casa. Los primeros en hacerlo fueron ellos. Unos veinte minutos más tarde salíamos nosotros.

Después de recorrer un bello sendero de castaños y robles salpicado por algún que otro hórreo, nos dirigimos directamente hacia la población de Mondoñedo. Antes de adentrarnos en su casco urbano aparcamos el coche y fuimos andando hasta la plaza porticada de la catedral.

Nada más situarme frente a la misma quedé sorprendido al observar su puerta tardorrománica y por encima de ella, un gran rosetón gótico entre dos torres muchísimo más modernas.

Durante un tiempo estuvimos observando su exterior, intentando descubrir algo que nos llamase la atención. Al no lograrlo nos inclinamos por entrar en el interior de aquel templo.

Una vez dentro observamos en los laterales de su nave central pinturas murales de la época medieval en la que estaban

representadas escenas de la vida de San Pedro y la del degüello de los Santos Inocentes.

Me senté frente al altar mayor, en uno de los bancos mejor situados para estudiar sin prisa los diferentes rincones y retablos que divisábamos desde donde estábamos.

Por tres veces Ariela se levantó y depositó unas cuantas monedas para poner en funcionamiento el alumbrado de la catedral, con el fin de que pudiésemos observar todos los detalles interesantes.

De vez en cuando aparecían grupos de visitantes con sus guías interrumpiendo nuestra concentración. Nuestros sentidos intentaban descubrir alguna figura o símbolo relacionado con lo que buscábamos, por lo que mirábamos todo, desde los capiteles de la Capilla Mayor, con sus escenas de la vida de Jesús, hasta el retablo rococó con las de la Asunción.

En varias ocasiones miramos con suma atención los medallones con los bustos de San Pedro y San Pablo, intentando descubrir un signo que nos dijese algo interesante.

También buscamos en las capillas de San Francisco de Asís, la de la Concepción, la del Ecce Homo y la del Santísimo -antigua capilla de la Magdalena.

No perdimos la ocasión de echarle un vistazo a los relieves de las sacerdotisas paganas. La mañana iba terminando sin aportarnos nada significativo, por ello decidimos visitar el museo catedralicio.

Sacamos nuestras entradas y, acompañados por una extraordinaria guía, atravesamos el claustro de planta cuadrada que nos impresionó por la exquisita sencillez de sus arcos de medio punto. Nos adentramos por una de sus puertas laterales y subimos por una escalera que nos llevó a una de las salas del museo.

Al entrar en ella tuvimos la sensación de encontrarnos en un desván: muchas imágenes, cuadros y objetos se agolpaban con poco orden.

Visitada esta sala, continuamos por un reducido pasillo situado a la altura del gran rosetón. Desde ese punto se contemplaba

toda la catedral con su forma de cruz latina. Desde allí nos adentramos por otro ahogado corredor que nos llevó a la segunda sala.

Antes de entrar en ella, Ariela me dijo que no le gustaba cómo se estaba realizando la visita, ya que era difícilísimo poder observar los elementos expuestos. Había pensado, según me dijo, que uno de nosotros debería quedarse dentro del museo, para así poder estudiarlo y que ese alguien debía ser ella, pues además de serle más fácil esconderse, sus conocimientos sobre el arte posromano eran muy grandes.

Las razones me parecieron lógicas y convincentes, así que mientras hacíamos la visita vimos que el mejor sitio para escabullirse era detrás de la imagen de la Virgen Encinta. Ella aprovechó el momento en el que yo le hacía una pregunta a la guía para esconderse tras ella.

Hacia las dos de la tarde salí de la catedral, dejando a Ariela dentro. Ella contaba con dos horas y media para husmear en aquellas dos salas. Yo, mientras tanto, marché a almorzar a un mesón cercano.

Durante la sobremesa entablé conversación con el mesonero, un señor corpulento y afable, gran conversador y conocedor de la historia de su pueblo, que además se sentía orgulloso de ser de Mondoñedo.

Yo no tenía prisa por marchar, ni él por dejarme, por ello estuvimos charlando hasta las cuatro y cuarto. Me fui porque debía recoger a Ariela.

En el tiempo que estuve hablando con él me comentó que Mondoñedo se convirtió en sede catedralicia cuando Doña Urraca dictó en 1112 una orden por la cual la sede de San Martín de Mondoñedo se trasladaba a Villamaior. Con el tiempo ese pueblo se convertiría en lo que hoy es Mondoñedo.

Según él, las razones de este cambio de ubicación fueron debidas al peligro que suponía encontrarse esa catedral cercana al mar y consecuentemente a los ataques que se venían cometiendo por parte de los normandos.

Fue en ese instante de la conversación cuando me di cuenta de que al pueblo al que debíamos haber ido era a Foz y desde allí a la basílica de San Martiño de Mondoñedo, ya que en aquel lugar se ubicaba la primitiva catedral que veníamos buscando, y no en la que en aquellos momentos se encontraba Ariela.

La misma denominación de los recintos religiosos fue la que nos hizo confundirnos.

Me despedí de aquel buen hombre y me dirigí a buscar a Ariela, que después de haber dejado su escondite llegó hasta donde la estaba esperando.

Ariela no encontró nada interesante entre los elementos expuestos en el museo, pero pudo copiar un escrito por el cual se ordenaba trasladar la catedral a ese lugar. Los dos habíamos llegado a la misma conclusión de forma diferente.

Le comenté la conversación mantenida con el mesonero así como el error que habíamos cometido al confundir Mondoñedo con San Martiño de Mondoñedo. Esa equivocación, en parte, había obedecido también a que ambos templos habían sido catedrales.

Cuando volvimos con Benor e Ildefonso le relatamos cuanto nos había ocurrido. Ellos tampoco averiguaron nada que nos sirviese para llegar al punto que nos proponíamos.

Comprendimos que habíamos perdido un día de búsqueda y coincidimos en que al día siguiente saldríamos hacia la población de Foz, que era el lugar donde se encontraba San Martiño de Mondoñedo.

CAPÍTULO VII

VISITA A SAN MARTIÑO DE MONDOÑEDO

Recuerdo que era un domingo de mayo cuando nos trasladamos a Foz y desde allí nos dirigimos a la Basílica de San Martiño de Mondoñedo. Tuvimos que hacer veintitrés kilómetros hasta entrar en una explanada que servía de aparcamiento a los coches que llegaban hasta allí.

En esta ocasión íbamos los tres, Benor tuvo que quedarse, pues no se encontraba bien. Desde donde estábamos percibí los grandes contrafuertes que sostienen el templo, así como la sobriedad y solidez de sus muros.

Una atracción serena me llevaba hasta la basílica. Alrededor de esta, vimos mucho movimiento de personas, y al acercarnos, por la vestimenta de algunas de ellas, imaginamos que se estaba celebrando una fiesta.

Cuando estuvimos junto a aquel grupo pudimos enterarnos de que aquel día se celebraba la romería de San Gonzalo.

Por ellos supimos que año tras año se celebraba aquella fiesta religiosa recordando el milagro que San Gonzalo realizó, al destruir las naves normandas que atacaban aquellas costas, desde el monte al que se había trasladado con los vecinos huyendo del ataque de aquellos barcos.

Los devotos reunidos ese día, procesionaban la imagen del Obispo Santo, como llamaban a San Gonzalo, desde la basílica de San Martiño hasta una ermita que se encuentra ubicada en una loma a tan solo unos kilómetros de donde nos encontrábamos.

Después de aquella breve conversación con los vecinos nos dirigimos directamente a la basílica. La entrada al templo la hicimos por la puerta principal, que aquel día se abrió para sacar al Santo Patrón.

Fue Ariela la que se dio cuenta de que en el centro del dintel pentagonal del pórtico de entrada había labrado un círculo y dentro de éste se veía un crismón idéntico al que buscábamos.

Mi alegría fue tan grande que me abracé a ella. Cuando me separé, reparé en sus ojos y vi que estos relucían y brillaban. Nunca hasta entonces me había fijado en ellos, y bien sabe Dios que me llamaron la atención. Eran unos ojos limpios, pero sobre todo llenos de verdad.

Durante unos minutos estuvimos observando el crismón y confirmamos que era idéntico al dibujo que nos había presentado Benor.

Al entrar en el templo constaté que su planta basilical estaba dividida en tres naves con cruceros, cada una de ellas acabadas en un ábside. Pensaba que allí descubriríamos algo interesante.

Ildefonso, que iba algo adelantado a nosotros, estudiaba el muro lateral izquierdo y al llegar a su altura nos dijo que aquella parte se correspondía a la que pudo ser una iglesia del siglo V o VI. También nos comentó que esa construcción debió de haberse llevado a cabo sobre los restos de una anterior y primigenia iglesia, que bien pudo haber sido de finales del siglo I, o principios del II.

Estando atento a lo que nos decía nuestro compañero, se acercó a nosotros una amabilísima mujer, que más tarde supimos que era la persona responsable de aquel recinto.

-Me llamo Elvira, ¿desean que les informe sobre algo en particular que les interese? -nos dijo.

Estaba clarísimo que íbamos a agradecer aquel ofrecimiento, sobre todo porque era una persona preparadísima y concedora de todo el contenido de la basílica y nosotros necesitábamos saber mucho al respecto.

Ella nos confirmó lo que Ildefonso había supuesto, que aquella basílica fue erigida encima de otro edificio religioso construido en siglos anteriores, sin precisárnoslo. También nos manifestó que se habían hallado diferentes restos arqueológicos anteriores al siglo IV.

A Ariela le llamó la atención un sencillo sepulcro de roca ubicado en una de las naves laterales, la que se correspondía a la pared sur.

Elvira, que seguía con nosotros, nos comentó que era el sepulcro de San Gonzalo y continuó manifestándonos que los terrenos que en la actualidad ocupaba San Martiño de Mondoñedo fueron ofrecidos por orden de Alfonso III para que en ellos se fundara un monasterio y una sede episcopal doble, donde se habían trasladado los obispados de Dumio y el de Bretoña. Al frente de este nuevo obispado se colocó al obispo Sabarico.

Continuó relatándonos que allí había permanecido la sede episcopal desde el año 870 hasta el 1112 en que la reina Doña Urraca, por delegación del papa Pascual II, la trasladó por temor a los ataques de los normandos hacia la zona interior, a Villamaior de Brea, que más tarde llegaría a denominarse Mondoñedo.

Nos refirió que hubo un obispo llamado Rosendo, más tarde arzobispo de la catedral de Santiago de Compostela, que modificó considerablemente la antigua iglesia, entre los años 925 y 948, fecha en la que se retiró al monasterio de Celanova (Orense), que él había fundado con anterioridad.

Antes de que Elvira se marchase a seguir organizando la procesión del Santo Obispo, nos habló del báculo y del anillo de San Gonzalo, que se hallaron en el sepulcro de piedra.

Observamos con detenimiento las fotografías expuestas de aquellos objetos.

Nos llamó la atención el báculo terminado en una extraña cabeza de reptil, así como un anillo de oro con una piedra de cuarzo sujeta por cuatro pequeñas cabezas de aves y con la inscripción “NOLO ESSE DATUS NEQUE VEMUNDATUS”, que según nos dijo Ariela quería decir “No quiero ser dado ni vendido”.

Ildefonso que había estado observando cada uno de los rincones de la basílica, se acercó a nosotros y volvió a sorprendernos al pedirnos que le acompañásemos al altar porque había descubierto algo que nos agradaría ver.

Y bien que nos alegramos cuando estuvimos delante de otro nuevo crismón semejante al del pórtico. No teníamos dudas y cada vez nos reafirmábamos más de que la persona que envió el pergamino nos había querido llevar expresamente hasta San Martiño de Mondoñedo.

Decidimos dejar aquella basílica y comentar con Benor todo cuanto habíamos visto.

Aquella visita nos había dejado buen sabor de boca pues nos llevábamos la satisfacción de haber encontrado allí el crismón que buscábamos.

Pudimos haber salido por una puerta lateral que también permanecía abierta ese día, debido a la fiesta que se estaba celebrando, pero preferimos hacerlo por la principal para echarle una nueva ojeada al crismón.

Después de habernos recreado en él, y volvernos para dejar aquel recinto sagrado, nuestras miradas se fueron hacia un escudo heráldico colocado en una pared frente al crismón y a su misma altura. Nos acercamos hasta este, siempre con la intención de averiguar algo que nos ayudase en nuestra búsqueda.

Una vez ante él, nos percatamos de que aquel escudo era bastante extraño. A mí me pareció; una mezcla de diferentes elementos asomaban en sus distintos cuarteles.

Quisimos saber la opinión que sobre él tenía Elvira y las personas que se encontraban allí para incorporarse a la procesión del Santo Obispo.

Ariela y yo nos fuimos acercando a cada una de ellas y les preguntamos por el escudo, pero ninguna pudo darnos la más mínima información al respecto. Todas desconocían a quién había podido pertenecer y por supuesto quiénes pudieron ser los que lo colocaron en aquella fachada.

Conforme iba preguntando, observé cómo un señor de algo más de setenta y cinco años no dejaba de mirarnos. Intuí que sabía algo sobre aquel escudo, pero al dirigir mi vista hacia él, esquivaba mi mirada y se hacía el huidizo.

Aquel hombre intentó confundirse entre las personas que allí se encontraban. Deseaba pasar desapercibido, pero aún así, no dejaba de interesarse por lo que nosotros hacíamos.

Cuando la procesión inició su marcha hacia la montaña, aquella persona empezó a bajar las escalinatas que llegaban a la basílica.

Al hacerlo, no dejaba de volverse hacia atrás con la intención de seguir observando nuestros movimientos. Nos buscaba con su mirada. Al darme cuenta de ello me adelanté a buscarlo, y al llegar a su altura lo saludé con una amplia sonrisa y él cortésmente me devolvió el saludo.

-¿Le importa que le haga una pregunta? –le consulté con la esperanza de que me contestase.

-¿Sobre el escudo heráldico? –me respondió.

-¿Y cómo sabe que deseo preguntarle sobre el escudo?-le inquirí.

-No he dejado de observarle desde hace un buen rato, y sé que ustedes andan buscando algo, aunque no podría decirle en estos momentos lo que es, pero tampoco me interesa lo que escudriñen por San Martiño.

-Me llamo Luis.

-Yo José María.

Observé que después de aquella presentación su rostro cambiaba, empezaba a relajarse y a mostrarse como lo que realmente había percibido en él, un hombre amable, educado, y por supuesto muy culto.

-¿Se puede saber qué buscan ustedes en San Martiño? –me inquirió con cierta curiosidad, pero de forma amable.

Le comenté que nos encontrábamos en Galicia visitando monumentos románicos y que lógicamente no podíamos dejar de venir a Foz a ver esta maravillosa basílica. Que después de haberle echado un vistazo al interior y dejar la basílica, reparamos en el escudo heráldico y cómo su ubicación en la pared frente al santuario me chocó por estar fuera de lugar, por lo que me interesé por ello. Aquella fue la razón y no otra por la que preguntábamos a los vecinos que se encontraban allí, y nadie había sabido darnos una respuesta.

Por último le dije que esperaba que él pudiese ayudarnos a encontrarla.

José María empezó a titubear, y noté que dudaba si me decía algo sobre el escudo o no. Poco a poco fue hablándome de San Martiño y por último terminó contándome que ese escudo no era de la zona de Foz, ni tan siquiera de Galicia, que fue traído hacia el año 1930, por un maestro albañil desde una provincia fuera de Galicia.

Mi pregunta no se hizo esperar. Nada más oír aquello, le pregunté por el nombre de esa provincia.

Él me respondió que no recordaba su nombre, porque su memoria empezaba a fallarle algo, aunque creía que había llegado de una pueblación de Zamora.

Según me dijo, la persona que lo llevó, había vivido a tan solo unos tres kilómetros de donde nos encontrábamos, nos dijo dirigiendo su mirada hacia ese lugar.

-Creo que aún vive un nieto de ese hombre - me respondió sin dejar de mirar hacia la lejanía.

-¿Recuerda su nombre?-le pregunté.

-Creo que se llama, o llamaba, porque no sé si vive aún, Cristóbal.

Ninguna otra información pude obtener de José María, quizás fuese verdad lo que me dijo, y que no supiese nada más sobre el escudo.

Me despedí de él y lo vi marchar tras haberse subido en un coche conducido por el sacerdote que habíamos visto en los actos que se habían celebrado en la basílica.

Volví a subir la escalinata para incorporarme a donde se encontraban mis compañeros esperándome. Estos me recibieron con cara de alegría junto al escudo.

Antes de llegar hasta ellos me cercioré bien de la dirección del sitio que con su mirada había indicado José María.

Para mí tenía importancia hacerlo, puesto que mi intención era salir otro día a buscar al nieto del albañil.

-¿Quieres oír una buena noticia? –me dijo Ariela antes de llegar hasta ellos.

-Empieza a dármela.

-¿Qué pensarías si te dijésemos que la distancia entre el crismón y el escudo es de catorce metros? –me espetó Ildefonso.

-Te diría que coincide con el número catorce que plasmó Benor en el dibujo que nos hizo recordando la mitad del pergamino que le robaron –le respondí.

Sí, aquella era una sorpresa, tan grande como la que acababa de darme José María. Podríamos tener algo claro, que la flecha del dibujo nos señalaba al escudo.

Después de contarles mi conversación con José María coincidimos en que debíamos averiguar el lugar de donde aquel maestro albañil había traído dicho escudo heráldico. Aunque aquello no sería tarea fácil, al menos sí teníamos algo en que apoyarnos. Hacía tan solo unas horas no podíamos decir lo mismo.

Decidimos marcharnos cuando al disponernos a entrar en el coche para dejar aquel lugar, un señor de algo más de sesenta años se acercó a nosotros. Antes de llegar a nuestra altura supuse que aquel hombre deseaba hablarnos, y así fue. Nos extendió la mano y nos saludó presentándose como el padre Santiago.

-¡Como el apóstol! –le expresó Ariela con una agradable sonrisa, intentando romper de esa forma el hielo de la conversación iniciada.

-Así es, como el apóstol –le respondió devolviéndole otra sonrisa.

-¿Vive en este pueblo? –le preguntó Ildefonso.

-No, nunca había estado en este precioso lugar -le contestó y continuó hablando -como me parece impertinente preguntaros por las razones de vuestra visita a San Martiño, no voy a hacerlo, pero os he estado observando desde que entrasteis a la basílica, adonde he acudido a orar estos dos últimos días, y me he dado cuenta de que durante mucho tiempo habéis estado buscando algo que no encontrasteis.

-Es usted una persona muy observadora -le dijo Ildefonso, con su sonrisa socarrona.

-¿Puedo ayudaros de alguna forma en algo? –nos dijo aquel hombre.

Aquella respuesta me desconcertó muchísimo, más a mí que a ella. Ariela, con la misma franqueza que él le había respondido, le contestó:

-Es cierto que buscamos algo, pero no sabemos realmente lo que es, aunque pueda parecerle extraño –le dijo sin perder su sonrisa.

La expresión de la cara de Ariela empezaba a gustarme, tenía algo enigmático en ella, algo capaz de transmitir confianza a quien la mirase. Precisamente pienso que eso fue lo que le ocurrió al padre Santiago, al contestarle de la forma que lo hizo.

-Buscamos tantas veces cosas sin saber lo que es, que no me extraña que esta sea una más - le contestó a la vez que le decía, - llevo buscando durante unos meses la manera de transmitir un secreto a una persona y no encuentro la forma de hacerlo.

-Nosotros, de alguna forma, somos buscadores de secretos, y esa es una de las razones que nos hace estar aquí -le respondió ella con rotundidad.

-Posiblemente el secreto que yo quiero transmitir sea el que vosotros deseáis conocer -le dijo él para despertar su curiosidad.

Yo permanecía a la expectativa, en el más absoluto de los silencios, observando al recién llegado. Aquel hombre que teníamos ante nosotros quería decirnos algo y no hallaba la forma de hacerlo.

-No lo creo, sería demasiada casualidad y no abogo por ella – opinó Ariela.

-Yo sí creo en la casualidad, a veces ocurren cosas extrañas que obedecen a situaciones casuales. Nunca me planteo por qué estas situaciones acontecen, ya que carecen de la lógica más elemental, pero ocurren, –les expresé, y a la vez invitaba a Santiago a que nos indicase de algún modo su secreto, si es que era eso lo que pretendía.

Al decirle esto observé los gestos de su cara y creí que de un momento a otro se abriría a nosotros.

-Estos dos últimos días he estado viniendo por la mañana y por la tarde, porque esperaba vuestra llegada –nos dijo aquel hombre.

A partir de aquel instante entre él y Ariela se entabló un interesante intercambio de pareceres. Cada cual intentaba descubrir las cartas del otro. Por ambas partes hubo un gran derroche de inteligencia y sagacidad. Al final de la conversación Santiago fue cediendo y nos invitó seguirle.

Salimos de aquel aparcamiento y nos dirigimos hacia un lugar tranquilo y próximo al sitio que dejábamos. Tras unos minutos de conversación, extrajo de uno de los bolsillos de su chaqueta un trozo de pizarra verde.

Nada más sacar aquel trozo, ella y yo nos miramos. Ambos estábamos sorprendidos y al mismo tiempo convencidos de que aquel hombre deseaba transmitirnos algo interesante.

Observamos el trozo de roca que Santiago sostenía entre sus manos y a la vez dijimos: -¡Es idéntico al nuestro!

Necesitábamos comprobar si aquel trozo encajaba con el recogido por nuestro compañero.

-Nosotros, bueno, un amigo nuestro, tiene un trozo similar a éste que bien pudo haber formado con el suyo parte de la misma pieza –le comentó ella.

-¿Te refieres a Benor? –se interesó él.

-¿Y cómo sabes que mi compañero se llama Benor? –le inquirió Ariela sorprendida.

Prosiguió y nos dijo que conocía muchas cosas de nosotros. Nos dijo que él personalmente, había llevado a la Iglesia de San Esteban de Plasencia, y colocado bajo la peana de una de sus imágenes, una parte de un pergamino, que con el nuestro formaba también un todo.

Era cierto todo cuanto me decía aquel hombre, por ello creí conveniente decirle que nuestro compañero había venido con nosotros a Galicia, pero que se encontraba en otra población cercana.

-Sé que llegasteis ayer a Mondoñedo. Tenía la certeza de que Benor lograría entender que la pizarra verde que encontrasteis en el Monasterio del Trampal y esta os traería hasta aquí.

-Entonces el encuentro de hoy no ha sido una casualidad –le respondí.

-Al igual que tú, tampoco creo en las casualidades. Los hechos que acontecen no son fruto de la casualidad, sino de una ardua y minuciosa preparación.

Santiago nos dijo que tuvo conocimiento de la llegada de Benor a España desde el instante en que el avión en el que voló tomó tierra en el aeropuerto de Barajas y cómo desde ese instante le hicieron un seguimiento.

-¿Tenéis algo que ver con el robo del pergamino y la consiguiente paliza a nuestro compañero? –le inquirí con cierta rabia contenida.

Un no rotundo salió de su garganta.

-Estuve a punto de evitarlo, pero el retraso de unos minutos me impidió socorrerle. Cuando llegué a la plaza de la iglesia, vosotros salíais de ella y lo asistíais, pero sí pude tomar la marca del coche en el que huyeron los agresores y su número de matrícula.

No fue necesario seguiros porque sabía muy bien adónde os dirigíais.

-¿Por qué conocías que Benor acudiría, precisamente aquella mañana, a la iglesia?

-Muchas preguntas al mismo tiempo, en un lugar inapropiado y sin que esté presente la persona con la que deseo hablar.

Quiero reunirme con Benor, lo antes posible, mejor mañana que pasado-nos indicó el padre Santiago.

CAPÍTULO VIII

EL SECRETO DE ASael

Al día siguiente, tal como lo habíamos previsto, llegó el padre Santiago. Al abrirle la puerta para que entrase pude fijarme bien en el aspecto que presentaba su rostro. La naturaleza no había sido nada generosa con él. Tenía una cabeza grande totalmente rapada, con finos cabellos pelirrojos, unas orejas pequeñas y puntiagudas y ojos saltones como los de un sapo, sobresaliendo desde su cara blanca y barbilampiña.

Lo invité a entrar y nos reunimos con Benor. Aquel fue un encuentro aparentemente cordial, pero en el fondo había mucha desconfianza. Sobre todo por nuestra parte. Él se mostraba confiado y yo diría que hasta excesivamente cordial.

Desde un principio se respiró mucha cautela, cosa que no me sorprendió. Sin preámbulos pasamos a hablar de las razones por las que estábamos reunidos allí.

-Me han dicho mis compañeros que usted tuvo noticia de mi llegada a España en el momento en que esta se produjo –le requirió Benor.

-Así es, aunque le pueda parecer extraño –le contestó.

-Más que extraño, me resulta sorprendente pues solo tenía conocimiento de mi llegada una sola persona y esta murió unos días antes de que llegara aquí –le respondió Benor.

-Es cierto cuanto dices, esa persona era el viejo profesor Asael. Estuve junto a él en su muerte. No quiso que nadie más lo acompañase en ese momento, -nos dijo Santiago.

A continuación añadió que a pesar de la diferencia de edad entre ambos, eran amigos entrañables y que al darse cuenta del poco tiempo que le quedaba, encontrándose en plena lucidez, deseó transmitirle su secreto.

-Según él, usted llegaría después de su muerte, como así fue, y no podría comunicárselo en persona, -nos relató Santiago con una tranquilidad y entereza que nos llamó la atención.

Cada frase que él pronunciaba la escuchábamos con sumo interés, intentando percibir algo que nos pudiese indicar la veracidad o no de cuanto nos iba diciendo.

-Conociendo como conocía a Asael, debió de confiar mucho en usted, para confesarle su secreto -le exteriorizó Benor.

Fue entonces cuando él nos contó que eran amigos desde hacía unos años, y que visitaba con asiduidad su casa, pues ambos se sentían solos. Este, por su condición de sacerdote católico practicaba el celibato y el viejo profesor había quedado viudo hacía muchos años y no volvió a casarse, por lo que compartieron muchas horas juntos.

Quiso dejar muy claro que hasta su muerte, Asael, aún siendo tan amigo, nunca le había confiado su secreto. Ni tan siquiera le había invitado a visitar la cripta que se encontraba en aquella casa, por lo que no sabía que esta existiese. Sin embargo no tenía la menor duda de que si no hubiese sido por aquella luctuosa circunstancia, no le hubiese hecho partícipe del secreto de la misma.

Tanto Ildefonso como yo mostrábamos nuestra sorpresa ante la información que íbamos obteniendo.

Benor no hablaba, solo escuchaba lo que el padre Santiago iba narrando con numerosos detalles, poniendo suma atención a sus palabras, intentando entrar dentro de él para descubrir la autenticidad de cuanto le decía.

-¿Y cual fue el secreto que le pidió que me transmitiese? -Le preguntó y prosiguió, -si tan importante era, ¿cómo es que ha tardado usted tanto en ponerse en contacto conmigo? -le dijo Benor.

El sacerdote nos explicó que precisamente por ser tan importante lo que le dijo Asael no quiso precipitarse, especialmente por temor a que dicha información cayese en manos no deseadas y prefirió hacerlo tomando todas las prevenciones posibles para que sus deseos se hiciesen realidad. Él le había rogado que fuese muy cauteloso al contactar con Benor, pues desde hacía un tiempo tenía la sensación de estar siendo vigilado de alguna forma, no sabía cómo, pero lo presentía.

Llegado a este punto Benor le pidió que le transcribiese la conversación mantenida con el viejo profesor. Según el padre Santiago, Asael lo llamó y le pidió, unas horas antes de morir, que buscara a Benor y le transmitiese cuanto él le iba a confiar, y eso era lo que tenía intención de hacer.

Empezó diciéndonos que el apóstol Santiago, María Magdalena y Nicodemo, llegaron a la zona norte de la Gallaecia, cuando aún esta no había sido romanizada, ni los castros se habían transformado en villas, y que durante dos años evangelizaron muchísimos kilómetros de aquel territorio.

Pasado este tiempo, María Magdalena y Santiago decidieron volver a Jerusalén mientras que Nicodemo se quedó aquí. Antes de regresar, le hizo entrega del Diario de Jesús, para que lo llevase con él y lo guardase en un lugar seguro, hasta que ella regresase o bien él volviese a la Ciudad Santa. Pero ni ella volvió, ni él regresó a tierras judías, por lo que el Diario de Jesús quedó aquí, en la Península Ibérica custodiado por Nicodemo.

El padre Santiago continuó diciéndonos cómo Asael le habló de la casa en la que desde hacía bastantes años vivía y en la que, en sus sótanos, guardaba el sarcófago de Nicodemo que él había visto. También le había revelado que Nicodemo murió en Bracara Augusta (Braga de Portugal) y que fue enterrado junto con el Diario de Jesús.

-Fue al contarme esto cuando comprobé la nula información que se tenía de la existencia de lo que guardaba aquella mansión, no solo en Extremadura sino en toda la zona cercana a la misma –aseveró El sacerdote y continuó -solo pudo transmitirme eso, sus últimas palabras no llegué a entenderlas bien...fue apagándose dulcemente.

-Nunca Asael nos había hablado de lo que nos has informado –le expuso Benor.

-No pudo hacerlo, porque esta información la había obtenido hacía tan solo unos meses y esa era una de las razones por la que quería reunirse contigo, -le respondió.

-Personalmente, ¿qué opina sobre la existencia del Diario de Jesús?-le preguntó Ariela.

-No tengo la menor duda sobre su existencia, al igual que no la tenía Asael. –le respondió

Y ya que cree en ello, ¿Dónde piensa que puede encontrarse?-le pregunté.

Su respuesta fue clara y contundente:

-Si lo supiese, podíais tener la seguridad de que no os lo diría, iría solo a recogerlo.

-Mi compromiso con Asael ha terminado aquí, trayéndoles a ustedes la información que él me pidió que le transmitiese –me contestó y prosiguió hablando –la realidad es que ni él ni yo lo sabíamos, por lo tanto no puedo decirles dónde está, pero supongo que se encuentra en España, aunque es pura intuición.

El padre Santiago continuó diciéndole a Benor que después de haber estudiado cómo comunicarle la confidencia transmitida por el viejo Asael, preparó un plan para ponerse en contacto con él evitando cualquier filtración.

Nos dijo que fue él quien le envió el correo electrónico en el que lo invitaba a ir a la iglesia de San Esteban de Plasencia, un lugar relativamente cercano a donde él se encontraba.

Con anterioridad, unos días antes, había preparado la escenografía, llevando a la iglesia el trozo de pergamino que un profesional en falsificaciones había envejecido.

-Perfecta falsificación la que han hecho ustedes, ni tan siquiera Ariela, experta en documentos antiguos, se dio cuenta de ello –le comentó Benor.

-Lo que no he entendido aún es por qué llegaron a Plasencia aquellos hombres dispuestos a robarle –le dijo el Padre Santiago, y prosiguió -o bien tenían acceso a uno de nuestros correos o le venían haciendo un seguimiento desde tiempo atrás, sin que usted se diese cuenta.

-En el supuesto de que me hubiesen seguido, ¿cómo pudieron llegar a saber que yo había recogido el trozo de pergamino, si los únicos que me vieron hacerlo fueron Ildefonso y Luis? –le respondió Benor.

-No olvides que yo sabía lo que íbamos a hacer en Plasencia –manifestó Ariela.

-También yo sabía que tú habías retirado el trozo de pergamino, puesto que fui el que lo puso en ese lugar, luego de la existencia del mismo teníamos conocimiento los cinco presentes. Nada queda oculto para siempre, al final sabremos cómo lograron averiguar que lo llevabas en el bolsillo interior de tu chaqueta. Por lo tanto, no le demos más vueltas al tema y prosigamos en lo que realmente nos interesa –aseveró el padre Santiago.

-Dijo usted que había tomado la matrícula del coche. ¿La recuerda en estos momentos? –se interesó Benor queriendo comprobar si coincidía con la que yo había tomado.

-Si, aquí la tengo, la llevo encima, no he querido desprenderme de ella en ningún momento –indicó, a la vez que extraía su cartera del bolsillo.

Tras abrirla, sacó un trozo de folio doblado, que fue desplegándolo con gran parsimonia. En aquel folio aparecían las letras SCV y el número 2...4 escritos en negro.

-¿Qué significan los puntos entre el 2 y el 4? –le pregunté.

-No pude lograr ver con seguridad ese número, fue todo muy rápido –le contestó Santiago.

Después de hablar durante un buen rato, sobre lo que se encontraba en el sótano de aquella mansión y que tan en secreto se había llevado, nos despedimos y quedamos en volver a vernos si lo considerábamos oportuno.

Cuando nos quedamos solos, fue Ariela la que nos expuso con gran preocupación que había algo en aquel hombre que no le convenía plenamente. De igual criterio participaba Ildelfonso.

Benor, que había permanecido en silencio la mayor parte del tiempo, vino a confirmar las opiniones dadas. Nos dijo que lo había estado observando atentamente mientras hablaba y que dudaba de cuanto nos había dicho.

-Lo que no veo nada claro es que nos haya proporcionado la matrícula del coche en el que marcharon quienes me atacaron -nos comentó Benor.

Comprobamos y comparamos los datos que yo tomé con los que nos había dejado el padre Santiago. Coincidían las letras SCV que formaban la matrícula y el primer dígito. Por ello podíamos decir que en esto no nos había mentido.

En aquel momento ninguno sabíamos a qué país pertenecía aquel coche, por ello decidimos averiguarlo. Fue Ariela la que se dirigió al ordenador, lo abrió y entró en el buscador de Google. En tan solo unos minutos teníamos la información solicitada.

-La matricula corresponde a un automóvil del estado del Vaticano -nos expresó ella.

Realmente no me sorprendí al saber aquella información.

-Me parecía extraño que en este asunto no estuviesen metidas la gente del Vaticano -dijo Ildelfonso en voz baja, sin mostrar tampoco ningún síntoma de sorpresa.

-Tened presente y no olvidéis que quienes adoptaron las actitudes más intolerantes con la Janukiya del Maestro de la Verdad fueron los miembros de la comunidad católica en Jerusalén, concretamente los dominicos -comentó Benor y prosiguió -desde su publicación no dejaron de seguirme y debí salir de allí porque

tuvimos una confidencia por la que supimos que mi vida corría serio peligro.

Esa fue una de las razones por las que decidí salir de allí y venirme a Europa, la otra obedecía a la reunión que debía mantener con Asael en la que iba a comunicarme algo muy importante. Dada su avanzada edad no creímos conveniente que regresase a Jerusalén.

-¿Por qué los dominicos? –le pregunté.

-Porque realmente, ellos son los que han llevado a cabo la mayoría de las excavaciones realizadas, tanto en territorio de Israel como en los lugares palestinos, y son los más interesados en mantener las creencias vertidas por la Iglesia.

-¿Cómo podríamos interpretar que el padre Santiago nos proporcionase la matrícula del coche que se utilizó para atacarme y robarme el trozo de pergamino de la chaqueta, si ese coche era del Vaticano y él es sacerdote católico? Esto no tiene sentido, -comentó Benor.

-Quizás no supiese que ese coche pertenecía a dicho Estado –le respondí.

Ildefonso fue tajante, -yo pienso que la matrícula que nos proporcionó fue una matrícula falsa dada a conciencia, para que dirigiésemos nuestras miradas directamente hacia el Vaticano, quedándose él fuera de toda sospecha. También pudo dárnosla porque de alguna forma se dieron cuenta que Luis tomaba nota de ella cuando huían.

-Pienso que lo tenía todo estudiado minuciosamente y al darnos la matrícula, pretendía, posiblemente, que confiaríamos en él -apuntó Ariela.

Después de analizar aquella situación llegamos a la conclusión de que aquello no era creíble. No era lógico pensar que para realizar estas misiones en el extranjero, utilizasen coches con matrículas del país que las llevasen a cabo. No tenía sentido que desde el Vaticano se hubiese enviado un coche. Era más lógico

pensar que este se había preparado para hacernos creer que era de dicho Estado.

-¿En algún momento comentasteis con el padre Santiago que me robaron el trozo del pergamino del bolsillo interior de mi chaqueta? –nos consultó Benor.

Los tres nos miramos y casi al unísono, respondimos que no, que en ningún momento de la conversación que mantuvimos con él se habló de ello.

-No, tengo la certeza de que no -dijo Ariela con muchísima seguridad.

-¿Por qué lo preguntas?, ¿acaso eso tiene algo que ver con su actuación? –se interesó Ildefonso.

-Si vosotros ayer no le hablasteis de ello y aquí esta mañana no se ha mencionado nada al respecto, decidme, ¿cómo sabía que el trozo de pergamino que me habían robado se encontraba en el bolsillo interior de mi chaqueta?

Aquella pregunta nos dejó descolocados a los tres. No nos habíamos dado cuenta de ello cuando el padre Santiago se pronunció de esa forma.

-¿Cómo pudo saberlo? –volvió a preguntar Ildefonso.

-Como no creo en ese tipo de intuiciones, debo pensar que alguien debía de encontrarse dentro de la iglesia viendo el momento en que Benor retiraba el trozo de pergamino de la peana de la imagen, y cómo lo guardaba en el bolsillo de su chaqueta, e inmediatamente lo comunicó a quienes debían atacar a Benor -les dije.

-También pudieron utilizar una microcámara desde la que se captasen las imágenes que se produjesen dentro del recinto religioso -aseveró Ariela.

-Cualquiera de los dos casos ha podido ser posible. Esto me hace reafirmarme en que ese hombre esconde algo que no me gusta, por lo tanto, pienso que todo cuanto nos ha contado sobre Asael es totalmente falso -nos dijo Ildefonso.

Vislumbramos que todo lo que nos había relatado formaba parte de un montaje por su parte. Pensamos que realmente conocía mucho

más de lo que nos había contado y además estábamos persuadidos, y él lo sabía, de que todas las pistas que nos dejó en el pergamino eran rastros que seguiríamos. Que si éramos capaces de descifrarlos, nos llevarían a descubrir lo que él está buscando y no había podido conseguir, hallar el Diario de Jesús.

Tuvimos claro que intentaba utilizarnos.

Mucho comentamos sobre la conversación mantenida con el sacerdote y muchas preguntas nos hicimos al respecto. Al final coincidimos en que debíamos evitar su presencia, al menos hasta que tuviésemos la certeza de su identidad.

Una vez que tuvimos claro lo que haríamos sobre el padre Santiago, volvimos a recordar mi encuentro con José María, puesto que Benor desconocía todo lo relacionado con nuestra estancia en San Martiño de Mondoñedo.

Después de relatarle pormenorizadamente cuanto vimos, oímos e hicimos, Benor nos expuso que creía totalmente necesario localizar al nieto o a cualquier otro familiar de ese albañil que un día se presentó en Foz con aquel escudo heráldico.

Sabíamos lo difícil que aquello iba a resultar, pero debíamos intentarlo.

Contactar con esa persona suponía poder llegar a averiguar la procedencia de aquel escudo. Y conocerla iba a significar para nosotros averiguar el punto de arranque del camino que debíamos iniciar para dar con lo que buscábamos, el Diario de Jesús.

CAPÍTULO IX

EN BRACARA AUGUSTA

Durante varios días salimos en busca del nieto del albañil que llevó hasta San Martiño de Mondoñedo el escudo heráldico. Entrevistarnos con él nos facilitaría nuestra investigación.

Por mucho que lo intentamos no logramos dar con él, por lo que decidimos, con los datos que nos había proporcionado el padre Santiago, iniciar una investigación por nuestra cuenta y evidentemente sin él.

No iba a ser tarea fácil, pero debíamos al menos intentarlo.

Lo primero que hicimos fue enterarnos dónde se encontraba exactamente Bracara Augusta.

En un corto espacio de tiempo supimos que Bracara Augusta era el nombre con el que los romanos habían denominado a la actual ciudad de Braga, situada en el noreste de Portugal.

Una vez que tuvimos conciencia del lugar hacia donde nos debíamos dirigir, convinimos en llevar a cabo un rastreo del camino que debió de seguir el sarcófago desde el lugar en el que fue enterrado Nicodemo en Braga hasta el momento en que este llegó a tierras extremeñas.

Estaba claro que si en el sarcófago no se encontraba el Diario de Jesús, era porque había sido sacado del mismo en algún punto

de ese recorrido. Por lo tanto, desde ese instante debíamos poner todos nuestros esfuerzos al servicio de averiguar en qué lugar fue extraído, por quién fue sacado y lo más importante, dónde se encontraba en estos momentos.

Decidimos que para emprender nuestro propósito, Ariela y yo iríamos hasta el lugar donde fue enterrado Nicodemo. Creímos conveniente que tanto Benor como Ildefonso se quedasen y que fuesen proporcionándonos los datos que nosotros les fuésemos solicitando a lo largo de nuestro viaje.

Al día siguiente, muy temprano, dejábamos la población de Foz. Nosotros nos dirigiríamos hacia Braga y ellos retornarían hacia Extremadura.

Los 342 kilómetros que había desde Mondoñedo a Braga lo hicimos en unas cinco horas. Atravesamos varias calles y llegamos al Lago Sao Tiago, donde se encuentra el Museo Pío XII, ubicado en lo que había sido un antiguo colegio y Seminario.

Entramos en él y recorrimos sus diferentes salas. En la de arte sacro, fuimos observando detenidamente las diferentes piezas de escultura, numismática, y orfebrería expuestas.

También recorrimos la sala de arqueología. Esta la visitamos más lentamente, siempre intentando tropezar con algo que nos llevase a localizar lo que buscábamos o al menos que nos proporcionase alguna pista.

Antes de dejar aquella estancia, observamos a una señora que desde que entramos, estudiaba y fotografiaba una pieza arqueológica.

Ariela descubrió en ella un profundo interés por el pasado y pensó que esa mujer podría informarnos sobre los primeros momentos del cristianismo en aquella ciudad.

Nos dirigimos hasta ella y directamente, le preguntamos si conocía los primeros momentos del cristianismo en aquella ciudad. Amablemente nos atendió y nos expresó que algunos conocimientos tenía al respecto, pero no de forma profunda. Sabía, nos dijo, que Braga había sido la primera archidiócesis de la Península Ibérica,

que fue establecida en el siglo III y que llegó a ser un foco vivo de los primitivos cristianos en su etapa primigenia y más tarde lo fue de los grupos cristianos arrianos.

-¿Pero saben ustedes quién realmente les puede informar de aquellos primeros tiempos del cristianismo en Braga? –nos manifestó.

-¿Quién es esa persona?-le preguntó Ariela.

Ella sacó de su bolso un pequeño bloc y escribió sobre el mismo el nombre de una persona y el lugar donde podríamos verle. Después cortó la hoja de papel y dándole un doblez nos la entregó, rogándonos que nunca dijéramos que había sido ella la que nos había proporcionado esos datos.

Deseándonos mucha suerte en nuestra búsqueda nos despedimos cariñosamente.

Dejamos aquel museo y al salir por sus puertas saqué la nota de mi bolso para saber hacia dónde debíamos encaminarnos. Estaba clarísimo que nuestro destino era la Archidiócesis de Braga.

Una vez que llegamos a ella, después de acceder, preguntamos por la persona que íbamos a buscar.

-Desearíamos ver al padre Anselmo -le dije a un viejo religioso que nos atendió con gran cortesía.

-El padre Anselmo no se encuentra aquí desde hace unos meses, ya está jubilado, pero si lo desean pueden ver al padre Ambrosio, -nos dijo.

-De acuerdo - le respondió Ariela.

-Acompañadme, os guiaré ante él.

Nos llevó ante la persona que estábamos buscando. Al entrar en la sala que nos indicó nuestro acompañante, y tras solicitar permiso para acceder, salió a recibirnos un sacerdote rechoncho y mofetudo, con cara de muy buena persona y mirada serena.

Aquel religioso, tras un cariñoso saludo, nos invitó a sentarnos ante su mesa.

Le comenté el interés que teníamos por conocer las vivencias de los primeros cristianos encabezados por Nicodemo.

Aquel hombre frunció el entrecejo, me miró de arriba abajo, después encaminó su mirada hacia Ariela y con un lenguaje llano, nos comentó que no era fácil contestarnos a lo que le pedíamos.

-¿Y cómo sabéis que Nicodemo estuvo aquí? –nos requirió y prosiguió, -ese dato no se ha hecho público y puedo deciros que son muy pocas las personas que están al corriente de que ese gran evangelizador estuvo por estas tierras.

-Usted, padre, y nosotros, sabemos bien que estuvo aquí y además bien sabe que murió y que fue enterrado en esta ciudad -le contesté.

Mi osadía fue muy grande cuando le contesté con aquella rotundidad y seguridad.

Observamos que aquel religioso se desconcertó ante nuestra categórica afirmación, pero inmediatamente reaccionó en positivo a la vez que su rostro se iluminaba de una leve sonrisa.

-Sí, aquí enterraron a Nicodemo. Aquí trajeron sus restos unos días más tarde de su muerte, que aconteció el día 7 de julio del año 70 de nuestra era.

-Intuyo que usted conoce perfectamente que fue enterrado con un objeto muy valioso-le dijo Ariela.

Una nueva sonrisa volvió a aparecer en sus labios, pero creo que en esa ocasión fue de circunstancia, de incredulidad o posiblemente de reconocimiento, por ello nos contestó de forma rápida.

-Estoy viendo que estoy hablando con personas que conocen muy bien y muchas cosas sobre Nicodemo -nos dijo.

-Tenemos la certeza de que usted sabe más sobre él que nosotros, por ello estamos aquí solicitando su ayuda, y creemos que nos la puede proporcionar.

Antes de seguir hablando con nosotros deseó enterarse de los conocimientos que teníamos sobre el asunto por el que le estábamos sonsacando.

Nos pareció normal que tomara sus precauciones, porque no podía ni debía confiarse ante cualquiera que llegase a preguntarle

por un tema tan delicado como era el que nos ocupaba en aquel momento.

-¿Podréis informarme sobre algo que conozcáis y que yo desconozca?-nos inquirió.

Ariela y yo nos miramos y fue ella la que se adelantó diciéndole que habíamos estado junto al sarcófago de Nicodemo, y que por lo tanto conocíamos el lugar donde se encontraba este.

-¡Que ustedes han visto el sarcófago! Se interesó el padre Ambrosio.

-Sí, y sus restos.

-¿Y el Diario?-volvió a preguntar, de forma atropellada.

Aquella interpelación fue determinante. Nos encontrábamos con otra persona más que creía en el Diario de Jesús y sin darse cuenta nos estaba confirmando su existencia.

-¿Cómo sabe que dentro del sarcófago se encontraba el Diario de Jesús? -se interesó Ariela.

-Bueno, es donde debería de estar si lo enterraron con Nicodemo -nos respondió con claridad.

-Pues no se halla dentro del sarcófago. Dentro de este solo están sus restos -le expresé.

-¿Ni el anillo de José de Arimatea?

-Tampoco hemos visto ningún anillo, le dije.

-¿Y el pergamino?

-No se encuentra en el sarcófago. Solo sus restos como le hemos dicho.

Tras esas preguntas, Ambrosio fue abriéndose a nosotros.

-Espero que la información que os voy a proporcionar no sea mal utilizada ni tergiversada; a propósito, ¿a quién tengo la satisfacción de ofrecer mi información? ¿Quiénes son ustedes?-nos dijo.

Dudé durante unos segundos si decirles quienes éramos, pero pensé que no hubiese sido honrado por nuestra parte no hacerlo, después del trato tan exquisito que aquel hombre nos daba.

-Me llamo Luis y soy paleontólogo y ella es...

No me dio tiempo a decirle quién era Ariela, porque me interrumpió precipitadamente.

-Usted es el autor de La Janukiya del Maestro de la Verdad, ¿me equivoco?

-No, no se equivoca.

-¿Sabe que es una de mis novelas favoritas? su fácil lectura me ha gustado y el tratamiento que hace de Jesús me apasiona, porque ese es mi Jesús.

Me alegré de lo que me decía aquel religioso y creí que esas circunstancias facilitarían la conversación con él. Y no me equivoqué, porque al instante nos expresó su deseo de informarnos sobre lo que queríamos saber.

-¿Qué desean averiguar? –nos manifestó.

-Todo cuanto usted sepa y pueda decirnos, le contestó Ariela.

-De acuerdo, pero les propongo que lo hagamos ante una mesa, almorzando. Son las dos de la tarde y mi estómago no me lo perdonaría.

-Si quieren, pueden acompañarme. En este lugar se come bien, muy bien, y además podremos contar con la tranquilidad que proporcionan estas paredes.

Como no podía ser de otra forma, aceptamos su invitación.

CAPÍTULO X

“NO QUIERO SER DADO NI VENDIDO”

Una vez sentados ante aquella mesa de gruesas maderas, trajeron una olla de legumbres guisadas que por su olor tendrían que estar riquísimas, una gran ensalada, una pañera con pan, y una jarra de vino tinto.

Ambrosio se dispuso a servirnos. Una vez que lo hizo, se dirigió a nosotros y sus palabras fueron para advertirnos que él no tenía prisa, y que si lo deseábamos, nos dedicaba la tarde.

Realmente me di cuenta de que Ariela se encontraba tan sorprendida como yo. Estábamos desconcertados, en positivo, por la forma en la que Ambrosio deseaba transmitirnos la información que necesitábamos, por ello nuestra contestación no se hizo esperar. Le agradecemos su forma de ser y la valiosa ayuda que podría prestarnos.

-Podéis preguntar cuanto queráis, yo estaré encantado de contestaros a todo aquello que conozca. Hay cosas que no están escritas y que no me importaría transmitir os las, es la primera vez en el tiempo que llevo entre estos muros que alguien se interesa por Nicodemo. Además, estoy convencido de que con esta información haréis lo mismo que hicisteis con la que obtuvisteis en la cueva de Altair del Monte Tabor –y prosiguió diciéndonos, que la Verdad con mayúscula siempre había que ponerla a la entera disposición de todos aquellos que desearan conocerla, se opusieran quienes se opusieran.

Entre sorpresa y admiración, nuestras preguntas no se hicieron esperar. Fue Ariela la primera en hacerlo.

-¿Hasta cuándo estuvo en esta ciudad el sarcófago de Nicodemo?

Aquel religioso, adoptando un aire aún más campechano que el que había mantenido hasta ese momento, se acomodó en su asiento y tomó la palabra. De forma tranquila fue comentándonos paso a paso de la información que él disponía.

Supimos cómo Nicodemo, que había llegado a la Gallaecia con María Magdalena y Santiago después de la marcha de estos a Jerusalén se quedó evangelizando toda aquella provincia, acompañado en todo momento por un lugareño de la sierra de Rates, llamado Pedro.

Hacia el año 59, Nicodemo nombró a este hombre obispo de Braga, para de esa forma quedar más libre y poder proseguir evangelizando las zonas de Lucus Augustus (Lugo), y Asturica Augusta (Astorga), a la vez que dedicó parte de su tiempo a visitar los distintos lugares donde se habían ido formando pequeños grupos de cristianos.

Encontrándose en Tuy le sobreviene la muerte y su cadáver fue trasladado a Braga donde el obispo Pedro de Rates, que así era como se empezó a denominar a su discípulo Pedro, le prepara una multitudinaria ceremonia y lo entierra en una sepultura que manda construir en el templo situado cerca de la Fonte do Idolo, donde se le empieza a venerar.

Entre cucharada y cucharada nos contó que antes de morir Nicodemo había dejado dicho a los suyos que no le quitasen del dedo el anillo que José de Arimatea le dejó cuando se separaron en el sur de Francia.

Aquella era una preciosa sortija de oro con una pieza de cuarzo prendida por cuatro cabecillas de aves con la inscripción NOLO ESSE DATUS NEQUE VENUM DATUS, “No quiero ser dado ni vendido”.

Al no haberla podido entregar a sus familiares, porque no pudo volver a Jerusalén, pidió que lo enterrasen con ella y con el

Diario de Jesús, que había logrado aislar en un maletín de cuero e introducido en una caja de hierro.

También se metió en él un pergamino manuscrito por Pedro de Rates.

Ariela y yo nos mirábamos cuando le oíamos contarnos aquello. Recordábamos que ese anillo lo habíamos visto en la basílica de San Martiño de Mondoñedo y cómo allí se tenía el convencimiento de que este perteneció a San Gonzalo.

Yo no quise cortar la conversación tan interesante del padre Ambrosio e hice una señal con los ojos a Ariela para que no lo interrumpiésemos.

Tras saber aquello que nos acababa de relatar, no dejé de pensar en cómo el anillo de Nicodemo había podido llegar al sarcófago que vimos en una de las naves laterales de la basílica de San Martiño de Mondoñedo.

Cuanto más profundizaba aquel religioso en los comentarios que nos hacía, más interés mostrábamos nosotros por seguir escuchándolo.

-¿Hasta cuándo estuvo enterrado en esa sepultura? -volvió a preguntarle Ariela.

-El sarcófago donde fue enterrado Nicodemo permaneció aquí en Braga hasta el año 304 en que hubo de ser trasladado para evitar su destrucción, ante la persecución llevada a cabo por el emperador Diocleciano, por cierto, la mayor y más sangrienta de las realizadas por el Imperio Romano -le respondió.

-¿Sabe a dónde fue llevado? -volvió a requerirle.

-Desde Braga el sarcófago fue trasladado en un carro escoltado por un grupo reducido de guerreros devotos, encubiertos bajo la vestimenta de campesinos.

Estos se dirigieron de una forma discreta a Foz, una pequeña población situada en la orilla del Mar Cantábrico en la comarca de La Mariña, -continuó revelándonos- una vez que llegaron a esta pequeña villa marinera, lo desplazaron unos cuatro kilómetros y

medio hacia una elevación del interior que en toda la comarca se le llamaba Cerro Mendunieta y allí escondieron el sarcófago entre la maleza.

Estos soldados, a los que posteriormente se les unieron sus familias, quedaron allí protegiendo aquel enterramiento en una pequeña cabaña que lograron fabricar en un par de días junto a un pequeño manantial.

Cuando más entusiasmados estábamos por todo lo que nos relataba el padre Ambrosio, se acercó una señora que con gran dulzura nos consultó si podía retirar los platos.

Quise agradecerle su buen hacer en la cocina y le expresé que el guiso que acabábamos de comer estaba exquisito, de lo mejor que había tomado.

Ella recibió aquellas palabras mías con una gran sonrisa y me correspondió con unas “muchísimas gracias”.

-Marina es una gran cocinera, de las mejores que han pasado por aquí -se expresó el padre Ambrosio, resaltando las cualidades de aquella mujer.

Aproveché aquella retirada de platos para hacer un comentario sobre el manantial que acababa de mencionarnos aquel sacerdote.

-Nosotros conocemos una fuente en esa zona, fue lo primero que nos encontramos cuando llegamos a visitar la basílica de San Martiño-le expresé -¿Es la que se encuentra cerca de la explanada, antes de iniciar la pequeña subida al templo?

-Sí, esa es la fuente de la Zapata, otros la llaman la fuente de los Milagros, porque según dicen, sus aguas tienen propiedades curativas.

Según cuenta la leyenda, al faltar el agua en ese sitio el obispo San Gonzalo arrojó su zapatilla y nos dicen que donde cayó, surgió una fuente.

No dejé de mostrar una sonrisa, e interiormente me preguntaba cómo pudo aparecer la fuente al arrojar el santo su zapatilla, si ya el manantial existía en el siglo IV y este vivió en el siglo XI.

Después de traernos el segundo plato, que consistió en un riquísimo Bacalhau à Gomes de Sá, proseguimos nuestra charla.

-¿Qué ocurrió después de dejar allí el sarcófago? –le pregunté.

Nos refirió que en aquel lugar permaneció seguro de cualquier posible ataque de los enemigos del cristianismo y que fue en el año 327, tras el Concilio de Nicea, convocado por el emperador Constantino, cuando un grupo de cristianos arrianos, que habían sido heretizados tras el mencionado sínodo, llegan a la Gallaecia.

De este grupo de recién llegados, un número reducido de ellos, acuden al lugar donde se encontraba enterrado Nicodemo, y es a partir de entonces, hacia el año 350, cuando alrededor del santo se forma una comunidad de arrianos que deciden levantar un pequeño templo donde se le empieza a dar culto.

Alrededor de este, se construye un pequeño monasterio que se le denominaría Centro Máximo.

Continuó diciéndonos el padre Ambrosio que entre los arrianos llegados se encontraba un niño, llamado Prisciliano, que al transcurrir los años se convertiría en un importante personaje de la vida religiosa de la Gallaecia. Al cumplir los diez años lo llevaron a la Catedral de Astorga, donde recibió una gran preparación religiosa en las diferentes materias estudiadas en aquel tiempo.

Animado con la conversación, nos reveló que hacia el año 370 Prisciliano, ya convertido en un hombre de una vastísima cultura, se traslada a Burdeos para formarse con el elocuente profesor Delphidius y con él, se prepara concienzudamente durante algo más de un año.

Es a partir de entonces cuando en los andurriales de esta ciudad pone en marcha la escuela ascética rigorista.

Esta comunidad era extremadamente severa en materia moral, y sería precursora del movimiento monacal, en la que se le daba a la mujer un importante papel.

Ariela se interesó por el tiempo en que Prisciliano había permanecido en Francia.

-No mucho, hacia el año 379 regresa y se dedica a recorrer los diferentes lugares de la Gallaecia predicando el rechazo contra la depravación, el enriquecimiento y se muestra en contra de la unión de la Iglesia con el Estado Imperial.

Por otra parte, Prisciliano entendía que la incorporación de las mujeres a la participación en las lecturas de los libros bíblicos, de la que se las había apartado, era imprescindible y consideraba que estas debían tener la posibilidad de interpretar los diferentes textos apócrifos conocidos.

-¿Cómo reaccionó la iglesia ante los cambios que Prisciliano predicaba?

-Evidentemente la jerarquía de la Iglesia, como siempre ha hecho, empezó a preocuparse no solo por sus predicamentos sino por el gran número de creyentes que lo seguían.

Como consecuencia de esto, consigue del emperador Graciano su excomunión y destierro de la sede de Ávila, donde ejercía su labor como obispo.

-¿Excomunión? ¿De qué se le acusaba? -le consulté.

El religioso nos relató que en el año 385 Prisciliano fue inculminado de brujería y se le declaró por ello hereje junto con el grupo que lo iba siguiendo en sus predicaciones.

Después de ello se le hace ir a la ciudad italiana de Tréveris, donde es condenado a la pena de decapitación, cumpliéndose la sentencia para él y los seguidores que lo acompañaban.

Me interesé por saber lo que ocurrió posteriormente, y la respuesta del padre Ambrosio no se hizo esperar.

-En el 389, su cuerpo es traído desde Italia y se le entierra en el más absoluto secreto en Menduniato, junto al sarcófago de Nicodemo.

-¿Junto al sarcófago de Nicodemo? -le expresó con cierta sorpresa Ariela.

-Sí, junto al sepulcro de Nicodemo -nos respondió y continuó manifestándonos que por las circunstancias que fuesen, para mantener el secreto del lugar donde se encontraban los restos

de Prisciliano y sus discípulos mártires, desde aquel momento se evitaron las visitas a aquel lugar y por consiguiente al propio Nicodemo.

Por esa razón y no otra se le dejó de venerar y se le mantuvo discretamente en el pequeño templo.

Hicimos una parada para que Marina nos sirviese un oloroso café, que me resultó sabrosísimo, y una copa de buen vino de Oporto.

Una vez solos, el padre Ambrosio volvió a tomar la palabra y nosotros encantados y deseosos de que lo hiciese.

Él nos refirió que hacia el año 409 los suevos, unos pueblos germánicos, que procedían del norte de Europa, empezaron a concentrarse entre los ríos Duero y Miño y que en el 410, con su rey Hermerico a la cabeza establecieron su reino en la provincia romana de la Gallaecia, bajo el sometimiento de Roma.

Sería el hijo de este rey suevo, Requiario, quien lograría su total independencia, adoptando el catolicismo en el 449. Dieciséis años más tarde, son derrotados por los visigodos y su rey Remismundo se ve obligado a aceptar el arrianismo.

Prosiguió detallándonos que tras la muerte de este rey se vivió un período oscuro, que duraría hasta el 550, tiempo en el que desaparecieron todos los textos escritos.

Ariela se interesó por saber si llegaron a salvarse algunos documentos escritos sobre la estancia de Nicodemo en territorio de la Gallaecia.

El padre Ambrosio le contestó que todos los documentos escritos que existían sobre él y que estaban en diferentes lugares de la provincia fueron recopilados y llevados a Braga donde fueron guardados. Que desgraciadamente, estos fueron destruidos durante el reinado del rey Teodemundo y que todo cuanto conocemos sobre Nicodemo nos ha sido transmitido oralmente.

Después nos relató que durante la estancia de los suevos se agranda el monasterio que había sido construido alrededor del

templo donde se encontraba el sarcófago de Nicodemo. Es hacia la mitad del siglo VI, en el año 555, cuando llega, procedente de Britannia, a lo que actualmente es Galicia y Asturias una oleada de celtas bretones con su obispo propio. Estos grupos que vienen huyendo de los ataques anglosajones se asentaron en la nueva provincia de Britonia y en su capital que denominaron Bretoña.

En ella establecieron una diócesis gobernada por el obispo Maeloc.

Ambrosio siguió diciéndonos que en el año 583, el rey suevo Eborico, tras firmar un tratado de paz con el rey visigodo Leovigildo, traslada los restos de Prisciliano y los de sus compañeros mártires al lugar donde hoy se encuentra ubicada la catedral de Santiago de Compostela, y que fue en el año 585 cuando Leovigildo invadió el reino suevo, e instaura nuevamente el arrianismo.

Catorce obispos arrianos que habían sido obligados a dejar la Gallaecia vuelven de nuevo a restablecerse en sus respectivas diócesis.

En el año 589 se celebra el tercer concilio de Toledo, al que acuden los obispos, los nobles, y el Rey Recaredo, en aquel momento convertido al catolicismo, después de haber sucedido a su padre Leovigildo en el año 586.

Podemos decir que el nuevo rey consigue la unidad religiosa en este concilio de claro contenido político, entre católicos y arrianos.

Recaredo, que había abjurado de su fe arriana, consigue que la elección de los obispos se lleve a cabo bajo su intervención, por lo cual logra que los obispos arrianos se pasen al catolicismo sin perder ninguna de sus facultades ni tener que aceptar la nueva fe. Tampoco las iglesias arrianas tenían la obligación de reconsagrarse tras aquel acuerdo.

Fue algo excepcional lo que llegó a hacerse pero con ello se consiguió la unidad religiosa que en aquellos momentos era tan necesaria.

Era evidente, aunque oficialmente no lo fuese, que los obispos arrianos de alguna forma siguieron manteniendo sus ritos y sus creencias religiosas de las que nunca abjuraron, por lo que los restos

de Nicodemo no sufrieron ningún desgaste y continuaron estando en Mendunieta. Bien es cierto que prácticamente fueron olvidados por quienes se encontraban fuera del monasterio, y solo los monjes de aquel recinto religioso tenían constancia de su existencia.

Otro hecho aconteció en la Gallaecia que incide en el olvido del sepulcro de Nicodemo; durante el reinado del rey galaico Alfonso II El Casto, se ordenó la construcción de una pequeña capilla en la que se guardaría el sepulcro de Prisciliano y sus compañeros mártires.

Años más tarde, en el 829, se manda construir sobre esta capilla una iglesia que tras modificaciones posteriores llegó a convertirse en un centro de peregrinación.

-¿Quiere decir que los restos que se conservan en la Catedral de Santiago de Compostela no son los del apóstol Santiago? -le pregunté.

-Yo no le he dicho eso, quien lo ha mencionado es usted. Yo me he limitado a relatarle unos hechos históricos que tuvieron lugar. Las conclusiones son suyas.

-¿Qué razones pudieron existir para que a los restos de Prisciliano se le empezase a denominar de Santiago? -preguntó Ariela.

-Ambrosio nos explicó que la confusión venía de años atrás, concretamente del 814, cuando el sepulcro fue descubierto por un ermitaño llamado Pelagius. Este empezó a divulgar que había descubierto el sepulcro del apóstol Santiago y los vecinos, que estaban ansiosos por aferrarse a algo que los uniese en torno a un santo, lo creyeron.

Por otra parte debió de haber otras razones para no negar su existencia. Lo cierto fue que Alfonso II no tuvo inconveniente en reconocer la creencia que se había extendido por el pueblo.

-No creo que solo por razones religiosas se fomentara esa creencia, estoy seguro de que existió alguna razón política suficientemente importante para que el rey se obligase a potenciarla -le expresé con gran pragmatismo.

-Veo que no se anda por las ramas, y que a todo tiene que encontrarle una explicación más racional; a mí me ocurre igual que

a usted, por lo tanto creo que se debió más a razones políticas que a otras -se expresó con la misma contundencia con la que yo me había dirigido a él.

Ambrosio nos dijo que tras estudiar una serie de documentos había llegado a la conclusión de que Alfonso II había mantenido al menos tres contactos con Carlomagno. Según él, tres delegaciones del rey galaico mantuvieron reuniones con otras delegaciones francas durante los años 796,797 y 798.

En las mismas se comprometieron a luchar contra la herejía adopcionista, surgida del obispado de Toledo y arengada por Elipando, y que Carlomagno venía combatiendo con gran virulencia contra aquellos que defendían que Jesús era un hombre encumbrado a la condición divina por deseos del propio Dios.

Después de aquella explicación entendimos perfectamente porqué había que olvidar a Prisciliano: él era arriano y los arrianos defendieron la naturaleza humana de Jesús y negaron su divinidad, luego todo lo que oliese a arrianismo debía desaparecer.

Una de las razones por la que los arrianos fueron declarados herejes en el concilio de Nicea fue precisamente por admitir solo la naturaleza humana de Jesús.

Nicodemo fue también relegado, pues no se debe olvidar que este formó parte de esos primeros cristianos que en ningún momento se plantearon la condición divina de Jesús.

Santiago empezó a ser venerado por todo el mundo cristiano y hasta él comenzaron a llegar fieles en busca de milagros. Los caminos fueron vigilados por un cuerpo de soldados especiales que además de proteger a los peregrinos de salteadores y soldados musulmanes velaron porque la doctrina adopcionista fuera erradicada.

Siguió su relato contándonos que el 23 de mayo del año 844 Ramiro I se enfrentó a los musulmanes en la batalla de Clavijo, en el monte Lanturce, y que este recibió la ayuda de un grupo de hombres procedentes del reino galaico.

Según él, este grupo fue creado por el rey asturiano Alfonso II El Casto, y estaba comandado por un joven noble afincado en

el reino asturiano, que había formado a unos cincuenta hombres proporcionándoles una gran preparación militar.

La misión que le encomendaron fue la de custodiar el lugar donde se encontraba el sepulcro de Santiago.

Cuando este noble tuvo conocimiento de la batalla que el rey Ramiro iba a librar contra los musulmanes acudió en su ayuda.

Antes de que este llegara al lugar del combate, se había extendido el rumor entre los contendientes de ambos frentes, de que acudirían los jóvenes caballeros que custodiaban al apóstol, a los que ya se les empezaba a denominar “Los Hombres del Apóstol”.

Prosiguió su relato diciéndonos que al amanecer del día previsto a que se iniciase la batalla, estos soldados, cubiertos con capas blancas y una espada roja bordada en su pecho, hicieron su aparición montados a caballo y que al frente de ellos iba el joven caballero enarbolando su espada, donde fueron recibidos con un gran alborozo y exultación por parte de las tropas cristianas.

Ante aquella aparición, los musulmanes creyeron que quien mandaba aquel grupo era el mismo apóstol Santiago, que acudía a ayudar a sus hermanos de credo, por lo que temerosos de los poderes que se le atribuían al Santo Apóstol, huyeron despavoridos ante el terror sobrenatural que aquella aparición les producía.

Porque Ariela no estaba al corriente de nuestra historia, mostraba su extrañeza ante lo que nos exponía el padre Ambrosio, por lo que tuve que comentarle que aquella victoria significó un gran triunfo para la cristiandad y de forma particular para los cristianos que se encontraban asentados en diferentes territorios del norte de España. Estos empezaron a quedar libres del poder musulmán.

Tras esta pequeña explicación, volví a pedirle al religioso que siguiera con su relato.

Llegado a este punto, cuando ya habíamos tomado el café y el Oporto, el religioso nos invitó a levantarnos.

Ariela y yo nos miramos un poco contrariados, pues esperábamos y deseábamos seguir empapándonos de cuanto nos decía aquel

hombre, pero a la vez comprendía que habían sido unas cuantas horas las que nos había dedicado exclusivamente a nosotros.

Nada teníamos que objetar, al contrario, solo podíamos agradecer las atenciones y deferencia de aquel hombre hacia nosotros.

Cuando creíamos que íbamos a despedirnos, nos rogó que le acompañásemos porque deseaba enseñarnos algo.

Los ojos de Ariela volvieron a llenarse de luz ante aquella invitación.

Solo pude decir, ¡de mil amores lo acompaño!

Y Ariela le añadió que con él hasta donde su memoria le alcanzase.

Salimos de aquel pequeño comedor y tomamos un largo pasillo que recorrimos lentamente.

Al final del mismo había una pequeña puerta que abrió y entramos a un reconfortante aposento lleno de estanterías repletas de libros.

En aquel momento le sonó el móvil. Notamos una transformación en el rostro de aquel religioso, que se dispuso a salir de donde nos encontrábamos nosotros.

-En un segundo estoy con vosotros -nos dijo saliendo de aquel lugar.

CAPÍTULO XI

סילשורי לש ומאדוכינ

El padre Ambrosio, con un semblante distinto al que había tenido durante todo el tiempo en que estuvo con nosotros, entró en la biblioteca y tras pedirnos perdón por su salida, nos invitó a sentarnos y se dirigió diligentemente hacia una de las estanterías. Acercó una escalera y subiendo a ella se fue directamente hacia una carpeta de color crema que se encontraba en la balda más alta de aquel mueble. La tomó entre sus manos, y conforme venía hacia nosotros la iba abriendo.

Con suma delicadeza extrajo de ella un documento, que colocó sobre la mesa. De inmediato Ariela se dio cuenta de que aquel folio era la fotocopia de un documento manuscrito.

-¿Y el original?

-El manuscrito original se encuentra a buen recaudo, con otros de similares características, en una caja fuerte -le contestó y comenzó a hablarnos del contenido de aquel documento fotocopiado.

Ambrosio nos explicó que el documento manuscrito correspondía a una orden dada en el 866 por el rey Alfonso III El Magno. Orden por la que este mandaba trasladar la sede episcopal ubicada en Bretoña a Mendunieta, por el peligro que suponía para los religiosos los ataques de los vikingos a la costa.

Cuando supo el rey que en aquel lugar estaba el sarcófago de Nicodemo, y para evitar que fuese saqueado, ordenó que fuese transportado a San Miguel de Lillo, un templo que había sido reconstruido por su abuelo Ramiro I sobre los restos de una iglesia visigótica, y que se encontraba en el Naranco del actual Oviedo.

La comitiva que trasladaba los restos de Nicodemo atravesó Ribadeo y Coaña y fue a partir de esta población cuando el camino se fue haciendo más difícil, tanto que debieron quedarse en Obona debido a las inclemencias del tiempo. La nieve acumulada en el camino les impidió seguir avanzando, por lo que tuvieron que permanecer durante los meses del invierno en el templo de Santa María La Real.

Una vez que el camino reunió las condiciones para proseguir, se dirigieron hasta Santa María del Naranco, un palacio de descanso del Rey y sala de audiencias donde estuvo durante un año. Su penúltima etapa sería cercana, a la iglesia de San Miguel de Lillo, a tan solo doscientos metros. En este templo estuvo unos años y desde allí fue bajado a la iglesia de San Julián de los Prados donde quedó hasta que este templo y monasterio fue donado por el Rey a la iglesia de Oviedo.

Llevada a cabo dicha donación se decide llevarlo a la iglesia de San Salvador de Valdediós, a la que llega unos días posteriores a su consagración, en el año 893.

Alfonso III escogió este lugar como panteón real, para él y su esposa Scemena.

Pasado los años, en el siglo X, el sarcófago de Nicodemo volvió a San Martiño de Mondoñedo.

Continuó relatándonos que en aquella sede obispal estuvo el obispo Gonzalo, que con el tiempo sería declarado santo y que trabajó muchísimo en la construcción de la que sería la primera catedral de la península Ibérica.

Nos contó que la creencia popular le atribuía milagros y que, según sus convecinos, en cierta ocasión impidió la invasión de los normandos levantando su báculo, a la vez que oraba para que llegase de

improviso a aquellos mares una gran tormenta que fuese capaz de hundir a la flota vikinga.

A su muerte es enterrado con su báculo de obispo en un sarcófago de grandes dimensiones que muchos años antes había sido ocupado por Nicodemo.

-¿Porqué sacaron sus restos? ¿Dónde los depositaron?-le pregunté.

-¿Quién ordenó que se le sacase?-se interesó Ariela.

-Fue el obispo San Rosendo allá por el siglo X el que dispuso que se le colocase en un sepulcro más pequeño, al que mandó cincelarle la figura de un pez y la inscripción מילשורי לש ומאדוכיני

Nos habló del santo obispo diciéndonos que este fundó el monasterio de Celanova, en la provincia de Orense, y que una vez que decidió retirarse allí el resto de sus días, lo hizo llevándose con él el sepulcro de Nicodemo, porque deseaba tenerlo cerca y pensaba que en aquel sitio estaría más seguro.

Mientras vivió en Celanova, no dejó pasar un solo día sin que acudiese a orar ante el sarcófago de Nicodemo, que él había colocado en el templo dedicado a San Miguel Arcángel.

San Rosendo permaneció en esa población orensana el resto de sus días y en ella murió. Su cuerpo fue enterrado dentro de aquel recinto religioso. Unas semanas antes de morir, había dejado dicho a los monjes del monasterio, que era urgente que el sarcófago fuese sacado de allí y alejado de aquel lugar en el menor tiempo posible, por el peligro que suponía seguir en aquel sitio debido al avance de los sarracenos.

Por aquellas fechas, los musulmanes al mando de su caudillo Almanzor, se encontraban cerca de las fronteras y se disponían a entrar en Galicia.

San Rosendo recomendó a los suyos que el sepulcro fuese trasladado al monasterio de San Quirce y que la marcha se hiciese con la máxima discreción posible.

Una nueva llamada vino a interrumpir aquella interesante intervención del religioso, pero en aquella ocasión me dio la sensación

de que no hacía el menor caso a la misma; aun cuando oíamos las voces de su interlocutor ordenándole que terminase cuanto antes.

El padre Ambrosio se levantó de su asiento y empezó a pasear por aquella sala, dando muestras de cierta inquietud.

-¿Le ocurre algo padre?, ¿se encuentra enfermo? -se interesó Ariela levantándose del asiento y yendo hacia él.

-No, no estoy enfermo, pero es cierto que no me encuentro bien, pero no es algo de males, son pequeños problemillas cotidianos que van surgiendo día a día.

Sí, quiero decir que no soy sacerdote católico, os lo digo porque hace un momento Ariela me ha llamado padre Ambrosio -le dijo él.

-Pensábamos que usted lo era al verlo entre estas paredes -le dije.

-Pues no, no lo soy, podríamos decir que soy la persona encargada de la biblioteca - me contestó.

Por segundos llegaron a mi mente una avalancha de pensamientos sobre la actuación tan extraña que él había tenido al aportarnos tan copiosa cantidad de información sobre Nicodemo. Es como si hubiese estado para darnosla.

Intuí que aquel hombre tenía necesidad de transmitirnos los conocimientos que había adquirido durante toda su vida de estudio sobre la persona que íbamos buscando.

Por ello me preguntaba las razones que debía tener para ello. Había notado que durante nuestra conversación, el tratamiento dado por su parte a los arrianos había sido extremadamente exquisito.

Llegué a pensar, en ese momento, no antes, que él podría ser uno de ellos. Si quería confirmar mi suposición, no tenía otra solución que preguntárselo, si no de forma directa sí al menos veladamente.

No me lo pensé dos veces.

-Tengo una gran curiosidad por saber si en esta zona queda aún algún grupo arriano -me interesé.

Noté que el padre Ambrosio, ante aquella pregunta, dudó si me contestaba o no, pero optó por hacerlo. Fue el único momento a lo largo de nuestra conversación en que lo sentí algo turbado e hizo un gesto instintivo, como si temiese que alguien pudiese oír la respuesta que iba a darnos.

Tal vez fuese solo una errónea percepción por mi parte y no un sentimiento vivido por él.

-Sí, puedo decirnos que tanto aquí, en el norte de Portugal, como en toda Galicia aún existen grupos de personas que siguen sintiéndose arrianas-nos dijo.

Después nos explicó que el arrianismo existente allí no tiene nada que ver ni con las comunidades religiosas de la cristología, ni la de los socinianos, ni los unitarios, aunque estas tuviesen algunas semejanzas con el arrianismo.

En la actualidad este arrianismo mezcla la teología liberacionista con el nuevo arrianismo científico, brotado de algunas corrientes historicistas en la investigación de la Biblia.

-¿Historicista? – me interesé por ello.

-Es la tendencia intelectual a reducir la realidad humana a su condición histórica –me aclaró.

Tras aquella explicación, Ariela se atrevió a preguntarle, sin ningún tipo de tapujos, si él era arriano. Una sonrisa apareció en el rostro de aquel hombre y nos respondió abiertamente que lo era.

En aquel instante nos explicamos las razones que habían hecho posible el que él nos hubiese revelado cuanto conocía.

El padre Ambrosio, para nosotros siempre lo sería, nos expresó que debía dejarnos porque tenía que asistir a unos actos programados desde hacía tiempo y, aunque su presencia no era imprescindible, le gustaba reunirse con sus compañeros.

-Si lo deseáis mañana después de las 10 podemos volver a vernos y seguir nuestra charla -nos expresó aquel hombre al que tanto debíamos.

Salimos de aquel lugar exteriorizando nuestro contento. En el rostro de Ariela se reflejaba gran satisfacción, al igual que ella lo notó en mi cara.

Ya en la calle, Ariela se agarró a mi brazo toda risueña y me expresó lo bien que se sentía tras el encuentro con aquella entrañable persona. Y no era para menos, habíamos avanzado muchísimo en tan solo unas cuantas horas.

Nos dispusimos a dar un paseo. Habíamos estado mucho tiempo sentados y nos apetecía hacerlo.

Comenzamos a pasear hasta llegar a una plaza situada junto a la Universidad Católica. En ella decidimos tomar una cerveza y al terminarla nos dirigimos al restaurante Abades de Priscos.

-Hoy invito yo a cenar -me dijo Ariela.

No lo pensamos dos veces. Entramos y nos acomodamos en una mesa situada en uno de los rincones de aquel local. Deseábamos hablar tranquilamente y con suma discreción, y aquel era el lugar ideal para hacerlo. Tras tomarnos nota de lo que deseábamos cenar, nos quedamos solos.

Fue el momento en el que expuse a Ariela las dudas que se me habían planteado al oír al padre Ambrosio hablarnos sobre el anillo que José de Arimatea le entregó a Nicodemo.

-Igual me ocurrió a mí, pero no quise interrumpir su exposición porque siempre tendríamos tiempo de poder hablarlo.

-¿Y qué crees que pudo ocurrir para que el anillo se encontrase en el sarcófago de San Gonzalo?-le pregunté.

Empezamos a analizar paso a paso los momentos que debieron de vivirse cuando los restos de Nicodemo fueron trasladados del sarcófago grande al pequeño.

Pudo ocurrir, que el anillo con el que fue enterrado Nicodemo se hubiese desprendido de su dedo en el trayecto de Braga a Mendunieta, y que este se quedase oculto en el fondo del sarcófago.

Otra posibilidad es que el anillo se separase del dedo en el momento en que los restos fueron sacados para colocarlos en el sarcófago pequeño.

Cualquiera de estas dos circunstancias pudo ser con toda seguridad y no imaginábamos otra.

Tengo la seguridad de que en el sarcófago grande que vimos en una de las naves laterales de la basílica de San Martiño de Mondoñedo, en el que colocaron el cuerpo de San Gonzalo, quedó oculto el anillo de Nicodemo ante los ojos de todos.

Algo que venía a confirmar lo que Ariela y yo suponíamos es que cuando el sepulcro se abrió en el año 1648 nadie vio el anillo. Estaba clarísimo que si nadie reparó en él es porque este estaba oculto. Y fue en el año 1914, al abrirse por segunda vez el sarcófago, cuando al estudiarlo profundamente se dan cuenta de su existencia.

Una vez que tuvimos claro esto, mientras cenábamos, fuimos analizando y rebobinando todo cuanto nos dijo el padre Ambrosio.

Terminamos la cena y después de tomarnos un riquísimo café, dejamos aquel restaurante y marchamos paseando hasta el hotel, pues necesitábamos descansar.

Al día siguiente debíamos ser muy puntuales con el padre Ambrosio.

Me despedí de Ariela con un suave beso en las mejillas y quedamos a las 9 de la mañana en el comedor del hotel, para desayunar.

Entré en mi habitación y al acercarme a la cama observé en ella un sobre. Lo tomé y me sorprendió que este estuviese dirigido a mí. En un principio creí que debía de ser la dirección del hotel la que me lo hubiese enviado, pero al abrirlo y sacar de su interior una tarjeta me di cuenta de que nada tenía que ver con ella.

Después de leer el contenido del mensaje escrito quedé bastante desconcertado y sorprendido.

“Abandonen lo antes posible esta ciudad. Solo ustedes serán responsables de lo que pueda ocurrirles”.

De inmediato me guardé aquel sobre en mi chaqueta, que aún no me la había quitado, y llamé por mi móvil a Ariela, que se extrañó de mi llamada.

-Espérame ahí. Voy de inmediato. No abras la puerta a nadie le dije.

-¿Qué pasa?, ¿qué ocurre?

- Un momento...salgo de mi habitación y voy hacia allí. En un par de minutos estoy contigo.

En un santiamén llegué a su habitación. Nada más comprobar que era yo quien llamó a su puerta, me abrió y me invitó a sentarme.

-¿Qué ocurre?, cuéntame.

Le enseñé a Ariela la tarjeta y mientras la leía le pregunté lo que pensaba sobre ello.

-Estoy segura de que pienso lo mismo que tú, que cuanto antes nos marchemos de aquí mucho mejor. Esto no me gusta nada, y además debemos hacerlo por el jardín, sin llamar la atención, ni tan siquiera debemos pasar por recepción a abonar nuestra estancia, ya tendremos tiempo de hacerlo -me dijo Ariela.

Así lo hicimos, debíamos hacer creer a quienes nos habían colocado el mensaje que nos encontrábamos en el hotel pasando la noche.

Pedimos a recepción que nos subieran una botella de cava y un plato de queso; así el hotel tendría la certeza de que permanecíamos allí.

Después de que un camarero nos subiese lo solicitado y de vernos abrazados en un perfecto simulacro de amor, decidimos salir lo antes posible a través de un ventanal situado a un metro aproximadamente del suelo de nuestra habitación. Atravesamos el jardín y al salir del mismo hizo su aparición un vigilante. Instintivamente volvimos a abrazarnos, en esa ocasión, apoyados ante el tronco de un árbol, evitando de esa forma que se nos reconociese y en aquella situación nos besamos, para darle más veracidad a aquella escena.

Pasó ante nosotros sin entretenerse, emitiendo un leve carraspeo. Una vez que lo vimos doblar la esquina, proseguimos el camino.

CAPÍTULO XII

RECORDANDO EL PASADO

Tras deambular durante un buen rato sin que nadie nos molestase, nos dirigimos al lugar donde se encontraba nuestro coche. Apenas nos quedarían unos 200 metros para llegar cuando tuvimos la desagradable sorpresa de presenciar el choque frontal de dos vehículos, uno de los cuales era conducido, sin la menor duda, a una velocidad muy superior de la permitida en aquella arteria urbana.

Nos acercamos al punto donde los coches, envueltos en humo, permanecían destrozados por el impacto. Desde su interior se oían los gritos de dolor de los que aún permanecían dentro.

Nos dispusimos a ayudar a la persona que conducía el vehículo que consideramos más dañado, quien resultó ser una mujer joven. Con no pocos esfuerzos conseguimos sacarla del mismo y llevarla a unos metros del lugar del accidente.

La imagen que percibí de aquella escena me hizo estremecer. La joven destrozada por el impacto sufrido unos minutos antes trajo a mi mente recuerdos vividos años atrás.

Volví a sentirme ante ella totalmente roto e impotente por no poder hacer nada por devolverle la vida. Me sentí solo con un cuerpo inerte, desmadejado...casi sin vida. La mirada de Irene produjo en mí sensaciones nunca vividas con anterioridad. Mis manos se aferraron con fuerza a las suyas, intentando al hacerlo transmitirle

parte de mí. Fui consciente desde el primer momento de lo que estaba ocurriendo. Recordé cómo por sus mejillas resbalaban unas lágrimas, mezcla de dolor y de rabia por verse en aquella situación, de la que no se sentía culpable. La vía por la que ella marchaba había sido invadida por un potente coche Mercedes que chocó frontalmente con el Renault conducido por Irene. Yo, que iba detrás de ella con mi Toyota, presencié e intuí todo cuanto iba a ocurrir. Toqué el claxon con gran intensidad intentando advertirle lo que se le venía encima, pero no tuvo materialmente tiempo para evitarlo.

Perdido entre mis recuerdos, Ariela me hizo volver a la realidad. Con gran desesperación me pidió ayuda para trasladar unos metros más allá el cuerpo de la herida, ante el temor de que el coche se incendiase. En el instante en que Ariela se disponía a inmovilizarla aparecieron varias ambulancias que se hicieron cargo de aquel cuerpo moribundo.

Fue entonces cuando nos dispusimos a dejar aquel lugar, puesto que allí nada podíamos hacer. Tampoco nos interesaba quedarnos porque necesitábamos llegar hasta el coche para aprovechar la noche y así poder ocultarnos hasta la mañana siguiente. Teníamos muy claro que no pernoctaríamos en ningún establecimiento hotelero donde pudieran reconocernos. Para nosotros era vital que no nos pudiesen localizar, puesto que por la mañana debíamos continuar la charla interrumpida con el padre Ambrosio.

Una vez en el coche nos acomodamos como pudimos, abatiendo hacia atrás los asientos delanteros con la intención de descansar un rato. Con una manta de viaje nos cubrimos.

Teníamos necesidad de dormir, puesto que debíamos encontrarnos en buenas condiciones pasadas unas horas.

Transcurridos unos quince minutos seguía totalmente despierto; me resultaba muy difícil conciliar el sueño. Ariela se dio cuenta de que no dormía, evidentemente ella tampoco lo hacía.

-¿Qué te ocurre, Luis?

-No puedo borrar de mi mente los recuerdos que hace años viví -le contesté.

-¿Quién es Irene? -Pronunciaste ese nombre en un par de ocasiones cuando ayudábamos a esa pobre chica.

Realmente no recordaba haber mencionado el nombre de Irene esa noche, pero debió de haber sido así, ya que Ariela me preguntó. Nunca había hablado de ella. Nadie sabía lo que Irene había significado para mí. -Ella fue la única mujer que amé en mi vida.

-¿Fue?

-Sí, Irene ya no está. Ella murió tras un accidente de coche, casualmente de forma parecida al que hemos presenciado esta noche.

-¿No has vuelto a querer a ninguna otra mujer?

-Querer sí se puede querer, en distintos momentos y con distinta intensidad, pero amar, solo amé a Irene.

-Hablas de amar y querer como dos cosas diferentes. ¿Qué diferencia hay entre amar y querer?-se interesó ella.

-Amar es darlo todo. Amar es entregarse sin esperar a cambio recompensa alguna. Amar es un ofrecer continuamente, es mantener siempre las manos en posición de entrega.

-Eso que dices es bonito, pero ¿estás seguro de que las personas están dispuestas a dar tanto?

-Estoy seguro de ello. Cuando se ama, desaparecen los celos, los egoísmos, y el yo se convierte en nosotros.

-¿Erais muy jóvenes?

-Sí, ella tenía solo 23 años cuando ocurrió ese doloroso hecho. Estuvo junto a mí desde los 19 años, cuando empezó a hacer sus prácticas en uno de los estudios paleontológicos que dirigí en el valle del Ourika de Marruecos. Desde aquella campaña no volvimos a separarnos.

-Intuyo que debisteis de ser muy felices.

-Sí, muchísimo, las personas más felices del universo –le dije.

Nuestra charla fue interrumpida por los golpes que un grupo de jóvenes dieron a nuestro coche cuando, con algunas copas de más, pasaron por allí cantando.

Hasta ahora todas las preguntas que se habían planteado partieron de Ariela. Yo también sentía curiosidad, por ello no dudé en preguntarle si ella amaba en esos momentos.

-Ni ahora ni nunca he amado como tú dices. Puede parecer una respuesta tonta pero te aseguro que no he tenido tiempo de hacerlo –me respondió escuetamente.

Noté que Ariela dijo aquello con cierta resignación.

-Puedo decirte que el que no vive ese sentimiento no lo añora, pero te mentiría. Me gustaría que se despertase en mí ese deseo que tanto hace vibrar a quienes lo sienten –continuó.

-¿Cómo es que no has tenido tiempo de amar?

-Simplemente porque no hallé momento para ello. Mi vida siempre estuvo enfocada a la consecución de unos objetivos que un día me propuse alcanzar, y para lograrlos era necesario renunciar al amor.

-¿Tiene algo que ver el deporte en ello? He observado que tienes una excelente forma física.

-Siempre fui una buena deportista y llegué a alcanzar metas muy importantes en atletismo, pero no fue esa la razón.

Al percibir su reticencia a hablarme de ello, no quise insistirle.

Los ojos de Ariela me atraían en demasía, la luz de la luna que entraba a través de los cristales de las ventanillas les proporcionaba un brillo especial, como si chisporroteasen destellos de lucecillas de plata.

-¿Sabes que me siento bien contigo? –le dije.

-También yo –me respondió ella.

Algo extraño me estaba ocurriendo. No pude continuar hablando, no sabía cómo hacerlo.

-Es hora de decirnos hasta luego, porque para retomar la conversación con el padre Ambrosio, nuestros sentidos tienen que estar muy despiertos.

-Descansa durante unas horas, que yo permaneceré despierto y vigilante –le dije.

-Es cierto, debemos descansar, no dejes de llamarme, hasta dentro de un rato.

Deseé tomar su mano y transmitirle cuantos sentimientos iban naciendo dentro de mí. Me negaba a dar crédito a lo que estaba sintiendo en aquellos instantes.

Cerré los ojos y no sé si consciente o inconscientemente evocé a Irene. La recordé en la parte más profunda del que habíamos considerado nuestro riachuelo, en una poza de no más de metro y medio de profundidad. La veía entrando en el agua con un vestido blanco, largo, de bambula con entredós bordado. Después de introducirse en aquellas cristalinas aguas, emergió de las mismas como si fuese una diosa dejando traslucir su frágil silueta, a la vez que me invitaba con su mirada a acercarme, cosa que hice, deseoso de abrazarla.

Al verme frente a ella, le arrojé con mis manos agua sobre su negro y enortijado pelo. Allí, en aquel remanso de dicha, jugamos con el agua. Nuestros cuerpos se abrazaron férreamente, con mucha fuerza, mientras mis dedos enredaban aún más sus cabellos. Desnudamos nuestros cuerpos y nuestras almas y nos fundimos en una explosión de sentimientos que nos hizo adentrarnos en un camino que nos condujo a los cielos.

Cuando salimos del agua sequé su cuerpo con mis besos y antes de marcharnos sembramos en la orilla una varilla que cortamos de un ciruelo que había cerca.

Con el recuerdo de aquella varilla transformada en árbol me quedé dormido.

CAPÍTULO XIII

HUIDA FORZADA

Aquella mañana nos despertaron los primeros rayos del alba. Realmente habíamos descansado muy mal, y habíamos dormido muy poco, pues pasamos casi toda la noche en vela charlando. En un principio, discutimos la conveniencia o no de dejar aquella ciudad, pero ni Ariela ni yo contemplamos esa posibilidad. Una cosa era que hubiésemos dejado el hotel, alejándonos de donde podíamos correr un peligro real, pues nos habían localizado, y otra cosa bien distinta era huir despavoridos. Eso nunca íbamos a hacerlo. Además, aguardamos ansiosos que llegasen las 10 de la mañana para entrevistarnos con el padre Ambrosio, que sabíamos que nos estaría esperando.

Después de desayunar en una cafetería cercana adonde teníamos aparcado nuestro coche y habernos aseado un poco en los lavabos de la misma, decidimos dirigirnos hacia el palacio de la Archidiócesis.

Mientras caminábamos fuimos dando los últimos toques al formulario de preguntas que habíamos preparado durante el desayuno para hacérselas al padre Ambrosio. Juzgando, por lo que había ocurrido el día anterior, nos las respondería.

Serían las 9'55 cuando atravesamos la puerta principal de aquel lugar. Al contrario que día anterior, allí había una persona autorizando la entrada a quienes iban llegando.

-¿Qué desean ustedes? ¿A quién desean ver? –nos preguntó.

-Nos espera el padre Ambrosio, bueno, Ambrosio el bibliotecario -le respondió Ariela.

-¿El padre Ambrosio?¿Están seguros de que ese es el nombre? ¿Se habrán confundido de lugar?

Muchas preguntas al mismo tiempo, me dije para mí, a la vez que miraba a Ariela.

-No, no estamos confundidos, así se llama la persona con la que ayer hablamos y con la que quedamos citados hoy aquí a esta hora-le dije con una leve sonrisa.

-Señor, aquí no hay ningún padre Ambrosio, ni nadie que responda a ese nombre. Pienso que están confundidos.

Aquella situación podría parecer divertida, si no hubiese sido porque teníamos la sensación de estar siendo engañados.

-Mire, si fuese usted tan amable de avisar al padre Ambrosio o simplemente a Ambrosio, el bibliotecario, se lo agradeceríamos. Nos quedamos anoche aquí en esta ciudad, cuando podríamos haber marchado, porque estábamos citados con él. Créame señor y dígame que estamos aquí –volví a insistirle.

-Mire, por mucho que se empeñe en querer ver a ese tal padre Ambrosio, he de decirle que aquí en esta Archidiócesis, que yo recuerde, no ha existido nunca ningún Ambrosio y llevo aquí más de diez años. Podrá usted creerme o no, pero es así-me dijo.

La negación de aquel religioso me exasperaba.

Me aparté un poco de él y le pregunté a Ariela lo que pensaba sobre la actitud que debíamos adoptar. Ella se encontraba tan desconcertada como yo y así me lo hizo saber.

De repente, alguien que debía de ser muy importante, por la reverencia que le hizo el religioso que nos atendía a la entrada, se disponía a entrar en la Archidiócesis, y Ariela no perdió tiempo para dirigirse a él y solicitarle unos minutos.

El recién llegado la atendió y nos invitó a pasar al interior.

-Acompañadme a mi despacho, así podremos hablar con más tranquilidad, -nos dijo.

Lo seguimos y a la vez que caminábamos por el pasillo central, que el día anterior habíamos recorrido, nos hablaba de cosas intranscendentes.

Al llegar a su despacho, nos hizo entrar y ya dentro nos invitó a que tomásemos asiento. Nos sentamos y cuando lo habíamos hecho, recibió una llamada por su móvil.

Tomó el teléfono, lo abrió y con voz campechana empezó a saludar a la persona que lo llamaba. Pronto aquella voz fue cambiando y se separó de nosotros acercándose hacia una ventana algo retirada.

Ariela y yo nos miramos y nos dimos cuenta de que algo relacionado con nosotros estaba sucediendo. Como no dejábamos de observarle, advertimos que las facciones del rostro de aquel hombre se iban transformando por segundos.

Se hizo un silencio sepulcral, solo roto por unos continuos síes, que iban confirmando cuanto su interlocutor le iba exponiendo.

Una vez que la llamada terminó, se acercó a nosotros, pero la amabilidad que había exteriorizado aquel religioso hacía tan solo unos minutos, se había transformado en una seriedad muy molesta.

Aquella llamada venía a corroborarnos cuanto nos temíamos.

Entendí que aquellos religiosos se sentían molestos porque de alguna forma nos habíamos inmiscuido en sus archivos y en temas que ellos consideraban inaccesibles a cualquier persona ajena a la comunidad.

-¿Qué desean realmente ustedes? –nos espetó en una actitud bastante provocadora, y sin llegar a sentarse.

-Usted bien sabe lo que deseamos, a lo que venimos y con quién nos íbamos a reunir, eso se lo han comunicado por el móvil, en la llamada que acaba de recibir –le contestó Ariela con rotundidad, en una actitud desafiante.

Mi indignación me hubiese hecho expresarme de la misma forma en la que ella lo hizo, pero logré contenerme.

-Aquí no averiguarán nada de lo que vienen buscando -nos dijo.

-¿Y qué sabe usted lo que venimos buscando, si no nos ha dado la posibilidad de exponerle lo que queremos? -le dije.

-Me da igual lo que sea y lo que crean ustedes. Cuanto antes abandonen este recinto, mejor para nosotros y por supuesto para ustedes –se expresó con gran acritud.

-Habíamos quedado citados con el señor Ambrosio, el bibliotecario -le dije.

-Ya les han dicho en la entrada que aquí no ha habido ni hay ningún Ambrosio y puedo decirles que nunca ha trabajado en esta sede ese señor -nos respondió con gran dureza.

-En este recinto, nos reunimos ayer con él, durante muchas horas; tantas que hasta llegamos a almorzar.

-Vuelvo a reiterarles que aquí no hay ningún Ambrosio y por lo tanto ustedes no han podido reunirse con él en esta casa.

Terminando de decir esto, se dirigió a un teléfono que se encontraba en una mesita, lo tomó y con el dedo, dando muestras de marcar un número, nos dijo que si no abandonábamos de forma inmediata aquella sala llamaría a la policía.

Ariela y yo, desconcertados, nos dimos cuenta de que nada podíamos hacer allí, por lo que decidimos marcharnos sin más.

No nos permitieron salir por la puerta principal, sino que nos obligaron a salir por una de las puertas laterales.

Al atravesar uno de los pasillos, Ariela, que era más observadora, me indicó que la puerta por la que habíamos pasado era la que daba al comedor en el que habíamos almorzado.

-La puerta que acabamos de pasar corresponde al comedor donde estuvimos ayer –le dije en tono retador a aquella mala bestia.

-¿A qué puerta se refiere?

-A esa -y se la señalé.

-Esa puerta no conduce a ningún comedor y si lo duda, acérquese y ábrala.

-Sí, es esa, no dudes en abrirla -me pidió Ariela.

Me aproximé a ella y la abrí. Ante nuestra sorpresa, allí no había ningún comedor ni nada parecido a ello, en su lugar nos encontramos con un almacén de libros.

Observé en él una leve y maliciosa sonrisa. Aquel hombre no me gustaba nada. De él se podía esperar cualquier cosa, por ello no quise darle la espalda y caminé hasta la salida en línea con él.

Ya en la calle, se acercaron a nosotros dos fornidos y jactanciosos personajes diciéndonos que nos acompañaban al coche, por las buenas o por malas, que lo dejaban a nuestra elección.

Ariela me agarró del brazo y me pidió que saliésemos de aquel lugar cuanto antes. Desconocíamos en aquel momento el alcance de aquellas amenazas.

Pensamos que siempre tendríamos tiempo de volver si lo creíamos necesario.

Llegamos al coche, abrimos sus puertas y, tras ponerlo en marcha, decidimos abandonar la ciudad.

No habríamos recorrido ni dos kilómetros, cuando observamos que éramos seguidos por otro coche.

Le pedí a Ariela que hiciese todo lo posible por despistarlo. Aquella tarea no era nada fácil, aun cuando su destreza con el volante podría hacerlo posible.

Pasaban los minutos y no éramos capaces de quitarnos aquel coche de encima, por lo que desistimos de continuar la huida y aprovechando que nos acercábamos a la población de Esposende, Ariela fue disminuyendo la marcha del coche hasta pararlo. Siempre era mejor conocer a quienes nos seguían en una población que en un descampado.

El coche que nos seguía se paró a nuestra altura y de él salió una joven bastante enfadada.

-Si sé que me van a traer hasta aquí, no les sigo -nos espetó con cara de pocos amigos.

-¿Qué desea de nosotros? le inquirió Ariela, intentando serenar a la joven.

-Yo personalmente no deseo nada de vosotros, pero mi madre sí quiere veros - nos contestó.

-¿Tu madre?, ¿quién es tu madre?-me interesé por ello.

-Mi madre, ayer os sirvió la mesa cuando comisteis al medio día con Ambrosio -¿La recordáis?

-Así que la señora Marina es tu madre. Es una mujer encantadora -le dijo Ariela.

Lo que dije de su madre le gustó, lo notamos de forma inmediata por el cambio que su rostro experimentó.

- Si queréis acompañarme, seguidme.

Ariela y yo nos miramos sorprendidos y estábamos deseosos de acompañar a aquella joven para que nos llevase hasta donde se encontraba su madre. Necesitábamos saber lo que había ocurrido en tan solo unas horas con Ambrosio, es más, ella podría indicarnos el lugar donde podríamos verlo.

La joven nos pidió que dejásemos nuestro coche aparcado y que subiéramos al suyo, porque de esa forma pasaríamos más desapercibidos, nos explicó que no era conveniente que viesen nuestro coche. Era mejor que pensasen que habíamos desaparecido de Braga.

Hicimos lo que nos pidió y volvimos a hacer el camino a la inversa. Atravesamos Braga y nos adentramos en una zona agreste hasta llegar a una gran casa de campo. A su puerta nos esperaba sonriente Marina.

Ella nos hizo pasar con la sonrisa que la caracterizaba. Una vez dentro de la casa y después de habernos hecho sentar, nos expuso de forma clara y sin rodeos que tanto a ella como a Ambrosio los habían obligado a dejar el Arzobispado durante un tiempo sin determinar.

-¿Quién dio esa orden? -le pregunté.

-Eso no lo sé. A una cocinera se le escapan estas cosas.

-¿Y el padre Ambrosio, dónde se encuentra en estos instantes?-le consultó Ariela.

Marina nos contó que solo pudo hablar con él por teléfono durante un par de minutos, el tiempo suficiente para oírle decir que me pusiese en contacto con vosotros, y os comunicase que hicierais todo lo posible por ir cuanto antes a la catedral de Astorga, donde contactaría con vosotros a través de San Blas.

Tanto nosotros como ella no deseábamos prolongar la conversación por mucho tiempo -hacerlo era temerario- por lo que decidimos abandonar aquella casa.

La joven volvió a llevarnos al lugar donde nos había recogido una hora antes.

CAPÍTULO XIV

LAS CONFIDENCIAS DE SAN BLAS

Una vez que subimos al coche, y antes de iniciar la marcha, tuvimos que tomar la decisión de si continuar hacía Mondoñedo o marchar sin perder tiempo a la catedral de Astorga. Tras estudiar los pros y los contras optamos por ir a Astorga.

Deseábamos volver a encontrarnos con Ambrosio; todo aquello que estaba sucediendo nos parecía tan extraño que nos costaba trabajo entenderlo.

Ya en carretera, le pregunté a Ariela su impresión sobre el encuentro que acabábamos de mantener con Marina.

Coincidió conmigo en la forma tan extraña en la que se estaban desarrollando los acontecimientos, y estuvimos de acuerdo al pensar que nunca hubiésemos imaginado lo que nos había ocurrido en tan solo en unas horas.

Los acontecimientos acaecidos lo habían precipitado todo. Por esa razón muchas preguntas acudían a nuestras mentes y las exteriorizábamos en esos instantes.

¿Por qué a Ambrosio lo habían hecho volatizar de aquella forma?

¿Por qué él intentaba ponerse en contacto con nosotros cuanto antes?

¿Por qué quería transmitirnos algo que sus superiores no deseaban?

Teníamos la esperanza de que todas las respuestas a estas interrogantes las obtendríamos en Astorga, el lugar hacia donde estábamos a punto de llegar.

Ariela, en voz alta, seguía repitiéndose una y otra vez: “él se pondrá en contacto con nosotros a través de San Blas”.

-¿Qué habrá querido decirnos con esta frase? –repitió en diferentes ocasiones durante el viaje.

Tampoco yo encontraba respuesta adecuada a ello, pero lo que tenía claro es que nuestras dudas se despejarían en el instante en que estuviésemos en la catedral de Astorga.

Astorga apareció ante nosotros de improviso. Nos adentramos en su casco urbano y, al final de una estrecha y larga calle, vimos majestuosamente levantada la catedral de Santa María.

Al acercarnos a su fachada principal pudimos comprobar su estilo barroco, con extraordinarias representaciones de escenas bíblicas, de las que nos llamó la atención una Asunción de la Virgen en una hornacina y la del apóstol Santiago en el frontón.

Sin entretenernos en observar la fachada de la catedral, entramos en ella, esperando y deseando encontrarnos con Ambrosio.

Dimos unas vueltas por las diferentes naves intentado localizarlo y al no hallarlo decidimos preguntar a un viejo sacerdote que, sentado, leía un devocionario.

En un principio nos pareció mal interrumpir su lectura, pero el tiempo corría en nuestra contra y nos vimos obligados, a nuestro pesar, a hacerlo.

Antes de dirigirnos a él nos encomendamos a todos los santos y a la divina providencia. Fue Ariela la que sin pensárselo mucho se acercó a preguntarle.

-Padre, si no tiene inconveniente me gustaría hacerle una pregunta.

-Como si son dos, tengo todo el tiempo del mundo y son tan pocas las personas que se acercan ya a este viejo cura, que para una vez que lo hacen...no llegó a terminar la frase porque se convirtió en todo oídos.

-¿Conoce usted al padre Ambrosio?

-Puedo garantizarle que en Astorga no hay ningún padre Ambrosio y puedo asegurarle que conozco a todos los sacerdotes de esta ciudad -se expresó con suma firmeza.

-Bueno, quizás no es religioso, pero es bibliotecario que trabaja en Braga -le expuse.

Tampoco sabía quien era. Su respuesta nos cayó como un jarro de agua fría en una mañana de enero.

-Le diré, manifestó en tono socarrón, que solo desconozco el nombre de una persona que se acercó ayer por aquí, y con la que estuve hablando un momento, pero no me dijo su nombre ni yo se lo pregunté.

¿Le importaría decirnos cómo era?

Con suma cordialidad, aquel afable sacerdote nos la fue describiendo, y conforme lo iba haciendo, Ariela y yo nos mirábamos. En los ojos de ella noté la complacencia que le producía el retrato que nos hacía de la persona que buscábamos.

Aquella persona de la que nos hablaba era el padre Ambrosio. Pero... ¿Por qué no se encontraba allí?... ¿Por qué no estaba esperándonos, si tanto deseaba hablar con nosotros?

-Habíamos quedado en vernos hoy aquí -le dije a aquel anciano sacerdote.

-Pues ha debido de ser un error, porque ese hombre me dijo que se encontraba de paso, que solo había venido aquí a orar ante San Blas, porque era uno de los santos en el que más fe tenía, nos contestó.

De nuevo la esperanza volvía a renacer en nosotros. Pensábamos que si Ambrosio no estaba ese día allí, significaba que debíamos acercarnos a “orar” ante San Blas.

Le preguntamos a aquel sacerdote por el santo y deseó acompañarnos hasta su capilla.

Cuando nos dejó ante él, se despidió de nosotros para volver a su silla a seguir meditando.

-Os dejo que oréis tranquilamente, no es bueno distraer a la persona que reza. Si necesitáis algo más de mí, estaré donde me encontrasteis –nos dijo.

Le agradecemos su cortesía y nos despedimos.

Ariela volvió a repetir:

“él se pondrá en contacto con nosotros a través de San Blas”.

-Pues ya estamos ante San Blas...esperemos que nos transmita el mensaje que Ambrosio debió de dejarle para nosotros -expresé en voz alta.

-Nunca oí hablar a un santo, ni creo que este hoy lo haga.

-Tampoco lo oí yo, pero seguro que este nos dice algo. No creo que Ambrosio nos haya hecho venir hasta aquí tan solo para verlo o simplemente para dirigirle una oración.

-“A través de San Blas se pondría en contacto con nosotros”- seguía repitiendo Ariela, una y otra vez.

-Estoy convencido de que nos ha dejado un mensaje en este altar-le dije.

-Pues si eso es así aprovechemos el tiempo y empecemos a buscarlo sin dilación.

A ambos laterales del altar de San Blas se veían tres ventanillas rectangulares, cada una de ellas estaba cubierta por un fieltro de color rojo.

-Si yo hubiese tenido que guardar algo en este retablo, seguro que lo hubiese ocultado en una de las dos aberturas inferiores. ¿Por qué él no pudo pensar lo mismo?-me sugirió Ariela.

Me pareció lógica su apreciación, seguidamente metió su mano por la situada en la parte izquierda del retablo, mientras yo vigilaba por si alguna persona se acercaba. Después la introdujo en la de la izquierda. Al hacerlo la miraba, era como si desease ver sus reacciones en el caso de hallar lo que andábamos buscando, que dicho sea de paso, no teníamos la menor idea de lo que podría ser.

En tan solo unos segundos, sus ojos se abrieron de par en par y su rostro se iluminó anunciándome que estaba tocando lo que anhelábamos.

Extrajo su mano y entre sus dedos sujetaba un folio de papel muy bien doblado.

-¡Aquí está!-es cuanto pudo decir con una felicidad que la envolvía por completo.

Me acerqué hasta ella para leer el contenido de aquella nota.

Ante nosotros teníamos un folio conteniendo varias líneas escritas a mano.

“No os puede esperar, retiraos lo antes posible de esta ciudad y marchad hacia el Valle del Silencio, allí os espera San Esteban”.

Aquel sitio no nos resultaba familiar, pero intuíamos que allí nos encontraríamos con Ambrosio, o bien alguien que él deseara que viésemos.

Salimos de aquella magnífica catedral con la certeza de que nadie nos venía siguiendo. Atravesamos la calle y a tan solo unos metros de esta, nos dirigimos a una tienda cercana que ofrecía en sus escaparates diferentes tipos de chocolate, con la intención de interesarnos por saber dónde se encontraba el Valle del Silencio.

Lo primero que hicimos al entrar fue comentarle al señor que atendía aquel negocio que nos aconsejara sobre un buen chocolate.

Nos dimos cuenta de que era un hombre muy afable, dicharachero y amante de su tierra. Tras pagar las tabletas compradas, le preguntamos si conocía el lugar que buscábamos.

-No se lo pierdan, es uno de los lugares más preciosos que ustedes puedan ver por esta zona. Aprovechen los días que tengan que estar por aquí, pero no dejen de visitarlo, y por supuesto hagan una visita al Monasterio de San Pedro, una joya que tuvo su origen en el siglo VII. Nada hay tan lindo como el Valle del Silencio –nos afirmó con rotundidad.

Después de indicarnos por dónde debíamos dirigirnos hasta el valle, dejamos la tienda dispuestos a alojarnos en un hotel donde poder cenar y pasar la noche.

Ya en la calle, aquel hombre salió para recomendarnos que podríamos pasar la noche en San Esteban y participar en la Fiesta de las Ánimas, que se celebraban al día siguiente. Aquella sugerencia dada vino a facilitarnos la comprensión del mensaje que nos había dejado Ambrosio. Quisimos entender que él nos estaría esperando en dicha población.

Durante todo el día no habíamos probado bocado alguno, solo unas naranjadas en la única parada que hicimos durante el viaje hacia Astorga.

Fuimos directamente hacia el Hotel Gaudí, que se encontraba muy cerca de donde estábamos, y tras dejar nuestros bolsos y darnos una cálida ducha, bajamos al restaurante a cenar.

Una buena sopa y un sabroso plato de paletillas de cordero maragato nos reconfortaron y nos hicieron olvidar el hambre que llevábamos.

En la sobremesa, que fue muy corta, planificamos lo que haríamos al día siguiente. Decidimos salir temprano para estar en el valle lo antes posible.

Dejamos el comedor y tomamos el ascensor para subir a las habitaciones a descansar.

Antes de acostarme, estuve observando durante un buen rato las preciosas imágenes que desde allí tenía el palacio Episcopal de Gaudí, que tenía frente a mí.

A la mañana siguiente, tal como teníamos previsto, después de tomar un copioso desayuno, emprendimos la marcha hacia el Valle del Silencio.

Dejamos atrás el majestuoso Palacio de Gaudí, donde está ubicado el Museo de los Caminos.

-En otra ocasión tendremos la oportunidad de venir a verlo -le sugerí a Ariela.

-Te tomo la palabra, y espero que no tardemos mucho en hacerlo, porque eso significaría que habremos encontrado el Diario de Jesús -me contestó.

CAPÍTULO XV

EN EL VALLE DEL SILENCIO

Salimos de Astorga con dirección a Ponferrada. Atravesamos el puente sobre el río Oza y después de recorrer una sinuosa y estrecha carretera llegamos a San Esteban de Valdueza. Pensábamos que Ambrosio nos estaría esperando y que haría acto de presencia ante nosotros en cualquier momento.

Como eran más de las tres de la tarde creímos conveniente almorzar y esperarle en el mesón de un complejo rural, junto al que habíamos aparcado.

Tal como habíamos pensado aconteció; cuando tomábamos los postres se presentó nuestro amigo.

-Prestad atención -nos dijo.

Ariela tuvo la intención de saludarlo y él se lo impidió con un claro gesto que ambos comprendimos.

-No os levantéis, nada de saludos, haced como si no nos conociéramos. Esta noche durante la celebración de las Ánimas tendréis noticias mías, no es bueno que nos vean juntos –nos manifestó con mucha discreción.

Sin más abandonó aquel mesón.

Una vez que terminamos de comer nos dispusimos a dar un paseo por un sendero poblado de grandes y frondosos árboles. No teníamos prisa por volver, por lo que nos deteníamos en cada uno de los bellísimos rincones que íbamos descubriendo.

Cuando empezó a oscurecer iniciamos el regreso hacia el pueblo con la intención de acudir a la celebración de la Fiesta de las Ánimas. En ella debíamos de encontrarnos con Ambrosio.

La música de una pequeña orquesta compuesta por tres mujeres, dos acordeones y una vocalista, nos llevó hasta la plaza de la Iglesia de San Esteban donde se celebraba la fiesta.

Calculamos unos trescientos asistentes, cada uno de ellos portando un cuenco de barro y una cuchara de madera.

Después de recoger nuestros cuencos nos pusimos en una larga cola y nos dejamos llevar hasta una gran mesa donde nos proporcionaron un bollo de pan con un riquísimo trozo de chorizo en su interior. Unos metros más adelante nos llenaron el cuenco con un exquisito guiso de patatas con carne de jabalí. De allí avanzamos hasta una mesa donde nos acomodamos y compartimos con los vecinos un buen vino tinto de la comarca.

Mientras comíamos y bebíamos no dejábamos de observar a los cientos de personas reunidas allí intentando captar cualquier movimiento extraño. Por otra parte, esperábamos la llegada de Ambrosio.

Pasaba el tiempo y este no aparecía. Después de un par de horas de espera creímos conveniente dar una vuelta por los alrededores de la plaza con la intención de hacernos presentes. Cuando el sonido de la música desapareció volvimos a la misma y ya en ella no había nadie. Transcurrirían unos diez minutos cuando llegó hasta nosotros el gemido de una persona. Pusimos atención y claramente percibimos que llegaba de detrás de la iglesia. Hacia allí nos dirigimos y vimos, a la altura de la puerta de entrada, el cuerpo de un hombre. Pensamos en un principio que bien podía tratarse de uno de los asistentes borracho. Quisimos ayudarle y pudimos observar que era Ambrosio el que se encontraba en aquellas condiciones. Quedamos helados y desconcertados al conocer su identidad.

Pronto reparé en las manos de Ariela llenas de sangre y al mirar las mías comprobé que también lo estaban. El cuerpo de nuestro

amigo sangraba. Nos pidió que lo incorporáramos un poco y conforme lo íbamos haciendo intentaba hablarnos.

-No os preocupéis por mí, procurad salir de aquí lo antes posible. Quien me ha apuñalado no dudará en volver a hacerlo –nos dijo.

-No podemos dejarlo aquí, necesita ayuda urgentemente –me dijo Ariela.

Corrí a recoger el coche con el fin de trasladarlo con la mayor premura a un centro sanitario cercano, mientras Ariela le realizaba unas primeras curas con la ayuda de varios vecinos que acudieron hasta donde se encontraba.

Sin perder tiempo y dada la gravedad marchamos hasta Ponferrada. Durante el trayecto y con no pocos esfuerzos Ambrosio nos dijo que una vez que lo dejásemos, volviésemos hasta el Valle del Silencio y buscásemos a su amigo, que bien podría encontrarse en los alrededores de San Pedro del Monte, el cual tenía los conocimientos suficientes para proseguir la conversación que habíamos iniciado con él.

Después de dejar a nuestro amigo en buenas manos y de identificarnos convenientemente ante la dirección del centro sanitario y de la policía local a la que le expusimos los hechos que habíamos vivido en San Esteban de Valdueza, marchamos preocupados por el estado de Ambrosio y deseosos de reunirnos con...

-¿Como dijo que se llamaba su amigo? –le pregunté.

-Ahora que lo pienso, no nos dijo su nombre –me respondió.

Con la confusa situación vivida, nos olvidamos de preguntárselo. Pero pensamos que nos las arreglaríamos para dar con él.

Volvimos a hacer por tercera vez el camino que nos conduciría a San Esteban de Valdueza y desde allí continuamos hacia Valdefrancos y San Clemente, desde donde nos adentramos por una pronunciada subida que nos llevó hasta un fascinante paraje donde se encuentra el Monasterio de San Pedro del Monte.

Decidimos descansar un rato y esperar que llegase el amanecer para obtener discretamente alguna información sobre la persona que buscábamos.

Al despertar quedamos impresionados por el aspecto que presentaba aquel recinto. El románico de su torre me impresionó gratamente, al igual que sus capiteles prerrománicos.

Una vez llegados al mismo, nos encontramos con un monje... bueno, monje no creo que fuese, al menos no llevaba ni hábito ni indumentaria que pudiera delatarlo como tal. Su vestimenta más bien lo hacía parecer un ermitaño.

Fuese lo que fuese, era un hombre amable, familiarizado con aquel entorno y acostumbrado a estar solo, al menos esa fue la impresión que tuve de él.

Después de saludarlo, le expresé los sentimientos que había experimentado ante la belleza de aquel lugar.

-Como decía San Valerio, este es un lugar parecido al Edén y tan apto como este para el recogimiento, la soledad y el recreo de los sentidos -nos manifestó y prosiguió: -¿Qué os trae por aquí?, ¿de vacaciones?

-De vacaciones, más bien no -le contesté.

Miré a Ariela por si a ella se le ocurría algo en aquellas circunstancias.

-Si no es de vacaciones, ¿a qué se debe vuestra visita?

-Buscábamos a Ambrosio, el bibliotecario del palacio Episcopal de Braga. ¿Lo conoce?

Solo se me ocurrió preguntarle por él. Si sabía quien era, teníamos la posibilidad que fuese la persona que buscábamos; en caso contrario deberíamos seguir indagando. Pero de entrada tuvimos suerte.

-¡Quién no conoce al bueno y sabio Ambrosio! -nos expresó demostrando un gran afecto hacia él.

-Me alegro que tenga ese concepto de su persona. También nosotros lo tenemos.

-Fue mi profesor de historia en la Universidad; porque lo conozco bien, sé lo que digo.

Además él fue un profesor con el que llegué a tener mucho contacto y profundizamos en muchísimos temas de diferentes momentos históricos.

-Lo sé, él me lo contó -me pronuncié con mucha firmeza y categórico.

Aquella respuesta lo desconcertó bastante a la vez que mostraba una sonrisa de incredulidad.

-¿Qué usted lo sabe? No me lo puedo creer.

Aquel órdago lanzado por mi parte estaba empezando a dar sus primeros frutos, por lo pronto se comenzaba a interesar por nuestra estancia allí.

-Sé que está pensando lo que yo imagino, volví a lanzarle otro órdago.

En aquel momento soltó una gran carcajada a la vez que se expresaba diciéndonos:

-¡Pero bueno! ¿Cómo puede imaginar lo que pienso?

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó sorprendido.

-Buscadores de la Verdad, -le contestó Ariela.

-¿Buscadores de la Verdad?... Y si la buscan ¿por qué han tardado tanto en llegar?

Su contestación fue contundente y hasta puedo decir que me impresionó la forma de manifestarla.

-Ambrosio es otro buscador de la Verdad. Siempre lo fue. Precisamente por ello abandonó la Universidad y lleva media vida encerrado entre legajos.

-Intuyo que usted también lo está -se interesó Ariela.

-En estos momentos es evidente que no lo estoy. Es cierto que lo estuve, pero desde hace algo más de un año, la verdad que busco la encuentro en este paradisíaco sitio. Aquí se está más cerca de Dios y puedo sentirme conmigo mismo, que para mí es lo realmente importante -le contestó.

-¿Cuida usted este monasterio?

-No, solo vengo aquí muy temprano a rezar y marchó antes de que llegue la señora que lo cuida, que lo hace hacia las once de la mañana. Tenga en cuenta que este monasterio está declarado Monumento Nacional desde el año 1931, por lo que recibe visitas a menudo.

En un momento de la charla le pregunté si hacía mucho tiempo que no veía al padre Ambrosio. Esperaba que me iba a decir que lo había visto el día anterior, pero su respuesta me desconcertó. Hacía más de tres años que no lo veía.

Mi preocupación por él se hizo extrema y por mi mente pasaron muchas cosas, y ninguna buena, todas ellas relacionadas con el temor que nos había expresado por escrito en el mensaje que nos dejó en el retablo de San Blas.

Me preguntaba además, por el interés que había mostrado para que nos viésemos con su amigo allí.

Distraído en mis pensamientos no le oí preguntar por el tiempo que llevábamos sin verlo. Solo escuché a Ariela diciéndole que tan solo hacía unas horas que habíamos estado con él y a continuación comenzó a relatarle pormenorizadamente lo que había ocurrido desde San Esteban hasta que lo habíamos dejado en el centro sanitario. Su rostro exteriorizaba el dolor que le producía saber lo que le había ocurrido a su amigo.

Después empezó a comentarle todo lo que nos había ocurrido los últimos tres días, así como las conversaciones mantenidas con él, sin mencionar en ningún momento nada que estuviese relacionado con el Diario de Jesús y su última recomendación que nos hizo sintiéndose gravemente herido: “que volviésemos hasta el Valle del Silencio y buscásemos a su amigo, que podría encontrarse en los alrededores de San Pedro del Monte”.

Para aquel hombre fue un mazazo conocer lo que le había acontecido a su amigo y nos mostró su dolor, repitiendo una y otra vez que ya presentía que algo así le iba a ocurrir.

Haciendo un gran esfuerzo se repuso.

-Entonces quiero entender que ustedes llegan hasta mí para que les continúe relatando los hechos acontecidos a partir de la muerte de San Gonzalo en San Martiño de Mondoñedo.

-Así es, y eso es lo que Ambrosio ha querido al hacernos venir hasta este lugar -le respondí.

-Entiendo que la verdad que vienen buscando aquí es la del Diario de Jesús -nos espetó con una claridad y seguridad que nos dejó boquiabiertos y asombrados.

No sé en aquellos momentos lo que pasó por la mente de Ariel, pero por la mía entraron, pasado el primer momento de estupor, ráfagas de rayos intensos, impregnados de infinitos colores.

-Es cierto lo que dice, hemos llegado hasta aquí por indicación de Ambrosio y evidentemente buscamos la verdad de ese diario, le dijo ella.

-Somos muchos los que lo hemos buscado y muchísimos más los que lo hacen ahora -nos expresó.

Después continuó manifestándonos que entendía que si el sabio Ambrosio nos había hablado de ello era porque tenía la certeza de que nuestra búsqueda del Diario tenía visos de ser realidad.

Nunca nos hubiese confiado nada sin haber tenido la absoluta certeza de que íbamos a utilizar para bien esa información privilegiada que nos había dado.

-¿Significa que usted también tiene esa información?-le pregunté.

-La tengo como él la tenía. Él investigó hasta el siglo X y yo lo hice hasta que el Diario llega a las manos de Isabel La Católica en el año 1492, evidentemente con algunas pequeñísimas lagunas, que no afectan en nada al resultado final.

Aquel testimonio nos satisfizo. Era una forma de ir cerrando el puzzle que iniciamos en Plasencia.

-Si desean acompañarme a mi casa pueden venir conmigo, tengo la costumbre de tomar algo de comida a esta hora...les invito a compartir lo que tengo -nos dijo mientras iniciaba su camino.

Le dimos las gracias y le dijimos que habíamos desayunado.

Después de caminar durante un buen rato llegamos a su casa, una pequeña cueva en el monte.

Una vez dentro de ella sacó un tazón de leche y un trozo de pan, que parecía estar duro, y se dispuso a tomarlo.

Mientras lo hacía, se interesó por el último momento histórico comentado por el padre Ambrosio y le dijimos que nos quedamos en el momento en que el obispo San Rosendo murió, y pidió a los suyos que el sarcófago de Nicodemo fuese llevado al monasterio de San Quirce, antigua abadía benedictina.

Después de nuestra explicación empezó a relatarnos, que el sarcófago fue sacado del monasterio de Celanova para ser llevado tal como San Rosendo había sugerido al Monasterio de San Quirce, en Burgos.

Esa medida fue tomada a partir de que se conociese que el jefe Almanzor, que había avanzado hacia el norte de la Península Ibérica asolando las poblaciones del reino cristiano, se encontraba saqueando la ciudad de Santiago de Compostela y su catedral, y que por ello se decide sin dilación alguna el traslado del sarcófago desde aquel lugar hasta el sitio indicado.

Prosiguió descubriéndonos que el sarcófago se llevó sobre un carro tirado por varias mulas acompañado por los caballeros de Santiago, un grupo creado por el rey Ramiro I. Estos debían proteger todo el recorrido ante cualquier contratiempo o ataque.

-¿Qué razones existieron para que se trasladase a San Quirce, en lugar de hacerse a otro sitio más cercano?-se interesó Ariela.

-Pienso que la razón principal para que se trasladase allí fue que esos territorios no habían sido atacados por los musulmanes con la intensidad con lo que lo estaban siendo otros territorios vecinos, quizás debido al carácter montañoso y los muchos abrigos naturales que tenía el condado castellano.

El ermitaño se levantó y retiró el tazón de la pequeña mesa y, tras darle un enjuagado y dejarlo sobre el poyete de una cocinilla, volvió con una vasija de agua y un vaso de latón.

-Seguiré diciéndoos que el traslado solo se hacía de noche, para evitar tener alguna incursión no deseada, y como precaución para que no pudiesen identificar lo que se transportaba en aquel carro.

Tenían claro los lugares donde debían realizarse las paradas para repostar. Tanto los hombres como los animales necesitaban descansar durante unas horas, ya que el camino era duro.

Se salió una noche de Celanova y tras atravesar La Puebla de Sanabria, Castrocontrigo, La Bañeza, Carrión de los Condes y Quintanadueñas se dirigieron al monasterio.

El viaje se estaba realizando sin novedad, pues no se toparon con ningún grupo de musulmanes, pero al llegar a Quintanadueñas, a la altura de Páramo del Arroyo, sufrieron un reconocimiento por un grupo de soldados pertenecientes al condado de Castilla.

Los caballeros de Santiago decidieron no enfrentarse a aquel grupo tan numeroso de soldados, por lo que no entraron en la lucha.

Aquellos soldados castellanos paralizaron la comitiva y ni las razones que les dieron, ni tan siquiera las acreditaciones que presentaron como caballeros de Santiago, sirvieron para convencerles y finalmente les impidieron continuar el camino.

Allí quedaron detenidos en tanto que no se recibiese una orden del conde de Castilla, García Fernández, autorizándoles proseguir la marcha.

Tras tres días de espera, fue el propio conde castellano el que llegó hasta allí para conocer sobre el terreno la verdad del mensaje que aquellos hombres expresaron al grupo de soldados.

Quien comandaba el grupo de los caballeros de Santiago se dirigió al Conde y le transmitió que, dada la importancia de lo que se transportaba en el carro, le solicitaba una entrevista discreta y lejos de los oídos de los presentes.

Ambos se retiraron a una distancia prudencial, donde no pudiesen ser escuchados, y le expuso las razones que les llevaban a atravesar por aquellos parajes.

El conde se interesó muchísimo por el contenido del carro y no solo los autorizó a llegar hasta San Quirce, sino que él personalmente

los acompañó hasta el monasterio que se encontraba perdido en un valle cubierto de árboles milenarios.

El ermitaño siguió refiriéndonos, que en el siglo IX permanecía en aquel sitio una congregación de monjes benedictinos en un monasterio ruinoso y que fue el padre del conde García Fernández, Fernán González, quien lo reformó y lo amplió, para conmemorar las distintas victorias logradas sobre los musulmanes entre los años 925 y 928.

El conde, después de entrevistarse con el abad, abandonó aquel recinto y volvió a sus menesteres.

El sarcófago, que era esperado por aquellos monjes, fue colocado en el centro del ábside semicircular.

-¿Qué ocurrió con él a partir de ese momento?-le pregunté.

-Simplemente quedó allí en el más oscuro de los anonimatos, que era lo que realmente se había pretendido -nos contó.

-¿Hasta cuándo estuvo allí? Porque está claro que de allí lo llevaron a otro lugar- le aseveré.

-Evidentemente así fue, puesto que hoy día el sarcófago no se encuentra en San Quirce.

El ermitaño nos comentó que allí permaneció hasta el mes de Mayo del año 1212, unos meses antes de producirse la batalla de las Navas de Tolosa. Contienda que llevaron a cabo Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII de Navarra y Pedro II de Aragón, el 16 de Julio de 1212, contra el Califa almohade Muhammad Al-Nasir.

El Rey Alfonso VIII de Castilla acuerda con el Rey Pedro II de Aragón trasladar el sarcófago de Nicodemo a sus territorios del sur de Francia, soberanía obtenida tras el casamiento del rey aragonés con María de Montpellier, al castillo de Montségur (Castillo Seguro). La intención del rey castellano era la de garantizar la seguridad que estos territorios podrían proporcionarles al sarcófago.

-¿El castillo donde se refugiaron los cátaros? -le pregunté.

-Sí, el castillo considerado como el santuario de este grupo de cristianos que aparecieron en Francia en el siglo XII y que predicaron

por la región del Languedoc francés un mensaje de tolerancia, amor y piedad –nos comentó.

-¿Por qué debieron de refugiarse, de quiénes huían? -se interesó Ariela.

-Es largo de contar. Esta fue una de las muchas atrocidades que la Iglesia católica ha cometido a lo largo de la historia.

-Si no le importa puede sintetizarme aquel hecho, -inquirió ella.

- No, no me importa nos dijo y prosiguió, -los cátaros, también conocidos como “hombres buenos” o “ buenos hombres”, abominaban la corrupción que en aquellos tiempos envolvía al clero católico y predicaban con el ejemplo llevando una vida irreprochable, donde la austeridad, la virtud y el trabajo presidían sus actos diarios. Resumiendo os diré que estos hombres buenos, llevaban una vida intachable, por lo que con su actuación ponían en evidencia a la que llevaban los católicos del Vaticano. Esta forma de proceder atraía no solo a las personas sencillas del lugar, sino también a muchos miembros de la iglesia católica contrarios a su forma de conducirse y que al unirse a los cátaros mostraban su rechazo al grueso de sacerdotes católicos que llevando una vida corrupta, olvidaban su misión pastoral. Esta forma de pensar unida al rechazo que los cátaros hacían al diezmo que los católicos debían de entregar a la iglesia, crearon en ella un recelo atroz que los convirtieron en enemigos a exterminar, y los declararon herejes.

-¿No hubo posibilidad de que llegaran a un entendimiento?

-Ariela sintió curiosidad por conocer este extremo.

- Por parte del Vaticano se intentó sofocar la nueva declarada herejía. En un principio se envió a estos territorios, predicadores con la intención de convencerlos de “su error”. Entre los mandados se encontraba el que con el tiempo llegaría a ser santo Domingo de Guzmán. Basta con recordar las palabras que este pronunció cuando no consiguió convencerlos, para darnos cuenta de la catadura de este personaje: Cuando la predicación no tiene éxito prevalecerá la estaca.

-No me produce extrañeza estas palabras. Esta ha sido la táctica que durante siglos ha venido utilizando el Vaticano –sentenció Ariela.

-Es cierto y esta forma de actuar ya se utilizó contra los cátaros en diferentes lugares, sin ir más lejos y como ejemplo mencionaré a Orleans, donde fueron quemados un grupo de ellos en el 1002 –nos contestó.

Quise conocer lo que ocurrió tras fracasar el intento de convencerlos para que se incorporaran al sentir del Vaticano y el ermitaño nos facilitó una información que nos resultó interesantísima. Según él el Papa Inocencio III, urgió un plan para tener una excusa para convocar una cruzada y emprender acciones militares contra los territorios en los que se desenvolvía los cátaros.

-¿Qué plan?-se interesó vivamente Ariela.

-Inocencio III, envió como legado papal a Pierre de Castelnau, para que se entrevistase con Raimundo VI, conde de Tolosa y lo convenciese para que llevase a cabo la represión de la herejía en su territorio. El conde no aceptó tal imposición y se piensa que fue el propio Papa el que ordenó que se matase a su legado. De este asesinato se culpó a Raimundo VI y se tuvo la excusa perfecta para declarar la cruzada contra los cátaros y quienes le diesen cobertura en sus territorios.

¿Contó el Vaticano con muchos apoyos? –preguntó Ariela.

-Sí, lo tuvo, -le contestó,-sobre todo la del rey francés Felipe Augusto, que siempre estuvo interesado en apoyar la cruzada, pues tras el triunfo de ella, se adueñaría de los territorios del Languedoc, que en aquellos momentos les pertenecían al rey Pedro II de Aragón, quien cayó muerto en Muret, tras el enfrentamiento que tuvo sus tropas, que habían acudido a socorrer a las gentes de su territorio, con las de la Cruzada comandadas por Simón de Montfort, al que posteriormente el Papa nombraría Conde de Tolosa.

-¿Qué ocurrió tras la derrota de los cátaros? –le preguntó Ariela con sumo interés por el destino que sufrieron aquellos “buenos hombres”.

-Su respuesta no se hizo esperar, -Tras esta derrota, los cátaros volvieron a reagruparse y después de sucesivos intentos por parte del Vaticano, debieron de refugiarse huyendo de la Inquisición en el

que siempre fue considerado Centro Espiritual Cátaro: El Castillo de Montsegur. Una fortaleza situada a 1216 metros de altitud y que se consideraba inexpugnable.

Al nombrar Montsegur, Ariela y yo nos miramos y recordé que unos minutos antes el ermitaño nos había comentado, que en este castillo, había sido depositado el sarcófago de Nicodemo.

Tras un pequeño paréntesis para beber, el ermitaño nos reveló como en Mayo del año 1243, siendo rey de Francia Luis IX, se le encomienda el asedio de la fortaleza al senescal de Carcasona, Hugues des Arcis que hasta el año 1244 no emprendió el definitivo asalto del castillo. Se iniciaron negociaciones para rendir aquel lugar. Los inquisidores dieron quince días a los cátaros para que abandonasen el castillo, pudiendo optar entre la abjuración de su fe y la hoguera. Ellos escogieron la hoguera. Días antes de que se llevase a cabo esta matanza los “hombres buenos”, analizando la situación en la que se encontraban, deciden sacar a la mayor brevedad posible todos los objetos de valor religioso que se guardaban en el Monte Seguro, entre ellos, el que ocupaba un lugar destacado entre las pertenencias guardadas: el sarcófago de Nicodemo.

-¿Cómo consiguieron sacarlo? –le pregunté.

-Una de las personas sitiadas Pierre Roger de Mirepoix con un grupo de compañeros, arriesgando sus vidas, dejaron la fortaleza y lograron atravesar las líneas enemigas con una serie de objetos sagrados entre ellos el Sarcófago de Nicodemo. No tenemos noticias de como fue el viaje de regreso al reino de Castilla pero sabemos que fue devuelto al lugar de donde había salido, el convento de San Quirce.

El ermitaño siguió diciéndonos que allí permaneció hasta el 1226, año en el que el rey castellano Fernando III el Santo tuvo noticias de la existencia del Diario de Jesús y de que este se encontraba en su reino, en la abadía de San Quirce, ubicada a una veintena de kilómetros de Burgos.

El rey ordenó que le llevaran el sepulcro con los restos de Nicodemo con la mayor celeridad posible. Nos refirió, además, que una vez que la orden real fue presentada al abad, se dispuso que el

sarcófago fuese trasladado tras tomarse las máximas medidas de seguridad durante todo el recorrido.

El rey esperó con impaciencia su llegada y, cuando tuvo conocimiento de su proximidad, salió con diligencia a buscarlo para llevarlo hasta su residencia.

La entrada a la población se llevó a cabo con suma discreción y una vez en ella, pidió que lo llevasen a uno de los aposentos cercano al suyo, que con anterioridad había sido preparado como capilla, para acoger a aquella reliquia sagrada.

Una vez que todos se hubieron retirado, el rey Fernando cerró la puerta y quedó a solas orando ante los restos de Nicodemo que se encontraban en el sarcófago.

CAPÍTULO XVI

“LOS DOSCIENTOS BALLESTEROS DE SANTIAGO”

Oyendo al ermitaño el tiempo había transcurrido deprisa. Cada comentario lo iba enlazando con otros, pero nunca dejaba el hilo conductor de nuestra conversación, siempre volvía a él.

Era una gozada oírle narrar los hechos que nos iba exponiendo, pero más lo era aún la forma en que lo hacía.

He de reconocer la vastísima cultura histórica de aquel hombre, del que no logramos conocer de su nombre.

Se hizo un pequeño descanso en la conversación que lo aprovechamos para tomarnos las riquísimas mantecadas maragatas y las tabletas de chocolate que el día anterior habíamos comprado en Astorga.

Ariela aprovechaba cualquier ocasión que tenía para seguir profundizando en lo que nos interesaba, y no dejaba de hacerle preguntas para mantener viva aquella charla. Realmente, más que diálogo, era un monólogo vivo.

-¿Se supo lo que hizo el rey Fernando III con aquellos objetos sagrados?-me interesé.

-Sí, claro, el rey, desde el primer momento, quiso saber lo que había en el sarcófago, le intrigaba lo que se cobijaba en su interior,

por ello al poco tiempo de estar allí, lo mandó abrir; la curiosidad por enterarse de su contenido era muy grande.

-¿Encontró el Diario de Jesús?-le preguntó con gran interés Ariela.

-Sí, claro que se hallaba en su interior, era imposible que hubiese sido de otra forma.

El sepulcro, desde que fue trasladado desde Braga, siempre estuvo muy vigilado -le contestó él con una seguridad absoluta de lo que estaba hablando.

Tras un alto de unos minutos para saludar a unos cazadores que pasaban por allí, nos contó cómo el rey, una vez que abrieron el sarcófago, quedó consternado al comprobar el mal estado en el que se encontraba el Diario, por lo que ordenó sacarlo de él e introducirlo en una escarcela especial de cuero en la que se pudiese guardar con las máximas garantías posibles.

Fernando pensó que haciéndolo de esa forma, se lograría detener el deterioro que el manuscrito había sufrido en aquel receptáculo a lo largo de los años.

Confió su confección a la guarnicionería real, la cual trabajó en ello y en tan solo unos días, el rey pudo llevar consigo atada a su cintura aquella reliquia de Jesús, de la que ya nunca más se apartó.

Fernando llegó a creer firmemente que llevando con él, colgada a su cintura, la escarcela, la suerte no lo abandonaría nunca. Por ello jamás se separó de ella y la llevó siempre consigo.

Así lo hizo en los días anteriores a la toma de Baeza y durante todo el tiempo que duró la contienda bélica emprendida.

El día 30 de noviembre, día de San Andrés, del año 1227, el rey Fernando III conquistó definitivamente la ciudad andaluza, convirtiendo este lugar en la avanzadilla castellana para arrebatarles el poder a los musulmanes y a la vez, desde allí, poder completar la conquista de Andalucía.

La comarca de Baeza servía los planes del rey Fernando porque era un lugar enclavado en el centro geográfico de la provincia

jiennense. Una atalaya natural próxima a los 800 metros de altitud desde donde se domina el valle del río Guadalquivir.

Tras su conquista, Fernando III dejó defendiendo la población a un grupo de caballeros conocido como “Los Trescientos Caballeros”.

El rey encomienda el mando de este grupo y responsable de aquella avanzadilla a Don Lope Díaz de Haro.

Esta formación había sido constituida por infanzones y nobles, que fueron elementos fundamentales en los planes llevados a cabo para conquistar Andalucía.

El rey Fernando otorga a la ciudad de Baeza el Fuero Conquense, con el fin de atraer a los vecinos de otras poblaciones cristianas, y vuelve a implantar en la población una sede episcopal, que ya lo había sido en el siglo III.

Manda reconstruir sobre las ruinas de una iglesia visigoda la iglesia de Santa Cruz, y algo más tarde las de San Pedro, San Juan y San Salvador.

En la iglesia de Santa Cruz, el rey mandó colocar en uno de los laterales del ábside el sepulcro de Nicodemo y su vigilancia se la encomendó a la Compañía de “Los Doscientos Ballesteros” del señor Santiago.

Este grupo de ballesteros formado por caballeros hijosdalgos, que dependían exclusivamente del rey, estuvo comandado por uno de sus más fieles caballeros, Don Gumersindo Bueso, que había servido a sus órdenes en las guerras que Castilla había tenido contra los musulmanes.

Hasta aquella ciudad acudieron las principales órdenes religiosas a regir y administrar conventos y monasterios y se abrieron el Seminario y la Universidad.

Cuanto nos relataba aquel hombre nos resultaba sumamente interesante y no llegaba a saciar nuestra curiosidad, por ello le pedimos que nos comentara lo ocurrido después de haberse dejado el sepulcro en esa iglesia.

Tras beber un poco de agua, nos refirió que el sarcófago permaneció en ella durante varios siglos y que siempre su custodia fue dirigida por un descendiente directo del caballero Gumersindo Bueso, porque así lo había ordenado el rey.

-¿Qué ocurrió realmente para que los restos fuesen trasladados de allí?-le pregunté.

-No he logrado saber las causas por las que fueron desplazados a otro lugar -sin embargo, nos expresó, tengo idea de quién fue la persona que ordenó su traslado a otro sitio que reuniese más seguridad.

Nuestra pregunta no se hizo esperar, teníamos necesidad de conocer su respuesta.

-¿Quién fue esa persona?-preguntamos al unísono.

-Veo que vuestra curiosidad es muy grande, también yo la tuve momentos antes de que Ambrosio me la revelase.

-¿Quién fue la persona? -volví a preguntarle en la confianza de que nos diría su nombre.

Sin titubear un instante nos indicó que fue el emperador Carlos el que dio esa orden cuando se encontraba retirado de la vida política y lejos de los grandes núcleos urbanos, en un tranquilo y sosegado lugar como era el monasterio de Yuste.

Prosiguió diciéndonos que este le había encomendado a su confesor, Fray Juan de Regla, de la orden de los Jerónimos, el traslado del sarcófago de Nicodemo hasta un lugar donde descansaban los restos de uno de sus discípulos.

-Debieron de ser muy poderosas las razones que tuvo Carlos I para ordenar que el sarcófago fuese llevado a otro lugar -le consulté.

-Pensaba Ambrosio que debió de ser por motivos de seguridad, más que de otra índole, -y prosiguió diciéndonos que esa decisión debió de haberla tomado en el 1526, año en el que contrae matrimonio en Sevilla con su prima la princesa Isabel de Portugal.

Tras esta respuesta, aquel hombre nos expuso que después de su casamiento, el rey Carlos decidió realizar un viaje por diferentes

lugares de Andalucía, entre ellos Baeza, porque deseaba complacer los deseos de su esposa, que quería orar ante el sarcófago de Nicodemo.

Nos dijo que creía que fue en esta ciudad cuando al visitar la iglesia de Santa Cruz y comprobar cómo se encontraba el sepulcro, creyó necesario que el mismo se llevase a otro lugar, donde pudiera pasar más desapercibido y con mayor seguridad, aunque ese pensamiento no decide ponerlo en práctica hasta muchos años más tarde, precisamente poco antes de morir.

Ariela se interesó por la forma en la que se llevó a cabo ese traslado y le refirió que unos días después del 21 de septiembre de 1588, fecha en la que falleció el emperador Carlos a consecuencia de haber contraído el paludismo por la picadura de un mosquito, Fray Juan de Regla mandó a dos de sus frailes a Baeza con órdenes expresas de que llevasen el sarcófago a un lugar que solo tres personas podrían conocer además de él, y que este traslado debería realizarse de forma secreta.

Se hizo de esa manera con el fin de que nadie pudiese localizar el lugar donde debían ocultarlo.

En dicho viaje solo participarían los dos frailes y el responsable de su custodia, al que se le hizo entrega de una carta en la que le indicaba que el sarcófago debía permanecer guardado en un sitio seguro, que dejaron dibujado en un mapa, hasta el día en que les llegase una reliquia sagrada procedente de un país extranjero.

Además el fraile le dijo que una vez que tuviesen esta en su poder tendrían que introducirla en el interior del sarcófago, y realizada esta operación, debían trasladarla al lugar donde permanecería definitivamente.

Siguió contándonos el ermitaño, que los frailes Domingo de San Juan y Juan de Santa María, que era como se llamaban esos religiosos, llegaron a Baeza el 26 de octubre y se dirigieron diligentes a la iglesia de la Santa Cruz, donde debían entrevistarse con la persona que estaba encargada de la custodia del sepulcro de Nicodemo.

Hacia el mediodía se produjo el encuentro con ella.

Tras la presentación de diferentes documentos que acreditaban a los religiosos como las personas encargadas de hacer cumplir las órdenes dadas por el emperador Carlos, decidieron organizar el traslado del sarcófago.

Prosiguió relatándonos que en un carro tirado por dos poderosas mulas, los tres hombres iniciaron la marcha y el día 7 de noviembre de ese mismo año. Bien entrada la noche, el grupo llegó al lugar previsto. Un paraje despoblado y verde al pie de una frondosa sierra, donde se encontraba una vieja iglesia en total estado de ruina.

Posteriormente los frailes y el encargado de la custodia del Sarcófago de Nicodemo decidieron esconderlo en la falda de un barranco que daba a un riachuelo y a la espalda de la vieja iglesia. Para ello iniciaron la apertura de una fosa. Cuando habían profundizado algo más de medio metro en la tierra, descubrieron un gran objeto que en un principio pensaron que era una roca pero al seguir ahondando comprobaron que esta se movía. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que aquel objeto era una imagen.

Una vez que la extrajeron, observaron que era la figura de una virgen.

Continuaron excavando y cuando consideraron que la oquedad era suficientemente amplia para esconder el sepulcro, lo ocultaron y lo volvieron a cubrir con la tierra sacada. Los tres se comprometieron allí mismo a guardar secreto sobre el sitio de la ocultación y el descubrimiento de aquella imagen, la cual terminada aquella tarea se dispusieron a limpiar.

Con suma paciencia, aquellos tres hombres lograron devolver a la talla su aspecto original, y creyeron conveniente darle el nombre de la sierra donde se encontraban, colocándola sobre los restos de lo que había sido el altar de la iglesia arruinada.

Con gran entusiasmo emprendieron la reconstrucción de aquella iglesia a la que pronto comenzaron a llegar los vecinos de una población cercana. Ante la sorpresa de los frailes aquellas

personas hicieron suya aquella virgen “traída” por los frailes y colaboraron, también, en la construcción de aquella ermita.

Desde su llegada, los frailes promovieron una vida de recogimiento, trabajo y oración, ganándose con esta forma de actuar la total confianza y la entrega de cada uno de los vecinos de aquella población.

En aquel momento de la conversación seguíamos sin saber el paradero del sarcófago, pero nos quedaba la satisfacción de que íbamos avanzando.

También ignorábamos el lugar en el que se hallaba el Diario pero supimos, porque así nos lo dijo el ermitaño, quién fue la última persona que lo tuvo en su poder.

¿Quién fue?-Ariela deseaba saberlo.

Su respuesta no se hizo esperar. Nos contestó diciéndonos que fue el rey Fernando III.

Al tener esta información en mi poder llegué a preguntarme a quién pudo dejárselo y en que lugar podría hallarse en aquellos instantes.

Por otra parte, tenía conciencia de que las únicas personas que nos podrían contestar a esas preguntas serían Ambrosio o aquel ermitaño que teníamos ante nosotros.

Estaba claro a quien debíamos de dirigirnos en aquellos momentos. Por ello le pregunté por la persona o por la institución a la que el rey Fernando III pudo dejarle el Diario de Jesús.

Su respuesta no tardó en producirse.

-Puedo aseguraros que la pista del Diario de Jesús la perdimos tras la muerte del rey Fernando, y puedo deciros que hemos hecho todo lo humanamente posible por encontrarla, pero no lo logramos.

-Algunos pensaron que tras la muerte del rey fue sustraído por parte de la jerarquía eclesiástica y que reposa en alguno de los múltiples lugares que la iglesia católica tiene repartidos por el mundo, a buen recaudo.

Yo rechazo esta hipótesis porque, si así hubiese sido, el Vaticano no estaría siguiéndole la pista al Diario de Jesús, como lo hace en estos momentos, como se la seguí yo y como lo buscáis vosotros. Realmente pienso que el Diario fue pasando de las manos de un monarca a las de otro, aunque en un momento determinado de nuestra historia quedó interrumpida esta práctica.

Aquel hombre hablaba y hablaba, cosa que nosotros deseábamos, y prosiguió contándonos que llevaba algo más de dos años sin tener noticias de Ambrosio, y que ambos habían llegado a averiguar hasta donde él nos había revelado.

Reafirmó sus comentarios diciéndonos que en aquel momento entendía porqué su compañero nos había hecho llegar hasta allí para vernos con él.

-¿Por qué?-le interpeló Ariela.

-Ambrosio debió de pensar que yo había logrado recabar más información que él sobre esto, de hecho yo proseguí durante un tiempo investigando.

-Me parece que su razonamiento es lógico -le contesté a la vez que observaba su mirada.

Entonces tuve claro que Ambrosio debió de creer lo que el ermitaño nos había transmitido, que este avanzó más que él en la búsqueda del Diario, y por ello deseó que nos acercáramos hasta el Valle para obtener la información que necesitábamos.

Ariela se interesó por las razones por las que se retiró de la búsqueda del Diario, pues no llegaba a entender que después de haber avanzado tanto en el recorrido que este había realizado, hubiese tirado la toalla.

Él le comentó que había tenido razones suficientes para ello y que en ningún momento se retiró por miedo a las amenazas reales ni a las agresiones físicas sufridas por él y por su esposa, su compañera de investigación con la que anduvo el camino que los llevó a saber cuanto conocían sobre los manuscritos de Jesús.

También nos dijo que esas gentes no perdonaban.

En aquel momento me expliqué las razones por las que aquel buen hombre no llegó a decirnos su nombre ni tan siquiera hablar-nos de él durante nuestra larga conversación.

Al despedirnos nos dijo que solo Ambrosio sabía que él se encontraba en aquel lugar, y que tuviésemos mucho cuidado con los “lobos”, que seguro nos estarían siguiendo. Que eran personas sin escrúpulos capaces de todo, hasta matar, con tal de conseguir lo que buscaban, el Diario de Jesús.

Un fuerte abrazo selló aquel encuentro con alguien que permanecería en nuestro recuerdo para siempre.

Le pedí a Ariela regresar a donde habíamos dejado el coche. Antes de partir miramos hacia atrás, y allí, a la puerta de aquella oquedad, quedaba un hombre que no dejaba de saludarnos.

Sentí una extraña sensación, mezcla de pena, rabia e impotencia al ponernos en marcha.

-Vamos, Ariela ila vida sigue!-le expresé esperanzado en averiguar otras pistas que nos pusiesen en el camino que nos condujese a el Diario de Jesús.

- Sí, vamos -me indicó a la vez que me decía que nuestro caminar sería largo y tortuoso, pero que estaba convencida de que el final se encontraba más cercano que cuando nos embarcamos en esta aventura apasionante.

Volví a mirar hacia atrás y la cueva había desaparecido de nuestra vista.

Allí quedaba de nuevo solo el Valle del Silencio.

CAPÍTULO XVII

EN LA IGLESIA JESUITA DE SINT-MICHIELSKERK

Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Benor, desde el día que nos separamos en Foz, después de que Ariela y yo regresásemos del Valle del Silencio.

Aquel día, tras una toma de contacto y un intercambio de informaciones sobre los progresos que habíamos logrado para componer el puzzle que suponía reconstruir el camino recorrido por el sarcófago de Nicodemo, llegamos a la conclusión de que lo mejor para nosotros sería separarnos, incorporarnos a nuestros menesteres cotidianos y durante un tiempo prudencial seguir investigando cada uno por su cuenta.

Nos pusimos de acuerdo en la forma en la que debíamos comunicarnos y decidimos que estrictamente lo haríamos cuando hubiese algo muy importante que contar. Por ello, nos creamos unos nuevos correos electrónicos, que solo debíamos conocer nosotros.

Era conveniente transmitir la impresión, a quienes pudiesen seguirnos, cosa que creímos altamente probable, que atemorizados, habíamos decidido abandonar la búsqueda del Diario de Jesús.

Durante un tiempo estuvimos incomunicados, por ello, cuando me llegó el correo de Benor a través de internet me llené de una alegría rebotante.

La última vez que supe de él fue por un amigo común.

Según este, Benor se había visto obligado a abandonar de forma precipitada el estado de Israel, antes de que pudiese ser detenido por las autoridades israelíes, que tuvieron serias sospechas de que fue él quien me facilitó la transcripción de los documentos encontrados en la cueva Altair del Monte Tabor.

También le acusaban que hubiese colaborado con nosotros en la publicación de la novela “La Janukiya del Maestro de la Verdad.”

Desde el día en que supe que Benor había dejado tierras judías, supuse hacia dónde se había dirigido.

Conociéndolo un poco, consideré que pudo haber escogido un país de Europa, donde no tuviese problemas y pudiese pasar desapercibido.

Eso podía lograrlo fácilmente porque en el continente europeo contaba con muchísimos miembros de su Organización, establecidos en la mayoría de sus estados.

El correo lo recibí un miércoles, aunque no lo leí hasta el jueves.

En el mismo me pedía que deberíamos encontrarnos lo antes posible, y me rogaba que tuviese preparada mi maleta para salir a la semana siguiente, sin especificarme el día de salida.

Al mismo tiempo que me hacía esa indicación me pedía que no hiciese nada para organizar el viaje, porque en unos días recibiría noticias al respecto.

Al tercer día de recibir el correo electrónico, se presentó en mi casa un joven, al que había visto en varios actos llevados a cabo con motivo de la promoción de la novela. Con él había mantenido breves momentos de conversación, al presentarse a mí como admirador de la Janukiya del Maestro de la Verdad.

Nos saludamos como si fuéramos viejos amigos, él se mostraba siempre muy amable.

-¿Has venido a charlar sobre la Janukiya? ¿Quieres preguntarme algo sobre ella? -le inquirí.

-Precisamente de la novela no, pero de alguna forma sí hay alguna relación con ella -me llamó la atención la forma de contestar a la pregunta que acababa de hacerle.

-Pues aquí me tienes dispuesto a oírte y a discutir como hemos hecho en otras ocasiones, soy todo oídos -le expresé ansioso por saber qué le había hecho estar allí.

-Bueno, lo que vengo a decirle es que me pongo a su disposición desde este momento -me contestó a la vez que hacía una levísima inclinación de cabeza.

Y diciendo esto, comenzó a abrir su cartera, de donde extrajo un sobre que me entregó.

Intuí cual era el contenido de dicho sobre nada más tenerlo en mis manos, por ello cuando lo abrí, no me sorprendió nada encontrarme con un pasaje de avión.

Mi sorpresa vino después cuando comprobé el lugar adonde me llevaría aquel pasaje.

No hice ningún comentario sobre el contenido del sobre; él tampoco me preguntó nada, pero sí me dijo que vendría muy temprano a recogerme, ya que saldríamos desde Málaga hacia el aeropuerto de Bruselas en el primer vuelo del día.

-¿Saldríamos? ¿Significa que me acompañarás?-volví a preguntarle.

-Así es, yo le acompañaré. Debo decirle que desde hoy estaré a su entera disposición durante el tiempo que dure el viaje -me manifestó con complacencia.

Decidí no hacer la menor objeción al respecto y ponerme a terminar de preparar mi maleta.

Tal como habíamos quedado, vino a casa a recogerme muy temprano.

Después de tomarnos un café bastante cargado, salimos hacia el aeropuerto de San Julián, en Málaga.

Durante el poco tiempo que empleamos en hacer aquel trayecto, nos dio tiempo a hablar de muchas cosas interesantes...bueno, de todo lo que él deseaba y quería hablar. Cuando no le interesaba comentar algo, o no estaba autorizado a hacerlo, enmudecía completamente o simplemente me decía que desconocía el tema que se trataba.

Por esas circunstancias quise ser sumamente respetuoso con sus silencios.

Supe por él que tenía nacionalidad española y que se llamaba Jacob, que vivía cerca de mi residencia y que había sido una de las tres personas que estuvieron en todo momento junto a mí, velando por mi seguridad, durante la primera etapa de la promoción de la novela.

-En ningún momento tuve conocimiento de ello, ni conciencia de percibir en ninguna ocasión vuestra presencia –admití, porque realmente así fue.

-Eso era realmente lo que nosotros pretendíamos -me respondió sonriente y orgulloso de su trabajo.

Al llegar a la zona de la salida de los vuelos internacionales, me pidió que me bajase y fuese al mostrador de facturación, donde obtendría mi billete.

-Yo pasaré después de haberlo hecho usted -me dijo –por prudencia no es conveniente que nos vean juntos.

-¿Nos separaremos en Bruselas?

-No iremos juntos, pero no olvide que siempre estaré cerca de usted.

-De acuerdo. Si nos perdiésemos, que podría ser posible, ¿a dónde debo dirigirme?

-No se preocupe por eso, no se perderá. A nuestra llegada nos esperarán varios compañeros que nos llevarán hasta el lugar del encuentro.

Me dí cuenta desde aquel momento, que Jacob sabía mucho más de lo que yo había pensado.

Nuestra llegada a Bruselas fue anunciada por el comandante del vuelo, que nos informó de la situación meteorológica que hacía en el aeropuerto y nos deseó una feliz estancia en la ciudad. Sin la menor novedad tomamos tierra en un perfecto aterrizaje.

Una vez recogido el equipaje de mano y sin dilación, caminé hacia la salida esperando de un momento a otro la llegada de la persona que debía acompañarme a visitar a Benor.

Antes de llegar a la misma, tuve la sensación de estar siendo seguido. Al mirar hacia atrás me dí cuenta de que cerca de mí, a unos pasos, caminaba Jacob.

Al salir a la calle, se me acercó un joven de unos treinta años diciéndome que el Chico Cuarto me esperaba en Altair. Aquellas dos palabras me hicieron comprender que aquella persona era la encargada de llevarme hasta Benor.

El Chico Cuarto era como Ildefonso y yo, familiarmente, llamábamos a Benor. Solo nosotros y él conocíamos ese cariñoso apodo con el que lo habíamos bautizado, y Altair era la Cueva del Monte Tabor, por lo tanto no tenía la menor duda de quién era la persona que envió a este hombre a buscarme.

Me invitó a seguirle hasta un cuatro por cuatro gris con cristales opacos y sin perder tiempo emprendimos la marcha.

-¿Le importa decirme hacia dónde nos encaminamos? -le requerí a la persona que conducía.

-Señor, debo llevarle al Beaterio Mayor (Groot Begijnhof) de Lovaina.

El viaje a Lovaina fue perfecto, no tuvimos el menor contra-tiempo. Los veinticinco kilómetros que había hasta esa ciudad los hicimos prácticamente en silencio.

Durante el trayecto me dediqué a organizar en mi ordenador una serie de fotografías que me interesaba que viese Benor, así como unos comentarios y opiniones que nos habían llegado sobre la Janukiya de varias personas de distintos países.

No habrían transcurrido más de treinta minutos cuando me indicaron que llegábamos a Lovaina.

Así era, a lo lejos divisé la aguja de la torre de la catedral de San Pedro.

Unos minutos más tarde el coche llegaba a un espacioso aparcamiento, y al instante lo hacía otro vehículo del que salió Jacob, que se acercó apresuradamente hasta donde me encontraba y recogió mi bolso de viaje.

Yo decidí llevar conmigo el ordenador, no me gustaba separarme de él.

Jacob me pidió que lo siguiese y nos dirigimos a la Sede del Faculty Club, de la Universidad Católica de Lovaina, que se encontraba a tan solo unos metros de donde habíamos dejado los coches.

Una vez que hubimos llegado, entramos en el restaurante y punto de encuentro universitario. Allí me esperaba Benor, quien salió a mi encuentro con los brazos extendidos para darme un fuerte y deseado abrazo.

En unos minutos, después de haber tomado una cerveza muy fría, deambulamos por una serie de calles estrechas, que según me dijo, formaban parte de un conjunto monumental constituido por setenta casas y conventos, del periodo comprendido entre los siglos XVI y XVIII; un interesantísimo lugar declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por parte de la Unesco.

Mientras caminábamos yo permanecía en silencio escuchando cuanto él me decía.

-En este lugar vivo desde hace unos meses, en la casa de un amigo, profesor de la Universidad de Lovaina, un fiel colaborador de la Organización -me dijo, sin dejar de mirar una y otra vez hacia atrás, y prosiguió diciéndome -aquí paso más desapercibido que en cualquier otro lugar.

-¿Estarás aquí mucho tiempo?

-Todo va a depender de la información que reciba, precisamente desde España, y que espero no tarde en llegar -se apresuró a decirme.

Al pasar por algunos de los lugares interesantes de aquel complejo, Benor hacía una pausa en la conversación para indicarme: “Esta casa fue un antiguo convento del siglo XVI” o “aquí estuvo ubicada la antigua enfermería”.

Pronto llegamos a la casa donde él se hospedaba. Esperaba encontrarme con su compañero, con el que compartía vivienda, pero me dijo que llegaría más tarde, cuando terminase su trabajo en la Universidad.

Eché una ojeada al salón y me llamó poderosamente la atención la cantidad de libros, de diferentes temas, colocados en los lugares más insospechados. Aquella casa era toda una biblioteca.

Entramos en una pequeña cocina en la que se dispuso a preparar el almuerzo.

-¿Para los tres? –le dije con la intención de poner ese número de cubiertos.

-No, solo almorzaremos los dos, él suele llegar por la noche.

A la vez que hacía de comer, me comentaba las razones por las que me había hecho ir hasta allí.

Comenzó diciéndome que lo habían invitado a mantener una reunión en la que se hablaría de un proyecto relacionado con la búsqueda del Diario de Jesús y que por ello me había pedido que asistiera con él.

También me expuso, con cierto asombro por su parte, que le parecía un encuentro extraño, pues a tan solo unas horas de celebrarse esa reunión ni tan siquiera sabía quién era la organización que la había programado y por supuesto desconocía a las personas que habían sido avisadas.

Se habían comunicado con él a través de la taquilla de su compañero, profesor de la universidad, y que por ello pensó que el convocante debía pertenecer al centro escolástico o al menos encontrarse muy cercano al mismo.

Prosiguió refiriéndome que sería falso negar que en un principio aquel proyecto le atrajo muchísimo, por lo que pensó que el encuentro con la persona que lo convocó podría ser muy interesante.

Aquella fue la razón principal por la que se había puesto en contacto conmigo, porque creía que me gustaría participar en tal encuentro.

Ayudé a Benor a poner la mesa y nos sentamos a comer lo que había preparado, una ensalada de verduras, que tenía muy buena pinta, y un trozo de pescado a la plancha, acompañado con un buen vino de la zona.

En mi mente rondó una pregunta durante el tiempo que duró aquel almuerzo. No sabía cómo planteársela a Benor para no herirlo.

No lo hice hasta el final del almuerzo, cuando nos dispusimos a tomar una taza de café.

Le consulté si tenía total confianza en su amigo. Necesitaba saberlo antes de tomar la decisión de asistir o no a aquella reunión.

Benor, como siempre, no dudó un instante en contestarme.

-La tengo totalmente. Por él sería capaz de poner la mano en el fuego. Podría asegurarte sin temor a equivocarme que él estaría dispuesto a dar su vida por mí y más que por mí, por lo que represento dentro de la Organización -me respondió con gran franqueza y siendo consciente de lo que me estaba diciendo.

-¿Cuántas personas asistiremos?

-Está previsto que asistan a la reunión tres personas y nosotros; solo una de ellas es de Lovaina, pero desconozco en estos momentos quién es.

-¿Las otras? -le consulté intrigado.

-No lo sé, pero podrían ser de diferentes nacionalidades.

-Curioso, un ramillete de naciones compartiendo este asunto -le expresé.

-Yo no las escogí -respondió con una sonrisa -no olvides que fueron ellos quienes me invitaron a este encuentro.

Después de unas dos horas de charla Benor me dijo que debíamos salir, para ser puntuales a la cita.

Yo pensaba que el encuentro sería en la sede del Faculty Club, pero según me dijo Benor, se iba a celebrar en un sitio que ni tan siquiera él conocía, simplemente porque nunca había estado en él.

Serían alrededor de las siete de la tarde cuando abandonábamos aquel recinto, y como habían previsto, subimos a un coche que nos estaba esperando.

Tras un corto recorrido, de tan solo unos minutos, nos dejó en la puerta de una iglesia con una elegantísima fachada barroca.

Al subir sus escalones, me sorprendió que en la puerta de entrada a aquel templo habían colocado un extraño arco de mimbre, del que no pude entender su significado.

Una vez dentro del mismo, pude darme cuenta de que ese arco formaba parte de una sorprendente y para mí extraña exposición de arte moderno con figuras caprichosas, fabricadas entre otros elementos con medias femeninas semillenas de arena y diversos retales y forrajes vegetales.

A nuestra llegada fuimos recibidos por un señor mayor que con suma discreción, nos hizo pasar a una pequeña sala donde nos esperaba uno de los convocantes.

-Buenas tardes y bienvenidos seáis a la iglesia jesuita de Sint-Michielskerk (San Miguel) -nos saludó conforme iba acercándose a nosotros, gesticulando con grandes ademanes de brazos, a la vez que nos decía que nos hallábamos en uno de los lugares más bellos de aquella ciudad.

En pleno saludo, llegó otra de las personas esperadas, o quizás era uno de los convocantes. Estaba seguro de que no tardaríamos en saberlo.

El recién llegado fue saludando a los presentes con gestos amables, pero no exagerados.

-Si no os parece mal, podríamos sentarnos y empezar la reunión que tenemos prevista -nos dijo.

-Somos cuatro aquí y tenía entendido que seríamos cinco, ¿me equivoco?-interpeló Benor

-No se equivoca, hace algo más de una hora que tengo noticias de que nuestro compañero holandés no vendrá. He recibido una llamada en la que me han indicado que le es completamente imposible comparecer.

Aquella información fue un contratiempo, pero allí estábamos y debíamos mantener aquella reunión aunque faltara uno. Todos estuvieron de acuerdo en celebrarla por lo que fuimos acomodándonos en unas incómodas sillas colocadas ante una destartalada mesa.

-Mi nombre es Luis, mi nacionalidad es española, soy paleontólogo, y en mis ratos libres hasta escribo -les dije y los invité a que fuesen presentándose.

-Podéis llamarme Pieter, soy belga, y aunque ya no formo parte del claustro de profesores de la universidad de Lovania, sí estoy muy vinculado a ella.

-Preferiría que me llamaseis Michel, soy teólogo católico, y soy francés. Mi labor la vengo desempeñando desde hace años en el Vaticano.

Ya solo quedaba que Benor hiciera su presentación.

-Os diré que soy judío, vivo y trabajo en Israel, aunque en estos momentos, por razones que no vienen al caso exponer, me encuentro en esta ciudad y me llamo Benor.

Tras aquellas presentaciones -al menos ya conocíamos los nombres de los allí reunidos para compartir un tema que a todos nos interesaba- pedí que empezásemos.

-¿Quién toma la palabra para darnos las explicaciones pertinentes sobre este encuentro, que ha hecho posible que cada uno de nosotros hayamos dejado nuestras ocupaciones, que no son pocas, para traernos hasta aquí? -preguntó Pieter.

-Pienso que debería de tomarla la persona que nos ha convocado -contestó Benor.

Si Benor y Pieter no nos habían convocado, según se había desprendido de sus palabras, estaba clarísimo que el anfitrión era Michel.

Pero este no decía nada y solo habló para exponer que él, al igual que los demás, había sido invitado, desconociendo en ese momento quién era el convocante.

Fue entonces cuando todos pensamos que quien había hecho posible aquella reunión era la persona que faltaba.

-Si esa persona se ha comunicado con usted -dijo Benor dirigiéndose a Pieter -y le ha transmitido hace tan solo unas horas que no podría estar aquí, significa que usted la conoce, o al menos está más cerca de ella, por lo tanto opino que debe ser usted quien ponga de manifiesto las razones de este encuentro.

Miré a Michel y los dos estuvimos de acuerdo con todo lo dicho por Benor.

-Si piensa que tengo alguna relación con esa persona, puedo decirle que está equivocado, nunca tuve, ni tengo contacto alguno con ella. Simplemente me llamó, y me dijo que no podía llegar a la reunión a la que había sido convocado, y que al saber que yo era uno de los asistentes y conociendo mi teléfono, se había permitido el atrevimiento de llamarme para rogarme que lo disculpara ante los demás asistentes -le respondió Pieter, y añadió –no sé como ha logrado obtener mi número de teléfono.

Aceptamos la explicación dada por Pieter, aunque no nos satisfizo a todos.

Después de unos minutos de intercambio de opiniones, llegamos a la conclusión de que podíamos haber sido emplazados por una sexta persona, o que uno de los presentes nos estuviese engañando y hubiese sido él quien nos hubiese citado. También barajamos la posibilidad de que la persona ausente y que se había disculpado fuese realmente el convocante.

De cualquier forma, ya que nos encontrábamos allí y con el fin de no perder el tiempo, creímos conveniente llevar a cabo la reunión, quedando muy claro que lo que se expusiese en la misma no podría comprometernos ni vincularnos a nada.

Pieter comenzó comentando que se nos había citado para hablar del Diario de Jesús. Prosiguió diciéndonos que pensaba que no tenía sentido aquel encuentro, puesto que, al menos por lo que a él le correspondía, no creía en la existencia de dicho Diario aun cuando en La Janukiya del Maestro de la Verdad se aseverara que Mariamne lo llevó con ella cuando abandonó el Monte Tabor.

Yo le contesté que en la transcripción de los manuscritos encontrados se expresaba claramente y que no tenía dudas sobre su realidad.

Por su parte, Benor expuso que podía asegurar que recogió fielmente el relato del apóstol Mat-Yah, sin que al mismo se le quitase o añadiese absolutamente nada de lo que se describía en los manuscritos originales.

Michel cortó con sequedad la intervención de Benor diciéndole que esa transcripción bien pudo salir de su mente y no de la mano del que habéis denominado Maestro de la Verdad.

-Cuánto dices es cierto, lo admito –dijo Benor y continuó –pero con una diferencia, usted no ha tenido acceso a esos documentos y yo sí. Por lo tanto, tiene dos opciones, creerme o no, pero tengo la seguridad de que por ahora usted no tiene la mínima certeza de que no sea lo que digo, porque si la hubiese tenido hoy no estaría aquí con nosotros hablando de algo que considera inexistente.

-Sinceridad por sinceridad -le respondió Michel. -Sí, creo que lo que decís en La Janukiya del Maestro de la Verdad es cierto, por lo tanto retiro lo dicho y puedo asegurarles que tengo mucho interés, el mismo que ustedes, por localizar el Diario de Jesús.

-Yo también tengo interés en conocer ese Diario, comentó Pieter, pero no debemos precipitar los acontecimientos, solo les pediría que seamos prudentes con este tipo de cuestiones. La novela ya ha generado suficiente polémica entre los miembros de la Iglesia como para que ahora la búsqueda del Diario de Jesús venga a complicárnosla más.

-Para mí, que entre ustedes se pueda crear una polémica me da igual -intervino de forma muy seca Benor, y continuó -lo único que me importa y preocupa es que la Verdad, con mayúsculas, resplandezca por encima de todo.

-Y apostilló -Además, dejemos ya de una vez de tenerle miedo a la verdad.

-No sé si le he entendido bien -interpeló con gran inquietud Pieter -¿Quiere esto decir, por lo que nos ha expresado, que si fuese necesario suavizar el contenido del Diario, usted no estaría de acuerdo en ello? ¿Que esta noche no podemos conseguir un consenso, un acuerdo de mínimos sobre el contenido del documento? -apostilló este con gestos cargados de preocupación.

Evidentemente mi postura estuvo orientada en la misma dirección que la apuntada por Benor. Yo no deseaba verdades a medias, ni mentiras piadosas, ni ninguna otra componenda.

Tenía muy claro que no me iba a prestar a ningún tipo de tergiversación del contenido del Diario de Jesús.

En este y en los demás temas solo me movía la verdad y por ese camino iba a seguir, costase lo que costase.

De hecho, ya teníamos problemas por la publicación de la Janukiya del Maestro de la Verdad con ciertos estamentos de la Iglesia Católica, y aun así seguíamos manteniéndonos en nuestros principios.

-¿Entonces, para qué estamos aquí? –demandó Michel

Ante aquella pregunta del francés, Benor planteó de forma rotunda:

-Pienso en estos momentos que el encuentro debemos darlo por terminado, porque no tiene sentido seguirlo con condicionamientos inadecuados.

Así lo debimos de creer todos, cuando ninguno de los asistentes hicimos lo posible por continuar.

CAPÍTULO XVIII

ASESINATO ANUNCIADO

Después de aquella reunión, nos dispusimos a regresar a la casa donde Claudio nos debía de estar esperando para cenar.

Tras la salida, al no ver el coche que nos llevó hasta allí, iniciamos la marcha a pie hacia la casa, dada la proximidad, a tan solo unos trescientos metros de donde nos encontrábamos.

Comentábamos lo que había ocurrido en el encuentro mantenido y ambos coincidíamos en que todo había sido tremendamente extraño. Nada de lo que habíamos vivido tenía sentido, so pena de que obedeciese a una estrategia diseñada de antemano y que desconocíamos.

-¿Por qué nos citaron?- pero sobre todo nos preguntábamos: ¿Quién era el personaje o entidad que había hecho posible aquel encuentro y por qué no se encontraba allí?

Llegamos a pensar que tal vez alguna de aquellas dos personas, o quizás las dos, estuviesen allí porque desearan tener cerca a Benor, con un fin que no nos atrevíamos a calificar, pero que no nos gustaba nada.

Seguimos nuestro camino y cuando llegamos a la altura de la iglesia del Pater Damiaamplein (Padre Damián), observamos que un grupo de personas se arremolinaba alrededor de un cuerpo que yacía tendido en el suelo.

Nos acercamos por si necesitaban nuestra ayuda y los primeros comentarios que oímos, antes de llegar hasta él, fueron que aquel infortunado había sido atropellado por un coche que se había dado a la fuga.

Benor llegó hasta aquel hombre herido, con el fin de ayudarlo. Observé que su cara palidecía por completo. En la misma vi cómo se iba acumulando una indignación fuera de lo normal y una rabia indescriptible.

Allí en el suelo se encontraba herido su amigo Claudio, a quien se le desencajaron los ojos, como si quisieran salirse de sus órbitas al ver a Benor junto a él.

El moribundo quiso hablarle y comunicarle algo. Solo unas palabras pudieron salir de su boca y le costó mucho trabajo hacerlo, se ahogaba al intentarlo porque la sangre que salía por sus labios se lo impedía.

Deseo seguir comunicándose con él, pero no lo conseguía, no le era fácil. Claudio le pidió con gestos -difíciles de ser entendidos- que lo incorporara. Como pudimos lo hicimos, y él, llevándose la mano a sus heridas llenó sus dedos de sangre y empezó a hacer trazos en el suelo.

Yo no lograba entender lo que escribía, eran trazos irregulares, pero me dio la sensación de que Benor los estaba distinguiendo perfectamente.

Me dí cuenta de que lo estaba grabando en su mente para recordarlo más tarde.

Cuando aquel hombre agonizaba, en los últimos instantes de su existencia, estrechado por los brazos del amigo, me quité la chaqueta y cubrí parte de su cuerpo, que empezaba a tiritar de frío.

En el momento en que rogaba a quienes se iban agolpando que se retiraran un poco para que le entrase algo de aire al herido, se oyó la sirena de una ambulancia que a gran velocidad se acercaba hasta donde nos encontrábamos.

Antes de que esta llegase, el pulso de Claudio había desaparecido por completo. No había la menor duda de que había fallecido.

Cuando Benor comprobó que su amigo era cadáver, apoyó su cabeza en el suelo, y le retiró el móvil que sostenía en su mano izquierda. Después se levantó y al hacerlo pasó disimuladamente su pie por encima de los trazos dibujados por Claudio y estos quedaron borrados. Me dí cuenta de que aquella acción no era casual, sino intencionada.

El sanitario que llegó con la ambulancia, después de realizar las pruebas pertinentes y comprobar que aquella persona era cadáver, mandó a su ayudante a cubrir su cuerpo con una sábana.

Ya nada teníamos que hacer allí, y nada habíamos podido hacer por él.

Abandonamos aquel lugar antes de que llegase la policía y nos molestasen con preguntas que en nada nos beneficiarían.

Con una rotundidad aplastante, Benor me dijo que estaba convencido de que lo ocurrido a su amigo no había sido un accidente casual, sino que quien lo atropelló había sido comandado para asesinarlo por alguien que debía haber tenido controlados nuestros movimientos.

Miró el reloj y antes de que iniciásemos la marcha me manifestó que teníamos la necesidad de salir urgentemente de allí, que lo siguiese a una distancia de unos 20 metros porque no era conveniente que nos viesan caminar juntos.

Durante unos diez minutos, calculo yo, anduvimos por una serie de calles, sin dejar de volver la vista atrás de vez en cuando, hasta llegar a un bloque de apartamentos. Abrió la puerta y me hizo pasar. Él se quedó en la calle y no entró hasta pasados unos minutos y cuando tuvo la certeza de que nadie nos había seguido.

Ya en la vivienda, Benor me expuso una y otra vez las sinrazones que los hombres cometemos para que la verdad no salga a flote, quede escondida.

-¿Piensas volver a la casa de Claudio? -le dije mientras me acomodaba en un sofá, realmente muy abatido.

-No, no debo ir -me contestó Benor sentándose frente a mí -sé que estarán esperándome, cuando Claudio se hallaba en tan

lamentable estado de gravedad, lo primero que hizo al verme fue comunicarme que me encontraba en situación de peligro y que por lo tanto huyese con rapidez de allí.

-Observé que pudo articular muy pocas palabras al abrazarte a él -le dije.

Benor asintió.

- Es cierto que solo balbuceó unas cuantas, pero fueron más que suficientes para que lo entendiese perfectamente. Los dos podíamos comunicarnos fácilmente; no necesitábamos mucho más.

-¿Crees que lo que le ha sucedido tiene algo que ver con el resultado del encuentro que hemos mantenido? -me interesé, imaginando cual sería su respuesta.

-Estoy seguro -me contestó - de que el resultado de esa reunión ha precipitado unos acontecimientos que tarde o temprano hubiese ocurrido.

-¿Por qué nos hicieron venir hasta aquí quienes nos invitaron a este encuentro? -le manifesté esperando una pronta y convincente respuesta por su parte. La misma no se hizo esperar.

-¿No pensarían que nosotros les íbamos a hablar de todo lo que conocemos sobre el Diario? -me respondió y añadió -intuyo que querrían que los llevásemos hasta el lugar donde se encuentra. ¿Por qué no pensar que quizás prefieran que el Diario nunca aparezca?-me expresó, y prosiguió -ellos pudieron creer que si nosotros desaparecíamos del escenario de la búsqueda, nunca se lograría hallarlo.

-Me parece un craso error presuponer que solo nosotros somos los interesados en descubrirlo -le respondí y puntalicé -son muchas las personas interesadas en esta empresa. Recibo muchas consultas sobre ello.

Muchos de los lectores de “La Janukiya del Maestro de la Verdad” me consultan, pensando que conozco la respuesta, sobre el paradero del Diario de Jesús que Mariamne bajó del Monte Tabor.

Decidimos desconectar nuestros móviles con la intención de evitar que fuésemos localizados en el caso de que losuviésemos

pinchados y nos dispusimos a descansar, aunque dudaba mucho de que pudiésemos lograrlo.

Mis sentidos estaban saturados completamente con todo lo que nos había sucedido en tan solo unos días.

Necesitaba analizar cada uno de los momentos vividos para, al día siguiente, poder comentarlos con Benor.

Por la mañana, después de desayunar, nos sentamos a estudiar los hechos e intentamos barajar respuestas que nos ayudasen a descifrar todo cuanto Claudio nos quiso decir.

No fue necesario que le inquiriese por el significado de los trazos realizados por este, porque él empezó aclarándome que lo primero que hizo al verle fue transmitirle un mensaje oral de peligro, tal como me explicó la noche anterior. A la vez, le dijo que el día 30 de julio debería estar en un lugar que no pudo terminar de revelar.

Después de aquella confidencia, Claudio ya no pudo hablarle nada más. Al no poder hacerlo fue cuando marcó los trazos que más tarde Benor borraría.

Benor tomó un folio y empezó a dibujar los trazos que recordaba con suma facilidad. Fue plasmándolos sobre el papel con muchísima seguridad

S.P.Q.A. 1582

Se posicionó de pie ante aquellas letras y el número escrito a continuación de las mismas.

Se separaba de ellas y tras unos segundos regresaba a releerlas. Volvía a alejarse y de nuevo se acercaba y las deletreaba.

Así una y otra vez. En voz baja, pero audible, iba repitiendo lo que pensaba cada segundo.

-Si en lugar de A hubiese escrito R, serían las siglas que llevaron los estandartes romanos, Senatus Populusque Romanus (El Senado y el Pueblo Romano), pero la A hace cambiar el mensaje, - se decía en voz alta como enfadándose consigo mismo, y se giraba

dirigiéndose hacia la ventana, miraba por ella intentando encontrar en el exterior algunas de las respuestas buscadas.

Yo permanecía en silencio observándolo.

Volvió y se sentó ante aquel jeroglífico.

Con su mano derecha apoyada en la mesa sostenía su cabeza, pensaba con lentitud y sin prisa, en voz alta.

-La A, podría ser Acuila (Águila),-se decía- pero no....no es Acuila.

-Ablateae podría ser el participio del verbo irregular aufero, pero no, no es eso, no me dice nada.

Así, durante un buen rato, estuvo dándole vueltas y más vueltas a cada una de aquellas letras.

Después de un tiempo, su cara cambió y todo él se transformó.

-Sí, sí, eso es,-comentaba- la A debe de ser la inicial de una ciudad, en la que debió de ocurrir un hecho en el 1582.

Empezamos a barajar las ciudades que empezasen por A en las dos naciones en las que Claudio se había movido. Una era Holanda por ser la nación donde nació y se crió, y Bélgica por ser el lugar donde había vivido la mayor parte de su vida.

De Bélgica barajamos los nombres de Aalst, Artselaar,

Amberes, Alveringem, Andenne, Anderlecht, Anhée, Anzegem, Ardoois, Assesse y Avelgem.

De Holanda escogimos las ciudades de Alkmaar, Almere, Ameland, Amstelveen, Amsterdam, Apeldoorn, Arnhem y Assen

Después de estudiar cada una de ellas y profundizar en los acontecimientos que habían tenido lugar en las mismas en el año 1582, llegamos a la conclusión de que el lugar que buscábamos podría ser la ciudad holandesa de Alkmaar.

Y no nos equivocamos, averiguamos que en la fachada principal de la Casa del Peso de Alkmaar aparecía el proverbio:

**“S.P.Q.A. RESTITVIT VIRTVS ABLATE
JURA BILANCIS”**

Tras estudiar aquella frase, Benor llegó a la conclusión de que su traducción libre sería: “Al gobierno y a la ciudadanía de Alkmaar se le restituye el Privilegio del Peso”.

Después de profundizar en la historia de esa ciudad, pudimos saber que esa frase conmemoraba el reconocimiento que la nación holandesa le hizo a dicha población por el comportamiento heroico de sus ciudadanos en la lucha mantenida contra las tropas españolas de Don Fadrique.

El privilegio del peso del queso, que en su momento se le había retirado, le fue devuelto.

Ahora solo necesitábamos saber a qué hecho correspondía la fecha 1582. Esto lo encontramos en la parte superior de la fachada mencionada.

Supimos que esa fecha se correspondía con la terminación de las obras llevadas a cabo para convertir el albergue del Espíritu Santo, donde se atendía a viajeros pobres y enfermos, en la Casa del Peso.

No había duda alguna, Alkmaar (Holanda) era el lugar hacia donde debíamos dirigirnos.

Una vez que averiguamos el significado de la frase nos hicimos muchas preguntas, sin encontrarles respuesta alguna:

¿Por qué Claudio le había indicado a Benor ir a esa ciudad?

¿Qué podíamos descubrir en esa población?

¿Qué debíamos hacer allí?

¿Quiso Claudio indicarnos el lugar donde se hallaba lo que buscábamos, o quizás deseaba que nos viésemos con alguien que podría ayudarnos a lograrlo?

¿Y si nos hacía ir allí para que descubriésemos al causante de su atropello?

Ni Benor ni yo teníamos duda de que el día 30 nuestro destino sería Alkmaar.

Aquel día supuso para nosotros una jornada dura. Todo el tiempo estuvimos estudiando la forma de salir de Lovaina y qué rutas tomar para finalizar en la ciudad holandesa.

Ni tan siquiera tuvimos tiempo de almorzar, solo tomamos café y algunos refrescos.

Por la noche preparamos unos bocadillos con pan de molde y unas mazorcas de maíz y nos dispusimos a comer algo.

Durante la cena, Benor me habló de lo importante que sería que yo asistiese al día siguiente a la misa que se celebraría en la iglesia de Sint-Pietersker con motivo de la celebración del día Nacional de Bélgica.

A ese importantísimo acto religioso asistirían, como era costumbre, todas las instituciones civiles y militares, además de un importante número de ciudadanos belgas.

Él me expresó que al estar allí podría comprobar si la persona que se reunió con nosotros y dijo formar parte del equipo del Rectorado, estaba entre los asistentes.

De esa forma lograríamos saber cuál era su identidad real.

Los dos habíamos coincidido en que Pieter podría haber sido la persona que nos convocó al encuentro que habíamos mantenido la tarde anterior.

Después de cenar, sentí la necesidad de darme una vuelta por la plaza De Grote Markt para conocer bien el lugar por donde debía moverme al día siguiente, estudiar por dónde entrar y buscar el mejor sitio donde colocarme para pasar lo más desapercibido posible y observar a quienes entrasen en aquella Iglesia.

Pensé que podía hacerlo, porque nadie sabía de mí en esa ciudad.

Dicho y hecho, dejé el apartamento y me dirigí hacia la iglesia de Sint-Pietersker.

CAPÍTULO XIX

DESCENSO DE LA DIOSA

Llegué a la plaza de Grote Markt. Quise tomar un café en la cafetería Agora, pero ya estaba cerrada.

Decidí pasear dando una vuelta por el contorno de la iglesia de Sint-Pietersker (San Pedro), una joya gótica de principios del siglo XV.

Seguí hasta llegar al Ayuntamiento y me puse a contemplar esa gran obra maestra del alto gótico. Después de haberme recreado en su fachada, giré sobre mí en el preciso instante en que una joven vestida con una túnica blanca salía de una de las puertas laterales de la iglesia.

Aquella mujer venía de frente hacia mí. Debí pararme para darle paso.

Al llegar a mi altura me saludó con un “buenas noches” en un perfecto español.

En un principio no me llamó la atención, pero enseguida me di cuenta de que me encontraba en Bélgica y creí que quien me hablaba era una chica española.

Al volverme para preguntarle si lo era, observé que ella había desaparecido, se había desvanecido.

No era posible que se hubiese ocultado en tan solo unos segundos en aquella plaza porque no había lugar para hacerlo en tan

poco tiempo, a no ser que el tiempo hubiese corrido y mi mente no se hubiera dado cuenta de ello.

La única razón posible debió de ser que lo que a mí me parecieron segundos hubiesen sido minutos.

Creí que ella se había volatizado.

Me acerqué de nuevo a la fachada del Ayuntamiento, pensando que se hubiese escondido tras la baranda de la doble escalera que conduce hasta el mismo, pero allí tampoco había nadie.

Desde donde me encontraba escuché el sonido de un órgano. Intuí que llegaba desde la catedral. Las notas musicales me hicieron seguir aquel sonido, que me llevó hasta la puerta por donde había visto salir a la joven unos minutos antes.

Pensé que podría ser ella quien estuviese tocando, pero a la vez intentaba convencerme de que era imposible que hubiese podido entrar por aquella puerta, porque no la perdí de mi vista. Posiblemente podría haber entrado por otra de las existentes.

Quise comprobarlo y volví a dar la vuelta a la catedral acercándome a una pequeña puerta lateral que estaba cerrada, seguí bordeándola y, tras subir unos cuantos escalones, comprobé que otra bastante más grande tampoco estaba abierta.

Desde aquel sitio podía oír perfectamente el órgano. Estaba decidido a localizar la entrada por donde la joven pudo entrar. Al final de esa fachada volví a toparme con otra puerta más pequeña y corrí la misma suerte, por lo que decidí dirigirme a la puerta por donde ella había salido.

Al llegar hasta allí, el sonido del órgano me llegó con mayor intensidad. En aquellos momentos, sonaba un himno litúrgico.

La puerta estaba abierta y dudé si entrar o no en aquella iglesia, al final me decidí por lo primero.

La catedral estaba en penumbra, tanto que estuve a punto de tropezar con la pila de agua bendita, colocada en la parte izquierda de la entrada.

Continué caminando lentamente unos metros hasta recorrer la nave lateral donde se hallaba el órgano.

Al llegar a este, esperaba ver a aquella joven, pero no solo no la ví, sino que ante las teclas de aquel instrumento musical no había nadie.

En aquel instante observé que el órgano no era tocado por persona alguna. Me costaba trabajo creer aquello que mis ojos veían, por ello me acerqué hasta donde debía de estar sentada la persona que pudiera estar tocándolo y quedé sorprendido porque nadie había ante él.

He de reconocer que aquella situación me hacía sentirme bastante incómodo.

Reconozco que sentí un fuerte escalofrío recorriendo todo mi cuerpo. No era mi intención averiguar las circunstancias que hacían posible que aquel instrumento musical emitiese sus notas, por lo que sin pensármelo dos veces, decidí salir lo antes posible a la calle.

Al darme la vuelta para hacerlo, me encontré de frente con la joven a la que realmente había seguido hasta allí. Mentiría si no dijese que me sobresalté al verla.

Me fijé en ella como no había podido hacerlo un rato antes cuando me la encontré en la plaza.

La túnica blanca cubría su menuda y frágil figura, que hacía resaltar su tez morena.

Sin embargo, verla sosegó el estado de agitación que me produjo el sonido del órgano, segundos antes.

No quería pensar, aunque lo estaba haciendo en ese instante, que aquella joven era la persona a la que yo ponía rostro en aquellos momentos. Ni podía serlo, ni realmente lo era. Pero aun así mi desconcierto era total.

No, no, no...no podía ser, me lo repetía mentalmente... No podía ser posible. Debía de ser un sueño.

Durante breves segundos pellizqué mi cuerpo para comprobar que realmente no lo estaba.

Ella me sonreía. Deseaba decirme algo, lo percibía en sus labios.

-¿Extrañado? –me dijo.

-Sí, muy extrañado, -asentí sin dejar de mirarla a los ojos, intentando descubrir tras ellos a quién tenía delante de mí.

-¿Por mi presencia?

-Entre otras cosas -le dije -también por la forma en la que has vuelto a aparecer.

Pero realmente, más que asombrado, me sentía aturdido y desconcertado por la presencia de aquella mujer y por la forma en la que se estaban produciendo los hechos.

Sí, su presencia de imprevisto y después su desaparición repentina me produjeron esas sensaciones.

Más insólito fue para mí haber presenciado cómo se movían las teclas del órgano sin que nadie las tocara.

-¿Quién tocaba el órgano?

-¿Ese órgano?

-Sí, ese.

Ella calló y no dijo nada al respecto.

-¿Quién eres?

-¿Y tú me lo preguntas?

-No tengo el gusto de conocerte, ni recuerdo haber hablado contigo. Es la primera vez que se han cruzado nuestros caminos. Sin embargo en ti hay algo que me resulta familiar.

-Y tan familiar, me interrumpió, yo formo parte de ti, mi presencia la provocas tú.

-¿Que tú no eres real?

-Tan real como tú mismo, aunque es cierto que te necesito para materializarme.

-¿Qué quieres de mí?

-Estar a tu lado, por si me necesitas durante el tiempo que estés buscando el Diario de Jesús, -me dijo ella con claridad.

-Bien que me gustaría poder saber dónde se halla, pero me temo que no será fácil dar con él, aunque estoy seguro que algún día lo tendré en mis manos. Estamos en ello y si estoy esta noche

aquí es porque mañana espero toparme con alguien que de alguna forma está interesado en el Diario, aunque pienso que en un sentido bien distinto al nuestro.

Me acomodé en el suelo frío y húmedo de aquella iglesia, que como todas las grandes catedrales europeas tenía impregnado el olor a humedad vieja en sus anchos muros y la invité a hacer lo mismo.

Se sentó frente a mí y pude observar mejor aún su rostro. Sus ojos rasgados y negros, con largas pestañas, destacaban en su rostro moreno.

Allí, en aquella posición, estuvimos un buen rato charlando; en realidad, ella escuchaba atentamente cuanto yo le decía y solo contestaba a las preguntas que le hacía.

Cuando me vine a dar cuenta eran algo más de las siete de la mañana y los rayos de sol empezaban a entrar por los ventanales. La noche con ella había transcurrido deprisa.

Recorrí nuevamente la iglesia, intentando vislumbrar el sitio más adecuado que me permitiera ver a todos los asistentes al acto solemne que iba a celebrarse.

Una vez localizado, volví hasta donde ella me esperaba. Seguimos hablando, me sentía muy bien con ella, pero el sueño me iba rindiendo.

Recuerdo que tomé entre mis manos un trozo de su túnica, y me llené de ella.

¡Cuánto me hubiese gustado haber llegado a saber quién era aquella joven mujer! ¿A quién me recordaba? No tenía ni fuerza para preguntárselo.

El sueño se apoderó de mí y me quedé dormido, pensando en todo cuanto había sucedido.

CAPÍTULO XX

CORTEJO DE LOS BUDAS

Miré mi reloj y eran las nueve y treinta. Había dormido profundamente, durante unas dos horas. Recordaba muy bien cuanto había sucedido desde que pisé la plaza la noche anterior.

En tan solo unas horas habían acontecido unos hechos que debería razonar en cuanto terminase el acto religioso que pronto daría comienzo.

Me preguntaba si todo había sido real o soñado. Me di cuenta de que ya no acariciaba la túnica blanca, pero sí me había quedado el perfume dejado por ella.

Sentí los pasos de alguien que se acercaba.

-Señor, buenos días. No quise despertarle, dormía muy profundamente –se dirigió a mí un señor mayor, rechoncho y con cara de bonachón.

-Perdone, me quedé dormido -le dije.

-Sí, no pude evitarlo. Tuve que quitarle la túnica que tenía entre sus manos y junto a su pecho, porque antes de dormirse había desnudado a una de nuestras santas.

-¿Que yo he desnudado a una de vuestras santas?...Lo dirá en broma, ¿verdad?

-No acostumbro a hacer chistes con nuestros santos -me dijo con una sana sonrisa.

-Padre, ¿qué me dice?

-Sí, le quitaste la túnica a Santa María Magdalena, pero quiero decirle que entiendo su acción, las imágenes no sienten frío, nosotros los humanos sí, y si usted lo tenía no hizo mal en despojarla de su vestimenta.

Si me sentía desconcertado cuando lo escuchaba, más confuso aún me sentí cuando le oí pronunciar el nombre de la santa y no encontré palabras para contestar a aquel hombre. Cualquier explicación no hubiese tenido sentido, no habría sido creíble, así que opté por callarme y transmitirle una sonrisa de agradecimiento.

Solo recuerdo que repetía una y otra vez ¡Mariamne! ¡Mariamne! –me dijo.

Aquel religioso no me preguntó nada, ni por donde había entrado, ni las razones que tuve para quedarme en la iglesia antes de que esta se cerrase. De su boca solo salió un “no se preocupe, amigo”.

Salí de la catedral por la misma puerta por la que había entrado y me dirigí en busca de un café, pues lo necesitaba. Mi cuerpo sufría un frío interior insoportable, la humedad había calado mis huesos.

Me acerqué a la cafetería Agora que se encontraba muy cerca de donde me hallaba.

Un café negro muy cargado y un croissant con mantequilla me pusieron en forma.

Sentado en la terraza de aquel establecimiento, permanecí haciendo tiempo hasta que se aproximase la hora del comienzo del acto conmemorativo que pronto tendría lugar.

Los primeros personajes que hicieron acto de presencia en la plaza fueron unos señores mayores, algunos de ellos debían alcanzar los setenta y muchos años, portando diferentes banderas y casi todos con sus cabezas cubiertas, guantes blancos y con muchas medallas y condecoraciones colgadas en sus chaquetas de uniforme.

Supuse que irían llegando poco a poco los demás asistentes, y así fue.

Me llamó la atención la aparición de un grupo de personas, que por su forma de comportarse, supuse que eran los miembros del gobierno de la ciudad. Se sentaron en un restaurante próximo.

Decidí volver a entrar al templo y colocarme en el lugar que anteriormente había considerado el adecuado para desde allí poder observar a todos los asistentes. Después de abonar el desayuno me dirigí a la catedral.

No llevaría ni diez minutos en mi observatorio cuando empezaron a llegar diversos grupos que se fueron acomodando en los sitios asignados con anterioridad.

Los abanderados formaron un pasillo a la entrada de la iglesia por donde unos minutos más tarde fueron pasando las autoridades civiles, las militares y los miembros del rectorado de la Universidad Católica de Lovaina, así como otros grupos civiles, que no pude llegar a precisar a qué estamento de la ciudad podrían pertenecer.

Fui fijándome en cada una de las personas que iban entrando, pero sobre todo buscaba a la persona que presentía que de un momento a otro haría acto de presencia en el templo.

Por fin entró en el grupo último de la comitiva.

Al verlo entre aquellos personajes confirmé lo que había pensado sobre él dos días antes.

Por su forma de actuar y de estar, era de los que, aunque no estuviese investido de poder alguno, actuaba como si lo ejerciese.

Aquel hombre era Pieter. Tanto Benor como yo habíamos pensado que formaría parte del cortejo del Rectorado, pero no fue así. Sin embargo, allí estaba como supusimos.

Una vez que se hubo colocado en el lugar que debía de corresponderle dentro de la iglesia, con la vista recorría, palmo a palmo, cada uno de los rincones del templo.

Era como si estuviese comprobando quiénes estaban allí. Como si tuviera mucho interés en localizar a alguien en particular.

Pensé que no podría reconocerme porque solo nos habíamos visto durante un corto espacio de tiempo, pero me equivoqué.

Me reconoció y al cruzar su mirada con la mía, inclinó levemente y con delicadeza su cabeza en un gesto de saludo mezclado con una sonrisa, que, al menos, a mí me pareció cínica.

Esperé a que diera comienzo el acto religioso y tras unos minutos de observación opté por salir a la calle de la forma más discreta posible con el fin de situarme en un lugar cercano al Ayuntamiento, porque supe que desde la iglesia irían hasta él.

Una vez que terminaron los actos religiosos, la comitiva se organizó en la calle y se dirigió hacia el Ayuntamiento. Desde donde estaba observé que Pieter no formaba parte de ella. Debió de haber abandonado la catedral.

Una duda rondó mi cabeza en aquel instante. ¿Por qué había desaparecido del cortejo? Consideré que tal vez lo hizo para informar a los suyos de mi presencia en los actos y en aquella ciudad.

De ser así, debía ausentarme inmediatamente de aquella zona y regresar junto a Benor para mantenerme lejos de las miradas de ellos.

Pero antes de hacerlo intenté descubrir la verdadera identidad de aquel hombre. Nos resultaría muy interesante saber quién era realmente esa persona.

Consulté a varias personas por él y no obtenía respuesta alguna. Unos me decían que no lo conocían y otros que no era de aquella ciudad.

Cuando ya me marchaba, una señora entrada en años que me había oído preguntarle a sus convecinos por Pieter, me dijo que era de Lovaina y que había sido profesor de la Universidad, pero que hacía tiempo que ya no lo era y que todos los años por ese día acudía allí a celebrar la Fiesta Nacional de Bélgica.

-Precisamente hace un momento se le ha caído este papel del bolsillo y espero dárselo en cuanto termine el acto del Ayuntamiento -me dijo y a continuación me preguntó: ¿Lo verá usted ahora allí?

-Sí, sí, claro que lo verá -adivinaba lo que iba a pedirme.

-¿Le importaría entregárselo? -volvió a decirme a la vez que extendía su mano para dármelo.

-No se preocupe usted señora, váyase tranquila. Lo veré dentro de unos momentos y se lo entregaré.

Quedé extrañamente boquiabierto, pensando que aquel papel nos ayudaría a saber algo de Pieter.

Dejé la plaza de prisa y a la altura de la estatua de Erasmo, comprobé si alguien me seguía. Observé que nadie lo hacía, entré en una cafetería cercana, me dirigí al baño y ya dentro de él, saqué el papel de mi bolsillo y me puse a leerlo.

No salía de mi asombro. ¡Cuántas veces la casualidad facilita las cosas!

Memorizar el contenido de un par de líneas es fácil, por ello rompí aquel trozo y la cisterna del inodoro hizo el resto.

A partir de ese momento volé hasta el apartamento en busca de Benor.

CAPÍTULO XXI

“VIVE MEMOR LETHI, FUGIT HORA”

Benor me estaba esperando, preocupado por mi ausencia durante la noche, y se alegró al verme. Después de explicarle todo lo que me había acontecido aquella noche y el resto de la mañana, comprendió que no regresase y que lo hiciese en aquellos momentos.

Lo que no le relaté fue el encuentro que tuve con la mujer de la túnica blanca, pues ni yo mismo tenía la certeza de que aquello hubiese ocurrido de forma real y no hubiera sido fruto de mi imaginación.

–¿Qué decía el papel que eliminaste? –me preguntó.

Tomé una hoja de papel y tras recordar durante algo menos de un minuto el mensaje que había hecho desaparecer, escribí sobre ella: “Vive memor lethi, fugit hora”.

Sin la menor duda, aquella era la frase que estaba escrita en la nota que a Pieter se le cayó del bolsillo.

Se la entregué a Benor y este la tradujo de forma inmediata.

–“No olvides que morirás, las horas pasan de prisa”

Desde el primer momento creímos que el contenido de aquel mensaje podría ser una amenaza, aunque no teníamos claro contra quién iba dirigida la misma.

¿Era un mensaje para Pieter, o había sido escrito por este para enviarlo a otra persona? Si era para Pieter, ¿quién lo amenazaba? ¿Por qué?

Por otra parte, llegamos a pensar que él lo pudo escribir para mandarlo a otra persona.

-¿Quién podría ser su destinatario?-tenía mucho interés en conocerlo.

Benor consideró que Pieter podría haberlo redactado en la iglesia segundos después de verme y saludarme, pensando que podría entregármelo a la terminación del acto, tal vez con la intención de amedrentarnos y que dejásemos de investigar sobre el paradero del Diario de Jesús.

Si Pieter pensó de esa forma, realmente no nos conocía lo más mínimo. Aquella amenaza provocó en nosotros la reacción contraria. Benor era un hombre fajado en la lucha, que no se arredraba ante nada ni nadie, con tal de que su acción lo llevase a descubrir la verdad.

Por mi parte, tampoco permanecí nunca con los brazos cruzados ante un chantaje o amenaza.

Después de haber estudiado aquella frase, nos dimos cuenta de que no nos llevaba a ningún lugar, al menos no teníamos conciencia de ello, por lo que decidimos dejarla aparcada hasta que algún nuevo elemento apareciese y nos hiciese reflexionar sobre ella.

Benor preparó una infusión y mientras la tomábamos, puso sobre la mesa el teléfono móvil que había extraído de la chaqueta de Claudio, instantes después de su muerte. Me dijo que antes de mi llegada, examinó el contenido de su memoria y descubrió una llamada que Claudio realizó una media hora antes de ser atropellado.

Claudio tuvo la precaución de grabar la conversación mantenida con su interlocutor.

Me dijo que la había oído un par de veces, y aún no salía de su asombro.

-¿Cuál es el contenido de la misma?-sentí bastante interés por oírla.

-No tiene desperdicio. Por lo pronto he llegado a saber, para mi sorpresa, que Claudio había sido un calvinista holandés, cercano a grupos fundamentalistas.

-¿No sabías esta circunstancia?

-Pues no, ni tan siquiera llegó a pasármeme por la cabeza en ningún momento. Di por sentado que por estar trabajando en la Universidad católica de Lovaina era católico, pero ya ves que no.

-Realmente no nos preocupaba la religión que cada cual practicara, ni tan siquiera habíamos hablado de ello -me contestó.

Deseé oír la conversación grabada y por supuesto con quién habló.

Benor sacó un folio donde había transcrito la conversación íntegra y me lo dio a leer.

“-.....Claudio...

-Buenas tardes señor. ¿Qué desea?

-Serán para ti, porque no se han podido hacer las cosas peor que las has hecho.

-¿En qué me he equivocado, señor.

-Yo diría que en todo. Por lo pronto a la reunión ha acudido alguien que no fue invitado, un tal Luis, el paleontólogo español que escribió “La Janukiya del Maestro de la Verdad”, un gran farsante. ¿Quién lo invitó a asistir?

-Lo invitó mi amigo Benor, señor.

-¿Cómo amigo? ¿Desde cuándo un calvinista es amigo de un judío? No vuelva a repetirme eso. Olvídese de que es su amigo, porque no lo es, ni podrá serlo nunca -¿Me ha entendido o tendré que volver a decírselo? Espero no tener que repetírselo.

-Eso no me lo puede exigir, señor, es mi amigo, lo quiero como es y no debe ponerme en la tesitura de tener que renunciar a su amistad.

-Tú harás lo que tengas que hacer, lo que se te ordene, aquí decide quien tiene capacidad para ello y los demás tenemos que obedecer. Por lo pronto, está decidido que Benor y su amigo dejen de buscar el Diario de Jesús. Así que cuando esta noche se duerman tu abandonas la casa sin cerrar la puerta... Lo demás corre de nuestra cuenta.

-Señor, ¿qué está diciendo?...No lo voy a permitir...Eso nunca...Señor. ¿Cómo le digo que es mi amigo? En estos momentos voy a salir a buscarlo, señor, y decirle lo que piensan ustedes hacer.

-No haga nada Claudio...Por tu bien quédate en casa, ¿Me entiendes lo que te digo?...Te estoy diciendo...Claudio, ¿me ha entendido?..."

-¿Tienes alguna duda de lo que ocurrió después de oír esto?-se expresó Benor muy afectado.

-Ninguna, todo está muy claro. Siento realmente que por nosotros fuese asesinado.

-Sí, él salió de la casa para ir a avisarnos. Es más, he comprobado que la última llamada realizada por Claudio coincidió con la que yo recibí en mi móvil que, tenía en silencio por estar reunido y no la oímos.

Cuando él comprobó que no cogíamos el teléfono se dispuso a grabar un mensaje que no llegó a terminar. Solo pudo decir con voz temblorosa y todo asustado:

"Benor...Benor...voy a buscaros. No os mováis de donde estáis...vuestras vidas corren peligro.... Acaban de llamarme desde..."

No le dio tiempo a nada más, en la grabación se escucha un fuerte estruendo. Fue el momento en que fue atropellado.

Después de oír aquella grabación, nos quedaban muy claras varias cosas. Una de ellas era que los calvinistas holandeses estaban detrás del Diario de Jesús.

Otra, que quienes convocaron aquella reunión habían sido ellos o al menos habían sido copartícipes de la misma.

Y por último, que habían utilizado de alguna forma a Claudio para hacerle llegar a Benor la invitación.

Lo que Benor no entendía era por qué este se había dejado utilizar, aunque tenía la certeza de que debieron de haberle engañado. De haber sabido cómo se desarrollarían los hechos él nunca se hubiese prestado a ello.

Era evidente que debíamos desaparecer de Lovaina lo antes posible. Por ello determinamos preparar con la mayor urgencia la

salida de esa ciudad y dirigimos sin pérdida de tiempo hacia Alkmaar.

Creímos que lo más conveniente era desplazarnos hasta ella y encontrarnos allí el día anterior al que nos había indicado Claudio, con la intención de estudiar el lugar donde tendríamos que movernos y sobre todo cómo debíamos hacerlo.

Tal como lo habíamos previsto, el jueves 29 hacia las 18'30 entrábamos en Alkmaar y una media hora más tarde paseábamos por la famosa Plaza del Peso.

Teníamos conocimiento de que desde el año 1365 se venía pesando queso en aquel lugar.

En uno de los restaurantes ubicado en la misma plaza donde nos habíamos sentado para tomar un refresco, nos enteramos por un camarero que al día siguiente en ese mismo lugar se celebraría la subasta del Mercado del Queso.

Allí se daban cita los mayoristas más importantes del gremio, que comprarían después de comparar los productos que ofrecían los distintos fabricantes.

Aquel solicitado manjar empezaría a entrar en la plaza a partir de las 7 horas de la mañana del día siguiente.

También nos comentó que hacia las 10 horas de ese día llegarían los compradores desde los diferentes rincones de la geografía europea.

Le agradecemos aquella información y después de pagar nuestras consumiciones, el camarero nos aconsejó que si queríamos tener un sitio preferente para presenciar la subasta de los quesos debíamos estar no más tarde de las 9`30.

Queríamos estudiar bien aquella plaza y las calles que daban a ella, por lo que nos dispusimos a dar una vuelta alrededor de la casa del Peso.

Comprobamos las diferentes inscripciones que nos habían indicado y que se ubicaban en aquel extraordinario edificio.

Quedamos sorprendidos muy gratamente cuando al llegar al costado norte, leímos una de las inscripciones grabadas.

Al leerla descubrimos que se correspondía con la que estaba escrita en el trozo de papel que Pieter había perdido en la catedral de Lovaina y que llegó a mis manos de aquella forma tan extraña.

-“Vive memor lethi, fugit hora”.

Benor volvió a traducirla:

-“No olvides que morirás, las horas pasan de prisa”.

El encuentro con aquel proverbio nos desconcertó, porque lo que nosotros habíamos tomado como una amenaza, podríamos interpretarlo de forma diferente a como lo habíamos entendido.

-¿Y si esa nota no le pudo ser enviada a Pieter invitándole a estar allí? -le dije a Benor.

-Si fuese así, no te quepa la menor duda de que lo veremos mañana aquí –me respondió.

Seguimos caminando pausadamente sin dejar de observar todo cuanto teníamos a nuestra vista, hasta llegar a la fachada que daba al río.

Si con anterioridad habíamos quedado sorprendidos, ahora nos sentíamos asombrados ante otra nueva inscripción, la que nos había llevado allí.

“S.P.Q.A. RESTITVIT VIRTVS ABLATE JURA BILANCIS”

Hasta el anochecer estuvimos paseando y después de cenar en uno de los muchos restaurantes de la ciudad nos marchamos a descansar, no sin antes haber preparado minuciosamente lo que habíamos de hacer al día siguiente, al dejar el hotel.

Después de desayunar, antes de las nueve, ya estábamos en la plaza observando cuanto acontecía allí.

En medio de un gran trajín el distribuidor de los puestos de quesos iba asignándolos a los vendedores que se acercaban con sus productos.

Hacia las diez de la mañana esos comerciantes empezaron a inspeccionar los diferentes lotes, todos ellos colocados sobre parihuelas en el suelo.

Estos, acompañados por un inspector del mercado, iban extrayendo con un pequeño cilindro hueco una porción de diferentes quesos, que olían y probaban.

Mientras esto ocurría en el receptáculo de compra-venta, no dejábamos de fijarnos en las caras de todas las personas que se movían por el interior del sitio acotado, intentando reconocer a alguna de ellas.

Una vez iniciada la subasta, la venta de los lotes se llevaba a cabo entre comprador y vendedor y se hacía tras un curioso regateo por medio de palmadas, hasta alcanzar un acuerdo en la tasación de los lotes.

Posteriormente, eran retirados por parte de los porteadores de quesos, diferenciándose unos almacenes de otros por el color de la cinta del sombrero de paja que llevaban dichos operarios, coincidente con la parihuela que utilizaban.

La jornada estaba dando fin cuando uno de los últimos compradores se acercó a la subasta; para nuestra sorpresa este iba acompañado por Pieter.

No dábamos crédito a lo que veíamos. Nos miramos con complicidad, porque ambos habíamos coincidido en sostener que Pieter se presentaría esa mañana en la plaza.

Los dos habíamos creído firmemente que él era la persona que Claudio nos había querido señalar.

-¿Y ahora qué? -le pregunté a Benor algo desconcertado por aquel encuentro.

-Antes de salir de esta ciudad debemos averiguar las razones por las que se llevó a cabo el asesinato de Claudio -me expresó con verdadera rabia.

-También saber quién lo hizo, y lo que es más importante, quién lo mandó hacer, a quién obedecía y en nombre de quién se había cometido ese crimen -le contesté sin perder de vista a la persona que habíamos buscado.

-No dejo de pensar que esto puede ser una encerrona y que nos han hecho venir aquí a sabiendas de que nosotros lograríamos localizar este sitio - volví a decirle.

-No lo creo, - me respondió Benor -nadie sabe que estamos aquí.

-¿Por qué Pieter está aquí? ¿Qué razones ha debido tener para venir? -me decía una y otra vez.

-Claudio, que debía de conocer perfectamente a Pieter, sabría que este estaría hoy en Alkmaar -me decía Benor con voz casi imperceptible.

-Podría suceder que no fuese lo que estamos pensando -me comentó.

-Es cierto, también Claudio pudo querer que contactáramos con Pieter, porque quizás este podría darnos alguna información sobre la reunión que habíamos celebrado y a la que este asistió.

-No saldremos de dudas si no hablamos con él y se lo preguntamos abiertamente.

A la vez que conversábamos, no dejábamos de observar la compra que estaba llevando a cabo la persona que acompañaba a Pieter.

Cuando se realizó la operación comercial se retiraron hacia la Casa del Peso, y nosotros decidimos darle alcance antes de que pudiesen abandonar aquel lugar.

El bullicio era grande, y la gente acumulada en aquel sitio nos impedía avanzar al ritmo que nosotros hubiésemos deseado. Miré hacia el fondo y ya no veía la cabeza de Pieter, este se había perdido entre las demás personas que estaban concentradas. Temí lo peor.

-Dirígete hacia la zona del río y yo procuraré buscarlo por la parte norte -me pidió Benor.

Nuestra intención era poder cerrarle las dos salidas posibles de aquel lugar.

Después de unos cinco minutos nos volvimos a reunir en la misma Casa del Peso.

Materialmente no había tenido la posibilidad de salir de la plaza, porque de haberlo hecho lo habríamos tenido que ver necesariamente, luego era evidente que se hallaba dentro de aquel recinto.

-Quédate en la escalera que conduce al museo -le dije, -yo daré una vuelta por la parte trasera.

Me moví por todos los pasillos, y en varios momentos me llamaron la atención y me invitaron a abandonar aquella parte privada.

Al cabo de unos minutos volví con Benor. Hablaba con un señor, y al acercarme a ellos observé que la persona con la que mantenía la conversación era precisamente Pieter.

Él me saludó con un fuerte apretón de manos. Yo diría que con excesiva cordialidad.

Antes de que pudiese dirigirle la palabra, nos expresó el deseo de hablar de forma urgente con los dos y nos rogó que lo acompañásemos.

Los dos nos miramos con gran sorpresa, no creíamos lo que sucedía. Hacía tan solo unos minutos éramos nosotros quienes queríamos hablar con él y ahora había sido este el que nos estaba pidiendo reunirse con nosotros.

-Seguidme a unos metros por detrás de mí, no es bueno que nos vean juntos. Estoy seguro de que muchos ojos me vigilan esta mañana -nos dijo Pieter

CAPÍTULO XXII

EL TEMPLO SECRETO

Habíamos seguido a Pieter a una distancia de unos veinte metros hasta la calle Fnidsen, número 35.

Detrás de ella se ubicaba un templo tras un portalón de madera con una verja de hierro forjado con las letras R y K.

Una vez dentro, Pieter nos invitó a sentarnos ante una añeja y robusta mesa de roble. Por la forma en la que se desenvolvía en aquel lugar, supuse que le era familiar, muy familiar.

Tras unos minutos de tanteo, inició la conversación refiriéndonos que nos encontrábamos en la iglesia arminiana Remonstrantse kerk, un templo secreto del año 1658 donde se pretendía recuperar los principios del arminianismo por parte de una comunidad de fe, enraizada en el evangelio de Jesús y fiel a su principio de libertad y tolerancia.

Todo aquello que nos explicaba nos parecía muy interesante, pero en esos momentos lo que realmente queríamos conocer eran las razones de nuestro encuentro con él, y precisamente allí en Alkmaar, y el porqué del asesinato de Claudio unos días antes.

Por ello, Benor detuvo tajantemente aquella conversación preguntándole abiertamente, con cierta acritud y sin ningún rodeo, si él había sido la persona que dio la orden de matar a su amigo Claudio.

Al oír aquello, la cara de Pieter se descompuso y solo pudo preguntar, casi balbuceando y con los ojos llorosos, como si estuviese deseando hacerlo:

-¡Claudio!... ¡Claudio! No, eso que me dice no puede ser posible, ¿que a Claudio lo han matado?

-Así es -le respondió Benor.

-¿Pero cómo ha sido? ¿Quién pudo hacer eso? –seguía preguntándonos con gran ansiedad, con la cara desencajada y con un tremendo nudo en la garganta que le impedía articular correctamente sus palabras.

Observamos que Pieter empezaba a sudar por todo su rostro, especialmente por sus cabellos.

Me indicó que le acercase un vaso de agua, que se bebió con gran avidez. Esperamos durante unos minutos que se repusiese.

Muy afectado, nos pidió que le contásemos cómo había sido su muerte, cosa que hicimos.

Le expusimos pormenorizadamente cuanto había ocurrido la tarde que nos marchamos de la iglesia de San Miguel de Lovaina.

Conforme le íbamos relatando lo ocurrido se le veía sufrir y hasta derramó algunas lágrimas que procuraba disimular.

O Pieter era un gran actor, o realmente desconocía la noticia de su muerte.

-Éramos muy amigos, -nos dijo -estuve con él momentos antes de reunirme con ustedes y le pedí que me acompañase a Alkmaar, pero Claudio se disculpó comentándome que ustedes estaban aquí y debía atenderles.

-¿Cómo es que, después de tantos días, no se ha enterado de lo que le ocurrió? –le interpele.

-Cuando terminamos la reunión, marché a casa porque, sinceramente, salí muy decepcionado de la misma. Ustedes me sorprendieron cuando decidieron terminar el encuentro, pero eso ya es historia; lo que me interesa ahora es lo que le ha ocurrido a mi amigo Claudio.

-Había pensado, y así se lo había hecho saber a Claudio, que tenía el convencimiento de que de aquella reunión saldría algo positivo en relación con la búsqueda del Diario de Jesús, pero no me dieron ninguna oportunidad para explicar lo que yo sabía al respecto sobre dicho Diario, aunque ahora me alegro de no haberlo hecho.

Al oírle contar aquello pensé que posiblemente en la reunión de la iglesia de San Miguel Benor cortó de forma contundente a los asistentes evitando de esa forma que la misma continuase.

-He de reconocer, -dijo Benor- que aquella noche, no di opción a nadie a replicar. Seguramente me equivoqué, pero ya no hay vuelta atrás.

Le rogué a Pieter que continuase la exposición que nos hacía antes de haberle interrumpido, y así lo hizo.

-Por la mañana asistí a los actos de la catedral, donde reparé en usted entre el público, -me manifestó -y no pude terminar los mismos porque debí salir hacia aquí, donde había quedado con mi hermano.

-¿Y qué me dice de la nota escrita que se le cayó en la catedral antes de marcharse? -le inquirí.

-Me dí cuenta, después de haber dejado la catedral, de la pérdida de esa nota. Me la dejaron de madrugada por debajo de la puerta de la casa y la recogí aquella mañana, cuando marchaba a celebrar los actos religiosos -me contestó.

¿No cree que el contenido de la misma encierra una gran amenaza? -le espetó Benor.

-Bueno, estoy acostumbrado a este tipo de intimidaciones. Mi postura no es compartida por muchos calvinistas integristas. Aunque en esta ocasión no creí que lo fuera ni le di la menor importancia -nos dijo.

-¿Qué significado tiene esa frase? -le pregunté.

-Es una frase que conozco muy bien, es una inscripción que colocaron el año 1712 en una de las fachadas de la Casa del Peso. Tened en cuenta que vengo mucho por aquí, mi familia es compradora

mayorista de queso. La he leído tantas veces que nunca le he dado importancia a su significado.

-¿Y ustedes qué hacen aquí? –nos dijo.

Antes de contestar miré a Benor y no observé ninguna contrariedad a responder a la cuestión formulada, por lo que le referí las razones que nos hicieron partir hasta Alkmaar, y cómo llegamos hasta allí, convencidos de que él estaba detrás de la muerte de Claudio.

Le manifesté que deseaba seguir escuchándole, porque estaba seguro de que sabría muchas cosas que nosotros ignorábamos y nos apasionaba conocer.

Pieter, después de relajarse un poco, se dispuso a hacerlo. Observé, y más tarde me lo confirmó Benor, que estaba deseoso de transmitirnos todo lo que sabía sobre el Diario de Jesús.

-Como os dije al inicio de nuestra conversación, estuve con Claudio antes de reunirme con ustedes y le hablé de todo lo que conocía sobre el Diario de Jesús. Consideré que en el caso de que me pudiera ocurrir algo, él os lo podría transmitir. No deseaba que mi información desapareciese conmigo.

Hasta entonces no lo había hecho porque intuía que pertenecía a un grupo de calvinistas fundamentalistas y llegué a temer que pudiese ofrecer mi información a los suyos, que vienen buscando el Diario desde hace siglos.

-Por eso Claudio nunca me habló de ello, simplemente porque no lo sabía -aseguró Benor.

-Aunque religiosamente cada uno de nosotros estábamos posicionados en sitios diferentes, éramos muy buenos amigos y yo necesitaba saber su opinión antes de revelársela a los asistentes de aquella reunión. Tenía la sensación de traicionarle si no lo hacía, sobre todo después de haber sabido que se sentía mal con los suyos, por los métodos que empleaban para alcanzar sus objetivos y que estaba decidido a abandonarlos, costase lo que le costase. Imagino que por ello, aun cuando Claudio agonizaba, quiso que os reunieseis conmigo para que os contase lo que le había relatado

a él. Os dejó esa pista escrita con su sangre porque estaba seguro de que seríais capaces de descifrarla, como así ha sido, y que aquí me encontraríais, puesto que él sabía que hoy estaría aquí con mi hermano, como en otras muchas ocasiones.

-¿Por qué cree que me avisó del peligro que estábamos corriendo? -le espetó Benor.

-Él debió conocer, sin duda alguna, a la persona que lo atropelló y por consiguiente para quién trabajaba, por lo tanto se dio cuenta del peligro real que corríamos, no solo ustedes, sino también yo, por ello quiso prevenirles y quiero creer que a mí también.

Nosotros estábamos seguros de que cuanto nos decía era cierto, habíamos oído la grabación y la amenaza que recibió antes de salir a buscarnos.

-Ahora que lo pienso -nos dijo Pieter- quizás pudieseis llevar razón al creer que la frase escrita en la nota que perdí fuera una clara amenaza. Eso me reafirma en que cuantos más secretos pueda compartir con ustedes sobre el Diario de Jesús, mucho mejor.

Llevo muchos años investigando el camino recorrido por el Diario en Holanda y sería triste que todo este trabajo se perdiese conmigo si me ocurriera algo -respondió Pieter a la vez que solicitaba unos minutos para ir al baño.

Al quedar solos, tanto Benor como yo, mostramos nuestro asombro. Sentíamos una mezcla entre incredulidad y misterio, pero sobre todo un gran desasosiego al pensar que tal vez fuese cierto que Pieter estaba corriendo un gran peligro al tener conocimiento de tantas cosas.

También llegamos a deducir que quien hubiese dado la orden de acabar con la vida de Claudio, igualmente estaría dispuesto a terminar con la de Pieter, para sellar sus labios, o la nuestra. Tenía que ser alguien muy cercano a ambos y que de alguna forma sabía todos sus movimientos, o bien haberlos llegado a conocer a través de algún dispositivo de multimedia.

La entrada de Pieter hizo que la conversación que manteníamos se cortase.

-Me gustaría que me acompañaseis, me agradaría enseñaros algo –nos dijo Pieter.

Lo seguimos hasta una sala donde había un viejo órgano.

Una vez ante este, nos dijo que dentro del mismo estuvo guardado durante un tiempo, allá por el año 1792, el Diario de Jesús.

Aquel comentario nos llenó de gran esperanza. Tener constancia de aquella confidencia nos satisfizo.

Le pregunté si sabía cómo llegó hasta allí y me di cuenta de inmediato de que él estaba dispuesto a transmitirnos todos los conocimientos que tenía sobre ello.

-Es largo de relatar -nos dijo- pero intentaré haceros una síntesis de ello.

Se remontó al periodo en el que el emperador Carlos V era soberano de Flandes y de los actuales Países Bajos, para decirnos que siempre que este se trasladaba de un lugar a otro llevaba consigo una escarcela de cuero, colgada en su cintura, de la que nunca se separaba. Esta escarcela puede verse perfectamente en el cuadro “Carlos V a caballo en Mühlberg”, pintado al óleo por Tiziano en 1548, en el que se conmemora la victoria del emperador Carlos en la batalla de Mühlberg y que en la actualidad está expuesto en el Museo del Prado de Madrid.

Cuando este abdicó a favor de su hermano Fernando, y antes de salir para España, mandó llamar al que había sido su amigo, el clérigo de la provincia de Utrecht, Theodorus Aemilius, y le hizo entrega de la escarcela de cuero, para que la guardase y cuidase, hasta que él volviese o bien hasta que él dispusiese otra cosa al respecto.

También le dijo que en caso de que no recibiese un nuevo mensaje suyo, la hiciese llegar a España al lugar que le indicaba en aquel momento. Un lugar del sur del país, donde se guardaba el sarcófago de Nicodemo, y que debían depositarla ser dentro de este, para ser llevado al sitio que le señalaba, dejándole claro que dichas reliquias sagradas pertenecían a la corona española.

-¿Cómo acogió el clérigo aquel compromiso que le hizo su emperador?-me interesé por ello.

-Para el religioso aquel encargo de su señor le supuso un gran honor. Este se sintió agradecido por la confianza que depositaba en él su soberano, máxime cuando le transmitió, en secreto, el contenido del mismo.

-¿Qué fue de este sacerdote holandés? –preguntamos al unísono los dos.

-Pues años más tarde, Theodorus Aemilius adoptó al joven Jacobo Arminio, que con el tiempo llegaría a ser el gran teólogo holandés, profesor de la Universidad de Leiden y fundador de la Escuela protestante anticalvinista. A él lo nombró depositario de la escarcela que el emperador Carlos le entregó.

Benor se interesó por lo que Arminio hizo con el legado recibido de su tutor.

Pieter nos relató pormenorizadamente que el creador de la teología arminiana conservó hasta su muerte la escarcela que su tutor le había dejado en custodia hasta el día que se la entregó a su discípulo y profesor de Leiden, Simón Episcopius.

Continuó detallándonos cómo Simón la llevó consigo durante los ocho años que duró el destierro al que fue castigado, tras el Sínodo de Dort, en el que se condenó la teología arminiana. Después de haber estado en Amberes y París, se le permitió volver a su país y se le nombró predicador de la iglesia Remonstrante en Rotterdam.

-No podremos negar que El Diario de Jesús ha sido un gran viajero que ha ido trasladándose de un sitio para otro, -manifestó Benor con una suave sonrisa.

Tras la indicación de este, Pieter siguió reseñándonos sin prisas y de forma pausada la secuencia del recorrido del Diario.

Hemos llegado a saber que años más tarde, Simón fue nombrado rector de la Universidad Remonstrante de Amsterdam y que fue en los primeros días del año 1643 cuando encontrándose enfermo confió su secreto a su sucesor, Etienne de Courcelles.

-¿El traductor del Discours de la méthode de Descartes? –le pregunté.

Me contestó que efectivamente era él y que como este era esceptico en demasía y le costaría creer cuanto le decía su amigo, se interesó por conocer si había visto el contenido de la escarcela, asegurándole que nunca la había abierto.

Sin rodeo alguno le pidió hacerlo, para así poder comprobar la veracidad del secreto encerrado en ella.

-¿La abrieron? -me interesé- tenía verdaderos deseos de saberlo.

-Sí, la abrieron, y por cierto no les resultó nada fácil hacerlo, porque la escarcela estaba desgajada por el tiempo. Además, la sequedad y el moho acumulado a lo largo de los años habían sellado los bordes de abertura -nos aseguró Pieter y nos indicó que cuando lo hicieron, se encontraron con los pergaminos en mal estado debido a los cambios climáticos, la humedad y la sequedad, que afectan al cuero.

Prosiguió manifestándonos que los dos quedaron sorprendidos de lo que vieron sus ojos.

Allí, ante ellos tenían ilos legajos escritos por Jesús!

No podían creer lo que tenían entre sus manos.

Los ojos de Pieter se humedecieron al hacer ese comentario, ilo estaba viviendo!

-¿Se dan cuenta de lo que esto significó para ellos? -nos expresó Pieter, reviviendo aquella escena con singular sentimiento.

Decidí interrumpirlo, pues necesitaba saber qué hicieron con el Diario de Jesús, una vez que abrieron la escarcela de cuero.

Pieter nos comentó que aquellos hombres decidieron construir un cofre especial de metal que fuese capaz de conservar en condiciones óptimas El Diario de Jesús.

Para ello, se pusieron en contacto con la persona que mejor podría hacer el diseño de ese artilugio y lograron conseguirlo tras un año y medio de trabajo.

Posteriormente, acudieron a un artesano relojero de reconocido prestigio que reunía las cualidades necesarias de seriedad y discreción, condiciones imprescindibles para realizar un trabajo de esa envergadura.

Además de esas cualidades tuvieron en cuenta la profesionalidad necesaria en el dominio de las diferentes técnicas y los conocimientos precisos de mecánica para trabajos en miniatura.

Se buscó sobre todo a un verdadero profesional en el que se pudiese confiar plenamente.

Siempre guardarían celosamente, en el más estricto de los secretos, el nombre de la persona escogida para desarrollar aquel proyecto.

Una vez que la hallaron y estuvieron reunidos con ella, llegaron al convencimiento de que el cofre tendría que ser algo especial; resistente e inatacable por el agua, el fuego, el frío, el calor e imposible de abrir si no era a través de una clave, evidentemente secreta que debería proporcionar la persona que lo realizara.

Pronto se empezó a construir aquel apasionante mecanismo.

Para su fabricación se puso gran ilusión, algo imprescindible para poder realizar el trabajo más seguro que hasta ese momento hombre alguno hubiese ejecutado.

Después de llevarse a cabo diversos estudios sobre los diferentes elementos a emplear, se decidió utilizar el acero damasco, un material del que durante muchos años se había guardado el secreto de su fabricación.

Ellos sabían que este acero tenía muchas ventajas con respecto a los elementos que habitualmente se venían empleando; Ofrecía una fuerte oposición al desgaste y una excelente resistencia mecánica. Con ese componente conseguirían fabricar un cofre que difícilmente podría ser doblado, roto o desgarrado. Aquel material tendría la capacidad suficiente para absorber energía sin romperse.

En el cofre fabricado se introdujo una ampolla cilíndrica de vidrio y dentro de ella, colocaron los legajos del Diario de Jesús.

Se decía que la ampolla contenía un gas que, en caso de ruptura y mezclarse con el aire, afectaría a la escritura contenida en aquellos legajos que formaban El Diario de Jesús.

Este cofre se custodió en la Universidad de Amsterdam, hasta que Etienne lo trajo con él adonde nos encontrábamos en esos momentos.

Un recinto que en su tiempo se creyó más seguro que ningún otro.

Desde entonces a esa iglesia se la denomina con el nombre de Templo Secreto.

Mientras Pieter hablaba nosotros intentábamos no interrumpirlo, pues no queríamos romper el hilo de tan interesantísima explicación.

Al llegar a este punto, Benor sintió suma curiosidad y le expresó a Pieter si en algún momento se había abierto el cofre después de haberse fabricado.

-Durante el tiempo que estuvo en este lugar, solo una vez se pretendió abrir, pero no lo lograron porque nadie fue capaz de descifrar la clave para poder hacerlo –nos dijo, mostrando cierto orgullo por ello.

-¿Por qué no se recurrió a quien dirigió la fabricación? –le insistí.

-Dicen que nadie llegó a conocer a esa persona. Se llevó con él a la tumba su secreto.

Benor quiso saber en qué año fue montado el órgano y el tiempo que estuvo escondido dentro de él.

-Este órgano se colocó aquí en el año 1792, luego pienso que fue en ese momento cuando se guardó en su interior -le contestó Pieter.

Me pareció lógico preguntarle por el sitio donde actualmente se encontraba el Diario, aunque dudaba de que me respondiese al respecto, bien porque no lo supiese o simplemente por guardar el secreto sobre el mismo.

Su respuesta fue tajante:

-Si tuviese la certeza del lugar donde está guardado el Diario de Jesús no dudaría un instante en decírselo, pero no la tengo.

Sin embargo, él no tuvo inconveniente en exponernos que el Diario estuvo allí hasta los primeros días del mes de junio de 1806,

fecha en la que fue retirado ante el temor de que el Templo Secreto fuese saqueado, en el momento en que llegase Luis Bonaparte a Holanda como rey.

También nos dijo que el cofre había sido sacado de Almaark para ser trasladado a España con la única intención de ser entregado a los herederos legales de la monarquía española, en aquel momento el rey Borbón Carlos IV, a fin de que se cumpliesen los deseos del emperador Carlos V, quien lo dejó en Holanda para que lo guardasen y lo llevasen al lugar donde se hallaba el Sarcófago de Nicodemo.

Nos expresó Pieter que aun teniendo la certeza de que el cofre salió de Holanda con destino a España, el portador de dicho objeto nunca regresó, por lo que no llegó a saberse ni dónde ni a quién fue entregado ni las causas que le habían impedido volver a nuestro país.

-¿Conocía alguien el lugar donde debía ser depositado?-le preguntó Benor.

-Solo lo sabía quien dio la orden de traslado y el que lo llevó -y siguió diciéndonos que este asunto se llevó con mucho secretismo, para evitar que los calvinistas más ortodoxos lo localizaran.

Ellos siempre habían negado su existencia, pero lo cierto es que hicieron todo lo humanamente posible por localizarlo, con la única intención de destruirlo.

Por la conversación que estábamos manteniendo con Pieter podíamos empezar a admitir que aquel hombre nos estaba diciendo la verdad.

Era cuestión de creer o no en lo que él nos estaba revelando, pero por otra parte no podía dejar de tener mis dudas y no cesaba de preguntarme: ¿por qué no podría estar mintiéndonos?

Tampoco tenía claro que Pieter no fuera la persona que hubiese ordenado el atropello de Claudio.

Mi situación era de gran confusión y él percibió mis dudas.

-Sé que no es fácil creer lo que os he contado, y comprendo vuestros recelos, pero necesitaba hacerlo porque ustedes serán capaces de encontrar el cofre con el Diario de Jesús.

-Por mis años, tengo menos capacidad de movimiento y me sería muy difícil desplazarme por esos mundos, como ustedes lo pueden hacer -nos expuso Pieter, con una gran sencillez que nos llamó la atención.

El brillo de sus ojos al decirnos aquello lo delataba y creo que por primera vez observé en su mirada la verdad de todo lo que nos decía.

Todos coincidimos en que debíamos marcharnos lo antes posible. No era necesario permanecer por más tiempo en Alkmaar. Podrían haber seguido a Pieter hasta allí.

Al despedirnos de él nos confesó, que ellos tenían el mismo interés que nosotros por descubrir el Diario de Jesús.

-¿Ellos?, ¿Quiénes son ellos? –se interesó Benor.

Su respuesta no se hizo esperar.

-“Ellos” son los miembros de la Remonstrants Arminiana, de la que yo formo parte. -nos reveló Pieter, a la vez que nos recordaba que ellos eran los depositarios a los que el emperador Carlos V les había encomendado la custodia del Diario.

Aquella respuesta me desconcertó de nuevo y volví a hacerme la misma pregunta: ¿Cómo siendo arminiano puede pertenecer a la Universidad Católica de Lovaina?

CAPÍTULO XXIII

“SOLI DEO GLORIA”

Tras un pequeño silencio Pieter nos dijo que no podría acompañarnos a almorzar, creyendo que nosotros nos quedaríamos en Alkmaar, porque había quedado en verse con unos amigos para asistir a un evento religioso.

No obstante, nos indicó que nos acompañaría hasta la Plaza del Peso que era donde había quedado con quienes iba a reunirse.

Volvimos a la plaza y allí nos despedimos, quedando en volver a vernos pasado un tiempo prudencial para seguir hablando sobre el tema, ya que nos interesaba intercambiar los avances que cada uno por su cuenta pudiésemos lograr.

Un saludo, no muy cálido por cierto, cerró aquel interesantísimo encuentro con una persona a la que habíamos considerado culpable del asesinato de Claudio, aunque al dejarla teníamos serias dudas de que lo fuese.

Solo el tiempo podría aclararnos estos recelos.

No habríamos dado más de diez pasos cuando escuchamos el ruido producido por un golpe seco de algo cayendo al suelo, acompañado de un grito desgarrador.

Al volvernos hacia atrás vimos caer a Pieter, con sus manos aferradas a su costado a la altura del corazón, mientras un joven, con la cabeza cubierta, huía velozmente de la plaza lanzando un grito ininteligible.

Nos acercamos con gran inquietud hasta él, temiéndonos lo peor. Benor se dio cuenta de que había sido acuchillado de forma certera.

Solo le dio tiempo a decirnos:

-El mensaje que recibí ha sido una amenaza cumplida, yo me negaba a creerlo. Huid de prisa de aquí. En estos momentos corréis un gran peligro. Buscad el Diario en España. Estoy seguro de que allí se encuentra. Que no caiga en poder de ellos.

No podíamos hacer nada por él. Además, se iban agolpando muchas personas que estaban sentadas en los restaurantes cercanos y habían presenciado el apuñalamiento. Si era cierto lo que nos dijo Pieter, debíamos separarnos del peligro y escapar a la mayor brevedad posible de aquel lugar.

-Debemos salir con rapidez de aquí. El tiempo corre en nuestra contra -me dijo Benor con gran frialdad.

Dejamos la plaza por uno de los laterales de la Casa del Peso y nos adentramos en una de aquellas estrechas calles.

Al entrar en la Koningsweg me di cuenta de que un hombre joven venía tras nosotros, con la intención de alcanzarnos.

Nos encontrábamos en el Molenbuurt y debíamos hacer un alto, al menos para comprobar quién era la persona que nos estaba siguiendo y las razones por las que lo hacía.

Al pararnos bruscamente, aquel joven se acercó a nosotros. Desde el primer momento observamos que sus intenciones no eran malas.

-Señores, andan ustedes muy de prisa, corren demasiado -nos dijo al llegar a nuestra altura, y prosiguió -he presenciado cuanto les ha ocurrido, iba por detrás de ustedes y observé como se despidieron, y cómo segundos más tarde un tipo de unos 30 años, forzó un tropiezo con vuestro amigo y con un estilete que llevaba escondido entre la mano y el puño de la camisa le asestó una puñalada.

-¿Quién eres, qué deseas de nosotros?-le demandé, intrigado por su presencia.

-Quien yo sea no tiene ahora la menor importancia, señor, pero pensé que podríais necesitar esta agenda que se le cayó a vuestro compañero cuando fue apuñalado –nos dijo, a la vez que me extendía una especie de diario de color negro.

Recordé que durante la conversación que habíamos mantenido con Pieter este la llevaba consigo, sin separarse un solo instante de ella.

-Muchas gracias, -le dijo Benor, -la haremos llegar a su familia de inmediato.

-Señor, entendí que en vuestro poder ayudará a esclarecer este asesinato. En ella podría llevar anotado todo cuanto hacía y con quienes se reunía; os puede servir para descubrir al que ha cometido este asesinato, las razones por la que lo hizo y, lo que pienso que es lo más importante, quién o quiénes lo indujeron a ello.

-¿Llegaste a conocer a la persona que lo mató? –le preguntó Benor con sumo interés.

-No conocí a la persona, pero estoy seguro de que debe ser uno de esos fanáticos monjes calvinistas que andan sueltos por ahí.

-¿Y eso?

-Lo delató el grito que con fuerza lanzó al aire y la frase que pronunció después de asestar el mortífero golpe contra el corazón de vuestro amigo.

-¿Cuál fue el grito? –me interesé en la confianza de que él lo sabría.

“Soli Deo Gloria”

Al instante, Benor la tradujo: “Solo a Dios sea la Gloria”

-Ese era el lema de Calvino, y consideré que ese monje lo hizo su grito de guerra, -comentó aquel joven y prosiguió diciéndonos –existe en este país un grupo importante de calvinistas fundamentalistas.

-¿Forman estas personas parte de alguna secta? –le pregunté.

-Realmente no sé si se les puede tildar de secta, pero muchos de ellos, sin saberlo, han llegado a ser fundamentalistas. Son personas

muy inmaduras tanto en su personalidad como en el conocimiento que tienen de Dios y puedo decirlos sin temor a equivocarme que no viven en la práctica el evangelio de Cristo, sino que solo se quedan en la letra de la teología sin amor –nos expresó aquel joven, totalmente convencido de todo lo que nos estaba indicando.

A continuación nos manifestó que si matar a una persona ya de por sí era horrible, asesinarla por defender una idea religiosa o política era abominable. Por ello, pensaba que la mejor forma de acabar con esas actitudes era desenmascarando a quienes las llevaban a cabo, y que eso podíamos hacerlo nosotros mucho mejor que él.

Después nos dijo que esa era la única razón que le había hecho seguirnos para entregarnos la agenda de aquel infortunado.

Poco más dio de sí aquella conversación. No llegamos a saber nada más de él y pensamos que no debíamos permanecer en aquel lugar por más tiempo.

Antes de despedirnos y decirnos adiós, nos indicó por dónde nos resultaría más fácil salir de la ciudad y en el menor tiempo posible.

Cuando quedé solo con Benor, después de analizar nuestra situación, coincidimos en que sería mucho más fácil para nosotros separarnos allí mismo, sin esperar más. Era conveniente que saliésemos de Alkmaar por sitios distintos y en tiempo escalonado.

Benor se llevaría la agenda, para analizarla y estudiar minuciosamente las notas escritas por Pieter.

Al despedirnos me comentó que a partir de ese momento debíamos valérmolas por nosotros mismos sin olvidarnos en ningún instante que en Holanda los credos religiosos más ortodoxos tenían ojos en todos los rincones del país y que nos resultaría difícil pasar inadvertidos.

Nos dimos un fuerte abrazo y quedamos en que nos veríamos en España, después de ponerse en contacto conmigo.

Antes de decirnos hasta luego, me hizo de nuevo la recomendación de que saliera de la ciudad lo antes posible.

CAPÍTULO XXIV

UN EXTRAÑO ESCUDO HERÁLDICO

Habían transcurrido setenta y tres días desde que nos separamos en Alkmaar. Deseaba encontrarme con Benor, pues tenía sumo interés en continuar investigando el recorrido seguido por el Diario de Jesús.

El puzzle de aquel itinerario lo íbamos recomponiendo, pero nos quedaba lo que considerábamos la parte más importante, localizar el lugar exacto donde en aquellos momentos se hallaba el Diario de Jesús.

Desde unos días antes, tenía la intuición de que el final del mismo lo teníamos muy cerca.

Durante ese tiempo solo había mantenido esporádicos contactos con Ildefonso.

Tanto él como yo no sabíamos dónde podrían encontrarse Ariela y Benor, aunque suponíamos que estarían juntos, analizando el contenido de la agenda de Pieter.

Al cumplirse los setenta y siete días de nuestra separación recibí un mensaje, en esta ocasión de Ariela.

En su correo me indicaba la posibilidad de volver a reunirnos en Foz, en el mismo lugar que en la anterior ocasión.

Después de ponerme en contacto con Ildelfonso, le comuniqué a Ariela que estábamos de acuerdo en acudir a la ciudad indicada y en el lugar de encuentro.

Una semana más tarde, los cuatro, de nuevo, analizábamos en una puesta en común cuanto había ido aconteciendo en torno al Diario.

Benor nos expuso que una de las razones por las que nos habíamos vuelto a reunir en aquella zona de Galicia y no en otra, era porque en la agenda que teníamos de Pieter, este había anotado lo conveniente que sería visitar la zona de San Martiño de Mondoñedo, como un lugar importantísimo para investigar.

Junto a esta nota había escrito el nombre de Sebastián, como personaje clave ya que este último había llevado un objeto, que de alguna forma estuvo relacionado con el sarcófago de Nicodemo, a la zona de San Martiño de Mondoñedo, su lugar de residencia.

Por otra parte consideramos las ventajas que aportaba el haber vuelto, puesto que al menos sabíamos cómo movernos por toda la zona.

Recordamos cómo suspendimos aquí nuestra búsqueda porque no llegamos a localizar al nieto de la persona que recogió el escudo colocado en el lienzo de pared ubicado frente a la basílica de San Martiño.

Teníamos la certeza de que en ese escudo descubriríamos la clave que nos llevaría hasta el lugar donde se hallaba el Diario de Jesús.

Decidimos volver a intentarlo. Albergábamos la esperanza de que en esta ocasión la suerte nos acompañaría y daríamos con un familiar de ese maestro albañil.

Tal como lo habíamos decidido, salimos con la intención de hallar a esa persona que pudiese proporcionarnos algún dato de los que buscábamos.

Antes de salir, habíamos trazado un plan para llegar hasta ella.

En esta ocasión seríamos Ildfonso y yo los que llevaríamos adelante la labor de búsqueda.

A la mañana siguiente nos dirigimos hacia la zona más propicia y trazamos una circunferencia imaginaria, que no sobrepasase los dos kilómetros de diámetro, y dentro de ella nos moveríamos

en un arco relativamente corto, según la indicación que nos hiciera en su momento José María en San Martiño.

No era fácil aquella empresa, máxime cuando debíamos de movernos con suma discreción, porque intuíamos que pronto tendrían noticias de nuestra presencia en ese lugar.

De alguna forma los cuatro teníamos asumido que éramos blanco de ese grupo, que desconocíamos quiénes eran, pero teníamos claro que estaban dispuestos a evitar que nos hiciésemos con el Diario, costase lo costase.

Después de varios días de búsqueda infructuosa, entramos en un bar situado en uno de los puntos de nuestra circunferencia imaginaria.

Ya dentro del mismo, observamos a una pareja en la barra tomando su consumición y en una de las mesas, a un grupo de tres personas mayores jugando al dominó.

Nos acercamos a la barra y pedimos unas cervezas, que amablemente nos sirvió un señor de unos cincuenta años.

-No son ustedes de por aquí ¿verdad?, ¿han venido a ver la basílica?-se interesó esforzándose por ser amable.

-No, no lo somos, llegamos ayer, y efectivamente la hemos visitado, y por cierto es preciosa.

-¡Es única!, no hay otra igual -nos lo dijo con cierto aire de orgullo.

Aproveché la cordialidad de aquel hombre para preguntarle si tenía idea de la persona que había colocado el escudo heráldico en la pared frente a la basílica de San Martiño.

Su respuesta la esperábamos, nos dijo que no tenía idea de quién pudo haberlo hecho, que siempre había escuchado a los mayores que debió de haberse instalado hacía muchos años, pues él, que pasaba de los cincuenta, siempre lo había visto en el mismo sitio.

En sus deseos de querer complacernos se dirigió en voz alta a los mayores que jugaban, preguntándoles si estaban al corriente de quién colocó el escudo en la pared frente a San Martiño.

La partida los tenía tan entretenidos que ningunos de los que jugaban respondió.

Tras aquel silencio e indiferencia por parte de quienes estaban en aquel local, nos dimos cuenta de que nada teníamos que hacer allí.

Tomamos la cerveza que nos habían servido y nos dispusimos a seguir nuestra búsqueda.

Ya en la calle, después de haber recorrido unos cincuenta metros, alguien se acercó a nosotros llamando nuestra atención.

Quien lo hacía era una de las tres personas mayores que habíamos visto en el bar.

¿Por qué nos abordaba ahora, aquel señor, cuando hacía tan solo unos minutos había permanecido en silencio?

-Usted dirá – le dijo escuetamente Ildefonso.

-Perdone que permaneciera callado hace un momento. No era mi deseo hablar de este tema con nadie, nunca lo he hecho, y menos en el bar delante de todos -y prosiguió -¿Para que quieren ustedes saber quién fue el que colocó el escudo heráldico frente a San Martiño? –nos expresó un poco nervioso y con la voz algo entrecortada.

-Ese escudo nos puede llevar a un lugar que para nosotros es importante, puesto que en ese sitio podremos obtener la información necesaria para localizar unos documentos que aclararán muchas dudas que en estos momentos pesan sobre las cabezas de muchos de los que andamos buscando la Verdad –le respondí.

-La verdad...la verdad...cuántos disparates se han cometido a lo largo de la historia en nombre de esa palabra, por no aliarse con ella -comentó en voz baja, pero suficientemente audible.

-Pues ayúdenos usted a encontrarla, lo necesitamos. Puede tener la seguridad de que no habrá mejor forma de hacerlo que transmitiéndonos quién fue la persona que puso ese escudo, -le respondí.

Durante unos segundos estuvo dudando si respondía o no a nuestra pregunta, pero al final se decidió por hacerlo, no sin antes haber tomado un poco de aire, como si aquello lo sobrepasase.

-Sí, conozco a esa persona, fue mi abuelo Sebastián. Él me contó la historia de ese escudo.

-¡Dios!...-no pude contenerme al oír ese nombre, aquellas palabras dichas por él, nos llenaron por completo de satisfacción y de esperanza.

Sebastián era una de las palabras que Pieter tenía escrita en su agenda, y además él la relacionaba con la zona de San Martiño de Mondoñedo.

Aquel hombre nos invitó a que lo acompañásemos a su casa, que se hallaba a tan solo unos metros de donde conversábamos.

Al llegar a ella nos pidió que nos sentáramos ante una mesa cocinera, cosa que hicimos, y después de sacar una botella de vino y tres cuencos se sentó con nosotros.

Esperábamos impacientes para oír cuanto nos refiriese aquel hombre sobre su abuelo. Éramos todo oídos.

-Esto que os voy a contar me lo confesó mi abuelo, -nos expresó y empezó a narrarnos lo que él decía conocer y recordar.

Nos expuso que su abuelo fue un buen maestro albañil que trabajó en el desmonte del templo visigodo, ubicado a orillas del río Esla, para su traslado a la población cercana de El Campillo. Iba a llevarse a cabo la construcción del pantano de Ricobayo y, al estar declarado Monumento Nacional desde el año 1922, no podían dejarlo sumergido bajo las aguas, por lo que fue necesario evitar su desaparición.

Las leyes existentes en aquellos momentos en el Estado Español lo impedían.

Tardaron unos dos años en desmontarlo piedra a piedra y creo recordar que comenzaron a principios de 1930.

Continuó indicándonos aquel hombre que su abuelo trabajó bajo las órdenes del arquitecto Alejandro Ferrant, un gran profesional de su oficio y una persona muy exigente con su trabajo, y que una vez que el desmonte del templo se ejecutó, Sebastián dio por terminada su estancia en aquel pequeño pueblo.

Nos dábamos cuenta de que conforme iba realizando sus comentarios la seguridad se iba adueñando de nuestro amigo. Observábamos que se sentía bien con nosotros.

Después de una corta parada, que aprovechamos para servirnos un poco más de vino, siguió relatándonos hechos que para nosotros eran reveladores y nos estaban ayudando muchísimo.

Nos apuntó que unos días antes de dejar aquel lugar, un fraile de San Pedro de la Nave, con el que había hecho gran amistad, le estuvo comentando durante una extensa y larga charla, que cuando llevaba un año de estancia en el templo, llegó al mismo un sacerdote llamado Padre Antonio, quien traía consigo un escudo heráldico de su propiedad y un sarcófago.

Le relató cómo él le había ayudado a sacar ambos objetos del carro en el que habían sido transportados y, mientras lo hacía, el sacerdote le indicó que se quedaría en aquel templo durante un tiempo indeterminado, hasta que llegasen a recoger el sarcófago para trasladarlo a Galicia.

-Sabiendo este fraile que mi abuelo marchaba a tierras gallegas, le solicitó que acarrease con él el escudo heráldico y que una vez que estuviese en Foz, él lo recogería personalmente para trasladarlo, junto a otro objeto que no precisó, al lugar que el padre Antonio le indicó. Mi abuelo aceptó gustoso dicha petición, porque cargar con dicho objeto en su mula no le resultaba molestia alguna. Echarle una mano al fraile le satisfacía, porque el trato que había tenido con él, durante su estancia allí, había sido exquisito.

También nos dijo que su abuelo Sebastián había visto el sarcófago colocado en una pequeña capilla ubicada a la entrada del templo.

Agradecemos a nuestro amigo la revelación que nos había hecho y le comentamos lo importante que para nosotros había sido habernos tropezado con él, por lo que nunca olvidaríamos su deferencia hacia nosotros.

Al despedirnos, nos dijo que se llamaba Cristóbal y que no dudásemos en volver por allí a visitarlo si algo no hubiese quedado claro, o si deseábamos profundizar sobre lo hablado.

Antes de abandonar aquella zona, Ildefonso me pidió volver a la Basílica de San Martiño.

Me resultó extraña aquella petición, porque pensaba que todo lo que teníamos que ver en San Martiño lo habíamos visto.

-Tengo un presentimiento –me indicó.

-¿Un presentimiento?-aquella respuesta inesperada me intrigó sobremanera.

-Sí, acerquémonos a la basílica, he de buscar algo que podrá despejarnos algunas dudas que tengo sobre el padre Santiago.

Una vez en la explanada de la basílica, nos dirigimos hacia un muro situado entre la fuente de la Zapata y el aparcamiento de coches. Ildefonso se acercó hasta el murallón y comenzó a observar la parte posterior del mismo y la superficie del suelo donde este se levantaba.

Por las facciones de su cara entendí que Ildelfonso había visto lo que habíamos ido a buscar, que yo realmente no sabía lo que era.

Saltó el muro y durante un par de minutos lo esperé a que regresase.

Volvió con un trozo de pizarra que recogió del suelo y que en una anterior visita había visto.

Había tenido el presentimiento de que ese trozo formaba parte de un todo unido al que habíamos recogido en la basílica de Santa Lucía del Trampal.

Para confirmar su corazonada, solo necesitábamos comprobar si el borde de la pizarra recogida coincidía con el que teníamos en nuestro poder.

Estábamos ansiosos por reunirnos con Ariela y Benor para comentarles todo lo que habíamos hecho desde que salimos aquella mañana, la conversación que habíamos mantenido con Cristóbal y para poder comprobar si los cantos de las pizarras se ajustaban.

Ellos nos esperaban impacientes porque habíamos tardado más que los días anteriores y temieron que pudiéramos haber tenido algún contratiempo. Al ver nuestras caras sonrientes, rápidamente percibieron que traíamos noticias nuevas e interesantes.

Después de exponerles pausadamente y de forma explícita toda la conversación que habíamos mantenido con Cristóbal, Ildefonso le pidió a Benor que le dejase el trozo de pizarra verde.

Benor dejó durante unos minutos aquella habitación para ir a buscarla y volvió con la pieza envuelta en un trozo de tela que guardaba entre su equipaje.

-¿Qué vas a hacer con ella? -le preguntó, a la vez que le entregaba la pizarra.

-Simplemente comprobar que estos dos trozos formaron parte de una misma pieza -le dijo extrayendo de su bolso de cuero la que habíamos recogido.

Ariela tomó las dos piezas entre sus manos, las acercó y tras observarlas detenidamente las unió.

Todos pudimos constatar cómo los dos trozos de pizarras encajaban perfectamente. Se confirmó lo que Ildefonso había supuesto.

-¿Qué lectura podemos sacar de esta coincidencia? -le pregunté a Ildefonso.

-Muy sencillo. Pienso que el padre Santiago estuvo aquí en esta zona antes de acercarse a Santa Lucía del Trampal a llevar el trozo de pizarra que nos dejó, después de haberlo fragmentado de otro mayor y haberlo preparado para atraernos hasta aquí. Si pensáis un poco -siguió diciéndonos -cuando conocimos al padre Santiago nos dijo que había llegado a San Martiño tan solo un par de días antes que nosotros, por lo tanto nos mintió.

Recordad la fecha en la que localizamos el trozo de pizarra y el día en que coincidimos con él en la basílica, cuando se nos presentó como padre Santiago.

-En aquella ocasión nos manifestó que no conocía este lugar, porque nunca había estado aquí, -aseveró Ildefonso.

Por ello, cuando recordé que había avistado un trozo de pizarra semejante y de las mismas características de la nuestra, pensé que podría haber formado parte de la misma pieza que encontramos en Santa Lucía del Trampal, como así ha sido.

-Esto que nos cuentas viene a confirmarnos que no debemos confiar en él -advirtió Benor, y argumentó que debíamos replantearnos nuestro plan para los próximos días.

Después de estudiar la situación real en la que nos encontrábamos, con un peligro serio para nuestra integridad física, llegamos a la conclusión de que el padre Santiago podría tener montada toda una red que pudiese estar controlando minuciosamente nuestros movimientos. Solo así podía tener sentido lo que nos estaba ocurriendo.

Nos planteamos muy seriamente que a partir de ese momento tendríamos que ser muy cautos y precavidos con nuestras actuaciones.

Determinamos que debíamos seguir investigando como si desconociésemos estas circunstancias, por lo que tendríamos que comportarnos para hacerle creer que confiábamos plenamente en él.

Tras tomarnos un té que había preparado, decidimos continuar el estudio del escudo para obtener de este la máxima información posible.

El que más énfasis ponía en que llevásemos a cabo dicha labor era Ildefonso. Él era un magnífico conocedor de la heráldica española.

Ildefonso se encerró solo en una de las habitaciones de aquella mansión y durante algo más de tres horas estuvo estudiando aquel escudo. Una vez que hubo tomado unos apuntes salió al salón donde lo estábamos esperando.

-¿A qué conclusiones has llegado? -se interesó Ariela.

Ildefonso tomó la palabra para hacer la síntesis de cuantos datos había sido capaz de poner en claro.

Nos expuso que ante sus manos tenía un escudo acuartelado y que en el primero de sus cuarteles aparecía un perro cazador amarrado a un árbol, que bien podría ser un olmo.

En el segundo cuartel se distinguía un castillo almenado, flanqueado por dos flores de lis, de la Casa de Anjou, y sobre el mismo una espada.

En el tercer cuartel podíamos observar con absoluta claridad a un león rampante, linguado, uñado y con la boca abierta que se levantaba sobre la pata izquierda.

En el cuarto cuartel podíamos observar las características de un cruzado: un calvario rematado en cruz latina y tres clavos situados a la izquierda del mismo.

Ildefonso nos confirmó que solo podían llevar en su escudo un calvario quienes habían sido cruzados.

Por último, nos manifestó que estaba coronado por un casco con ornamentos.

He de reconocer que mi ignorancia sobre la heráldica era bastante grande, por lo que debía de prestar mucha atención a cuanto Ildefonso nos estaba exponiendo.

¿Qué consecuencias puedes sacar de esas observaciones que nos has hecho? –le pregunté.

-Pues, por lo pronto, que ese escudo correspondía a una familia de Caballeros Armados, o Hijosdalgos de sangre, que debió de haber participado en alguna cruzada.

Que el perro cazador, el sabueso, nos podría indicar que el primer apellido del tal caballero, podría ser Bueso y el castillo almenado podría revelarnos el segundo, Almenara.

-¿Bueso Almenara?-contesté seguro de que estos eran sus apellidos.

-Podría ser. Sí, es posible que sea Bueso Almenara, pero no debemos olvidar que la heráldica no es una ciencia exacta -me respondió.

A partir de ese punto debíamos disponernos a buscar, con la mayor celeridad posible, cualquier pista que nos permitiera seguir investigando acerca del lugar donde pudo vivir esa familia de caballeros cruzados que llevasen esos apellidos, o al menos uno de ellos.

Aun cuando era bastante tarde, decidimos utilizar nuestros ordenadores para buscar esos apellidos. Era necesario dar con ellos porque, de esa forma, lograríamos situarlos en el lugar justo

de donde pudo ser sacado ese escudo y por consiguiente el objeto que estuviera junto a él, el sarcófago conteniendo los restos de Nicodemo y el Diario de Jesús.

No habían transcurrido ni tres minutos cuando Ariela encontró el apellido Bueso, y seguidamente los demás también.

A continuación, y a través de distintos buscadores, localizamos varios grupos de investigadores de la ciencia heráldica.

Fuimos ordenando los diferentes personajes que iban presentándonos los diversos indagadores.

Al final, después de ir descartando aquellos que no reunían las características que investigábamos, llegamos a la conclusión de que el protagonista que buscábamos podría ser Don Baltasar Bueso, que había vivido en el pueblo de Almería de Berja.

Ya era tarde y debíamos descansar, pero antes de hacerlo teníamos que estudiar lo que haríamos al día siguiente. Después de examinar diferentes alternativas se decidió que yo volvería a visitar al nieto de Sebastián porque necesitábamos obtener alguna información que complementara a la que él nos había proporcionado con anterioridad.

En esta ocasión se vio conveniente que yo fuese solo, para así poder trazar un plan con el que pudiésemos despistar a quienes nos tenían sometidos a una severa vigilancia.

Se pensó que ellos marcharían antes de que yo lo hiciera y la salida se haría de forma escalonada con el fin de que los primeros que dejasen la casa fuesen seguidos y de esa forma me dejaran el camino libre para llegar hasta Cristóbal sin que me pudieran vigilar.

CAPÍTULO XXV

EL COFRE BUSCADO

Se levantó una bonita mañana, que nos ayudó a llenar nuestro cuerpo de optimismo. Tal como lo habíamos previsto se organizó la salida de la casa.

El primero en salir fue Benor con Ildefonso y lo hicieron de forma que quienes pudieran estar vigilándonos se dieran cuenta de aquella salida y seguirlos.

No habrían recorrido más de un kilómetro cuando nos comunicaron que ya los seguían. Ese era el preciso momento en que Ariela debía salir. Lo hizo conmigo... Bueno ella salió con mi sombrero que habíamos colocado en la parte delantera del asiento a la altura de la cabeza del copiloto. Un periódico abierto daba la sensación de que yo lo iba leyendo. Al ser un coche alto podíamos lograr perfectamente ese efecto.

Unos minutos más tarde recibí la llamada de Ariela diciéndome que ya la iban siguiendo, por lo que, tal como habíamos previsto, era el momento oportuno de dejar la casa. Habíamos logrado hacer creer a nuestros “guardianes”, que todos estábamos fuera de la casa. Si por algunas circunstancias hubieran descubierto que yo faltaba, ya les resultaría difícil poder localizarme.

Me dirigí directamente a la casa de Cristóbal. Golpeé en la puerta y en un par de minutos la abrió. Al verme, me invitó a entrar. Se dio cuenta de que yo iba solo, por lo que nada más

atravesar el escalón, me preguntó con suma curiosidad por Ildefonso. Disculpé su ausencia, sin explicarle las razones por las que no podía estar con nosotros.

-¿Qué le vuelve a traer por aquí?, seguro que se nos quedó ayer algo en el tintero. ¿Alguna cuestión en la que desee profundizar? -me preguntó. Es temprano. Hoy puede desayunar conmigo. Me agradaría que aceptase mi invitación, he preparado unas patatas revueltas con huevos que tienen muy buena pinta.

Estaba clarísimo que no podía negarme a hacerlo. Me hizo sentar y conforme ponía el café y unos trozos de pan, no dejaba de hablarme.

Cristóbal era un hombre afable con una conversación fluida y amena.

-Tanto Ildefonso como yo estamos interesados en saber algunas cosas que pudimos dejar de tratar y que podrían servirnos en nuestra investigación.

-¿Qué desea saber más? -me preguntó, a la vez que colocaba una fuente con patatas y huevos.

-Necesitaríamos que recordase algo más de la conversación que su abuelo mantuvo con el padre Antonio, algo que no nos dijese porque no lo considerase interesante.

-No, no recuerdo nada más. Creo que les relaté todo, pero quizás haya algo que no les comenté. Me estoy refiriendo a lo que ocurrió cuando mi abuelo dejó aquel lugar.

-¿Le importaría referírmelo? -le dije.

-No, en absoluto, con usted me siento bien, muy bien, por lo tanto no tengo inconveniente en decirle todo lo que ocurrió después de que dejase aquel templo ya desmontado.

-Muchas gracias Cristóbal, también yo me encuentro muy bien con usted.

-A mi abuelo siempre le oí decir que le dio un poco de tristeza dejar aquel lugar y que antes de partir, con otro compañero, cargaron el escudo en uno de los serones que llevaba colocado el mulo

con el que habitualmente se trasladaba de un lugar a otro. Una vez hecho esto se dirigieron al río y se dispusieron a darse un baño antes de iniciar la marcha.

Mientras él hablaba, yo escuchaba con gran atención e interés cuanto me iba narrando.

Él me contó que al llegar al río, muy cerca de la orilla, hallaron escondido entre la maleza un sarcófago de pequeño tamaño con una inscripción en su tapa. Me dijo que era precisamente el sepulcro del que le había estado hablando días antes el padre Antonio.

-Mi abuelo pensó que la persona que lo escondió debió de tener la intención de transportarlo a otro lugar diferente a donde él creyó que se iba a llevar, al paraje de El Campillo, que era el sitio donde se edificó el nuevo templo.

Siguió contándome que por las circunstancias que fuesen, que desconocía, creyó que quien lo llevó hasta allí lo dejó oculto entre la vegetación para posteriormente regresar y retirarlo de allí.

La curiosidad les hizo abrir el sarcófago y que al hacerlo pudieron comprobar cómo este contenía restos óseos, un cofre de acero y un tubo de metal que contenía un pergamino de reducidas dimensiones, escrito con signos que no lograron entender.

Me confirmó Cristóbal que su abuelo le había dicho que no había nada más dentro del sarcófago, aun cuando lo revisaron muy detenidamente.

Yo no salía de mi asombro al oírle contar aquello. Todo lo que me relataba era no solo interesante sino muy importante para encontrar lo que buscábamos.

-¿Qué hicieron con todos esos objetos?

-Decidieron retirarlos de aquel lugar. Mi abuelo tomó el tubo con el pergamino y cargó con el sarcófago, que era lo que resultaba más pesado. El compañero, que no llevaba animal de carga, se llevó el cofre, que era lo más fácil de transportar, aunque este, al tener que quedarse trabajando en El Campillo, decidió esconderlo.

-¿Donde lo ocultó? –tuve verdaderos deseos de saber el sitio donde lo escondió.

-Lo enterró al pie de un gran olivo que había en la parte trasera y muy cerca de lo que había sido el ábside del templo desmontado para una vez terminado su trabajo regresar a recogerlo y volver con él a su casa.

Cristóbal siguió contándome que se separaron dejando allí el cofre, y cómo su abuelo, con el sarcófago, el tubo de metal y el escudo, se dirigió hacia Sarria, donde debía llevar a cabo una importante reforma que le habían encargado en el Monasterio de la Magdalena.

Me refirió que la intención de su abuelo era dejar el sarcófago en Sarria y, después de terminar la obra, regresar a Foz llevando el escudo heráldico.

-¿Abrieron en algún momento el cofre?-le pregunté.

Me respondió que según le dijo su abuelo, lo intentaron varias veces, pero que no llevaban instrumentos adecuados para poder hacerlo, por lo que nunca llegaron a saber cual era el contenido del mismo.

¿Qué ocurrió después? –me interesé por saberlo.

Él me comentó que en uno de los pueblos en el que paró para descansar tuvo la desgracia de que le robaron cuanto dinero llevaba encima y que aún pudo darle gracias a Dios de que en el momento del robo había dejado el mulo y los objetos que transportaba en la posada.

-Entonces... ¿Qué hizo su abuelo con el sarcófago y con el pergamino?

Me contestó que ante la necesidad de continuar su camino, allí mismo vendió el sarcófago a un viajero que al igual que él se dirigía a otra ciudad y que recordaba que desde el primer momento en que aquel señor vio el sarcófago, había mostrado muchísimo interés por saber de dónde procedía.

Prosiguió comentándome que continuó su camino solo con el escudo heráldico y el pergamino, que llevaba escondido en el forro

de su chaquetilla, por temor a su extravío, o a que se lo pudiesen robar.

Cristóbal me manifestó que su abuelo nunca más llegó a saber sobre el sepulcro. El camino que tomó la persona que se lo compró tampoco lo sabía, aunque es cierto que en un momento de la venta, le habló de Extremadura.

La pista de aquel sarcófago la había perdido para siempre.

Unos días más tarde, llegó al Monasterio de la Magdalena, donde estuvo trabajando alrededor de siete meses, dirigiendo las obras de reforma que allí se realizaban.

El día antes de dejar aquella ciudad para venir a Foz decidió dejar escondido, en un lugar seguro del Monasterio el tubo conteniendo el pergamino hallado en el sarcófago. Aprovechó la hora de la siesta para entrar en la Capilla del Santísimo, dirigirse al sepulcro colocado en un lateral de la misma, e introducir el pergamino en un hueco existente entre este y la hornacina, donde lo dejó oculto.

Una vez hecho esto, preparó su mulo y abandonó el Monasterio para retornar a su pueblo, a su casa. Con él se trajo el escudo heráldico por el que estábamos interesados.

Las circunstancias por las que posteriormente este escudo fue ubicado en su lugar actual fue algo que desconocía nuestro amigo; nunca llegó su abuelo a revelárselas.

Quise conocer lo que había ocurrido con el cofre que dejaron enterrado bajo la tierra cercana al templo y bajo el viejo olivo y su respuesta me dejó desconcertado y en parte decepcionado.

-Según mi abuelo, su compañero no volvió a recoger nunca el cofre, por lo que debe de estar aún bajo las aguas del embalse de Ricobayo -me comentó.

Agradecí a Cristóbal la ayuda que me había prestado al proporcionarme toda aquella información.

Después de decirle que cuanto me había contado nos serviría muchísimo, me despedí de él.

Retorné a la casa y cuando llegué, los tres me esperaban ansiosos por enterarse del resultado de mi entrevista.

Después de tomarme un refresco que me había servido Benor nos sentamos y comencé a exponerles minuciosamente cuanto me había transmitido Cristóbal, el nieto de Sebastián.

Cuando finalicé mi relato, los tres coincidieron al decirme que habíamos avanzado muchísimo en tan solo unas horas.

Ariela añadió con gran sinceridad que había pensado que regresaría con resultados negativos.

Benor expuso lo conveniente que sería seguir en la zona de Mondoñedo durante un tiempo prudencial, el suficiente para ir en busca del pergamino que Sebastián había escondido en el Monasterio de la Merced.

Estudiamos con suma prudencia la posibilidad que teníamos de acercarnos a Sarria a buscarlo.

De hacerlo, cosa en que los cuatro estábamos de acuerdo, debíamos actuar con suma rapidez.

Ariela nos propuso un plan para dirigirnos hasta allí sin que nos descubriesen ni sospechasen que podríamos partir hacia aquel lugar.

Ella lo expuso detalladamente y todos estuvimos de acuerdo en llevarlo adelante.

Teníamos muy poco tiempo para hacerlo, por lo que no se podía perder tiempo.

Pensado, decidido y hecho. Idelfonso y yo salimos de la casa en el todoterreno. Este conduciendo y yo de copiloto. Tomamos la dirección de Mondoñedo.

A los pocos minutos teníamos la sensación de que nos seguían. Unos segundos más tarde la sensación se convirtió en certeza. Un coche de color gris iba detrás de nosotros.

En varias ocasiones disminuimos la marcha con la intención de confirmar lo que creíamos.

Por ello, mantuvimos una velocidad constante, con el propósito de que creyeran que no nos habíamos dado cuenta de su persecución.

Al llegar a Mondoñedo me bajé del coche y entré en un comercio de comestibles a comprar una barra de pan y varias cervezas.

La cuestión era seguir dando la sensación de normalidad y comprobar la distancia a la que se mantenía de nosotros el coche que nos seguía.

Al salir de aquella tienda observé que se había detenido a unos cincuenta metros de nosotros. Aquella era la distancia que nos interesaba mantener con ellos.

Me sonreí al pensar que el plan que Ariela había diseñado podría salir a la perfección.

Seguimos nuestra marcha y cerca de la salida de la ciudad, a la altura del Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, giramos a la izquierda y entramos en un parking habilitado para autocaravanas.

Bajamos con rapidez del vehículo, dejándolo allí y retrocediendo unos metros a pie, nos dirigimos a la fachada principal de aquella bella iglesia.

Hicimos un montón de fotografías a su fachada. Nada se podía sospechar de nosotros, era normal lo que estábamos haciendo, dos forasteros interesados por conocer el patrimonio arquitectónico-artístico de aquel bello pueblo.

Al terminar de tomar las fotografías regresamos al coche, volvimos a observar que los que nos seguían se habían situado a una distancia similar, quizás a algunos metros menos que la vez anterior.

Al entrar al vehículo pudimos comprobar cómo Ariela, que había permanecido agazapada y escondida en la parte trasera del coche, había logrado salir sin que nadie la siguiera.

Con gran dicha iniciamos la marcha de regreso a la casa, haciendo el camino inverso. Durante el recorrido pensábamos en Ariela. Teníamos la certeza de que el trabajo encomendado lo haría a la perfección.

Sabíamos que era una mujer muy capaz, intrépida, y con una extraordinaria preparación física, que no se amilanaba ante nadie ni ante nada y que en aquel momento debía de encontrarse camino

de Sarria, decidida a buscar y recoger el pergamino que Sebastian escondió en un rincón del Monasterio de la Magdalena.

En muy poco tiempo nos vimos con Benor y entre los tres comentamos lo que ya sabíamos. Seguíamos estando estrechamente vigilados, por lo que nos dijimos que habíamos acertado al tomar las medidas convenientes para realizar nuestra investigación sin levantar más sospechas de las necesarias.

Mientras nosotros charlábamos, una llamada de Ariela vino a tranquilizarnos al manifestarnos que iba de paquete en una moto por la carretera desde Mondoñedo a Sarria, a la altura del pueblo de Villalba.

Nada más supimos de ella hasta su llegada a la casa, pasada la media noche. Cuando estuvo con nosotros fue relatándonos de forma detallada todo lo que le había acontecido, desde su salida a su regreso a Mondoñedo.

Nos comentó que cuando dejamos el coche en el parking de autocaravanas, bajó y se dirigió agachada hacia la parte opuesta a la que nosotros habíamos salido, por lo que era imposible que hubiese sido vista por quienes nos seguían.

Se encaminó hasta un bar cercano, donde pidió un refresco. Allí entabló conversación con un joven motero al que le comentó que necesitaba ir a Sarria y que no podía hacerlo con el coche porque tenía problemas.

Este se ofreció de inmediato a llevarla, a cambio de que le pagase la gasolina.

Dicho y hecho, terminaron de tomar la bebida servida y salieron hacia aquella población.

En tan solo ochenta minutos estaban en la puerta de un Juzgado de Sarria, donde preguntaron por el Monasterio de la Magdalena, al que por cierto no conocían por ese nombre.

Afortunadamente, una señora de avanzada edad les indicó que a ese convento de la Magdalena se le denominaba Convento de la Merced. Tras las oportunas reseñas, dirigieron sus pasos hasta allí.

Llegaron hasta un edificio de gran porte arquitectónico y fachada renacentista.

Ariela bajó de la moto y le pidió al joven que la esperara. Sacó de su bolso un fino mantón negro que puso sobre sus hombros y entró al convento a través de su puerta principal. La portería estaba solitaria, lo que le facilitó adentrarse al interior, después de recoger un precioso librito de un estante colocado tras un pequeño mostrador.

Ya dentro del templo, y hallándose en su nave central, frente al altar mayor, abrió el librito y observó que a su izquierda, en la nave lateral, se encontraba la capilla del Cristo, donde se venera al Cristo de la Misericordia, y hacia ella fue.

Varias personas mayores oraban ante él; nadie más había en el templo.

Buscó y encontró el sarcófago y como gran amante del arte vibró de emoción al apreciar su depurado estilo manuelino, descubriendo después la oquedad en la que Sebastián, como había dejado dicho a su nieto, había ocultado el pergamino.

Echó una ojeada a su alrededor por si alguien la miraba y al ver que no era observada introdujo su mano. En un primer intento no encontró nada por lo que volvió a probar de nuevo. Por más que palpaba centímetro a centímetro el espacio de aquel hueco, no descubría nada.

Un poco desesperanzada por aquel contratiempo, no se percató de que detrás de ella se hallaba un hombre mayor, que debía de ser uno de los frailes de aquel convento. Aquella persona le habló y Ariela con absoluta serenidad sacó su brazo y lo saludó. Él correspondió cortésmente a su saludo y le dijo que se llamaba Eduardo y que no perdiera el tiempo buscando algo que había sido extraído bastantes meses atrás.

Al preguntarle quién fue la persona que lo hizo, le respondió que no sabría decirle su identidad, pero sí le indicó que era un señor que se hizo pasar por sacerdote y que, tras retirar algo de aquel hueco, desapareció con una rapidez inusitada, sin que en el convento hubieran tenido constancia de lo que se llevó.

Ariela le pidió que le describiese a la persona que se hizo pasar por religioso y el retrato que hizo aquel fraile coincidía plenamente con el del padre Santiago.

Ariela se retiró con cierta desazón y salió a la calle. Allí seguía esperándola su joven amigo.

Sin perder tiempo decidieron volver a Mondoñedo. Tras una corta parada en Rábade para tomar café, regresaron al mismo lugar desde donde salieron.

Se despidió de su nuevo amigo y en lugar de llamarnos para que bajásemos a recogerla, decidió dirigirse andando a la casa y subir por su barrancosa parte trasera.

Como era una gran deportista, no le importó nada hacer aquello. Pensó que de esa forma conseguiría no llamar la atención de quienes pudiesen estar vigilando a la casa.

Después de su explicación, todos creímos ver al padre Santiago como el personaje que se nos había adelantado en la recuperación del pergamino.

Evidentemente, todos nos preguntamos al unísono por la persona que pudo informarle del lugar donde estuvo escondido el pequeño pergamino.

-¿Quién pudo decírselo?-preguntó Ariela.

Los tres respondimos al mismo tiempo con toda seguridad, que esa persona había tenido que ser Cristóbal. Nadie más que él conocía ese secreto. No barajábamos otra respuesta.

Antes de proseguir debíamos tener la certeza de que fue él quien le dio la información. Por ello, Ariela planteó la posibilidad de que Cristóbal lo hubiese comunicado a otra persona y que a través de ella pudo llegar a oídos de quienes estuviesen detrás del padre Santiago.

-No tendremos la respuesta a esas preguntas si no volvemos a hacerle otra visita, -les indiqué, y se vio la conveniencia de volverlo a ver por tercera vez.

-Tengo la sensación de que voy atando cabos. Este sacerdote o lo que sea, -les dije -llegó a saber que el escudo y el sarcófago

conteniendo el Diario de Jesús estuvieron juntos en el mismo lugar, pero no llegó a averiguar dónde se encontraba ese sitio.

También Benor compartía mi opinión. El porqué conocía esto, era algo que ignorábamos.

El padre Santiago, al igual que nosotros, debía de estar convencido de que si averiguaba el sitio de donde fue recogido el escudo, llegaría a saber dónde había estado el sarcófago y el Diario de Jesús y desde ese lugar se podría volver a seguirle la pista.

Ariela estuvo de acuerdo con mi planteamiento y añadió que esto podía confirmarnos que el padre Santiago desconocía el lugar dónde se guardaba el Diario de Jesús, y que por ello envió a Benor un trozo de pergamino, como señuelo, en la confianza de que este sabría estudiarlo correctamente y su investigación le conduciría hasta el escudo ubicado frente a la basílica de San Martiño de Mondoñedo.

Él tenía la certeza de que Benor lo conseguiría y lo llevaría hasta el lugar donde estuvo el escudo, y por consiguiente el sarcófago y su contenido.

Idelfonso sospechaba que la mitad del pergamino había sido falsificada. Llegamos a la conclusión de que el padre Santiago tuvo en su poder el pergamino sacado del sarcófago y que había robado del Monasterio de la Magdalena antes de enviarle a Benor la mitad del falsificado por él.

También debió de saber que el sarcófago contenía el Diario de Jesús, aunque no sabía cuándo fue sacado de él ni dónde fue escondido.

Tuvimos muy claro que nuestro objetivo inmediato consistiría en intentar esclarecer el camino recorrido por el escudo, y lo que era prioridad: la persona a la que perteneció.

Empezamos a tener la certeza de que lo que el padre Santiago y las gentes a las que él servía pretendían era llegar al Diario de Jesús a través de nosotros.

Aquello, en parte, nos tranquilizaba un poco, pues entendimos que mientras estuviésemos buscando el Diario, ningún daño

físico sufriríamos por su parte, es más, incluso evitarían que otros lo hiciesen.

Lo que ellos deseaban era que lo descubriésemos. Otra cosa bien distinta sería lo que ocurriría después.

Por otra parte, los cuatro coincidimos en que en el caso de que en nuestra búsqueda se obtuviesen resultados positivos, ellos intentarían eliminarnos, para que no quedase la menor pista de aquel hallazgo.

Quisimos tener conciencia de las gentes que estaban interesadas por del Diario de Jesús.

Unos ansiaban localizarlo y otros, por el contrario, deseaban impedirlo.

Entre los que querían hallarlo, se distinguían dos grupos: primero, aquellos que pretendían impedir a toda costa que el contenido del mismo se hiciese público. Pensamos que entre estos estaría el padre Santiago, aunque por ahora no sabíamos a quién o a quiénes podría servir.

Otros, como nosotros, nos apasionábamos por localizarlo para darlo a conocer a todas las personas y que estas pudiesen participar del mensaje real del Diario, y no el que hasta ahora se nos había transmitido por los dirigentes de la Iglesia Católica.

Sabíamos que los calvinistas fundamentalistas llegarían hasta las últimas consecuencias para impedir que el Diario de Jesús saliese a la luz.

Ellos deseaban su destrucción por encima de todo.

Los arminianos holandeses fueron quienes lo conservaron lo mejor que pudieron y supieron. Ellos desearon que el Diario estuviese en poder de la corona de España, sin entrar tan siquiera en analizar el contenido. Ellos fueron fieles cumplidores de la promesa que en su día contrajo Theodorus Aemilius con el emperador Carlos.

CAPÍTULO XXVI

BAJO LAS AGUAS

Dejé la casa y después de tomar las máximas precauciones para no ser localizado por las gentes del padre Santiago, me dirigí diligente hacia la casa de Cristóbal.

En esta ocasión salí por la parte trasera de la mansión donde nos alojábamos, por el mismo atajo que Ariela había utilizado la noche anterior para llegar hasta nosotros.

Antes de presentarme ante él estuve haciendo tiempo en un pequeño bar tomando un café con leche.

Cuando lo creí conveniente me dirigí al encuentro de la persona que venía ayudándonos con sus informaciones. Unos metros antes de llegar a su casa observé que de la misma salían dos mujeres muy apesadumbradas comentando temerosas algo sobre lo que le había ocurrido a Cristóbal.

Al verlas aminoré el paso y me acerqué hasta ellas para preguntarles lo que estaba ocurriendo.

Ellas me explicaron que unos individuos habían entrado en la casa de nuestro amigo y le habían golpeado brutalmente.

Al llegar a la puerta pude observar a las dos personas que vimos jugar a las cartas con Cristóbal en el bar y a este tumbado en un sofá, con la cara magullada y uno de sus ojos hinchado y con un gran moratón.

Al verme, me hizo un gesto con su mano para que entrase, a la vez que les pedía a sus compañeros que me dejaran a solas con él.

Estos se despidieron de su amigo y él me rogó que cerrase la puerta, cosa que hice.

-¿Qué le ha pasado?, ¿quién le ha hecho eso?, ¿se ha caído? -fueron las preguntas que pude hacerle en aquella situación realmente difícil para aquel hombre.

-¿No le parece que son muchas preguntas seguidas las que le hace a un viejo? Acerque esa silla y siéntese aquí cerca de mí, que tenemos que hablar -me contestó.

Me di cuenta de que Cristóbal estaba deseoso de hablar conmigo, de revelarme cosas que posiblemente no hubiese hecho en mi anterior visita.

Tomó la palabra y me relató que media hora después de haberle dejado el día anterior se presentaron en su casa dos individuos, uno de ellos muy corpulento, y que con malos modos le intimidaron para que les contase la conversación que había mantenido conmigo.

Evidentemente, me dijo, se negó a hacerlo porque siempre estuvo en contra de la violencia y en ellos se respiraba mucha brutalidad.

Siguió refiriéndome que en un principio le obligaron con palabras, después pasaron a los empujones y posteriormente le golpearon con mucha rabia. Afortunadamente, prosiguió diciéndome, cuando más odio desprendían aquellas personas alguien llamó a la puerta y salieron huyendo, saltando uno de ellos por la ventana y el otro por la puerta trasera que da al gallinero.

Conforme refería lo que le había ocurrido su cuerpo se tensaba, por lo que le pedí que se relajase, cosa que hizo, y poco a poco fue consiguiéndolo.

Ya más sereno, le pregunté a Cristóbal por el interrogatorio al que lo habían sometido aquellos salvajes. Me dijo que en un principio solo deseaban conocer nuestra conversación y fue posteriormente cuando le pidieron información sobre lo que su abuelo le

había relatado acerca del lugar donde se hallaba el cofre que sacaron del sarcófago.

-Fue en ese momento cuando un vecino llamó insistentemente a la puerta y el más fuerte de ellos golpeó mi ojo con contundencia, -me dijo.

Le pedí que me describiese a los dos tipos que le atacaron y así lo hizo.

Sus palabras vinieron a confirmarme que eran quienes atacaron a Benor a la salida de la iglesia de San Esteban en Plasencia.

Aquellas personas y quienes los habían mandado estaban detrás de la búsqueda del Diario de Jesús. Yo tenía la intuición, y no me cabía la menor duda, de que estas personas estaban al servicio del padre Santiago.

-¿Le transmitió usted a alguien el lugar donde su abuelo escondió el pergamino?

-Sí, solo a un sacerdote.

-¿Le importaría decirme cómo era? ¿Cuándo le hizo esa visita?

Cristóbal pensó durante algo más de un minuto y transcurrido ese corto espacio de tiempo, me hizo una descripción exacta del padre Santiago y me dijo que de eso hacía unos cuantos meses, aproximadamente cinco o seis.

-Debe usted tener mucho cuidado con esa persona si se acercase de nuevo por aquí. Ahora, tras esta charla con usted, me he dado cuenta de lo peligroso que es ese hombre -le dije tomando su mano entre las mías en señal de afecto.

-Yo lo supe a mediados de la conversación mantenida con él. Llegó un momento en que pensé que no era trigo limpio, por lo que solo le revelé el lugar donde mi abuelo escondió el pergamino en Sarria. Todo cuanto les he dicho a ustedes lo desconoce -me contestó.

-Por lo que me dice, puedo entender que no sabe nada sobre el cofre.

-Así es, todo lo relacionado con el mismo y alguna otra cosa más, me lo reservé y no le dije nada.

-¿Alguna otra cosa mas? ¿Es que hay algo más que usted conozca? –me interesé por ello.

-Sí, hay mucho más. Me temo que si no hubiesen llamado a la puerta hoy estaría muerto, porque yo no estaba dispuesto a decirles absolutamente nada más de lo que mi abuelo me contó. Sospeché inmediatamente, desde el momento que irrumpieron, que ellos eran las gentes de ese sacerdote que me visitó -me comentó.

Llegados a este punto, le expuse la gran importancia que tenía para nosotros el poder descubrir el lugar donde se guardaba el cofre.

Después le referí que teniendo ya la certeza de la existencia del mismo, teníamos la necesidad urgente de localizarlo antes de que el padre Santiago pudiese llegar hasta él.

-Debo de confiar en usted, me cae bien y creo que no es mala gente –me expresó, mostrándome un gran afecto al hacerlo.

-Espero y confío en que el contenido de ese cofre lo utilicéis para hacer el bien -me dijo.

Cristóbal me pidió que lo ayudara a incorporarse del sofá. Con mi ayuda se levantó con gran esfuerzo, y una vez que se sostuvo en pie, tras hacer varios intentos para avanzar, se dirigió con pasos lentos a una habitación cercana al salón.

Tras unos minutos de espera, que a mí me parecieron horas, volvió con la misma parsimonia, trayendo entre sus manos dos pequeños paquetes, envueltos en plástico en mal estado.

Empezó desenvolviendo uno de ellos y conforme lo desliaba se iba deshaciendo. Una vez que este estuvo desenrollado, dejó al descubierto una pequeña caja que abrió y de donde extrajo un trozo de papel amarillento.

-Esta copia la guardo como oro en paño, es el duplicado que mi abuelo hizo del pergamino que guardó en el Convento de la Merced en Sarria, en la creencia de que podrían robárselo o simplemente extraviarse -me dijo y añadió –se lo dejo a usted porque hará buen uso de él, a mí no va a servirme para nada.

Cuando tuve aquel trozo de papel en mis manos no podía creerlo, sentí una sensación de alegría indescriptible. Algo fuera

de lo normal. Lo miré y de inmediato me di cuenta de que estaba escrito en una lengua que desconocía. No entendía nada de lo que allí había escrito. Me acordé de Benor...volví a introducirlo en la caja y lo guardé en mi bolso.

Me pidió que nos volviésemos a sentar. Observé en su actitud que estaba interesado en seguir hablando conmigo. Sospecho que necesita saber algo más, pregúnteme lo que desee saber, estoy dispuesto a contarle todo –me manifestó.

-Tengo interés en enterarme de varios asuntos, para así poder cerrar este rompecabezas. Pienso que usted, Cristóbal, puede ayudarnos –le contesté, a la vez que no perdía de vista el otro paquete.

-Pregúnteme lo que desee. Soy todo oídos. Si conozco la respuesta a su consulta, tenga la seguridad que se la daré con mucho gusto.

-¿Qué puede decirme sobre el cofre que sacaron del sarcófago?- le consulté.

De forma pausada, sin prisa, me respondió de igual forma que lo hizo varios días antes. Me dijo que él pensaba que este debía de estar en el mismo lugar donde fue enterrado por el amigo de su abuelo.

Mi rostro se llenó de alegría. Él lo notó y prosiguió hablándome.

-Mi abuelo me dijo que unos días más tarde de su marcha tuvo la desagradable noticia de que su compañero había tenido un grave accidente que le causó la muerte, tras caérsele encima uno de los bloques trasladados a El Campillo. Por ello, pensaba que al no haber podido ir a recogerlo, estaría en el mismo lugar donde fue enterrado, ya que las aguas del embalse cubrieron todo aquel paraje.

Después de aquella revelación al menos teníamos un punto desde donde volver a partir de nuevo. Una esperanza de poder localizarlo renacía para mí, y por ende para mis compañeros, que seguro que se alegrarían cuando supiesen esto. Pensé en ellos, convencido de que estarían esperando con sumo interés mi regreso.

Quise seguir conociendo algo más, por ello le pregunté por el escudo heráldico.

-Veo que su interés en este asunto va más mucho más allá de la curiosidad -me respondió.

Pero él, en lugar de sentirse molesto por la pregunta que le hice, reaccionó acomodándose para seguir ampliando la información que su abuelo le había revelado y que me había transmitido anteriormente.

Me expresó que tal como me había contado, el fraile de San Pedro de la Nave le contó a su abuelo que el escudo lo llevó allí alrededor del 1842 el padre Antonio desde el pueblo, en donde había ejercido su sacerdocio, y que el blasón pertenecía a su hermano Baltasar, quien le pidió que lo llevase con él.

Al padre Antonio le encomendaron sus superiores que llevase el sarcófago con su contenido al templo de San Pedro de la Nave, antiguo priorato benedictino, al considerarse ese lugar muy seguro, y que en él estuviese hasta que recibiese la orden de trasladarlo a un lugar que le indicaron de Galicia. El religioso permaneció en el templo hasta el año 1869, en el que marchó a morir a su pueblo de Berja, cuando tenía 88 años. En todo ese tiempo nadie le indicó que trasladase el sarcófago a otro lugar.

En ese templo quedaron los objetos que en su día llevó consigo.

También le dijo que el escudo siempre estuvo bajo su cama y que el sarcófago lo vio colocado en un pequeño receptáculo ubicado en un lateral del templo y decían que contenía en su interior el cofre.

-Esto es cuanto puedo contarle, créame si le digo que le revelé todo cuanto sé sobre lo que usted me ha preguntado -me manifestó Cristóbal.

No sabía cómo indicarle que encima de la mesa permanecía cerrado uno de los dos paquetes que Cristóbal había traído, por lo que le pregunté por él.

-Es verdad, y si no me lo dice, aquí se habría quedado y hubiese sido una pena porque pienso que su contenido le puede servir. No lo voy a abrir, se lo doy envuelto tal como está. Esto le ayudará bastante a conocer la historia del cofre. Este cuadernillo estuvo también dentro del sarcófago y mi abuelo no lo escondió porque no le dio la importancia que le atribuyó al pergamino.

Aquella generosidad conmigo por parte de Cristóbal me llamó poderosamente la atención. Por ello, cuando llegó la hora de despedirme de aquel hombre, lo hice con un fuerte abrazo lleno de agradecimientos, por la gran ayuda que nos había prestado revelándonos tanta información.

Ya por el camino, cuando me acercaba a la casa, hice una llamada a mis compañeros para decirles que estaba regresando. Ellos debían salir, tal como lo habíamos hecho anteriormente para que los siguieran. De esa forma yo tendría la posibilidad de entrar sin ser visto por quienes debían de estar vigilándonos.

Una hora y media más tarde de su salida, los tres regresaron y de nuevo nos reunimos, deseosos de compartir la extraordinaria información que yo les iba a proporcionar.

Nos sentamos tranquilamente, solo Benor quedó en pie, y les fui comentando minuciosamente todo cuanto había vivido aquel día.

Ante la atención de todos, saqué de mi bolsillo la cajita en la que se guardaba el trozo de papel donde Sebastián, el abuelo de Cristóbal, había copiado el contenido del manuscrito que había sacado del sarcófago y guardado en la Basílica de Santa María de la Magdalena.

Se lo entregué a Benor, para que le echase un vistazo, ante las miradas expectantes de todos nosotros.

Benor la abrió y con sumo cuidado extrajo de ella la copia. Cuando la tuvo en sus manos empezó a observarla detenidamente y comenzar a leerla.

Lo hizo varias veces antes de tomar un folio y un bolígrafo. Fue traduciendo el contenido de la nota y plasmándolo en el papel.

Nos comentó que había quedado sorprendido por la perfección con la que Sebastián había realizado la copia y así nos lo hizo saber.

-Este hombre -refiriéndose a Sebastián -debió de ser una persona muy formada e inteligente, pero sobre todo fue un gran dibujante, porque lo que realmente hizo al transcribir esta copia fue dibujar el contenido del pergamino escrito en arameo, que fue una

de las lenguas que Nicodemo dominaba y que debió de enseñarle a su discípulo -nos dijo.

Benor tomó asiento, continuó leyendo y realizando una serie de anotaciones en un bloc que Ildefonso había colocado encima de la mesa. Tras unos minutos de silencio total, se dispuso a leer aquella hoja de papel.

“Me llamo Pedro de Rates y soy discípulo de Nicodemo de Jerusalén, muerto en Braga, de la Gallaecia, a los ochenta y cinco años. Haciendo caso a lo que él me encargó, tengo a bien introducir en este sarcófago donde yace el cuerpo de Nicodemo, una valija de cuero conteniendo El Diario de Jesús, así como el anillo con la inscripción –nolo esse datus neque venum datus- que José de Arimatea le entregó cuando se separaron en las costas más occidentales de la Galia y que lleva colocado en su dedo desde ese día. Tal como nos indicó en su momento, he respetado la decisión de no separarlo de él tras su muerte”.

Tras analizar el mensaje que dejó Pedro de Rates nos quedó muy claro que el Diario de Jesús era una realidad.

Aquella lectura nos venía a confirmar, sin la menor duda, que este Diario había existido y que había grandes posibilidades de que este no hubiese desaparecido.

Por otra parte, era evidente que el padre Santiago, al enterarse del mensaje del pergamino, con tiempo suficiente, pudo preparar todo un montaje para atraer la atención de Benor, en el convencimiento de que este pondría todos sus recursos y sapiencia al servicio de la búsqueda del Diario.

Para conseguir su propósito no dudó en acabar con la vida del viejo Asael, después de haberle hecho creer que era su amigo, y sacarle la información suficiente para llevar a cabo su propósito, que no era otro que dar con el Diario de Jesús.

Una vez que tuvimos claro todo esto, decidí extraer de mi bolso el amarillento cuadernillo que me dejó Cristóbal.

Lo coloqué sobre la mesa, con la intención de que lo abriésemos y viésemos su contenido.

Al hacerlo, comprobamos que este cuadernillo estaba escrito en un perfecto castellano.

Pedí a Ildefonso que leyese aquellas hojas, él las tomó entre sus dedos y se dispuso a leerlas.

CAPÍTULO XXVII

ENTREGA DE LA JOYA

Se hizo un silencio sepulcral que lo envolvió todo cuando Ildfonso tomó en sus manos el cuadernillo y con gran serenidad se dispuso a leerlo.

“Declaro bajo juramento que cuanto digo aquí se atiene estrictamente a los hechos ocurridos en Berja tras la entrega de un pergamino manuscrito y un cofre conteniendo el Diario de Nuestro Señor Jesucristo para que se depositase en el lugar de donde nunca debió de ser retirado: el sarcófago que se encuentra en nuestra villa conteniendo los restos de Nicodemo de Jerusalén.

Que el cofre ha sido traído a Berja procedente de un país europeo, en el año del señor de 1808, por un sacerdote de la denominada iglesia arminiana holandesa y un mensajero de Don Manuel Godoy.

Que ese religioso arminiano holandés ha llegado aquí, tras haber sido recibido en audiencia hace unos meses por Don Manuel Godoy y Álvarez de Faria, al no poderlo hacer el rey Carlos IV, tal como le habían encomendado, porque había abdicado a favor de su hijo Fernando.

Que la misión que tenía ese sacerdote holandés era la de entregarle el Diario de Jesús al rey español o en su lugar a su heredero, tal como había dejado previsto el emperador Carlos V. Carlos IV, en el momento de su llegada a España, ya no era rey y

Fernando VII, su hijo, iba camino de Francia, donde tenía previsto entrevistarse con el emperador francés Napoleón Bonaparte.

Ante estas circunstancias, este sacerdote holandés consiguió que lo llevaran ante la presencia de Don Manuel Godoy, que se recuperaba después de haber salido de la cárcel, de la que había sido liberado por el general francés Murat.

Que dicha recepción fue muy cordial y fructífera, y que en ella el sacerdote holandés le reveló que el Diario de Jesús había sido guardado y cuidado por la iglesia arminiana holandesa. Le transmitió el deseo de los religiosos arminianos de hacerle entrega al Rey de España del Diario de Jesús, ya que había sido el emperador Carlos V el que lo dejó en custodia a Theodorus Aemilius para que lo salvaguardara durante su ausencia del territorio holandés.

Que antes de que el Diario de Jesús pudiese caer en manos de personas no deseadas, como era el caso del rey que Napoleón les imponía, los arminianos habían decidido cumplir el compromiso adquirido con el emperador Carlos, por lo que deseaban hacer llegar aquella reliquia sagrada al legítimo heredero de España, Ya que la consideraban propiedad de la Corona Española.

Al hacerlo de esa forma, cumplían el mandato que habían recibido del primer arminiano al que le fue entregado dicho cofre conteniendo el Diario de Jesús.

Que le expresó además a Don Manuel Godoy la conveniencia de que el Diario volviese al lugar de donde nunca debió haberse sacado, al sarcófago de Nicodemo, del que tenían constancia que se guardaba en la ciudad andaluza de Berja. Y una vez juntados fueran llevados al templo de San Pedro de la Nave, y desde allí a la iglesia de San Martiño de Mondoñedo para que en ella permaneciesen, por los siglos de los siglos.

Godoy ordenó que ese objeto sagrado volviese a dicha población andaluza, encomendándolo a un mensajero real de su absoluta confianza que acompañase al sacerdote arminiano hasta Berja e hiciesen entrega del Diario de Jesús a la iglesia de Berja para que

se introdujese en el sarcófago de Nicodemo, con la recomendación de que debía custodiarse con suma discreción hasta que fuese trasladado a San Pedro de la Nave y posteriormente hasta Foz, a la iglesia de San Martiño, donde este había permanecido durante muchos cientos de años.

Que antes de despedirse, Don Manuel Godoy tomó entre sus manos el cofre durante un par de minutos, cerró los ojos, alzó su cabeza a los cielos y volvió a entregárselo.

Que terminada aquella reunión, ambos, el emisario y el religioso, vinieron hacia Berja para hacernos entrega de aquel cofre.

Firmado:

Antonio Bueso.

Presbítero, Mayordomo de la Hermandad del Santísimo de Berja y descendiente de Don Gumersindo Bueso, Caballero cruzado del Rey Fernando III.”

Aquella lectura vino a desvelarnos otra etapa del camino recorrido por el diario de Jesús.

Ariela nos hizo recordar que Gumersindo Bueso fue el caballero que el rey Fernando III dejó encargado de custodiar el sepulcro en Baeza, del que ya nos habló el ermitaño al relatarnos la conquista de esa ciudad.

A partir de esa aclaración, comprendimos por qué el calvario del escudo aparecía rematado en una cruz latina. Supimos por Ildefonso que los únicos que podían llevar en su escudo un calvario eran los caballeros cruzados y que él, Don Gumersindo Bueso, lo era, puesto que había servido a las órdenes de Fernando III en las guerras de Castilla contra los musulmanes.

Nos explicó Ildefonso que las luchas que se mantenían contra los mahometanos tenían la condición de Cruzada, con los privilegios, prerrogativas e indulgencias que tuvieron las que se produjeron con anterioridad en Oriente.

Aquello era más que suficiente para que pensásemos que las distintas iglesias cristianas lo habrían buscado con ahínco, desde siglos atrás.

Comentamos que el cerco sobre el Diario se iba estrechando, y que algunos por encontrarlo estarían dispuestos a matar.

A tenor de lo que pensábamos, las precauciones debían ser extremas; no obstante, con el convencimiento de que nos necesitaban porque éramos su último intento para conseguir el Diario de Jesús, consideramos que hasta impedirían cualquier tipo de ataque a nuestras vidas.

Volvimos a hacer un alto en el camino para reconsiderar y ver lo que habíamos avanzado en nuestra investigación.

En primer lugar, no entendíamos por qué el sarcófago no fue recogido de San Pedro de la Nave y llevado a San Martiño de Mondoñedo.

Por otra parte, sabíamos que ahora el sarcófago con los restos de Nicodemo se encontraba en Extremadura, en la mansión que durante muchos años había utilizado Asael.

Era evidente que además de nosotros lo conocía el padre Santiago puesto que lo había visitado con asiduidad.

También sabíamos que era cierto, en un elevadísimo tanto por ciento que el cofre que contenía el Diario de Jesús se hallaba cerca del lugar donde estuvo ubicado el antiguo templo de San Pedro de la Nave y bajo las aguas del embalse.

Teníamos la certeza de que esto solo lo sabíamos nosotros y por supuesto Cristóbal.

Lo que ignorábamos era el destino del anillo de José de Arimatea, y quién podría tenerlo en su poder. Este era un objeto tan pequeño que fácilmente podría haber pasado desapercibido por todos.

Supusimos que quien compró el sarcófago a Sebastián debió de ser una persona que conociese el contenido del sepulcro y que tuviese una información amplia sobre él.

Nos inclinamos por pensar que esa persona, de alguna forma, sacó el sepulcro del templo, y ayudado por algún que otro monje

del mismo, quiso evitar que fuera trasladado al nuevo templo que reconstruirían en El Campillo.

Probablemente lo escondió en aquel sitio para llevárselo más tarde, pero al regresar y comprobar que no estaba allí, vio posible que Sebastián y su compañero lo tuvieran y no descansó hasta dar con él.

También llegamos a imaginar que el robo que le hicieron a Sebastián no fue casual, sino que lo planearon para que él se viese en la necesidad de tener que vender algún objeto de su botín, principalmente el sarcófago, para de esa forma poder continuar su marcha.

Más tarde lo llevaría hasta la casa en la que lo encontró Asael. Dedujimos que debió de abrir el sepulcro a su llegada y que se daría cuenta de que el cofre conteniendo el Diario de Jesús faltaba.

Las razones por las que el sarcófago fue llevado a aquella mansión Benor las ignoraba, no tenía la menor información sobre ello.

Ildefonso planteó la posibilidad de que el anillo pudiese estar dentro del sarcófago bajo un trozo de los restos de Nicodemo, por lo que expuso que en el momento en que llegaran a la casa, lo buscarían con sumo cuidado.

Fue al considerar la propuesta de Ildefonso cuando Ariela nos expresó que la descripción de dicho anillo le recordaba algo, pero que no sabría decir qué era; que creía haberlo visto en algún lugar, pero que eran tantos los sitios que había visitado que recordarlos sería tan difícil como buscar una pequeña pieza en el almacén de un museo.

Al terminar de pronunciar esa palabra exclamó:

-¡Ya está!, el anillo que buscamos lo contemplé en San Martiño de Mondoñedo -y prosiguió diciéndonos -¿No recordáis que en el sepulcro de San Gonzalo, el de la basílica, descubrieron un anillo de las mismas características que el de José de Arimatea?

-¿El que se dice que perteneció al santo obispo?-preguntó Ildefonso con curiosidad.

-El mismo -le respondió ella.

-Es cierto -le dije.

-Ahora lo veo claro -nos dijo Ildelfonso -el anillo debió de descolgarse del dedo de Nicodemo al ser sacado para introducir el cadáver de San Gonzalo. Prueba de ello es que la primera vez en la que se abrió el sarcófago donde se encontraba el santo no lo vieron.

-Así que ya tenemos localizado el anillo de Nicodemo -aseveró con satisfacción Benor.

-Poco a poco, vamos encajando las piezas de este difícil puzzle -les dije.

Lo único que nos quedaba era organizar con suma tranquilidad, y por supuesto con la más absoluta discreción, la búsqueda del cofre conteniendo el Diario de Jesús. Pensamos que si lo hacíamos así, no tenía por qué ser difícil rematar esa tarea con éxito.

Debíamos preparar cuidadosamente la forma en la que llevásemos a cabo el rescate del cofre, pero esto teníamos que hacerlo con una precisión milimétrica. No nos podíamos permitir cometer un error ahora que nos acercábamos prácticamente al final del camino.

Por ello creímos conveniente tomarnos una tregua de unos meses y regresar pasados estos.

También era importante volver a nuestros puestos de trabajo y poner al día nuestros proyectos.

Evidentemente, durante ese periodo de alejamiento debíamos preparar un plan lo suficientemente claro para que pudiésemos realizarlo nosotros sin ayuda de nadie; cuantas menos personas participasen en él, más fácil sería rescatar el cofre.

Tanto Benor como Ariela coincidieron en que Ildelfonso y yo lo elaborásemos, ya que teníamos más experiencia en la recuperación de objetos ocultados en el tiempo.

Quedamos en que Benor nos volvería a citar cuando lo creyese adecuado, en un tiempo no inferior a los siete meses, y en el lugar que él considerase más oportuno, para desde él dirigirnos de la forma más discreta posible hacia el embalse de Ricobayo.

CAPÍTULO XXVIII

INMERSIÓN ANHELADA

Una vez que nos separamos, Ariela y Benor salieron juntos en un coche conducido por ella. Ildefonso y yo partimos cada uno a una hora distinta y nos dirigimos a diferentes lugares.

Yo marché hacia Santiago de Compostela y desde allí tomé un avión con destino a Málaga donde se encontraba mi equipo de trabajo, concretamente en la Sierra de la Utrera. Puesto en contacto con ellos, pude comprobar que mi ausencia no se había notado.

Transcurridos unos días, empecé a prepararme en inmersiones en agua dulce, y dentro de él, en las de embalse.

Pronto empecé a darme cuenta de que no tenía que ver nada con el marino o el que se hace de forma esporádica en las bajadas espeleológicas.

Ambas modalidades las había practicado en mis años mozos y disfrutaba haciéndolas, pero nunca las había realizado en lago o embalse.

Solicité permiso a la Sociedad propietaria del Pantano del Chorro, en el municipio malagueño de Ardales, y acompañado de varios amigos pertenecientes a centros de buceo, inicié mi preparación con una pasión exacerbada, que a mí mismo me llamó la atención.

Tuve que comprarme un equipo totalmente distinto al que yo conocía para poder sumergirme con todas las garantías, pues las aguas dulces generalmente son más frías. Normalmente alcanzan una temperatura por debajo de los 10 grados.

Pronto me di cuenta de la gran diferencia existente entre la flora y la fauna del agua salada y la del agua dulce, así como la gran preparación física, técnica y mental que hay que adquirir para poder desenvolverse en un medio dulce.

Profundicé en las distintas técnicas: desde el cuidado que hay que tener para no realizar aleteo cerca del fondo para evitar remover los lodos depositados en el mismo, hasta la de saber desengancharte de la gran vegetación existente en el agua dulce, con el manejo de cuchillos y tijeras.

Aprendí a rescatar objetos que con anterioridad habíamos escondido en el fondo del pantano.

Estuve practicando durante siete meses, tres días por semana.

En un principio bajaba al fondo del pantano con dos compañeros, como es habitual y aconsejable en agua dulce, pero pasado un tiempo les dije que necesitaba bajar solo, sin acompañamiento.

De entrada ellos no entendieron las causas por las que hacía aquello, pero una insinuación mía de que era imprescindible que lo hiciese así fue suficiente para que lo comprendiesen, sin hacer ningún tipo de pregunta al respecto.

Conociéndome como ellos me conocían, sabían que aquellos deseos míos obedecían a razones estrictamente profesionales y no a un capricho.

Tuve que superar el bajar solo al fondo del pantano sin ninguna compañía, unido a la superficie por una fina y resistente cuerda.

Evidentemente, no llegaron a entender mi postura, totalmente contraria a las más elementales normas del submarinismo.

El objetivo principal de hacer las inmersiones en grupo es no perder la visualización de los componentes del mismo y mantener siempre el contacto directo con ellos.

Tampoco podía decirles que solo yo tendría que bajar a recoger el cofre al pantano de Ricobayo.

Solo dos personas debíamos hacerlo. Y era evidente que seríamos Ildefonso y yo.

No creímos necesario que Ariela lo hiciese, y habíamos decidido que Benor no debía siquiera intentarlo. Hacer aquello era peligroso. Además, no hubiese tenido tiempo para prepararse, pues sus ocupaciones eran muchas y al estar en el punto de mira de gran parte de nuestros detractores, siempre procurábamos preservarlo de cualquier peligro, por insignificante que fuese.

Por lo tanto teníamos claro que yo sería el que se sumergiría e Ildefonso estaría en la superficie sujetando la cuerda.

Habrían transcurrido dos meses desde que nos separamos cuando contacté con Ildefonso, con la intención de preparar el proyecto que nos serviría para sacar el cofre del pantano.

Aprovechamos un largo fin de semana para reunirnos y programar el mismo.

En esta ocasión nos alojamos en una casa junto al mencionado pantano de Ricobayo. Pensé que era más conveniente preparar el proyecto de inmersión en el mismo lugar donde lo íbamos a ejecutar.

Hacerlo allí significaba que nos familiarizaríamos con el entorno y nos resultaría más fácil movernos.

Durante aquellos tres días estuvimos estudiando la situación en la que se encontraban las aguas del pantano.

Fuimos comprobando las velocidades que alcanzaba la corriente en diferentes momentos del día. También el movimiento de las aguas.

El fin de semana se nos hizo cortísimo, aunque realmente fue muy productivo. Tuvimos poco tiempo para hablar de cosas ajenas a la preparación de nuestra inmersión.

Al final quedamos muy satisfechos de cuanto habíamos avanzado y aún teníamos mucho tiempo por delante para seguir acometiendo nuevos estudios.

Regresamos cada uno a nuestros lugares de trabajo y proseguimos individualmente preparando el proyecto de inmersión.

Pasado el tiempo, recibí la llamada de Benor en la que me anunciaba la posibilidad de vernos en Zamora. Según él, allí podríamos pasar más desapercibidos que si lo hacíamos en Almendra o en cualquier otro lugar cercano adonde estuvo ubicado el solar que ocupó en su día la Iglesia de San Pedro de la Nave, hoy sumergido.

Por otra parte, ese sitio estaba solo a dieciocho kilómetros de la capital.

Tras una corta conversación me preguntó si teníamos preferencia por algún hotel en especial donde hospedarnos. Al contestarle que no, me dijo que había pensado reservar habitaciones en un hotel situado en el centro de la ciudad, en el Parador Nacional de Zamora.

Antes de despedirnos me dijo que él y Ariela marcharían un par de días antes para ir situándose en la población.

Acordamos reunirnos una semana más tarde. Podíamos hacerlo perfectamente, ya que nos habíamos programado para tomar las vacaciones en el momento en que Benor se pusiese en contacto con nosotros y acordásemos la fecha del encuentro.

Teníamos por delante algo más de mes y medio para conseguir nuestro objetivo.

Tras ponerme en contacto con Ildefonso quedamos en vernos en el parador de Zamora en la fecha acordada.

El día que habíamos previsto nos juntaríamos todos en el hotel.

Fue un grato encuentro, en el que ninguno de nosotros regateamos el afecto que nos teníamos.

Aquella misma tarde tras el almuerzo nos reunimos para poner sobre la mesa el plan que debíamos seguir. La fecha era la idónea para empezar la preparación del rescate del cofre. Yo me sentía muy fuerte para realizar aquel cometido, no en vano había dedicado bastantes horas de prácticas con verdaderos profesionales submarinistas para ponerme en forma.

Confirmamos la decisión que tomamos antes de separarnos: solo Ildefonso y yo nos acercáramos al pantano.

Mientras estuviésemos trabajando en el rescate, ni Ariela ni Benor harían acto de presencia en los alrededores. Todo había que hacerlo con una discreción absoluta, para evitar echar por tierra aquel proyecto minuciosamente preparado por los dos.

Entendíamos que para ellos que, debían quedarse en el hotel sin posibilidad de salir del mismo, sería bastante tediosa y aburrida aquella estancia, pero teníamos que evitar que los reconociesen.

El día previsto dejamos el Parador muy temprano, antes de que amaneciese. Lo hicimos en un coche utilitario que Ariela había alquilado el día antes, con un pequeño botiquín que ella nos había preparado con las medicinas más elementales que pudieran hacernos falta en caso de emergencia y con un moderno equipo de buceo, con todos los elementos necesarios para poder efectuar una serie de inmersiones con una posibilidad de riesgo mínima.

Llegamos al lugar donde se encontraba nuestra pequeña embarcación, alquilada por los compañeros malagueños con los que me había preparado para realizar aquel trabajo.

No tuvimos problema alguno en retirarla. Solo percibimos atenciones por parte de un señor con aspecto de acabarse de despertar a nuestra llegada.

Tras cargar todo el material que llevábamos con nosotros y arrancarla, nos dirigimos hacia donde nos orientaba nuestro navegador.

Una vez en el punto indicado, paramos y echamos el ancla al agua, y tras intercambiar puntos de vista, decidimos iniciar lo antes posible la primera inmersión de observación.

Sobre la ropa interior antitérmica que cubría mi cuerpo coloqué un traje de buceo seco, que en aquellas aguas frías era el más adecuado, ya que impedía que me enfriase más de lo normal. Con este tipo de traje realicé mis prácticas de buceo, por lo que estaba muy familiarizado con él.

Me coloqué unos botines de neopreno para preservarme del roce de las aletas y del frío en los pies y sobre estos las aletas; un cinturón con el lastre de plomo y una escafandra autónoma, un reloj, un profundímetro, un manómetro y un chaleco hidrostático con arnés para colocar las dos botellas de aire enriquecido completaban mi equipo.

Comprobé el regulador que me serviría para disminuir la presión del aire de las botellas.

Por último, tomé un foco de gran potencia, un buen cuchillo para cortar cualquier tipo de objeto con el que me pudiera sentir atrapado, unas potentes tijeras, una brújula para orientarme, varios puntos de luz química que coloqué en el arnés del chaleco y una boya inflable.

Una vez preparado, me propuse bajar hasta los 35 metros, cinco menos de lo que la legislación me permitía.

Entré en el agua, unido a Ildefonso a través de un hilo guía. Una vez que hube avanzado unos metros abrí la válvula para hinchar el traje.

En tan solo un par de minutos me encontraba en el fondo, observando el lugar donde había estado ubicado el templo de San Pedro de la Nave.

Realmente se divisaba perfectamente el contorno de lo que antaño había sido el templo.

Ante mí tenía una planta de cruz griega a la que parecía que se le habían adosado dos naves laterales, otorgándole a aquella superficie un aspecto extraño entre planta basilical y cruciforme.

Se distinguían perfectamente dos estancias a ambos lados del presbiterio, que más tarde supe que fueron aposentos de monjes.

Encontré la parte que consideraba más interesante y que no era otra que la que buscaba, el ábside, que era una superficie rectangular.

Me situé por encima de este, sin rozar mis pies por su piso, evitando de esa forma remover el barro acumulado, para que no se enturbiase el agua y me impidiese la visibilidad.

Miré el reloj y observé que llevaba bajo aquella profundidad unos 18 minutos, por lo que decidí adelantar mi salida, aun cuando podía permanecer unos minutos más.

Ascendí ayudándome de la veta del ancla y a mitad del recorrido decidí hacer una parada de dos minutos, sabía que podía hacerla porque me sobraba tiempo.

Realizando ese alto recibí, tal como lo teníamos previsto, el aviso de Ildefonso de que debía ascender.

Una vez en la superficie subí a la embarcación y tras quitarme el equipo me envolví en una manta y me dispuse a acomodarme.

Ildefonso me tenía preparado un tazón de té bien caliente que fui tomando sorbo a sorbo, a la vez que le iba relatando cuanto había visto en el fondo del pantano.

Tras un buen descanso me dispuse a emprender una nueva inmersión. Antes de hacerla, decidimos que en esa jornada solo realizaríamos dos, aun cuando teníamos previsto hacer tres.

Me volví a sumergir y en algo menos de dos minutos buceaba de nuevo sobre el solar de la vieja y desaparecida iglesia.

Me dirigí al ábside, porque tenía que localizar el tronco del gran olivo; aquel a cuyo pie escondió el amigo de Sebastián el cofre conteniendo el Diario de Jesús.

Según nos dijo Cristóbal, y lo recordaba perfectamente, el olivo estaba muy cerca del ábside.

Tenía la certeza de que allí quedaría erguido, algún resto del mismo esperando nuestra llegada para revelarnos su secreto.

No era fácil, porque aquellos troncos se ocultaban cubiertos bajo una espesa vegetación.

Fui revisando lentamente cada uno de ellos, sin darme cuenta de que el tiempo corría.

En aquel instante sentí la llamada de Ildefonso avisándome que debía subir cuanto antes.

Comprobé lo que me quedaba para poder seguir y me sorprendí. Solo disponía de unos minutos para volver a la superficie.

Se me había pasado el tiempo de forma rapidísima, sin darme cuenta, por ello no lo pensé dos veces y decidí ascender.

Cuando me disponía a hacerlo divisé a unos diez metros de mí un árbol de aspecto fantasmagórico. Sí, era el olivo que buscaba, lo creí firmemente, su grosor lo distinguía de los demás, pero no podía comprobarlo, debía subir de forma inmediata.

Una segunda llamada de atención por parte de Ildelfonso me hizo sentir la realidad y esta no era otra que la necesidad de iniciar cuanto antes la ascensión.

Y bien que no lo pensé, ayudándome de nuevo de la veta del ancla, empecé la subida y mientras lo hacía iba recordando la situación de aquel olivo.

Ildelfonso me esperaba con cara de satisfacción mezclada con cierta contrariedad por no haber subido unos minutos antes.

Lo primero que hizo una vez que estuve a bordo de la embarcación fue literalmente reñirme y hablarme de irresponsabilidad.

Al terminar su “sermón” nos abrazamos y nos reímos con muchas ganas. La tensión vivida nos llevó a ello.

Regresamos al embarcadero, y tras saludar a la persona encargada del mismo, tomamos el coche y regresamos al Parador de Zamora.

CAPÍTULO XXIX

VISITA INESPERADA

Benor y Ariela nos estaban esperando ansiosos por saber el resultado de nuestro primer día de la búsqueda del Diario. Se disponían a almorzar, pero olvidaron esa tarea y esperaron a oír nuestra exposición. Les relatamos todo cuanto nos había ocurrido desde que salimos aquella mañana hasta nuestro regreso.

Tanto él como Ariela fueron haciéndonos diferentes preguntas. La que más curiosidad mostraba era ella. En su rostro se notaba la gran atención que prestaba a todo cuanto decíamos.

Después de algo más de una hora de conversación pedimos que nos subieran el almuerzo a la habitación.

Yo preferí tomar solo un vaso de leche caliente, pues me sentía bastante cansado y prefería dejarlos para marchar a mi habitación a descansar. Antes de hacerlo quedé con Ildefonso en que a la mañana siguiente volveríamos a salir a la misma hora que lo habíamos hecho aquel día.

Llegué a mi habitación y entré en el cuarto de baño para darme una buena ducha con agua caliente antes de acostarme. Después de un cuarto de hora, salí y ya empezaba a sentirme mal. Notaba que el frío se iba adueñando de mí y los tiritones empezaban a hacer acto de presencia en mi cuerpo, especialmente en mis mandíbulas, que hacían castañetear mis dientes. Entendí que podría haber cogido un enfriamiento en mi inmersión.

Saqué de mi pequeño botiquín un paracetamol y me dispuse a meterme en la cama. Recuerdo que lo último que pensé antes de dormir fue en la figura del viejo olivo, vencido por el agua.

Debí de estar durmiendo unas cuantas horas porque la luz del día había desaparecido y por el ventanal entraba la noche.

Noté mi cuerpo sudoroso, bastante aturdido y con un dolor de cabeza, que sin llegar a ser fuerte, sí era lo suficientemente molesto como para que me sintiera muy mal. Me levanté y me senté en el sofá, después de haberme preparado una taza de leche bien caliente. Miré el reloj y marcaba la dos menos cuarto de la madrugada. Parecía mentira que hubiera estado durmiendo durante nueve horas seguidas.

Volví a recordar el momento en que subí a la superficie después de haber visto en el fondo del pantano una parte de aquel árbol. Tenía la certeza de que era el olivo que estaba buscando.

Soñaba con volver a encontrarme dentro de unas horas de nuevo ante él. No podía, ni deseaba, quitármelo de la cabeza. Pensar en él era un agradable desahogo que me hacía olvidar parte del malestar que llenaba mi cuerpo.

Envuelto en esos pensamientos me di cuenta de que era observado por una persona que sentada ante mí me miraba fijamente.

Deduje en segundos que quizás estuviese allí antes de sentarme en el sofá, pero no, no era posible, tal vez acababa de llegar.

Fuese lo que fuese, consideré que debí de haber dejado abierta la puerta de mi habitación y que por ella habría podido entrar.

Entendí que la tenue luz de la habitación había conseguido que no la hubiese visto antes de aquel instante.

-¿Quién eres? –le pregunté.

-¿No me reconoces?-me contestó.

Por el timbre de su voz supe que quien tenía delante era una mujer.

-¿Qué haces aquí? –me interesé por saberlo.

-Me llamaste mientras dormías.

-¿Que yo te llamé?

-Sí, me llamaste porque te sentías muy mal. He estado muchas horas junto a ti. Durante tu sueño has tenido muchas pesadillas.

-Quiero entender que he debido de decir muchas cosas.

-Sí, pero no te preocupes, nada que yo no supiera -me respondió.

-¿Y cómo has llegado a saber todo eso que dices?

-Sé todo sobre ti, y sobre todos los que formáis parte del grupo que os habéis reunido aquí para rescatar el Diario de Jesús.

Di un respingo al oír a aquella persona hablar de esa forma, con esa claridad pasmosa. Lo que dijo aquella mujer hizo que me sobrepusiera, y noté que todo mi cuerpo se estremeció. No era posible que supiese nuestro proyecto, nadie aparte de los cuatro debía de tener conocimiento de ello, so pena que yo lo hubiese mencionado mientras dormía y que al estar allí lo hubiese oído. Intenté levantarme del sofá, pero me costaba trabajo hacerlo, mis piernas no me respondían. Era como si me hubiese quedado paralizado al oír lo que me dijo.

Me rogó insistentemente que me tranquilizara y sosegara, porque de lo contrario no estaría en condiciones de poder salir de nuevo hacia el pantano. También me dijo que personalmente consideraba que no me encontraba en las mejores circunstancias para hacerlo.

Conforme hablaba más desconcertado me sentía.

-¿Eres Ariela, verdad?- le dije.

-¿Acaso me parezco a ella?-me expresó.

-No diviso bien tus facciones con esta luz, aunque tu voz no se parece en nada a la de ella.

-No, no soy ella, ni deseo serlo. Yo me siento a tu lado, cerca de ti, junto a ti, en ti.

-Intuyo que no te agrada mucho Ariela.

-Mucho se queda corto. No, esa mujer no me gusta nada, absolutamente nada.

-¿Quién eres?-tenía necesidad de saberlo.

-¿Acaso has olvidado que una noche nos vimos en la catedral de San Pedro en Lovaina?

Ciertamente, aquella voz no era la de Ariela, más bien diría que la persona que me acompañaba era Mariamne, imaginé.

¿Pero qué estaba diciendo yo? Había pronunciado el nombre de la compañera de Jesús y aquello no tenía sentido. ¿Cómo podía haber dicho semejante disparate? Mariamne no podía estar aquí entre nosotros. Su existencia tuvo lugar unos dos mil años atrás.

Pero por otra parte creí que sí, que aquella mujer que tenía frente a mí era la joven de la catedral de Lovaina, la que había desaparecido sin dejar el menor rastro, sin despedirse siquiera.

-¿Por qué te fuiste de aquella forma, sin decirme adiós?

-Te dormiste y no quise interrumpir tu sueño. Solo tenías varias horas para dormir y necesitabas descansar.

-¿Por qué te desprendiste de la túnica que llevabas puesta?-me interesé por ello.

-Cuando te quedaste dormido sentiste frío, y me la quitaste. Tampoco pude hacer nada por impedirlo. Además, allí en aquella iglesia había mucha humedad, por lo tanto a ti te hacía mucha más falta que a mí.

Me sentí más tranquilo, y en mí había desaparecido el temor por su presencia, recordé las palabras que me dijo en la catedral de San Pedro: “Estaré a tu lado, por si me necesitas durante el tiempo que estés buscando el Diario de Jesús”.

Deseé preguntarle si estaría conmigo en las profundidades del pantano si la necesitaba, pero opté por no hacerlo, porque ese pensamiento era descabellado. ¿Cómo podría estar?

-Aunque creas que no tenga sentido la pregunta que me ibas a hacer, te diré que sí estaré contigo acompañándote en el fondo del pantano-me dijo.

No pude contestarle, mi respuesta quedó interrumpida por la llamada que se produjo a la puerta de mi habitación.

Me levanté del sofá con bastante dificultad a abrirla. Era Ildefonso y en su cara se reflejaba una gran preocupación.

-¿Qué te ocurre Luis? ¿Qué te ha sucedido? ¿Te encuentras mal?-me preguntó.

-¿Por qué estás aquí, ha ocurrido algo?

-Te he llamado varias veces por teléfono, y no he tenido ninguna contestación por tu parte, por ello decidí venir hasta aquí. Es la primera vez que esto te ocurre desde que te conozco. Nunca te retrasaste a una cita.

No tenía conciencia de lo que me decía Ildefonso ni de lo que estaba sucediendo. Era evidente que no había oído sus llamadas de teléfono.

Miré a mi reloj y me di cuenta de la hora que era.

Habíamos quedado a las siete treinta y ya eran las nueve.

Por mucho que lo intentaba, no podía entender lo que me estaba ocurriendo.

Observé que tampoco había escuchado el despertador de mi móvil, y lo que me resultaba más extraño es que dudaba de que hubiesen sonado, tanto el despertador como el teléfono.

Lo invité a entrar, pues deseaba presentarle a la joven que me acompañaba.

-Me gustaría que conocieses a esta mujer, ha estado aquí conmigo dándome compañía; me sentía mal-le dije.

-¿A qué joven te refieres?- me inquirió Ildefonso.

Al dirigirme hacia ella, observé con cierta turbación que allí en la habitación no había nadie. De nuevo había desaparecido.

¿Te encuentras bien, Luis?-volvió a preguntarme.

En aquel momento no sabía cómo me encontraba, pero sí me di cuenta de que mi cuerpo tiritaba empapado de sudor.

Ildefonso me acompañó a la cama y me pidió que me acostara, que iba a recoger un termómetro y tomarme la temperatura.

Al regresar, lo hizo acompañado por Ariela, que se acercó a mí, puso su mano en mi frente y dirigiéndose a Ildefonso le dijo que tenía mucha fiebre.

Después me puso el termómetro y solo recuerdo oírle decir que marcaba 40 grados.

Cuando desperté, me enteré por Ariela que había estado durmiendo unas veintisiete horas, sumido en altas temperaturas. Ella me contó que no fue fácil reducir la fiebre, aun cuando me pusieron un fuerte tratamiento para contrarrestarla, ayudado con friegas de alcohol que había tenido que darme. Un vago recuerdo de aquellos momentos me resultaba poco agradable.

Observé cómo Ildefonso se levantaba de uno de los butacones, cerraba el libro que leía y se acercaba a mí. Por él supe que Ariela no se había separado ni un solo instante de mi lado.

Empezaba a estar mejor, porque deseaba levantarme y darme una buena ducha, de lo que ambos se alegraron.

Más tarde recibí la visita de Benor, que me preguntó por la chica que se encontraba conmigo antes de llegar Ildefonso. Este le había informado de este hecho.

-¿Estaba aquí cuando tú llegaste o entró con posterioridad?-se interesó.

La verdad es que en aquellos momentos recordaba muy poco de lo que había ocurrido. No tenía conciencia de cómo había pasado ese episodio, pero estaba seguro de que en la habitación no se hallaba nadie cuando entré.

Tampoco sabía cómo había podido entrar ni si la llamé para que me hiciese compañía.

Les relaté cuanto recordaba sobre la conversación que creí haber mantenido con ella.

Aquello preocupó a los tres, especialmente a Ildefonso.

-Pienso que debiste de hablar de nuestro proyecto en los momentos de delirio, a consecuencia de la alta fiebre -expresó Benor.

-No tiene porqué ser así. Posiblemente la joven solo existió en la mente de Luis y solo fue el fruto de su imaginación. Es una posibilidad que no debemos descartar -nos expuso Ariela, y prosiguió -porque si la puerta estaba cerrada cuando Ildefonso llegó, ¿por dónde pudo salir?

Benor se dirigió a la ventana y comprobó que se encontraba cerrada. La abrió totalmente y se asomó por ella.

-No es fácil que pudiese salir por aquí -nos dijo.

Después de echar un vistazo, Ildefonso vino a confirmar lo que Benor había dicho.

-Creo efectivamente que no es posible.

-Sea lo que sea, nuestros planes no vamos a cambiarlos; debemos seguir según lo previsto –sentenció Ariela.

Todos estuvimos de acuerdo con lo que ella expuso.

Se decidió que yo permaneciese acostado un par de días y me recuperase durante ese tiempo.

Se marcharon y me dejaron descansar.

Tras cerrar la puerta, volví a la cama y allí sentada seguía observándome.

-¿Tú otra vez? ¿Por dónde has entrado?

CAPITULO XXX

UN SUEÑO EN NUESTRAS MANOS

Tras unos días de descanso, mi organismo se fortaleció y también las ganas de volver a sumergirme en el pantano. Creo que todos lo estábamos deseando, por ello pensamos que al día siguiente volveríamos a intentarlo, tal como lo teníamos previsto.

Repetimos los prolegómenos de nuestra primera inmersión y de nuevo descendí hasta el fondo sobre la superficie deseada.

En esta ocasión iba a ser más fácil llegar hasta el lugar que buscaba porque tenía la seguridad de que el olivo milenario era el grueso tronco que había visto en mi anterior bajada.

Me dirigí directamente hasta él y comprobé que estaba completamente cubierto de una espesa y desordenada masa vegetal.

Las tijeras que llevaba me sirvieron para ir haciéndola desaparecer. No fue fácil conseguirlo, pero lo logré. Solo tuve un revés al intentar volver a la superficie.

Cuando inicié el ascenso observé que mi pie derecho quedó atrapado en aquella maraña vegetal. Me di cuenta en aquellos momentos de la frialdad que el ser humano es capaz de generar en momentos difíciles, en los que llegas a saber que te estás jugando la vida.

Aquella reacción mía me sirvió para envolverme de suma paciencia e ir desenredando las lenguas vegetales que me impedían elevarme.

No me entretuve ni tan siquiera en descansar los dos minutos que tenía previsto realizar hacia los 25 metros. Realmente no era necesario llevar a cabo ninguna descompresión, puesto que ni la distancia ni el tiempo que había estado en el fondo la exigía.

Tan atareado estuve en la acción de liberar mi pierna que no llegué a sentir las llamadas que me hacían desde la embarcación.

Ildefonso me esperaba preocupado y con una nueva reprimenda.

-Has agotado el tiempo al límite -me dijo.

Tras explicarle lo ocurrido se tranquilizó algo, pero aun así me rogaba que en próximas inmersiones saliese unos minutos antes para evitar cualquier contratiempo.

Ya solo nos quedaba esperar el momento en el que de nuevo volviese a las aguas.

El frío con el que llegué a la superficie desapareció pronto. En esta ocasión un caldo de puchero muy caliente que llevábamos en un termo vino a solucionarlo.

Hacia el medio día me propuse realizar la segunda inmersión. Volví al agua ilusionado con poder localizar el cofre. Me conformaba solo con ello.

Llegué hasta la altura del tronco y empecé a extraer barro de su base. La oscuridad se hizo total. A la luz del foco le resultaba difícil abrirse paso entre la gran turbidez de las aguas producida por haberse removido el fondo.

En lugar de abandonar aquella faena, me propuse continuarla y seguir profundizando en la oquedad que mi pequeña pala iba agrandando.

Me sorprendí cuando noté que la pala chocaba con algo sólido y bastante duro. En un principio pensé que era una piedra, por lo que introduje la mano para sacarla y de esa forma facilitar el trabajo de continuar cavando.

Cuando llegué hasta ella me di cuenta inmediatamente de que aquello que tenía entre mis dedos no era una piedra. Aquel objeto...

¡Dios!...no podía ser, pero lo era. Aquel objeto tenía la forma de una caja.

Sí...estaba convencido de que lo era. No podía observarlo porque era imposible distinguir nada bajo aquellas aguas.

La extracción de aquel objeto había resultado mucho más fácil de lo que esperaba.

Sin pensármelo dos veces me dispuse a subir hasta la superficie velozmente sin parar a descansar a la mitad del recorrido. Deseaba llegar cuanto antes.

Cuanto más me alejaba del fondo mas claro tenía que el objeto que subía era el cofre. Hasta me permití acercarlo a la luz del foco, y he de confesar que dos lágrimas salieron de mis ojos cuando lo tuve frente a mí.

Cuando imaginaba la cara que pondría Ildefonso al verme aparecer me sentía lleno de felicidad...de mucha felicidad.

Llegué a la superficie unos minutos antes de lo que teníamos previsto. Ildefonso quedó extrañado de que hubiese subido sin haber sido llamado.

Antes de salir del agua le entregué el cofre. Al tenerlo entre sus manos, lo llevó a su pecho y su rostro se llenó de una felicidad que lo desbordaba.

-¡Dios...Dios...Dios!-es cuanto podía decir.

Tuve que recordarle que aún permanecía en el agua, para que soltase el cofre y me ayudase a subir.

Cuando estuve embarcado se abrazó a mí. Debimos contener nuestra efusividad para sacar el ancla, recoger las pertenencias y volver cuanto antes.

Envolvimos el estuche en un paño y después de introducirlo en un bote que habíamos llenado de agua, nos dirigimos hacia el embarcadero.

Durante el trayecto estuve preocupado, temiendo cualquier contratiempo que pudiera repercutir en el Diario de Jesús.

Sin el menor incidente llegamos al Parador donde nos estaban esperando como en otras ocasiones.

-¿Qué ocurre? ¿Por qué traéis esas caras tan risueñas?-nos espetó Benor.

Estaba claro que no esperaba que nosotros trajésemos el cofre con el Diario.

-¡No me digáis que lo habéis conseguido! –nos espetó Ariela -sí, sí, la cara que traéis os delata, estoy convencida de que habéis dado con él. ¿Cuándo vamos a recogerlo?

-No es necesario ir a por él, se encuentra en esta habitación –le contesté con una gran carcajada de alegría.

Ariela se abrazó a mí sin dejar de decir -¡lo has conseguido! ¡lo has conseguido!

También en el rostro de Benor se notaba la emoción que le había producido saber que habíamos recuperado el Diario de Jesús.

-Si lo deseáis puedo enseñároslo ¿O acaso lo dejamos para mañana?-manifestó Ildefonso sarcásticamente.

Los tres nos acercamos a él, fascinados ante lo que nuestro compañero intentaba sacar de su macuto.

Una vez que lo tuvimos ante nuestros ojos observamos que aquel cofre tenía la forma de un paralelepípedo achatado, como una caja cuadrada.

Benor nos dijo que no debíamos perder tiempo y que lo primero que teníamos que hacer era lavarlo y quitarle cuanta adherencia tuviese impregnada en su superficie para poder estudiar la forma de abrirlo. Nos sugirió que al menos tres de nosotros debíamos dejar de forma inmediata el Parador para dirigirnos a una casa situada en la vega del río Duero, en el término municipal de la ciudad de Toro.

Ariela se quedaría en el Parador para que nadie pudiese notar nuestra ausencia. Ni tan siquiera utilizaríamos nuestras maletas, solo llevaríamos lo que cupiese en una bolsa de mano.

Ella se encargaría de ir sacando en diferentes momentos el equipaje que dejábamos.

Fuimos saliendo escalonadamente. El primero en hacerlo fui yo. Después lo hizo Benor, con una mochila colgada al hombro

donde iba el cofre y por último, a poca distancia de él, y sin perderlo de vista, Ildefonso.

Los tres nos dirigimos a mi coche, un Toyota Rav4 que se encontraba en el aparcamiento del hotel.

En un tiempo muy corto enfilamos la salida de Zamora hacia la Vega del Duero. Llegamos a Toro en algo menos de treinta minutos, y desde esta ciudad al lugar donde se ubicaba la casa a la que nos dirigíamos, tardaríamos unos veinte.

La casa estaba aislada en un paraje cubierto de una extensa vegetación muy cercano al río. Aunque no llegamos a verlo, sí escuchábamos en el silencio de la noche el sonido de sus aguas.

Alrededor de un gran salón con una extraordinaria chimenea, se distribuían cinco amplias habitaciones y un gran y confortante comedor.

Nada más llegar, todos deseábamos volver a observar el cofre, del que Benor no se había separado ni un instante. En todo el viaje lo llevó en la mochila bien sujeta entre sus piernas.

Este nos rogó que lo acompañásemos a una de aquellas habitaciones. Al entrar a ella me percaté de que era un espacio de trabajo. Supuse al momento que su afán era iniciar cuanto antes la preparación del cofre para conservarlo perfectamente fuera del agua.

Este objeto había permanecido en el fondo del pantano durante algo más de 88 años, por lo que requería un tratamiento especial. Benor había previsto y preparado todo, hasta el más mínimo detalle para realizar con éxito aquella operación.

Tanto él como Ildefonso poseían los conocimientos suficientes para llevar a cabo las operaciones necesarias para no modificar de forma brusca las condiciones en las que se encontraba el contenido del cofre.

Lo primero que se hizo fue preparar un barreño de dimensiones suficientes para que en el mismo se pudiese introducir el cofre. Esta vasija se llenó de agua desmineralizada.

En ese recipiente se introdujo el cofre y en él lo tuvimos todo un día. Durante ese tiempo se mantuvo cubierto por un paño negro

y dentro de aquella habitación con las ventanas cerradas, en la más absoluta oscuridad.

Debíamos procurar proporcionarle un medio similar al que había estado hasta ahora. En pocas palabras, el contenido del cofre no tenía que captar ningún cambio exterior.

Al día siguiente, evitando la luz del día, y tan solo con una tenue luz eléctrica de color violeta, nos dispusimos a limpiar el cofre. La operación se realizó en unas horas, con un material especial, finos pinceles y el agua desmineralizada.

Durante la limpieza observamos cuatro pequeñas teclillas y un extraño dibujo geométrico en su superficie que no supimos descifrar.

Ildelfonso reprodujo sobre la marcha aquel dibujo geométrico y tanto a este como a las teclillas les hizo bastantes fotografías, para posteriormente ampliarlas y estudiarlas.

Posteriormente envolvimos el cofre en un paño negro y lo colocamos en un recipiente de vidrio junto con varias bolsas de gel de sílice, con el fin de que estas pudiesen absorber toda la humedad posible. Lo metimos en un botellero frigorífico que regulamos a 7 grados de temperatura.

Dos días más tarde, al anochecer, cuando estudiábamos el dibujo del cofre, se presentó Ariela. Dejamos todo para saludarla e intercambiar los acontecimientos vividos desde que nos separamos en el Parador.

El descanso que supuso dejar lo que hacíamos para dedicarnos a ella, nos vino muy bien. Llevábamos muchas horas en nuestro empeño sin haber logrado gran cosa.

-¿Qué os parece si dejáis todo por hoy y mañana seguimos estudiando el cofre?-nos dijo Ariela.

Todos estuvimos de acuerdo con ella. Bien nos merecíamos un descanso y, lo que era más importante, compartir un momento de relax. Desde nuestra llegada a Zamora no habíamos podido disfrutar de la recuperación del Diario de Jesús, que era lo que nos había llevado hasta allí.

CAPÍTULO XXXI

EL DIARIO DE PIETER

Durante el desayuno tuvimos ocasión de poner al día a Ariela sobre lo que habíamos avanzado con respecto a la limpieza del cofre. También le comentamos las características que presentaba.

Teníamos muy claro que había que abrirlo, tomando todas las precauciones posibles para evitar que su contenido sufriese el más mínimo deterioro. Era la principal condición.

Ante la ausencia de datos que nos ayudaran a hacerlo, pensamos que sería interesante conocer al autor de esa maravilla. Todo creador tiene la imperiosa necesidad de dejar su firma sobre algo que considera suyo, más por evitar que otros se arroguen su autoría que por afirmar la suya propia. Esto es lo que ha ocurrido siempre y no apreciaba razones para que nuestro enigmático “amigo” no hubiese hecho lo mismo. En algún lugar del cofre se descubriría el sello que lo delataría.

Decidimos trabajar en dos caminos diferentes. Benor e Ildefonso lo harían sobre el contenido del Diario de Pieter, de esa forma podríamos localizar alguna clave que nos ayudase en nuestro intento. Ariela y yo nos ocuparíamos de la búsqueda del hombre que construyó aquel extraordinario ingenio. Queríamos estudiarlo, poder entrar dentro de él, e imaginar cómo pudo concebir la fabricación de ese artilugio, en qué principios se basó para fabricarlo.

Durante todo el día estuvimos trabajando en el cometido asignado. Mientras llevaba a cabo mi labor, muchas cuestiones rondaban mi cabeza, pero una de ellas superaba a las demás: descifrar el dibujo de líneas curvas. Tenía la certeza de que desentrañándolo descubriríamos al constructor del cofre.

¿Qué quiso decirnos al dejar grabados los trazos curvos? ¿Qué relación podían tener con quien los cinceló? No dejaba de hacerme estas y otras preguntas, mientras ampliaba una y otra vez las fotografías obtenidas. Tanto Ariela como yo modificábamos la posición del dibujo en la pantalla, intentando, descubrir algo que nos diese otra información nueva.

Alternábamos el estudio del dibujo con el de las pequeñas teclillas y fue en la ampliación de estas sobre la pantalla cuando Ariela observó que en la superficie de una de ellas aparecía una pequeñísima hendidura, casi imperceptible.

-¿No crees que esto que aquí se ve es una pequeña fisura?-me preguntó con deseos de obtener una afirmación por mi parte.

Asentí, -a mí también me lo parece.

-¿Y si cada uno de estos botoncillos estuviese perforado? -volvió a insistir en ello.

-Solo lo sabremos si lo comprobamos -le contesté.

Meter un croquis del cofre con los botoncillos

Pagina 292

Volvimos a sacar el cofre. Cuando lo tuvimos delante, nada nuevo pudimos observar. A simple vista, la pequeña fisura que veíamos en la ampliación de la fotografía no se distinguía.

Mientras yo pensaba que esa pequeñísima muesca la podría haber producido una sombra, Ariela estaba convencida de que era real.

-Perdona un momento, vuelvo en unos segundos, -me dijo abandonando la habitación.

En un instante estaba de vuelta portando entre sus dedos unos pequeñísimos alfileres.

Se acercó al cofre e intentó comprobar si realmente aquellos botoncillos estaban perforados o no. En un santiamén pudimos ver que sí. El tiempo había logrado que la humedad y polvo los hubiesen taponado. Comprobamos que todos se hallaban cegados, por lo que volvimos a guardar el cofre y tornamos a la pantalla con las fotos. Este pequeño, pero para nosotros gran descubrimiento, nos animó a seguir profundizando en el análisis de aquella parte del cofrecillo.

Era cierto que Ariela tenía una capacidad de observación increíble, realmente las mujeres la tienen mucho más desarrollada que nosotros, pero en aquella ocasión fui yo quien pude advertir que en la parte inferior de una de las piececillas había una minúscula marca difícil de captar. Al indicársela a Ariela y observarla, se volvió hacia mí y me abrazó efusivamente.

-Sí, ¿Cómo no la hemos visto antes? Es una letra, estoy convencida. Tengo el presentimiento de que vamos a encontrar cuatro, una por cada botoncillo.

De nuevo nos vimos ante el cofre, en esta ocasión con una lupa de gran aumento, observando meticulosamente las superficies cercanas a cada uno de los botoncillos. Ariela llevaba razón, después de limpiarlas aparecieron ante nosotros cuatro perfiles que según ella eran letras, aunque no podía decirme realmente cuáles. Fotografiamos individualmente los caracteres y nos volvimos hacia el proyector para visualizar aquellas imágenes. Más fácilmente pudimos ver que cada una de las grafías representaba a una letra. Estaban grabadas de forma escalonada.

La primera de ellas, que vimos en la parte inferior del primer botoncillo, se correspondía con la letra D. En la parte superior del siguiente aparecía la C. Bajo el tercero se localizaba la B. El cuarto carácter, colocado a continuación del último botoncillo, estaba dentro de un difuminado círculo inapreciable y se prestaba a varias interpretaciones. Aunque llegamos a pensar que podría ser la O, no lo teníamos tan claro como con las anteriores. Al final resultó ser la U.

A partir de este descubrimiento nos dedicamos a hacer combinaciones de letras. Tantas como fueron posible. Nuestra intención era comprobar si alguna combinación se correspondía con una palabra que nos desvelara algo interesante. Después de un par de horas estudiándolas y tras consultar en diferentes diccionarios, llegamos a la conclusión de que ninguna de las asociaciones de letras nos decía absolutamente nada.

Decidimos despejarnos y prepararnos un café. Curiosamente, en la cocina coincidimos con Benor e Ildefonso que se habían adelantado a nosotros y tomaban una infusión que por su olor era menta poleo. Nos sentamos junto a ellos e intercambiamos pareceres sobre lo que cada uno habíamos averiguado. Ariela les expuso detalladamente cuanto habíamos logrado, sugiriéndoles que estudiaran las combinaciones de letras por si tenían más suerte. Ildefonso, escudriñando en el diario de Pieter, localizó dos nombres que le habían llamado la atención.

-¿A quiénes corresponden? –se interesó Ariela.

Benor, que había permanecido callado hasta ese momento, nos presentó a los dos personajes que Pieter había dejado escrito:

-Cristina de Suecia e Isabel de Bohemia.

Realmente los dos nombres nos llamaron la atención. Sonaban a personajes relacionados con la alta nobleza europea, y así lo comentamos.

El nombre de Cristina de Suecia nos interesó mucho más, por lo que decidimos estudiarlo en primer lugar.

¿Puede ser la reina Cristina de Suecia? – le pregunté.

-Eso no lo tenemos claro, pero podría ser -nos dijo Ildefonso.

-Debemos estudiarlo y confirmar si se corresponde con la soberana sueca, para después recorrer la vida de Isabel de Bohemia-se pronunció Benor.

No teníamos duda alguna de que esos nombres escritos en el dietario de Pieter tendrían que indicarnos algo interesante, aunque en aquel momento desconocíamos qué. Pensamos que debíamos profundizar de forma inmediata en la vida del primero de ellos. Cada cual con su ordenador buscaba alguna relación de la reina Cristina con...realmente no sabíamos qué o quién. Nos dispusimos a estudiarla.

Antes de la cena volvimos a hacer una puesta en común y fuimos poniendo sobre la mesa los datos más significativos de la vida de nuestra celebridad, así como de las personas que durante el reinado de Cristina tuvieron alguna relación directa con ella.

Llegamos a saber que la reina Cristina era una intelectual, de temperamento sensible, nervioso e inestable que no deseó casarse y gobernó aconsejada por una serie de personajes intrigantes.

Tuvo en su corte a hombres que de alguna forma destacaban en las diferentes facetas de la erudición: la ciencia y la política.

Tras rechazar algunas celebridades que se movieron en su entorno, porque no las consideramos de suficiente relevancia, nos quedamos con cinco destacados portentos que influyeron considerablemente sobre la soberana sueca: Bourdelot, Antonio Pimentel, el conde de La Gardie, Descartes y Grocio.

Decidimos enterarnos quiénes eran estos hombres y qué relación tenían con la reina Cristina. El conde Jabob de La Gardie, el Gran Condestable de Suecia, fue su consejero privado. Antonio Pimentel fue el embajador español, con quien compartió interesantes encuentros.

René Descartes fue un gran matemático, físico y filósofo francés, persona con la que llegó a tener gran amistad y con quien mantuvo

intensos y fructíferos debates que la enriquecieron intelectualmente. Hugo Grocio, un jurista, escritor y poeta, que defendió el Estado absoluto, supo influir en ella notablemente.

Bourdelot fue un médico francés que se prestaba a cuanto la reina le pedía, era un ser enigmático que consiguió hacerse imprescindible a la soberana.

Después de estudiar meticulosamente a cada uno de ellos, no encontrábamos la menor relación con nuestro cofre, razón por la cual nos dispusimos a hacer un descanso antes de estudiar a Isabel de Bohemia

CAPÍTULO XXXII

LA CLAVE MATEMÁTICA

Dibujo del teorema de Descartes página 291

Después de un par de horas de búsqueda volvimos a reunirnos y cada cual expuso lo que había obtenido.

Todos coincidimos en subrayar la vida excepcional e interesante de Isabel de Bohemia, conocida también como “La Griega”. Esta había nacido en la ciudad de Heidelberg en el año 1618 y era hija de Federico V del Palatinado, rey exiliado, y de Isabel Estuardo.

Profesó la religión protestante y llegó a ser abadesa del convento de Herford. Fue una mujer culta, erudita y capaz de expresarse en diferentes idiomas, entre ellos el alemán, holandés, inglés, francés e italiano. Además había estudiado música, arte, danza,

ciencias naturales, pero sobre todo era una gran amante de las matemáticas.

Su ansia por aprender fue tan grande que consiguió acercarse a la persona que más admiraba, René Descartes.

Cuando Ildefonso pronunció el nombre de René Descartes, Ariela nos rogó que parásemos un momento la conversación.

-Habéis observado que Descartes vuelve a aparecer de nuevo?- preguntó ella.

La verdad es que ninguno de nosotros nos habíamos dado cuenta.

-¿Por qué no reconsideramos a los amigos más influyentes de la reina Cristina? -nos invitó Ariela.

Después de verificarlo, estaba claro que Descartes fue el amigo común que ambas mujeres tuvieron. Seguimos indagando en la relación de Isabel de Bohemia y Descartes y logramos saber que entre ellos existió una correspondencia intensísima, que dio lugar a que a través de Isabel se supiese gran parte de las obras de este, sobre todo la última "Las pasiones del alma".

Ella profundizó en las propuestas cartesianas, y de hecho, estas llegaron a ser conocidas por el mundo matemático gracias al testimonio de esas extraordinarias cartas, que Descartes no había divulgado públicamente.

Aquello fue más que suficiente para que nos decidiésemos a entrar de lleno en nuestro personaje.

-Pienso que sin pérdida de tiempo debemos ahondar en la vida de este hombre -nos expresó Benor.

Dicho y hecho, creímos conveniente sumergirnos en la vida de Descartes los cuatro. Conseguimos mucha información sobre la relación epistolar que este había mantenido con Isabel y nos sorprendimos gratamente.

Entre toda la correspondencia hubo una carta que nos llamó poderosamente la atención y fue la relacionada con el teorema de las circunferencias tangentes.

-Ese es el que hoy día se le denomina Teorema de Descartes -aseveró Ildfonso.

Como no lo recordaba, Ildfonso me lo explicó con suma claridad:

-Una vez conocidas las curvaturas de tres circunferencias tangentes entre sí, podemos obtener la curvatura de una cuarta, tangente a las tres primeras, y como consecuencia también podemos llegar a conocer los diferentes elementos de las mismas: radio, diámetro...

Evidentemente nos encontrábamos ante un eminente filósofo, matemático y físico. Un prohombre de nacionalidad francesa, cuyos restos descansan desde el año 1819 en la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, después de haber permanecido durante largo tiempo en el Panthéon de los Grandes Hombres del Estado francés.

-Este hombre podría ser la persona que buscamos -insinuó Ariela -¿Por qué no intentamos saber más sobre su vida y sobre los lugares por donde se movió?

-Nada perdemos si lo hacemos -sugirió Ildfonso, dirigiéndose hacia el ordenador.

Todos le seguimos en esa acción.

Después de un buen rato, nos enteramos de que Descartes a lo largo de su vida había viajado principalmente por Francia, Holanda y los territorios que actualmente ocupan Alemania y Baviera. Ariela se encargó de estudiar su vida en Francia, Benor en Holanda, de su estancia en los territorios alemanes se ocupó Ildfonso y yo me introduje en Baviera.

Después de un buen rato fue Benor el que llamó nuestra atención, interrumpiendo nuestra búsqueda.

-Creo que tengo aquí un dato que puede interesarnos y que arrojará luz.

Me preguntó si recordaba la conversación que habíamos mantenido con Pieter en el Templo Secreto de Almaark. Una conversación como aquella no se olvida nunca, pensé para mí. Estaba claro

que la recordaba perfectamente y así se lo hice saber. Para que los demás la recordasen, volvimos a sintetizarla.

Cuando Simón, que era el rector de la Universidad Remonstrante de Amsterdam, cayó enfermo en el año 1643, le hizo entrega del Diario de Jesús, su secreto, a Etienne de Courcelles. Este, como sabemos, fue el traductor del “Discours de la méthode” de Descartes”. Tanto Simón como Etienne de Courcelles, al comprobar el deterioro sufrido con el paso del tiempo del estuche de cuero que contenía el Diario de Jesús, decidieron cambiarlo por otro. Ambos creyeron conveniente construir un cofre especial de metal, que fuese capaz de conservarlo en condiciones óptimas durante el tiempo.

-Recuerdo perfectamente que nos dijo Pieter que se pusieron en contacto con la persona que mejor podría diseñar ese artilugio y que tras un año de trabajo lo consiguió -les dije.

Una ansiada conclusión se intuía con estas averiguaciones: tanto Benor como yo pensábamos que Descartes pudo ser la persona que preparó el diseño del cofre.

Ildelfonso pidió una parada de unos minutos, porque necesitaba volver a mirar algo que había leído con anterioridad. Entró en el ordenador y en tan solo unos segundos resolvió su duda.

-Sí, aquí está, Etienne de Courcelles y René Descartes eran íntimos amigos.

Aquella comprobación realizada por Ildelfonso venía a confirmarnos lo que creíamos, que Descartes podría ser el diseñador de aquel artefacto.

Benor intervino para decirnos que nuestro hombre dominaba diferentes técnicas de la mecánica, conocía los materiales necesarios para llevar adelante aquel proyecto y, sobre todo, lo más importante, que en él se podía confiar plenamente. Era fundamental mantener en el más absoluto de los secretos la clave que había logrado implantar al cofre para evitar que pudiese ser abierto su mecanismo.

-Según nos dijo Pieter, el constructor del cofre había muerto de una neumonía -me recordó Benor.

-Debemos comprobar de qué murió Descartes.

Tras volver a Google, verificamos que oficialmente había muerto de neumonía el 11 de febrero del año 1650, a los 53 años de edad. También pudimos saber que en la actualidad esa versión se pone en entredicho, y se piensa que realmente su muerte fue ocasionada por envenenamiento de arsénico. Uno de los personajes que rodeaban a la reina Cristina de Suecia, al sentirse celoso por la preferencia que ella dispensaba a Descartes, pudo decidir acabar con él. Otra opción es que alguien conociese la autoría del cofre y pensase que haciéndole desaparecer, el secreto de la clave quedaría asegurado para siempre.

Teníamos más claro que Descartes era el personaje que buscábamos.

-Supongamos, y cada vez tengo menos dudas de ello, que realmente Descartes fue la persona que diseñó la construcción del cofre, -les dije, -¿y ahora qué?

-Ahora debemos seguir profundizando en la relación epistolar que mantuvieron Descartes e Isabel de Bohemia.

-Debemos descubrir algo que nos indique que esto que suponemos pudo ser así -nos expuso Benor.

Por más vueltas que le dábamos a las biografías del matemático y de la princesa nada encontrábamos que nos hiciese confirmar la autoría del cofre. Decidimos despejar nuestras mentes durante un rato y tomar un café. Llevábamos muchas horas trabajando, entregados por completo a la búsqueda de la apertura del cofre.

Siempre que descansábamos teníamos la costumbre de comentar temas totalmente diferentes a los que nos habían llevado hasta allí. En aquella ocasión hablábamos del descubrimiento de María Magdalena Hernán Obispo y su equipo de astrofísicos de la Complutense de Madrid del más joven planeta extrasolar del que se tiene noticias, con 35 millones de años. Benor, un gran entendido de la astronomía, nos explicaba el equilibrio existente entre los astros, cuando Ariela nos preguntó: ¿No os recuerda el cincelado de la superficie del cofre a tres cuerpos celestes, en equilibrio?

Aquella pregunta planteada nos llamó la atención. Realmente yo no lo había pensado y creo que ninguno de nosotros lo hizo, salvo ella.

¿Por qué no podría serlo?-me dije para mí.

-¿Por qué tendrían que ser cuerpos celestes? -nos comentó Benor.

-¿Y por qué no?-se expresó Ildefonso.

-¿Por qué no lo estudiamos? -les dije.

Estuvieron de acuerdo. Dejamos nuestros asientos y nos dirigimos al cofre, e Ildefonso se acercó a sacarlo. Una vez que lo tuvimos ante nosotros, lo observamos minuciosamente, intentando percibir en ellos alguna similitud con lo que nos había expresado Ariela.

Ildefonso observó que aquellos trazos podrían ser los arcos de tres circunferencias y así nos lo transmitió. Tomó un bolígrafo y los dibujó sobre un folio. Después fue transformándolos en circunferencias. Su rostro cambió y se llenó de alegría, a la vez que nos decía que tenía muy claro que Descartes era el personaje que buscábamos.

-Aquí está su firma. No tengo la menor duda -nos dijo muy contento.

Recuerdo que entre toda la correspondencia que mantuvo Descartes con Isabel de Bohemia, hubo una carta que me llamó poderosamente la atención y fue la relacionada con el teorema de las circunferencias tangentes. Concretamente una que este le envió el día 29 de noviembre de 1643, exponiéndole su teoría en la que se relacionan las curvaturas de cuatro circunferencias tangentes entre sí.

-Ese es el teorema del que ya os he hablado, el Teorema de Descartes, -aseveró Ildefonso y nos explicó que si el grabado con los tres trazos curvos eran tres arcos de circunferencia tangentes, quizás estuviese representando su teorema, y que por lo tanto a partir de estos tres arcos de circunferencia, podíamos obtener una cuarta, tangente a las tres del dibujo. Posiblemente, cada uno de los datos que nos proporcionen las diferentes circunferencias esté relacionado con cada una de las teclas.

Nos transmitió su alegría cuando nos dijo que habíamos dado un paso gigantesco al descifrar aquellos trazos. Ya podíamos empezar a estudiar la forma de abrir nuestro cofre. Nos rogó que nos situáramos en la fecha en la que este fue construido. Que imaginásemos que nos habíamos trasladado al lugar donde lo fabricó y por supuesto que intentásemos adentrarnos en la mente de Descartes, para así poder entenderlo.

-Haciendo un gran esfuerzo, que no me resulta fácil, y poniéndome en su lugar, puedo llegar a pensar que tras esos trazos que nos dejó no solo reconoceremos su firma, sino que ahí está la clave que nos va a permitir abrir el cofre -nos expresó Benor.

-También lo creo yo, -respondió Ariela y prosiguió diciéndonos, -creo que si plasmó su teorema, en su resolución nos indicará el camino a seguir. Era un jeroglífico que debíamos descifrar.

Al llegar a este punto tenía la sensación de que allí, ante nuestros ojos, teníamos la clave, el enigma que él estuvo seguro de que nadie podría desentrañar. En muchos casos los grandes genios ponen a prueba su capacidad imaginativa y su sabiduría, en la creencia de que esta no podrá llegar a ser superada por otro hombre.

Nuestro trabajo inmediato consistiría en hacernos muchas preguntas para obligarnos a descubrir la respuesta adecuada. Descartes debió de haberse planteado muchas interrogantes con el fin de construir un cofre que fuese invulnerable. Si conseguíamos formularnos las mismas preguntas que él pudo hacerse, con toda seguridad que lograríamos hallar idénticas respuestas que nos llevarían a averiguar la forma de poder abrir aquel ingenio. Llegué a pensar que cuando lo estaba construyendo debió de estar tan seguro de que nadie lograría descubrir su secreto, que incluso disfrutaría llevando a cabo su diseño. La ironía del destino nos estaba poniendo a prueba en aquellos instantes. Si tuviese la certeza de la existencia de otro estado tras la muerte pensaría que desde él Descartes estaría divirtiéndose viendo la situación en la que nos encontrábamos.

-¿Y ahora qué?-volví a preguntarles.

-Por lo pronto debemos pensar en tomar algo y descansar. Mañana será otro día-respondió con contundencia Ariela.

-Pero, ¿qué pensáis de las letras colocadas junto a los botoncillos?-nos dijo Ildefonso.

CAPÍTULO XXXIII

DESCUBRIENDO EL ENIGMA

Tras el desayuno no dispusimos a retomar el tema por donde lo habíamos dejado. Sacamos el cofre para estudiarlo.

Benor nos expuso que había estado pensando durante largo tiempo en la pregunta que dejó sobre la mesa Ildefonso la noche anterior sobre las grafías encontradas en el cofre y nos dijo que pensaba que debían de tener una relación directa con los arcos de aquellas tres circunferencias.

-¿Pero cuál era aquella relación?

El silencio se hizo y ahora pienso que los demás se hicieron la misma pregunta que yo.

Teníamos tres arcos de circunferencia dibujados y una cuarta interior que obtendríamos aplicando el teorema y cuatro letras. Estas eran: D, C, B, U.

No era fácil establecer una conexión entre los arcos y las letras, pero debíamos desvelar el significado de lo que Descartes quiso transmitir al grabarlas.

-Tengo una intuición. Se me ocurre relacionar las circunferencias con las letras y pienso que la D podría ser el diámetro de una de ellas -les indiqué por decir algo.

-Y la C el círculo, -contestó Ariela riendo.

-Hemos dicho con la circunferencia, después si queremos las relacionamos con el círculo, -le contesté con igual sarcasmo.

Los demás asintieron.

Al menos nos sentíamos relajados cuando hablábamos de esa forma. Eso no era malo, porque llevábamos muchos días con gran tensión.

-No creo que Descartes se expresase en español o lo hiciese pensando que quien intentase abrirlo lo hablase, por lo tanto debemos desechar el idioma español -comentó Ildefonso seguro de lo que decía.

-Es cierto y además es lo más razonable que hemos oído esta mañana -asintió Ariela, con cierta sonrisa en sus labios.

-¿Entonces? -susurré.

-¿Por qué Descartes no pudo expresarse en francés, su idioma materno? -opinó Ildefonso.

En ese caso se daban las circunstancias de que la letra D, coincidía con la primera letra de diámetro en francés, diamètre.

Sin embargo con la C no localizamos ninguna palabra francesa relacionada con ningún elemento de la circunferencia, arc, longueur d`un arc, rayon...

Tampoco con la B ni con la U. Por lo tanto rechazamos que esas letras nos indicasen que fuesen escritas en francés.

-Podría haberlas escrito en un idioma correspondiente a cualquier otra de las naciones en las que vivió -les indiqué con la finalidad de terminar ese camino de investigación.

Benor nos indicó que Descartes escribió parte de sus obras solo en francés y en latín.

-¿En qué lugares vivió nuestro hombre? -preguntó Ariela.

-Por lo que hemos comprobado, vivió en diferentes países pero de forma más habitual, lo hizo en Francia, Holanda y en territorios que hoy son Alemania y Baviera.

-¿Por qué no hacemos lo mismo con el idioma holandés?-apuntó Ariela. Lo intentamos y en este caso coincidieron dos elementos con las letras D y C, las iniciales de diameter (diámetro), y cirkel-radius (radio). Tampoco con el holandés lo habíamos logrado, era

cuestión de repetirlo con el idioma alemán. Con este coincidían la D de durchmesser (diámetro), y la U de umfangslänge (longitud de la circunferencia), por lo tanto estaba claro que ninguno de los tres idiomas recogía a todas las letras.

Cuando la decepción se adueñaba de nosotros, un ¡Joder! le salió a Ildefonso de lo más profundo de su alma.

-¡Ya lo tengo! Un momento... Creo que lo tengo. Si yo dominase diferentes idiomas y estuviese intentando que no descubriesen mi secreto, una forma de complicarlo aún más sería escribir cada una de las iniciales de los elementos de las circunferencias en un idioma diferente.

Todos quedamos en silencio. Mentalmente reconsideraba lo que acababa de decir, intentando recordar las palabras coincidentes, cuando Ildefonso tomó un bolígrafo y empezó a escribir sobre un folio lo que él intuía. Conforme escribía, iba comentando en voz alta lo que iba haciendo.

-En francés, a diamètre, le correspondería la D; en holandés, a cirkelradius la C; en alemán, a umfangslänge la U.

Hasta aquí todo iba bien, pero se nos quedaba fuera de este razonamiento la B. De nuevo se hizo el silencio. Observé que todos pensaban, igual que yo lo hacía, intentando deducir un argumento que diera un significado a la B.

Ildefonso repetía una y otra vez que solo nos faltaba un elemento de una de las circunferencias relacionadas con el teorema de Descartes. Teníamos el diámetro, el radio y la longitud del arco de tres circunferencias en los idiomas de los estados en los que vivió Descartes.

Solo nos faltaba conocer un dato, el que debía de relacionar el arco representado en el dibujo con la letra B.

Ildefonso tomó el bolígrafo y volvió a desarrollar el teorema de Descartes.

Llegados a este punto Ariela nos pidió que abriésemos nuestros sentidos ante aquel dibujo, cosa que hicimos, y nos invitó a

que intentásemos comparar la situación de los arcos grabados en el cofre con los países por los que nos habíamos movido buscando a Descartes. Todos, en el más absoluto de los silencios, nos concentramos para descubrir lo que Ariela nos estaba indicando pero no fuimos capaces de adivinar lo que ella había vislumbrado.

Ariela tomo el ratón, abrió el ordenador y en Google escribió ante nuestras atentas miradas: “Mapa Europa siglo XVII”. En unos segundos lo teníamos ante nuestra vista. Nos indicó que nos fijásemos en la zona correspondiente a Francia, Holanda y los territorios que hoy se corresponden con Alemania y Baviera.

¡Dios! Ariela sabía lo que estaba haciendo. Aquellos cuatro estados estaban situados en posiciones parecidas al dibujo del cofre. Cada uno de ellos podía hacerse corresponder con cada una de las circunferencias, nacidas de los arcos. Estos estados tenían mucho que decirnos de Descartes. La actual Alemania (en aquel tiempo no existía como nación), sería la circunferencia interior, y las demás se corresponderían con la situación geográfica de Francia, Holanda y Baviera. De esta forma, sabíamos que de Francia obtendríamos el diámetro, de Holanda el radio, lo que hoy es Alemania nos proporcionaría la longitud de la circunferencia. Estaba claro que de Baviera obtendríamos el dato que faltaba.

Solo nos quedaba volver a consultar en el diccionario alemán la traducción de todos los elementos de la circunferencia. Quedé descorazonado cuando no encontré ninguna palabra que empezase por B, que era la única letra que nos faltaba. Los demás quedaron tan decepcionados como yo.

Benor, después de haber estado tan callado, nos expresó que tal vez Baviera, al ser en aquellas fechas un estado independiente, podría tener una lengua diferente. Por lo tanto, era cuestión de volver a nuestro amigo Google y buscar el diccionario de Baviera. Así lo hicimos, pero en esta ocasión nos sorprendió porque no existía diccionario bávaro.

Ariela nos rogó que la perdonásemos un momento pues iba a acercarse a su habitación donde tenía el número del teléfono de un amigo bávaro que seguro que nos sacaría del apuro.

Mientras ella llegaba decidimos prepararnos una merienda-cena y descansar un poco. Pasados menos de cinco minutos Ariela se reunía con nosotros, aunque venía sin respuesta.

-Mi amigo me llamará lo antes posible, en cuanto realice una consulta-nos dijo.

Aquella comida nos vino muy bien, porque no habíamos tomado nada para almorzar. El tiempo se nos había ido sin darnos cuenta, ensimismados en lo que hacíamos.

Después de terminar, descansamos durante algo más de una hora, que fue el tiempo que el amigo de Ariela necesitó para proporcionarle la información solicitada. Mientras Ariela hablaba la sonrisa iba dibujándose en su cara y nos hacía creer que la información que le estaba proporcionando era la que nosotros necesitábamos.

-¡Ya tenemos lo que buscábamos! –nos transmitió a la vez que dejaba su móvil sobre la mesa y nos decía que en Baviera se hablaba un dialecto y que arco se traducía por bong.

Al oír las palabras de Ariela, nuestros rostros se transformaron. Teníamos la letra que todos estábamos esperando y que nos hacía acercarnos un poco más a la clave para abrir el cofre. Con estos datos en nuestras manos, solo nos quedaba obtener el valor del diámetro, radio, longitud de la circunferencia y longitud del arco. Esa tarea le correspondía a Ildelfonso, nuestro matemático.

Aguardamos fuera para no interrumpirle. Quisimos dejarlo solo para que terminase de realizar los cálculos pertinentes después de aplicar el teorema de Descartes. La puerta se cerró tras nuestra salida y nosotros nos alejamos de la misma.

Benor se fue a descansar y Ariela y yo decidimos salir un rato a pasear y despejarnos un poco.

CAPITULO XXXIV

RESPIRANDO AMOR

Era la primera vez que salíamos de aquella casa a pasear desde que llegamos. La tarde era apacible y caminar por aquel paraje frondoso, todo verde, fue una delicia. El sol estaba a punto de ocultarse y el horizonte por donde se trasponía estaba convertido todo en un maravilloso lienzo de colores, fundidos todos ellos en el rojo intenso del cielo. Era un cuadro recién pintado por un joven pintor optimista y lleno de vida.

El murmullo del agua de un río cercano llegaba hasta nosotros y hacía que todo fuese más encantador. Aquel sonido nos hizo dirigirnos hacia él. Tomamos una estrecha vereda copiosa de plantas aromáticas que nos condujo hasta una de las orillas del río Duero.

Al bajar por el sendero le ofrecí mi mano a Ariela, que se asió a ella con fuerza, con mucha fuerza.

De esa forma, gozando del verdor que teníamos a nuestros pies, descendimos lentamente, sin prisas, hasta el río.

Una vez allí nos sentamos sobre la alfombra verde que formaban el manto de hierbas de la ribera.

Me sorprendí al comprobar, durante un corto periodo de tiempo, que nuestras manos seguían soldadas. Aquella circunstancia prolongada no era la de unas manos ofrecidas en un momento determinado para bajar un sendero, sino las manos de dos personas aferradas y deseosas de continuar así durante mucho tiempo.

La situación que vivía me producía unas sensaciones extrañas pero a la vez no menos deseadas. Me di cuenta de que me sentía bien, muy bien junto a ella. Quería eternizar aquellos momentos. Me asomé en sus ojos procurando entrar a través de ellos para intentar conocerla un poco más y adivinar sus pensamientos.

Realmente, desde que nos vimos en Plasencia, no habíamos logrado mantener una conversación que no estuviese relacionada con el tema de la búsqueda del Diario.

Fui consciente en ese instante de que no nos conocíamos, aun cuando llevábamos juntos mucho tiempo. Pensé que tan absorbente había sido nuestro trabajo que no lo habíamos logrado.

Se lo hice ver y coincidía conmigo en la apreciación que yo tenía.

Ambos quisimos recuperar el tiempo perdido hasta entonces, por eso hablamos y hablamos con gran avidez. Hablamos de nuestra niñez, de nuestros anhelos y hasta del presente. Nada comentamos acerca del futuro, porque para nosotros este era el hoy que deseábamos vivir con intensidad, aun cuandouviésemos solo algo más de hora y media para ello. Sentimos el poco tiempo que nos quedaba para estar juntos en aquel lugar porque teníamos la certeza de que muy pronto nos encontraríamos en condiciones de poder abrir el cofre y descifrar el contenido del Diario de Jesús. Una vez hecho esto cada uno de nosotros volvería a nuestros destinos y a nuestros quehaceres.

Después de conversar durante un buen rato sobre nosotros, nuestras vidas, nuestros sueños y hasta nuestros “sentires”, nos dispusimos a volver a la casa para de nuevo enfrentarnos a nuestra realidad, que no era otra que la de continuar el trabajo de investigación sobre el cofre.

Ya de de pie, volvimos a mirarnos, a la vez que nos fundíamos en un abrazo acompañado de un dulce beso en sus mejillas. Las yemas de mis dedos acariciaron dulcemente la comisura de sus labios y ella las mordisqueó suavemente, como queriéndose llevar a su boca algo de mí.

El silencio nos envolvió por completo y ni una sola palabra rompió la quietud creada. Entre arrullos y arrullos nos encerramos

en un círculo de fuego intenso, que no solo quemó nuestros cuerpos, sino que inflamó nuestras almas, haciéndonos elevar unidos hasta lo más alto del cielo. Convertimos los deseos en sueños, estos en vuelos y todo en sentimientos que se derramaron sobre nosotros mismos, apagando el volcán que supimos y deseamos crear.

Hicimos el camino de regreso por el mismo sitio por donde habíamos llegado hasta el río. Cuando llegamos a la casa, antes de entrar, nos fundimos en un abrazo y nos besamos.

De nuevo volvimos a la realidad que nos había llevado hasta allí. Ya dentro de ella observamos que Benor e Ildefonso nos esperaban, deseosos de transmitirnos los datos calculados por este. Nos pidieron que nos sentáramos junto a ellos y por la forma de invitarnos a tomar asiento entendí que tenían en sus manos los datos que necesitábamos.

CAPÍTULO XXXV

¡¡¡YA ESTÁ!!!

Ildefonso escribió sobre un folio los números 8, 3, 6 y 3 y nos explicó que el 8 se correspondía con la D Diamètre (diámetro); el 3 con la C de Cirkelradius (Radio); el 6 con la B de Bong (longitud del arco de la circunferencia); y el 3 con la U de Umfangslänge (la longitud de la circunferencia).

-¿Y ahora qué debemos de hacer?-les pregunté.

Mi mirada se cruzó con la de Benor y en la misma aprecié el mismo grado de incertidumbre que debió de advertir en la mía, de desconcierto.

-Lo tengo muy claro,-nos expresó Ildefonso y prosiguió comentándonos -es solo una intuición que creo que va a ser acertada.

Ante nuestras miradas expectantes, tomó un juego de punzones y extrayéndolo de la bolsa que lo contenía, comenzó a introducirlos dentro de los orificios que habíamos apreciado en cada uno de los botoncillos.

Tomó entre sus dedos el mayor de ellos y al ver que no podía introducirlo, utilizó un número menor, que tampoco resultó. Al tercer intento, Ildefonso comprobó que era el adecuado. Hasta ese instante no fue cuando nos comentó que se disponía a ensamblar los estiletes en las finas aberturas.

No quiso perder tiempo y ante nuestras atentas miradas fue introduciéndolos. Una vez hubo insertado el primero, y después

de haberlo extraído, nos dijo que había tenido la sensación de que el fondo de la oquedad había cedido levemente, y había percibido como si en el interior de cofre se hubiese producido un leve desplazamiento. Claro que aquello podría haber sido fruto de una falsa apreciación.

Le pedí a Ildefonso que nos explicara lo que hacía y nos expuso lo que él pensaba, aunque también nos dijo que no tenía por qué ser así, pero que debía comprobarlo. Dejando por un momento el estilete que tenía entre sus dedos, nos aseguró que estaba convencido de que los datos obtenidos nos proporcionarían la posibilidad de abrir el cofre. Intuía que ellos nos indicarían las veces que habría que introducir el punzón adecuado en cada uno de aquellos pequeños orificios y que cada vez que se hiciese, se produciría el desplazamiento de una pequeña placa que había percibido en su primer intento, haciendo poner en marcha el engranaje de un mecanismo interno. Escuchábamos con mucha atención cuanto nos decía, pero también con gran avidez por saber el desenlace al que nos llevaría su intuición.

Continuó explicándonos que una vez culminado el proceso de introducir los punzones el número de veces que nos indicaba cada uno de los valores calculados en cada una de las circunferencias, se produciría la apertura del cofre.

Lo que nos decía Ildefonso tenía su lógica, pero, había que confirmarlo. Le pedimos con cierta impaciencia que llevase a cabo lo antes posible aquella suposición suya. No se lo pensó dos veces y volviendo a tomar el estilete se dispuso a hacerlo. En aquellos momentos me sentí envuelto por una extraña sensación de curiosidad, sorpresa y por supuesto admiración hacia mi amigo. Él había sido capaz de llevarnos hasta ese momento tan esperado y anhelado.

Sin desviar su atención un solo instante de aquel artefacto, fue introduciendo una y otra vez los diferentes estiletos en aquellas pequeñas perforaciones. Cada vez que introducía uno de aquellos finos punzones y sentía que este pulsaba la plaquilla de su interior, su rostro se iba envolviendo de una sonrisa dulce y agradable.

-Solo queda introducir este estilete tres veces. Si mi intuición no me ha gastado una mala pasada y son correctos los pasos que he dado, el cofre se abrirá sin problemas -nos aseguró con una serenidad asombrosa y, yo creo, sabiendo bien lo que nos decía.

Inconscientemente todos dimos un paso hacia atrás, esperando ansiosos que sus palabras fuesen correctas.

-Una, dos -iba repitiendo Ildefonso conforme introducía el punzón.

Hasta tres veces penetró la fina púa en la inapreciable abertura ante nuestras atentas miradas. Pienso que mis ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

-¡¡¡Ya está!!!

No saltamos de alegría, ni tan siquiera pronunciamos una palabra. Se produjo un silencio sepulcral. Nadie se movió; Ildefonso estaba en el centro con el cofre y nuestras miradas fijas en él.

La voz de Ildefonso nos hizo volver a la realidad. Nos dimos cuenta de que nos encontrábamos ante el momento más importante vivido desde que decidimos salir a buscar El Diario de Jesús.

-¿Y ahora qué? -creo que fue la segunda o tercera vez que pronuncié ese día esa frase.

-Pues ahora hay que verificar que todo ha resultado tal como pensé -nos expresó Ildefonso.

-Pues a ti te toca el honor de comprobarlo -le contestó Benor.

-¿Por qué no a ti Luis?-nos dijo Ildefonso con ironía.

Sentí en mi cuerpo un escalofrío helado al invitarme a hacerlo. Los miré y observé en sus rostros sensaciones indescriptibles, que aún hoy las recuerdo como si los tuviese delante.

-Me gustaría que lo hiciese Ariela -solo pude decir eso.

-Sois como niños, respondió ella con una amplia y profunda sonrisa.

-Pues adelante, Ariela, hazlo tú, Luis lo ha querido así -sentenció Benor.

-Totalmente de acuerdo -aseveró Ildefonso, viendo que ella no dejaba de mirar aquel extraordinario objeto.

Ariela se acercó al cofre, lo tomó entre sus manos, presionó con suavidad sus paredes y las hizo girar. Lentamente, se fue abriendo ante nuestras fijas miradas. Cuando estuvo completamente abierto, ante nosotros quedó al descubierto una ampolla de vidrio. Con sumo cuidado la extrajo y comprobamos cómo el tiempo había dejado su huella sobre su superficie exterior.

En un principio aquellas circunstancias, nos hicieron temer lo peor. Llegamos a pensar que la humedad habría afectado al manuscrito. Costaba trabajo apreciar con claridad lo que contenía el interior de aquella ampolleta.

-No os preocupéis, esto es fácil de limpiar -nos manifestó Ildefonso.

Mientras se dirigía hacia la cocina, nos preguntó si en la casa había amoníaco, pero yo lo desconocía.

-Es igual, nos dijo Ildefonso, lo arreglaremos con un poco de vinagre, que sé que hay, porque lo utilicé ayer para una ensalada.

Tomó un vaso pequeño y vertió en él una porción de vinagre, más o menos hasta la mitad, vaciándolo en un recipiente que utilizábamos como lavafrutas. A continuación añadió cinco vasos con agua caliente, pero no hirviendo, unas gotas de alcohol y por último removió todo el contenido.

Cogió la ampolla de vidrio y comenzó a mirarla y a palparla con la intención de cerciorarnos si tenía alguna pequeña fisura, cosa que no pudimos observar. Después fue frotando suavemente con una esponja impregnada del líquido preparado. Pasados unos minutos observábamos detenidamente cómo la suciedad iba desapareciendo y pudimos constatar que la humedad no había afectado al contenido del interior.

Una vez completamente limpia la fue secando con servilletas de papel hasta que quedó reluciente. Tras aquella operación pudimos apreciar perfectamente una cantidad importante de legajos en el interior de la ampolla de vidrio.

El gozo contenido hasta ese momento en cada uno de nosotros explotó envolviéndonos a todos. Nos sentíamos contentos, muy

contentos e inmensamente felices porque habíamos logrado visualizar lo que habíamos buscado con tanto afán.

Durante unos minutos estuvimos abrazándonos y exteriorizando la alegría que nos había producido aquella situación.

Aquellos momentos tan extraordinarios y gozosos los interrumpió Benor, cuando nos recordó que aún nuestro trabajo no estaba concluido. El Diario seguía dentro de aquel recipiente de vidrio, y teníamos que extraerlo.

-¿Cómo? -se preguntó Ariela -no creo que la solución sea golpearlo y sacar los pergaminos.

Ildefonso tomó la palabra y nos manifestó que quien fabricó ese cofre y tomó la precaución de introducir el Diario en una burbuja de vidrio cerrada, debió de preparar esta de tal forma que a quienes lograsen llegar a este punto no les fuese fácil apoderarse de los documentos tan valiosos e importantes encerrados en ella.

Ariela estaba de acuerdo con lo que exponía Ildefonso y nos indicó que posiblemente en el interior de aquella burbuja, además del Diario, podría encontrarse algún tipo de gas que al contacto con el oxígeno del aire perjudicase a los documentos guardados. Por ello nos pedía que no se rompiese aquella ampolla.

-En caso de que lo hubiesen podido preparar de esa forma, ¿qué gas podría ser? - se interesó Benor.

-Se me ocurre pensar que podría ser hidrógeno. Aunque este oficialmente fue aislado puro por el inglés Henry Cavendish a mediados del siglo XVIII, ya con anterioridad se venía trabajando en ello, desde el XVI -le respondió Ildefonso, y nos explicó que, en el caso de que fuese así, al romperse la ampolla y liberarse el gas, este, en su combinación con el aire, produciría una combustión rápida que podría perjudicar a los pergaminos.

Lo que nos decía Ildefonso nos pareció completamente verosímil a Ariela y a mí, pero no a Benor, que pensaba que quienes se habían tomado tanto interés en preservar aquellos manuscritos no debieron tener la intención de que estos se destruyesen bajo ninguna circunstancia.

-Lo que dice Benor también tiene su lógica, y puede ser correcto -comentó Ildefonso.

-Sea lo que sea, ante las dudas, opino que no debemos hacer nada que pueda perjudicar al Diario de Jesús -sentenció con firmeza Ariela.

Todos entendimos que esa era la mejor forma de proceder en aquellas circunstancias. Por encima de todo era prioritario salvaguardar aquellos manuscritos.

Allí no disponíamos de los elementos necesarios para extraerlo en las mejores condiciones. Tendríamos que hacerlo en una sala de un laboratorio con ausencia total de oxígeno, por lo que buscaríamos el lugar y el momento para llevarlo a cabo con todas las garantías de seguridad.

Nos dimos cuenta de que nuestro trabajo allí había terminado y que debíamos dirigirnos a Madrid, a un laboratorio que nos aconsejó Ildefonso, el cual nos ofrecería todo lo necesario para culminar nuestra labor con total éxito.

Mientras Benor e Ildefonso preparaban la que iba a ser nuestra última cena en aquel lugar, Ariela y yo empezamos a acondicionar la ampolleta en el cofre para que no sufriese en el traslado. Después de guardarla en un lugar idóneo de uno de los macutos y tomar todas las precauciones para evitar que el cofre se volviese a sellar, nos dispusimos a cenar.

Fue extraordinaria. Al final de la misma, Ariela propuso brindar con un riquísimo vino que ella misma nos fue sirviendo.

El día había sido agotador y el sueño empezaba a llegarnos. El que primero nos dejó para irse a su habitación fue Benor, después lo hizo Ildefonso. Ariela me dijo, que ella recogería el salón y me pidió que me retirase, porque observó que el sueño podía conmigo.

Un beso y una mirada llena de sentimientos fue lo último que recuerdo de aquel momento.

Ariela debió de haberme acompañado a mi habitación porque no tengo idea ni de cómo llegué hasta ella, ni tan siquiera de cómo me acosté.

CAPÍTULO XXXVI

¿POR QUÉ?

Los rayos del sol se abrían paso poco a poco por las rendijas de la ventana. Casi no podía abrir los ojos. Hacerlo me costó un gran esfuerzo. No podía entender porqué. Me sentía muy mal. Mi cabeza estaba a punto de estallar. El fuerte malestar que estaba soportando me impedía ordenar mi mente. Me dolía todo el cuerpo, como si hubiese pasado una gran gripe. Quise levantarme y no fui capaz de coordinar mis movimientos, pero debía hacerlo, no debía permanecer en esa postura por más tiempo.

Mis compañeros, me dije, ya estarían preparados para salir hacia Madrid y yo aún permanecía en la habitación. Como pude, con grandes esfuerzos, logré incorporarme y agarrándome a las paredes logré llegar hasta la puerta. Al abrirla pude darme cuenta de que el silencio en la casa era total. El comedor estaba vacío. Aquella circunstancia me tranquilizó un poco, porque al menos no era el último en aparecer en el salón, como había pensado.

Con suma paciencia conseguí alcanzar uno de los sillones y me senté como pude, dejando reposar mi cabeza sobre el respaldo, pues sentía un fuerte dolor de cabeza. Debí de estar en aquella posición durante algo más de una hora. Al reincorporarme, me extrañé de que ninguno de ellos se hubiesen levantado. Miré el reloj y marcaba las siete. Habíamos quedado a las nueve de la mañana. ¡Y eran las siete de la tarde! No lo entendía, me resultaba extraño. No

se podían haber marchado sin decirme nada. Me negaba a creerlo. Seguro que habrían salido y no quisieron despertarme. Pero ¿por qué no quisieron hacerlo?

-Tus compañeros aún siguen durmiendo.

¿Todos?-respondí por inercia, haciendo un gran esfuerzo por contestar.

-Todos menos ella -oí una voz detrás de mí.

Aquella voz era familiar, de nuevo había vuelto. Había venido a visitarme, y como siempre, apareció de improvviso.

-¿Cómo has vuelto hasta mí?-le pregunté sin lograr distinguirla.

-Vuelvo a decirte que yo no vengo, tú me traes. Siempre que me necesitas y me evocas acudo hasta ti, no lo olvides –me respondió con gran dulzura.

-¿Dónde están los demás?-volví a preguntarle.

-Todos duermen excepto ella -te lo he dicho hace un momento.

-No puede ser, son las siete de la tarde por mi reloj.

-Es cierto, son las siete, pero ellos siguen durmiendo.

- ¿Y ella?

-Ella dejó la casa anoche, unas horas después de haberos acostado, alguien vino a buscarla y salieron de aquí en una moto. Ella iba de acompañante.

-Pero volvería más tarde.

- No, no ha regresado ni va a regresar.

-¿Qué me estas diciendo?

-Te dije que esa mujer no me gustaba nada y no me hiciste caso. Esa mujer no era quien vosotros creáis.

En aquellos momentos Benor hizo acto de presencia y advertí que su estado era similar al mío, con una gran dificultad para caminar e incluso mantenerse en pie. A duras penas, con una lentitud pasmosa, se acercó hasta mí y prácticamente se tiró en el sofá, se derrumbó por completo.

-¿Qué está pasando, Luis?-me preguntó con voz entrecortada.

-No lo sé, pero te vas a quedar de piedra si te digo la hora que es.
¿Qué hora es?

-En este instante las siete y cuarto, le dije mirando el reloj.

-Te has equivocado de hora. No puede ser, no puede ser –me dijo Benor muy extrañado.

-¿Qué me está pasando Luis?, me encuentro muy mal. Mi mente me está fallando.

-Tampoco yo me siento bien.

-¿Y Ariela?, ella siempre es la primera en levantarse-se interesó por ella Benor.

-No la he visto aquí cuando me levanté -le contesté.

No quise contarle que sabía que ella había dejado la casa la noche anterior y que no había dormido allí.

Tampoco deseé comentarle la conversación mantenida con la mujer que había vuelto a presentarse ante mí. Era difícil que me creyese, porque su presencia volvía a ser un sinsentido.

A pesar de mi gran malestar quería confirmar si Ariela ya no permanecía en la casa y me dirigí hacia a la puerta de su habitación. Cuando llegué hasta la misma, salía de la suya Ildefonso, tambaleándose, a punto de caerse. Se apoyó en mi hombro y como pude lo llevé hasta uno de los sillones. Le expliqué lo que estaba ocurriendo y no daba crédito.

-Ariela...Ariela... ¿Dónde está Ariela? -demandó con mucha inquietud.

Benor intentó ponerse en pie con la intención de llegar hasta su habitación.

-Un segundo, quedaos aquí. Yo estoy algo mejor que vosotros. Me acercaré yo -les indiqué.

Me dirigí hacia su habitación. Pegué en su puerta, y al no recibir respuesta, volví a golpear más fuerte. Fue entonces, al no obtener contestación, cuando me decidí a entrar. Ariela no estaba en la cama. Me llamó la atención unas cuerdas colocadas a los pies de la misma.

Seguidamente y temiéndome lo peor abrí el baño, pero también estaba vacío.

Aunque mi vieja y desconocida amiga me había dicho que Ariela se había marchado de la casa, me costaba trabajo creerlo.

En aquel momento observé que en el suelo había un rastro de sangre y el alma se me hundió por ello. Quedé petrificado durante unos minutos. Por mi mente pasaron decenas de pensamientos, y me preguntaba dónde podría haber ido y por qué había manchas de sangre. Me preguntaba lo que pudo haber pasado mientras nosotros dormíamos.

Salí al salón y allí aturridos me esperaban los dos, ávidos por saber como se sentía Ariela.

-Estoy seguro. Ha dejado la casa.-les dije.

-¿Que no se encuentra aquí?-preguntó Benor.

-¿Se ha ido entonces? -Inquirió Ildefonso.

-Lo que está ocurriendo no tiene sentido; a los pies de la cama he hallado una cuerda que no estaba ayer en la casa y en el suelo de su dormitorio hay rastros de sangre.

Al oír aquello los dos se levantaron como impulsados por un resorte y desearon comprobar in situ lo que yo les había transmitido. Quedaron sorprendidos ante la mancha de sangre e Ildefonso tomó las cuerdas y con ellas en las manos hizo todo tipo de conjeturas sobre lo que pudo haber pasado.

Hubo unos minutos de desconcierto, seguido de un silencio frío que lo envolvió todo. Nos mirábamos sin decirnos nada.

Empezamos a entender y a comprender lo que podía estar sucediendo.

Fue Benor el que expresó lo que todos deseábamos decir y no nos atrevíamos.

-Intuyo que la ampolla conteniendo el Diario de Jesús tampoco estará en la casa -nos manifestó con aire de preocupación y vergüenza.

-Solo hay una forma de saberlo, iré en busca de ella. De esa forma podremos comprobar si se la llevaron -les dije.

Durante unos minutos la estuve buscando. No solo había desaparecido la ampolla, sino también el cofre en el que la habíamos guardado. Hundido, volví al salón sin conciencia de lo que había ocurrido en tan solo unas horas.

-No queda nada de nuestro trabajo. Todo ha desaparecido -les expresé totalmente descorazonado.

Cuando oyeron mi comentario observé sus rostros y noté que la desolación y el abatimiento se adueñaban también de ellos.

-¿Qué pensáis de lo ocurrido? -les pregunté.

No era fácil hacerse a la idea, de que Ariela se había marchado con el cofre después de habernos proporcionado algún tipo de somníferos. Me parecía imposible que eso hubiese ocurrido, porque ella formaba parte de nosotros y de nuestro secreto.

No podíamos dar crédito a lo que estaba sucediendo. ¿Cómo íbamos a creerlo? Ariela había compartido con nosotros tantas vivencias que aquello no tenía sentido.

Ensimismado, intentando comprender la situación, Benor se dio cuenta que en la mesa que estaba delante del sofá y justo debajo de un libro asomaba un sobre que según él no se hallaba antes de retirarse a descansar la noche anterior. Levantó el libro y lo tomó con la intención de ver su contenido.

-Es la letra de Ariela -nos dijo, y comenzó a leer el texto escrito por ella en la parte exterior del sobre.

“A mis amigos expresándoles mi cariño”

-¿Qué contiene su interior?-le pregunté.

Benor introdujo sus dedos en el sobre y extrajo otro más pequeño dirigido a mí y un folio escrito.

Yo tomé el mío y lo guardé para leerlo más tarde. Después le entregó a Ildefonso el folio pidiéndole que lo leyese.

Ildefonso tomó el papel y comenzó a leerlo:

“Queridos amigos: Siento con gran pesar tener que cumplir con mi deber. No pude imaginar, cuando me encomendaron esta misión, que me iba a ver en la disyuntiva de tener que decidir

entre cumplir con la tarea encomendada o simplemente seguir el dictado de mi conciencia.

Siempre he tenido muy claro que por encima de todo está el cumplimiento del deber, y nada ni nadie podrá hacerme cambiar esa forma de pensar. Por ello, no he dudado un solo instante en hacer lo que he hecho.

En lo único que me recaté un poco fue en la cantidad de la sustancia que os he administrado para dormir; la dosis que os puse en las bebidas fue algo inferior a la que debí de haberos suministrado, pero preparé suficientemente bien mi salida con el fin de que no me pudieseis seguir.

Posiblemente algún día podamos volver a vernos, pero si así fuese, sería una vez que el cofre conteniendo el Diario de Jesús se hallase guardado a buen recaudo y en el sitio más conveniente y adecuado para su conservación.

Entiendo que no comprendáis mi actuación, ni pretendo que así sea.

A Benor deseo decirle que guardaré en el más absoluto de los secretos todo cuanto esté relacionado con la Organización, tal como en su día juré.

Recordándoos, recibid un abrazo.

Ariela”

Terminada la lectura de aquel escueto mensaje nuestro desconcierto fue aún mayor y muchas preguntas fluían fácilmente de nuestras gargantas, pero dos de ellas eran las que más repetíamos.

¿Al servicio de quién o quiénes está Ariela?

¿Hacia dónde se habría dirigido?

Ninguna de esas preguntas podíamos contestar en aquel momento. Nuestras mentes quedaron tan confundidas que no analizaban lo ocurrido. Tal era el estado en el que nos hallábamos que no fue fácil tranquilizarnos. Repetíamos una y mil veces los diferentes momentos vividos con ella, sin haber sospechado nada sobre sus intenciones.

Benor nos relató, sin entrar en profundidad, cómo llegó Ariela a la Organización, cómo se ganó la confianza de todos y cómo fue escalando peldaño tras peldaño, nada fácil, hasta ocupar el segundo puesto tras él. Continuó comentándonos que en ningún momento tuvo fallo alguno que los hiciese sospechar que ella pudiese pertenecer a ningún grupo o institución religiosa, política o civil distinta a la nuestra. Todo lo contrario, su actuación con respecto a la Organización fue totalmente de entrega y por encima de todo lo exigible, por ello, aquello que estaba aconteciendo no tenía sentido alguno para él.

Seguíamos bloqueados en un punto de parálisis y desconcierto, un punto sin retorno. En las circunstancias y en el estado físico de confusión y malestar tampoco era conveniente salir a la calle. Lo más acertado era descansar un rato y reponernos de la indisposición que nos había provocado la sustancia que nos había administrado Ariela, con ello aliviaríamos nuestro cuerpo y nuestra mente.

Realmente estaba deseando estar a solas para abrir el sobre que dejó para mí Ariela y leer su contenido. Posiblemente, del mismo pudiese sacar conclusiones más firmes que me hiciesen comprender lo que había ocurrido, así como las posibles causas de su actuación.

Cada cual marchó a su habitación y quedamos en vernos a la mañana siguiente para decidir lo que debíamos hacer.

Lo primero que hice al llegar fue abrir el sobre. Pronto tuve entre mis dedos aquel trozo de papel en el que Ariela me dejó escrito un sentido mensaje.

“Querido Luis, separarme de ti ha sido una de las decisiones más duras que he realizado en la vida. No me ha sido fácil tomarla, porque al hacerlo dejo tras de mí lo más bonito que me ha ocurrido.

En mi vida solo ha existido un hombre: tú.

Conocerte ha marcado mi existencia, y sin embargo, cuando estés leyendo este mensaje, yo me encontraré muy lejos de ti.

No te pido que entiendas las razones que me han movido a llevar a cabo esta acción, porque pienso que no es fácil de entender.

Nunca olvidaré tus caricias y bes

Aquella carta inacabada de Ariela, me dejó aún más desconcertado si cabía. ¿Quién era Ariela?, me preguntaba una y cien veces y siempre mi respuesta fue la misma. Ariela era una extraordinaria mujer que, con razón o no, se movía por ideales y desde luego muy fiel a sus principios. No debió de resultarle fácil dejar todo y abandonarnos.

Haciéndome estas y otras preguntas, y con su imagen, me quedé dormido.

CAPÍTULO XXXVII

ACLARACIÓN NECESARIA

Si la noche anterior me acosté desconcertado, más extrañado me sentí cuando aquella mañana dejé mi habitación y entré en el salón. Todos los días, cuando lo hacía, ella trajinaba haciendo tareas. Unas veces era el desayuno, otras preparando el programa del día y otras recopilando datos del ordenador que nos podían hacer falta en nuestra investigación. Como siempre, Benor era el siguiente en aparecer y algo más tarde lo hacía Ildefonso.

Aquella mañana nos miramos los tres como diciéndonos: ¿y ahora qué?

-¿Dónde estará esta niña?-¡Dios!, con qué cariño Benor pronunció aquella frase.

Ni un pequeño atisbo de rencor existió en sus palabras. Incluso pude ver en ellas un atisbo de comprensión hacia la que había sido su colaboradora y amiga.

-Esperemos que se encuentre bien en estos momentos y que haya llegado sin problemas al destino que ha escogido y deseado -le respondió Ildefonso, derrochando también gran comprensión hacia la que había sido nuestra compañera.

Les pedí que fuesen preparando el desayuno mientras yo le echaba un vistazo a mi correo. Intuía, o al menos deseaba, que Ariela, se pusiese en contacto conmigo desde cualquier lugar. Yo necesitaba creer que eso sería así.

Abrí el ordenador temiendo que no hubiese sido de esa forma, pero me llené de infinita alegría cuando tuve ante mí su largo mensaje. Comencé a leerlo con avidez, deseoso de impregnarme de ella a través de aquellas líneas.

“Para mis amigos Benor, Ildfonso y para ti, mi especial amigo.

Al venir el mensaje dirigido a los tres, los llamé y juntos comenzamos a leerlo.

“Queridos amigos:

Desde muy joven me prepararon para servir a mi pueblo y me encomendaron la misión de entrar en la Organización, para desde dentro poder controlar a sus miembros, su estructura, y sus fines, logrando así estar al tanto de un movimiento que cada día iba tomando más fuerza dentro del pueblo judío.

Las circunstancias hicieron posible que alcanzase un puesto importante y de esa forma pudimos conocer de primera mano todo cuanto acontecía alrededor de la misma. Supimos que los seguidores de Benor decidieron buscar el Diario de Jesús, seguros de su existencia, y me confiaron la misión de rescatarlo para el estado de Israel, al que realmente sirvo por encima de todo.

Conozco perfectamente lo que hubiera hecho la Organización con respecto al Diario de Jesús. Para nosotros, bueno, para los que la forman, es fundamental la publicación de su contenido.

Para Israel es importantísimo, yo diría que vital, tener en nuestro poder El Diario de Jesús, ya que de esa forma mantendremos a Jerusalén en la misma situación en la que ahora se encuentra.

Como sabéis, uno de los pilares en los que se sustenta la filosofía de la Organización es la defensa de la Verdad, por encima de cualquier otra cosa, y eso en estos momentos no lo podemos consentir, porque perjudicaría a nuestro estado. Debíamos evitarlo como fuese, costase lo que costase.

Si el contenido de El Diario se hubiese hecho público, Jerusalén dejaría de ser para los cristianos la ciudad Sagrada e irían abandonándola poco a poco, rompiéndose de esta forma el equilibrio religioso existente en la actualidad. Los musulmanes, gozarían de una razón más para continuar reivindicándola.

Por otra parte, este documento en manos de los judíos nos servirá para mantener al Vaticano como aliado en territorio judío y en contra de los musulmanes.

Tengo interés y deseo exponeros una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en el transcurso de la búsqueda del Diario de Jesús y que los tres ignoráis.

Además de nosotros, otros han intentado seguir los pasos de los manuscritos, pero con fines diferentes a los vuestros y a mi pueblo.

Intentaré ser breve en mi exposición.

Los fundamentalistas calvinistas deseaban encontrarlo para destruirlo. Para ellos los manuscritos son una burda falsificación realizada por los viejos arrianos que se extendieron por la antigua Gallaecia.

En Lovaina hice el seguimiento de la persona que organizó el encuentro al que asististeis Benor y Luis, para hablar de un proyecto relacionado con la búsqueda del Diario de Jesús.

Como bien sabéis, a este encuentro no asistió uno de los que habían sido convocados, aunque pienso que él fue el convocante, un calvinista holandés. Llegué a estar cerca de él, aunque no intercambié palabra alguna.

Lo localicé al día siguiente de que Benor fuera convocado. Nada más tener noticias del lugar donde se produciría la reunión, en la iglesia de Sint-Michielskerk, me recomendaron que junto a otro compañero fuéramos a Lovaina como una pareja de turistas con la misión de proteger a Benor.

Lo primero que hicimos al llegar fue dirigimos a la mencionada iglesia. En ella observamos, con cierta inquietud, cómo estaban

colocando micrófonos y microcámaras de vigilancia, camuflados entre los elementos que formaban parte de una exposición de arte moderno: medias femeninas rellenas, retales diversos y forrajes de vegetales.

Al descubrir a la persona que planificó aquella operación tuve la posibilidad de ir tras sus pasos y comprobar que cuando salió de la iglesia se dirigió hacia el edificio de la Universidad de Lovaina, en la misma calle y a tan solo unos metros de aquel lugar.

La noche en la que se llevó a cabo el encuentro mencionado, me hallaba en los alrededores de la iglesia, paseando cogida del brazo de mi compañero, como si fuéramos una pareja de enamorados.

En ningún momento dejamos de observar las entradas de ambos edificios, el de la universidad y el de la iglesia. Era importante no perderlos de vista y estar pendientes de las personas que entrasen o saliesen de ellos.

Minutos antes de que se produjese la salida de Benor y Luis de la iglesia, salió del edificio de la universidad nuestro hombre hablando a través de su móvil. Nos encontrábamos a unos 10 metros por detrás de donde este hablaba y pudimos oír perfectamente la conversación que mantenía. La llamada fue la que quedó grabada en el teléfono de Claudio. Este fue quien ordenó que lo atropellasen.

La noche en la que Luis se quedó dormido en la catedral de Lovaina, fui yo quien lo tapé con la túnica de María Magdalena, porque estaba aterido de frío.

Días más tarde os seguimos hasta Alkmaar, sin que en ningún momento tuvieseis constancia de nuestra presencia.

Estuvimos a una distancia prudencial de vosotros en la Plaza del Peso. Presenciamos vuestro encuentro con Pieter y después os seguimos hasta la iglesia arminiana Remonstrantse kerk, un templo secreto del año 1658, y esperamos a que salieseis.

Cuando os despedisteis de Pieter, presenciamos claramente cómo un joven monje calvinista fundamentalista se acercó a él

y le asestó una certera puñalada en su costado. No pudimos impedir que lo asesinaran. Sin embargo, seguimos a su asesino y conseguimos darle alcance. Lo introdujimos en un coche que robamos y abandonamos con gran celeridad aquel entorno. Ya en un descampado lo obligamos a que nos indicase las razones por las que había matado a Pieter. No logramos sacarle esa información, pero sí conseguimos que nos dijese que los próximos en “caer” seríais vosotros.

Desafortunadamente para ellos, los que debían culminar aquella acción no pudieron obtener la información que este debía de proporcionarles porque tuvo un desgraciado accidente mortal en un canal cercano. Gracias a ese percance pudisteis salir de Holanda sin problema alguno.

Otros que deseaban encontrar el Diario de Jesús, para evitar a toda costa que se difundiese su contenido, fueron los matones al servicio de un grupo de religiosos católicos del estado de Israel, (Eludo mencionar su denominación por razones estratégicas). Estos eran frailes a los que se había mentalizado, para que en nombre de la Iglesia Católica pudiesen ejecutar acciones encaminadas a servir exclusivamente a Dios por encima de todas las cosas. En el vocabulario de ellos no entra la palabra bien o mal, solo “servicio a nuestro Señor”.

Estos fueron quienes os hicieron el seguimiento desde la primera llamada que Benor realizó a Luis citándolo en Plasencia. La paliza recibida por Benor a la salida de la Iglesia de San Esteban de Plasencia se la proporcionaron ellos. También golpearon sin piedad a Cristóbal, el nieto de Sebastián, y fueron autores de otras tropelías cometidas a personas que les estorbaban para conseguir los fines que se habían propuesto, lograr a toda costa, fuese como fuese, El Diario de Jesús.

Este grupo estaba dirigido por la persona que llamábamos Padre Santiago. Un siniestro personaje escondido tras un falso rostro. Su nombre no se correspondía con su identidad real. La

verdadera fue ocultada por el propio Vaticano, lugar a donde fue trasladado tras una -según denominaron- “desafortunada actuación” con un grupo de menores en uno de los colegios-internado que su orden tenía en territorio español.

El vertiginoso poder que en poco tiempo alcanzó se debió a las buenas relaciones mantenidas con uno de los cardenales de la curia vaticana. Aunque era solo sacerdote, logró ser odiado y temido por personajes religiosos de mayor rango eclesiástico que él. De hecho, sin tener que ser así, se codeaba con obispos y cardenales, detentando el poder que emanaba de las altas jerarquías vaticanas.

La orden religiosa a la que pertenecía este grupo tenía comunicación directa con el Vaticano a través de otro de los asistentes a la reunión de Sint-Michielskerk en Lovaina, el teólogo francés que dijo llamarse Michel. Esta era la persona del Vaticano encargada de “custodiar” y recuperar cuantos documentos apareciesen y estuviesen relacionados con Jesús y su entorno.

Quiero deciros que antes de abandonar la casa, después de dejar mi carta sin concluir a Luis, que debí escribir aceleradamente, sin llegar a finalizarla como quería, sentí algunos ruidos fuera de ella que me hicieron pensar que alguien la merodeaba.

Supuse que quienes lo hacían podrían ser las gentes de Michel, encabezados por el padre Santiago y sus frailes. No llegué a tener la menor duda de ello. No era normal que se hubiesen esfumado de nuestras vidas conociendo lo vital que para ellos era localizar el Diario de Jesús. Estos habían preferido que nosotros hiciésemos el trabajo por ellos, y por esta razón, no nos molestaron. Nos tuvieron controlados en todo momento, siguieron nuestros pasos, y una vez que culminamos nuestro proyecto, se acercaron a recoger el fruto de nuestro esfuerzo con las manos limpias.

Los sentía tan cerca que esperaba de un momento a otro el asalto de la puerta de entrada. No podía marcharme porque supuse que

tenían rodeada la casa, como así fue. El momento y el lugar eran perfectos para conseguir lo que querían, vosotros dormíais plácidamente, solo yo quedaba en pie.

Por otra parte, estábamos alejados de la población, por lo que cualquier acción llevada a cabo pasaría desapercibida y gozaría de la complicidad de la noche.

Poco podía hacer ante aquel hecho tan evidente. Debía hacerles creer que adentro todo era normal, por lo que decidí irme a mi habitación, para que lo que tuviese que suceder fuese cuanto antes.

Apagué la luz y esperé con frialdad y mucha serenidad los acontecimientos que iban a producirse.

No habría transcurrido una media hora cuando sentí que abrían la puerta con sumo sigilo.

Con gran rapidez fueron entrando y abriendo las diferentes habitaciones.

Quedaron sorprendidos cuando se dieron cuenta de que todos dormían excepto yo. Pronto comprendieron lo que había sucedido.

Dos matones corpulentos me levantaron del sofá sin la menor resistencia por mi parte y me acercaron ante la presencia del padre Santiago, que ya había entrado en la casa. Este me recibió con una cínica sonrisa y un “buenas noches” fuera de todo lugar, que no contesté.

A continuación, entró una persona que no distinguí. Supe al instante que era un alto dignatario de la Iglesia Católica, obispo o cardenal, por el tratamiento de Monseñor que le dispensó el padre Santiago.

No soy capaz de describir la expresión del rostro de aquel recién llegado. La frialdad de sus ojos se clavó en los míos, como queriendo penetrar en mí a través de ellos. Como si quisiese desnudar el interior de mi mente ante los demás.

Sus primeras palabras fueron claras y directas, sin rodeo alguno. En español pero con un deje francés inconfundible, me dijo

que tenía la certeza de que allí en la casa guardábamos el Diario de Jesús y que venía a recogerlo, que se lo entregase y que si lo hacía así no me ocurriría nada.

Yo tenía muy claro que no se lo iba a dar, por lo que le dije que el cofre, aquella misma tarde, había sido llevado a Madrid, con la intención de abrirlo y extraer su valioso contenido.

Volvió a repetirme que por la situación en la que se encontraba la casa y mis compañeros, era evidente que yo tenía preparado todo para huir con el cofre y que si no se lo entregaba sufriría las consecuencias.

Le comenté que cuanto le había expresado era cierto y que no podía decirle otra cosa.

Observé cómo le hizo una señal a una de las personas que se hallaba más cerca de mí. Esta sin darme tiempo a cubrirme la cara, me la golpeó brutalmente.

Conforme caía me di cuenta de que dos chorros de sangre salían de mi boca.

Sin darme tiempo a reponerme, me levantaron del suelo y ante las miradas indiferentes y crueles de aquellas personas, monseñor, sin inmutarse, volvió a hacerme la misma pregunta y recibió la misma respuesta por mi parte.

-Va camino de Madrid.

Instantes después volví a verme en el suelo. En esta ocasión por el impacto de un puño recibido en mi espalda.

Hasta cinco veces llegué a sufrir la violencia depravada de aquellos personajes.

Cuando me preguntaron por sexta vez, quise dar por finalizada aquella situación y ante la maliciosa sonrisa de triunfo del monseñor les dije que los llevaría hasta donde había escondido el cofre.

Mientras nos encaminábamos al jardín, oí al padre Santiago decirle a quien había ordenado que me golpeasen: Michel, perdón, monseñor, lo ha conseguido, hemos ganado la batalla.

La batalla no, la guerra, la guerra...padre Santiago, le contestó este.

Aquella frase martilleó mis sentidos con más fuerza que los propios golpes recibidos.

Michel, al que habían saludado como monseñor, era una de las cuatro personas que asistieron a la reunión celebrada en la Iglesia de Sint-Michielskerk de Lovaina.

Llegamos hasta el lugar donde con anterioridad había escondido el macuto que contenía el cofre. Uno de ellos metió el brazo en el seto y lo extrajo. No pude ver las caras de agrado de aquellas personas pero las sentí.

Ya en el interior de la casa, Monseñor Michel abrió el macuto y extrajo el cofre, que yo había tenido la precaución de volver a cerrar previamente.

Cuando lo tuvo en sus manos lo estrechó contra su pecho, tomó su móvil, y tras marcar 13 dígitos y esperar unos segundos dijo: “Santidad, lo que le ha quitado el sueño no ha existido”.

Tras unos segundos cortó la llamada y después de decir “nos vamos” les pidió que me dejaran atada.

Me dejaron aprisionada y sujeta a los barrotes de la cama.

Sabía que estaría en esa situación durante al menos media hora más, pero mi compañero estaba a punto de llegar a rescatarme.

Antes de que ellos entraran en la casa lo había llamado y explicado cuanto iba a sucederme y lo que debía hacer en el caso de que me encontrara muerta.

Tal como había supuesto, hacia las dos de la madrugada, antes de lo esperado llegó mi compañero y con prontitud me liberó de los amarres. No se sorprendió de verme en aquel estado, porque tenía claro que yo debía hacerles creer que me dejaba vencer por ellos. Todo tenía que parecer muy real. Para todo eso y para más, estábamos preparados.

Después de ayudarme a curar mis heridas y lavar mi cuerpo, nos dirigimos hacia el jardín y de uno de los setos sacó un pequeño macuto que contenía la ampolla con el Diario de Jesús. Unos minutos más tarde abandonábamos aquel lugar, él conduciendo una gran moto, yo de acompañante, y sobre mis espaldas el macuto con El Diario de Jesús.

Una parte de nuestra misión la hemos culminado con éxito, solo nos queda entregar nuestro encargo a nuestros superiores para que estos lo hagan llegar a las autoridades de Israel.

Os envié este mensaje desde un área de servicio donde hemos hecho un alto para comer.

Un abrazo muy fuerte para los tres”.

La lectura del mensaje nos dejó un sabor agridulce, y el recuerdo entrañable de nuestra querida Ariela. Personalmente, prefería que se lo hubiese llevado ella a que hubiese caído en manos de los fundamentalistas calvinistas o del Vaticano.

Creo que en ninguno de nosotros quedó un fuerte rencor hacia la que había sido nuestra compañera y amiga. Percibí que un halo de comprensión nos envolvió a los tres a la vez. Quise leer en los labios de Ildefonso y en los de Benor la misma frase: recuperar de nuevo el Diario de Jesús, ahora nos será más fácil.

También yo lo creía así.

Dejamos la casa y en la misma puerta me encontré una placa que tomé entre mis manos. En ella podíamos ver una menorah rodeada de dos ramitas y envuelta por letras del abecedario hebreo.

Me dirigí a Benor y le pregunté por el significado de aquella placa. La tomó en sus manos, la miró e hizo un gesto con su cabeza que nos indicaba que aquella placa aclaraba todas sus dudas, a la vez que nos decía:

-La placa pertenece al Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales del Estado de Israel, el dueño de ella forma parte del Mossad del Estado de Israel –me dijo.

Los tres nos abrazamos y quedamos en volver a vernos lo antes posible.

-Nuestro trabajo aún no ha terminado -sentenció Ildefonso.

-No, no ha terminado todavía, y sinceramente deseo culminarlo -reafirmó Benor.

-Benor, ¿me permites la placa? Yo la encontré y he de devolvérsela a su dueña cuanto antes.

